

Los seguidores
de Jesús deben
ser diferentes.

El llamado de Jesús desglosado en el Sermón del Monte es a un cambio radical de valores y normas. "Si la iglesia vive por ellos será la sociedad alternativa que Jesús siempre se propuso que fuera, y ofrecerá al mundo una auténtica contracultura cristiana".

John Stott es una de las figuras más prominentes del pensamiento evangélico de este siglo. Ejerce un profundo rol docente tanto en forma personal como mediante sus numerosos libros entre los cuales se incluyen *La Cruz de Cristo*, *Cristianismo Básico*, *Señales de una iglesia viva* y *Con todo tu ser: Creer es también pensar*.

ISBN 950-683-079-7



9 789506 830793

EC

CERTEZA
UNIDA

EL SERMÓN DEL MONTE

STOTT

EC

EC

EL SERMÓN DEL MONTE



Contracultura cristiana

JOHN STOTT

EL SERMÓN DEL MONTE

Contracultura cristiana

JOHN STOTT



CERTEZA
UNIDA

Barcelona, Buenos Aires, La Paz
1998

Contenido

<i>Prefacio</i>	5
<i>Abreviaturas principales</i>	7
Introducción:	
¿en qué consiste este sermón?	5.1,2 11
El carácter del cristiano:	
las bienaventuranzas	5.3-12 29
La influencia del cristiano:	
sal y luz	5.13-16 61
La justicia del cristiano:	
Cristo, el cristiano y la ley	5.17-20 75
La justicia del cristiano:	
evitar el enojo y la codicia	5.21-30 91
La justicia del cristiano:	
fidelidad en el matrimonio y honestidad en el lenguaje	5.31-37 103
La justicia del cristiano:	
no represalia y amor activo	5.38-48 117
La religión del cristiano:	
no hipócrita sino real	6.1-6, 16-18 143
La oración del cristiano:	
no mecánica sino reflexiva	6.7-15 163
La ambición del cristiano:	
no la seguridad material sino el reino de Dios	6.19-34 177
Las relaciones del cristiano:	
con sus hermanos y su Padre	7.1-12 203
Las relaciones del cristiano:	
con los falsos profetas	7.13-20 225
La entrega del cristiano:	
la elección radical	7.21-27 239
Conclusión:	
¿quién es este predicador?	7.28,29 249
<i>Notas</i>	263

Título del original inglés: Christian Counter-culture
© John R. W. Stott, 1978

© Ediciones Certeza
Segunda edición castellana 1998
ISBN 950-683-079-7

Traducción original: Carmen Pérez de Camargo
Revisión para esta edición: Ruth Padilla Eldrenkamp

Prohibida la reproducción total o parcial sin autorización de los editores.

Ediciones Certeza Unida es la casa editorial de la Comunidad Internacional de Estudiantes Evangélicos (CIEE) en los países de habla hispana. La CIEE es un movimiento compuesto por grupos estudiantiles que buscan cumplir y capacitar a otros para la misión en la universidad y el mundo.

Más información en:
Certeza Argentina
Bernardo de Irigoyen 654, (1072) Capital Federal, Argentina
Comunidad de Estudiantes Cristianos del Ecuador
Casilla 17-08-8531, Quito, Ecuador
Editorial Lámpara
Casilla 8924, La Paz, Bolivia
Publicaciones Andamio
Alts Forns 68, Sótano 1, E 08038, Barcelona, España

Impreso en Colombia por Editorial Buena Semilla
ex libris eltropical

Prefacio

El Sermón del Monte posee una fascinación singular. Parece presentar la quinta esencia de la enseñanza de Jesús. Hace que la bondad nos resulte atractiva. Avergüenza nuestra forma mediocre de hacer las cosas. Engendra sueños de un mundo mejor.

John Donne lo expresó así en un sermón que predicó durante la cuaresma de 1629, haciendo uso de una pequeña hipérbole perdonable: “Todos los artículos de nuestra religión, todos los cánones de nuestra iglesia, todas las admoniciones de nuestros príncipes, todas las homilias de nuestros padres, el cuerpo total de la divinidad, se encuentran en estos tres capítulos, en este único Sermón del Monte”.¹

Debo confesar que yo mismo he caído bajo su encanto, o más bien bajo el encanto de aquel que lo predicó. He estado examinándolo constantemente por lo menos durante los últimos siete años. En consecuencia, mi mente ha estado luchando con los problemas que el Sermón plantea y mi corazón ha ardiendo por la nobleza de sus ideales. Durante este período he procurado compartir mis pensamientos y mi emoción con estudiantes de la Universidad de Cambridge, con otros grupos de estudiantes en los Estados Unidos y Canadá, con la congregación de All Souls, Langham Place y con aquellos miles de peregrinos ansiosos que vinieron de todas partes del mundo a la Convención de Keswick en 1972.

Por supuesto, se han escrito cientos de comentarios sobre el Sermón del Monte. He podido estudiar alrededor de veinticinco de ellos, y mi deuda con los comentaristas no pasará desapercibida al lector. En realidad, mi texto se encuentra salpicado con liberalidad de citas de ellos, porque creo que debemos dar a la tradición mayor valor del que a menudo le hemos dado, y sentarnos con más humildad a los pies de los maestros.

Mi propósito al hacer esta exposición, como el de toda la colección *La Biblia habla hoy*, ha sido escuchar con cuidadosa atención el texto. Sobre todo, he querido dejarlo que hable, o mejor aun dejar que Cristo lo hable de nuevo, y lo hable al mundo contemporáneo. De modo que he procurado enfrentar con integridad y sin evadirlos, los dilemas que el Sermón hace surgir en los cristianos modernos. Porque Jesús no nos entregó un tratado académico calculado meramente para estimular nuestro intelecto. Creo que su intención al pronunciar el Sermón del Monte fue que éste se obedeciera. Por cierto que, si la iglesia aceptara en forma realista las normas y valores de Jesús tal como aquí se exponen, y viviera por ellos, sería la sociedad alternativa que Jesús siempre se propuso que fuera, y ofrecería al mundo una auténtica contracultura cristiana.

Estoy sumamente agradecido a John Maile, profesor de Nuevo Testamento en el Spurgeon's College en Londres, por leer el manuscrito y hacerme algunas sugerencias útiles, y a Frances Whitehead y Vivienne Curry por mecanografiarlo.

JOHN R. W. STOTT

Abreviaturas principales

- AG:** William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, *A Greek-English lexicon of the New Testament and other early Christian literature*, (University of Chicago Press y Cambridge University Press, 1957).
- Agustín:** Agustín de Hipona, *Our Lord's Sermon on the Mount*, primera parte del siglo V D.C. Traducido al inglés por William Findlay, en *Biblioteca de los Padres Nicenos y Post-Nicenos*, vol. VI, editado por Philip Schaff, 1887. (Eerdmans, 1974).
- Allen:** W. C. Allen, *A critical and exegetical commentary on the Gospel according to St. Matthew*, (*International critical commentary*, 1907): T. and T. Clark, 3ª ed., 1912).
- Antigüedades:** *The antiquities of the Jews*, en *The works of Flavius Josephus*, c. 75-95 D.C., traducido al inglés por William Whiston (Londres, s.f.).
- BJ:** *Biblia de Jerusalén*, edición española, (Bilbao: Descleé de Brouwer, 1970).
- Bonhoeffer:** Dietrich Bonhoeffer, *El precio de la gracia* (Ediciones Sígueme, 1968).

- Bruce:** A. B. Bruce, *Commentary on the synoptic Gospels*, en *The Expositor's Greek Testament*, editado por W. Robertson Nicholl, (Hodder, 1897).
- Calvino:** Juan Calvino, *Commentary on a harmony of the evangelists, Matthew, Mark and Luke*, I, (1558: traducido al inglés por William Pringle, 1845: Eerdmans, s.f.).
- Crisóstomo:** Juan Crisóstomo, *Homilies on the Gospel of St. Matthew*, Parte I, s.f.: traducido al inglés por George Prevost (Oxford: 1843).
- Daube:** David Daube, *The New Testamente and rabbinit Judaism*, (Londres, Universidad de Londres/Athlone Press, 1956).
- Davies:** W.D. Davies, *El Sermón de la Montaña* (Madrid: Cristiandad, 1975).
- Glover:** Richard Glover, *A teacher's commentary on the Gospel of St. Matthew*, (Marshall, Morgan y Scott, 1956).
- Homilias:** *The second book of homilies* (1571), en *Homilies and canons* (SPCK, 1914).
- Hunter:** A. M. Hunter, *Design for life: an exposition of the Sermon on the Mount*, (SCM, 1953; edición revisada, 1965).
- Jeremias:** Joachim Jeremias, *The Sermon on the Mount*, conferencia Ethel M. Wood sustentada ante la Universidad de Londres el 7 de marzo de 1961, (Londres: Universidad de Londres Athlone Press, 1961).
- LA:** *Biblia Latinoamericana*, (Barcelona: Ediciones Paulinas, 1974).
- Lenski:** C. H. Lenski, *The interpretation of St. Matthew's Gospel* (1943: Augusburg, 1964).

- Lutero:** Martín Lutero, *The Sermon on the Mount*, (1521: traducido al inglés por Jaroslav Pelikan, en *Luther's works*, vol. 21, Concordia, 1956).
- Lloyd-Jones:** D. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount*, (Downers Grove: I.V.P.; vol. I, 1959; vol. II, 1960). Las referencias pertenecen a la edición combinada, 1977. Existe en castellano la traducción del tomo I: *El Sermón del Monte*, Tomo I, (Edimburgo: El Estandarte de la Verdad. 2ª ed., 1977).
- McArthur:** Harvey McArthur, *Understanding the Sermon on the Mount*, (Harper, 1960; Epworth, 1961).
- McNeile:** A. H. McNeile, *The Gospel according to St. Matthew: The Greek text with introduction, notes and indexes*, (1915: MacMillan, 1965).
- NBE:** *Nueva Biblia Española*, (Madrid: Ediciones Cristiandad, 1975).
- Plummer:** Alfred Plummer, *An exegetical commentary on the Gospel according to St. Matthew*, (Elliot Stock, 1910).
- Ryle:** J.C. Ryle, *Expository thoughts on the Gospels*, (1856; edición de aniversario de *Matthew and Mark*, Zondervan).
- Spurgeon:** C.H. Spurgeon, *The Gospel of the Kingdom*, (Passmore y Alabaster, 1893).
- Stier:** Rudolf Stier, *The words of the Lord Jesus*, I, traducido al inglés por William B. Pope, 1855, (T. and T. Clark, 1874).
- Stonehouse:** N.B. Stonehouse, *The witness of Matthew and Mark to Christ*, (Tyndale Press, 1944; 2ª edición 1958).
- Straubinger:** *Biblia comentada* por Mons. Dr. Juan Straubinger, (México: 1975, edición homenaje).

- Tasker:** R.V.G. Tasker, *The Gospel according to St. Matthew*, (Downers Grove: I.V.P./Tyndale New Testament Commentary, 1961).
- Thielicke:** Helmut Thielicke, *Life can begin again: sermons on the Sermon on the Mount*, (1956: traducido al inglés por John W. Doberstein, Fortress, 1963).
- Tolstoi:** León Tolstoi, *A confession, the gospel in brief y What I believe*, (1882-1884: traducido al inglés por Aylmer Maude, en World's Classics Series, N° 229; Oxford University Press, nueva edición 1940).
- VA:** *La Santa Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento*, antigua versión de Casiodoro de Reina (1569), revisada por Cipriano de Valera (1602), (Sociedades Bíblicas Unidas, 1970).
- VM:** *Nuevo Testamento*, Versión Moderna, (Bilbao: Ed. Mensajero, 1972).
- VP:** *Dios Habla Hoy. La Biblia. Versión Popular*, (Sociedades Bíblicas Unidas, 1979).
- VRV:** *La Santa Biblia: Antiguo y Nuevo Testamento*, antigua versión de Casiodoro de Reina, revisada por Cipriano de Valera. Revisión 1960, (Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960).
- War:** *The Jewish war*, en *The works of Flavius Josephus*, c. 75-95 D.C., traducido al inglés por William Whiston, (Londres, s.f.).
- Windisch:** Hans Windisch, *The meaning of the Sermon on the Mount*, (1929: 2ª edición 1937: traducción inglesa, Westminster, 1941)

Mateo 5.1-2

Introducción: ¿en qué consiste este sermón?

El Sermón del Monte es probablemente la parte más conocida de la enseñanza de Jesús, aunque podríamos suponer que es la parte que menos se comprende y seguramente la que menos se obedece. Es lo más parecido a un manifiesto que Jesús haya pronunciado, porque es su propia descripción de lo que deseaba que sus seguidores fueran e hicieran. En mi opinión, no hay otras dos palabras que resuman mejor su intención, o que indiquen con más claridad su desafío al mundo moderno, que las contenidas en la expresión “contracultura cristiana”. Déjenme explicarles por qué.

Los años que siguieron al final de la segunda guerra mundial en 1945 se caracterizaron por un idealismo ingenuo. La espantosa pesadilla había terminado. La “reconstrucción” era la meta universal. Los seis años de destrucción y devastación pertenecían al pasado; la tarea ahora consistía en construir un nuevo mundo de cooperación y paz. Pero la hermana gemela del idealismo es la desilusión —desilusión por aquellos que no comparten el ideal o (peor) que se oponen a él o (peor aún) que lo traicionan. Y la

desilusión por lo que *es* subsiste, alimentando el idealismo de lo que *podría ser*.

Pareciera que hemos estado atravesando décadas de desilusión. Cada generación que surge se encuentra insatisfecha con el mundo que ha heredado. A veces han reaccionado con ingenuidad aunque esto no significa que no hayan sido sinceras en su reacción. Aquellos que obsequiaron flores y pusieron de moda su slogan “Haz el amor no la guerra”, no por ello acabaron con los horrores de la guerra de Vietnam, aunque su protesta no pasó inadvertida. Otros repudian hoy la opulencia codiciosa del Occidente que parece hincharse por la destrucción del ambiente natural o bien por la explotación de los países en vías de desarrollo, o por ambas; y registran la totalidad de su rechazo viviendo en forma sencilla, vistiéndose de manera informal, andando descalzos y evitando el derroche. En vez de las farsas del trato social burgués ansían relaciones auténticas de amor. Desprecian la superficialidad tanto del materialismo irreligioso como del conformismo religioso, porque sienten que hay una “realidad” sublime mayor que estas trivialidades, y buscan esta elusiva dimensión “trascendental” mediante la meditación, las drogas o el sexo. Abominan el mero concepto de vivir una vida deshumanizante, apresurada y competitiva, y consideran más honroso retirarse que participar. Todo esto es sintomático de la incapacidad de la generación más joven de acomodarse al *status quo* o aclimatarse a la cultura predominante. No se sienten en casa. Están alienados.

“Contracultura” es la palabra que usan en su búsqueda de una alternativa. Esta palabra expresa una amplia gama de ideas e ideales, experimentos y metas. Theodore Roszak en *The Making of a Counter-Culture* (1969), Os Guinness en *The Dust of Death* (1973) y Kenneth Leech en *Youthquake* (1973) proveen buenas documentaciones de ello.

En cierto modo los cristianos hallan en esta búsqueda de una alternativa cultural una de las señales más esperanzadas y aun emocionantes de los tiempos. Porque nosotros reconocemos en ella la actividad de aquel espíritu que antes de ser consolador es perturbador, y sabemos a quién los dirigirá su búsqueda, si es

que va a encontrar satisfacción. En verdad, es significativo que cuando Theodore Roszak busca a tientas las palabras para expresar la realidad que la juventud contemporánea busca, alienada por la insistencia del científico en la “objetividad”, se siente obligado a recurrir a las palabras de Jesús: “¿Qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”¹

Pero al lado de la esperanza que esta forma de protesta y búsqueda inspira en los cristianos, hay también (o debería haber) un sentido de vergüenza. Porque si bien la juventud de hoy busca lo correcto (significado, paz, amor, realidad), lo busca en los lugares equivocados. El primer lugar al cual ellos deberían poder acudir es el único que normalmente ignoran: la iglesia. Porque demasiado a menudo lo que ven en la iglesia no es contracultura sino conformismo; no una nueva sociedad que encarna los ideales que ellos tienen, sino otra versión de la antigua sociedad a la que han renunciado; no vida, sino muerte. Hoy adjudicarían con prontitud lo que Jesús dijo de una iglesia en el primer siglo: “Tienes nombre de que vives, y estás muerta.”²

Es urgente no sólo que veamos sino también que sintamos la magnitud de esta tragedia. Porque en la medida en que la iglesia se conforma al mundo, y las dos comunidades parecen al espectador como dos versiones de lo mismo, la iglesia contradice su verdadera identidad. Ningún comentario podría ser más hiriente para el cristiano que el contenido en las palabras, “Pero si no eres diferente de los demás”.

Porque el tema esencial de toda Biblia, del principio al fin, estriba en que el propósito histórico de Dios es llamar a un pueblo hacia sí mismo; que este pueblo es un pueblo “santo”, apartado del mundo para pertenecerle y obedecerlo; y que su vocación debe ser congruente con su identidad, es decir, ser “santo” o “diferente” en toda su apariencia y conducta.

Dios lo dijo así al pueblo de Israel poco después de haberlos rescatado de la esclavitud egipcia y de hacerlos su pueblo especial por medio del pacto: “Yo soy Jehová vuestro Dios. No haréis como hacen en la tierra de Egipto, en la cual morasteis; ni haréis como hacen en la tierra de Canaán, a la cual yo os conduzco, ni

andaréis en sus estatutos. Mis ordenanzas pondréis por obra, y mis estatutos guardaréis, andando en ellos. Yo Jehová vuestro Dios”.³ Este llamamiento de Dios a su pueblo, como se puede ver, comenzó y terminó con la afirmación de que él era el Señor su Dios. Porque era el Dios del pacto de ellos, y porque ellos eran su pueblo especial, debían ser diferentes de todos los demás. Tenían que obedecer sus mandamientos y no dejar que los dirigieran las normas de aquellos que los rodeaban.

Durante todos los siglos que siguieron, el pueblo de Israel continuamente olvidó su singularidad como pueblo de Dios. Aunque en palabras de Balaam fueron “un pueblo que habitará confiado, y no será contado entre las naciones”, en la práctica se asimilaban continuamente a los pueblos que los rodeaban: “Se mezclaron con las naciones y aprendieron sus obras”.⁴ Así exigieron un rey que los gobernara “como todas las naciones”, y cuando Samuel protestó y discutió con ellos basándose en que Dios era su rey, se obstinaron e insistieron: “No, sino que habrá rey sobre nosotros; y nosotros seremos también como todas las naciones”.⁵ Peor aun que la inauguración de la monarquía fue su idolatría. “Seamos como las naciones”, se dijeron “...que sirven al palo y a la piedra”.⁶ Por eso Dios continuamente les enviaba profetas suyos que les recordaran quiénes eran y los persuadieran a seguir por el camino que él les había trazado. “No aprendáis el camino de las naciones”, les dijo por medio de Jeremías; y por medio de Ezequiel, “No os contaminéis con los ídolos de Egipto. Yo soy Jehová vuestro Dios”.⁷ Pero el pueblo de Dios no escucharía su voz, y la razón específica por la cual su juicio cayó primero sobre Israel y luego alrededor de 150 años más tarde sobre Judá fue la misma: “Los hijos de Israel pecaron contra Jehová su Dios... y anduvieron en los estatutos de las naciones... ni aun Judá guardó los mandamientos de Jehová su Dios, sino que anduvieron en los estatutos de Israel, los cuales habían ellos hecho”.⁸

Todo esto es un trasfondo esencial para la comprensión del Sermón del Monte. El Sermón se encuentra en el Evangelio según San Mateo, al principio del ministerio público de Jesús.

Inmediatamente después de su bautismo y tentación, Jesús comenzó a anunciar las buenas noticias de que el reino de Dios, largamente prometido en la era del Antiguo Testamento, estaba ahora a la puerta. Él mismo había venido a inaugurarlo. Con él había amanecido la nueva era, y el régimen de Dios había irrumpido en la historia. “Arrepentíos”, clamó, “porque el reino de los cielos se ha acercado”.⁹ En realidad, “recorrió Jesús toda Galilea, enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino” (4.23). El Sermón del Monte, entonces, debe verse en este contexto. Retrata el arrepentimiento (*metanoia*, el cambio total de actitud) y la justicia que pertenecen al reino. Es decir, describe cómo se ven la vida y la comunidad humanas cuando se encuentran bajo el régimen de la gracia de Dios.

¿Y cómo se ven? ¡Diferentes! Jesús hizo hincapié en que sus verdaderos seguidores, los ciudadanos del reino de Dios, deberían ser completamente diferentes de los demás. No debían tomar sus líneas de acción de los pueblos que los rodeaban, sino de él, y de ese modo comprobar que eran hijos auténticos de su Padre celestial. A mi parecer, el texto clave del Sermón del Monte es 6.8: “No os hagáis, pues, semejantes a ellos”. Nos hace recordar inmediatamente la palabra de Dios a Israel en los días antiguos: “No haréis como hacen”.¹⁰ Es el mismo llamado a ser distintos. Y a través de todo el Sermón del Monte se elabora este tema. El carácter de ellos debía ser completamente distinto de aquel que el mundo admiraba. Debían brillar como luces en las tinieblas predominantes. Su justicia debía exceder la de los escribas y fariseos, tanto en conducta ética como en devoción religiosa, en tanto que su amor debía ser mayor y su ambición más noble que la de sus vecinos paganos.

No existe un solo párrafo del Sermón del Monte en el cual no se delinee este contraste entre las normas cristianas y las no cristianas. Es el tema fundamental y unitario del Sermón; todo lo demás es variación de él. En ocasiones Jesús contrasta a sus seguidores con las naciones paganas o gentiles. Los paganos se aman y se saludan entre sí, pero los cristianos deben amar a sus enemigos (5.44-47); el estilo de orar de los paganos utiliza “vanas

repeticiones”, pero los cristianos deben orar con la atención humilde de hijos que se dirigen a su Padre que está en los cielos (6.7-13); los paganos se preocupan por sus propias necesidades materiales, pero los cristianos deben buscar primero el reino de Dios y su justicia (6.32,33).

Otras veces Jesús puso a sus discípulos en contraste con los judíos y no con los gentiles, es decir no con gente pagana sino con gente religiosa, en particular con los “escribas y fariseos”. El profesor Jeremías tiene toda la razón al distinguir entre estos últimos “dos grupos diferentes” donde “los escribas son los maestros de teología que han tenido algunos años de educación; los fariseos, por otra parte, no son teólogos, sino más bien grupos de laicos piadosos provenientes de todos los sectores de la comunidad”.¹¹ Ciertamente, Jesús opone la moral cristiana a la casuística ética de los escribas (5.21-48) y la devoción cristiana a la piedad hipócrita de los fariseos (6.1-18).

Así pues los seguidores de Jesús deben ser diferentes —diferentes tanto de la iglesia nominal como del mundo secular, diferentes tanto del religioso como del irreligioso. El Sermón del Monte es la delineación más completa de la contracultura cristiana que existe en el Nuevo Testamento. Aquí hay un sistema de valores cristianos, de norma ética, de devoción religiosa, de actitud hacia el dinero, de aspiraciones, de estilo de vida y gama de relaciones del cristiano— todos y cada uno de los cuales están totalmente en discordancia con los del mundo no cristiano. Y esta contracultura cristiana es la vida del reino de Dios, una vida plenamente humana en verdad pero vivida con efectividad bajo el régimen divino.

Llegamos ahora a la introducción editorial del Sermón que hace Mateo, la cual es breve pero impresionante; indica la importancia que él le atribuye.

¹Viendo la multitud, subió al monte; y sentándose, vinieron a él sus discípulos. ²Y abriendo su boca les enseñaba.

Puede haber poca duda de que el propósito principal de Jesús al subir al monte o la montaña a enseñar fue retirarse de la “muchacha gente de Galilea, de Decápolis, de Jerusalén, de Judea y del otro lado del Jordán”,¹² que le había seguido. Había pasado los primeros meses de su ministerio público recorriendo Galilea, “enseñando en las sinagogas de ellos, y predicando el evangelio del reino, y sanando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo”. Como resultado, “se difundió su fama por toda Siria”, y la gente vino en gran número trayendo a sus enfermos para que los sanara.¹³ De modo que tuvo que escapar, no sólo para garantizarse la oportunidad de estar tranquilo y orar, sino también para dar instrucción más concentrada a sus discípulos.

Además, parece probable (como lo han sugerido muchos comentaristas antiguos y modernos) que él, deliberadamente, *subió al monte* para enseñar, con el fin de trazar un paralelo entre Moisés, que recibió la ley en el Monte Sinaí, y él mismo que explicó sus consecuencias a sus discípulos en el así llamado “Monte de las Bienaventuranzas”, el sitio que la tradición asigna al Sermón, en la costa norte del lago de Galilea. Porque, aunque Jesús fue mayor que Moisés y aunque su mensaje fue más evangelio que ley, escogió, como el núcleo de un nuevo Israel, a doce apóstoles que correspondieran a los doce patriarcas y tribus del Israel antiguo. También pretendió ser maestro y señor, dio su propia interpretación autorizada de la ley de Moisés, expidió mandamientos y esperó obediencia. Incluso más tarde invitó a sus discípulos a asumir su “yugo” o someterse a su enseñanza, del mismo modo que antes habían llevado el yugo de la Torá.¹⁴ Algunos eruditos han construido esquemas muy elaborados para demostrar este paralelo. B.W. Bacon en 1918, por ejemplo, argumentaba que Mateo estructuró deliberadamente su Evangelio en cinco secciones, cada una de las cuales terminaba con la fórmula “cuando terminó Jesús...” (7.28; 11.1; 13.53; 19.1; 26.1), para que los “cinco libros de Mateo” correspondieran a los “cinco libros de Moisés” y así fueran un tipo de Pentateuco del Nuevo Testamento.¹⁵

Austin Farrer sugirió un paralelismo diferente, diciendo que Mateo 5-7 se planeó de acuerdo al modelo de Éxodo 20-24: las ocho bienaventuranzas equivalen a los diez mandamientos y el resto del Sermón las expone y aplica del mismo modo que los mandamientos se expusieron y aplicaron en Éxodo.¹⁶

Estos intentos ingeniosos de encontrar paralelos se comprenden porque en muchos pasajes del Nuevo Testamento la obra de salvación de Jesús se describe como un nuevo éxodo,¹⁷ y la vida cristiana como una celebración gozosa de él: “Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta”.¹⁸ Aunque Mateo no asemeja explícitamente a Jesús con Moisés, y legítimamente no podemos pretender más que eso en el Sermón, “la *sustancia* de la Nueva Ley, del Nuevo Sinaí y del Nuevo Moisés” está presente.¹⁹

En todo caso, Jesús *sentándose*, asumió la postura de un rabí o legislador, y *vinieron a él sus discípulos*, para escuchar su enseñanza. Entonces *abriendo su boca* (una expresión que indica la solemnidad de su declaración) *les enseñaba*.

Inmediatamente surgen tres preguntas básicas en la mente del lector moderno que estudia el Sermón del Monte. Es probable que no sea receptivo a la enseñanza de este Sermón a menos que se le dé una respuesta satisfactoria a estas preguntas. En primer lugar, el Sermón del Monte, ¿es una declaración auténtica de Jesús? ¿Lo predicó realmente? En segundo lugar, ¿es pertinente su contenido al mundo contemporáneo, o está irremediablemente pasado de moda? En tercer lugar, ¿pueden alcanzarse sus normas, o debemos descartarlas por ser un ideal no práctico en su mayor parte?

1. ¿Es auténtico el Sermón?

El Sermón del Monte aparece sólo en el primer Evangelio (el de Mateo). En el tercer Evangelio (de Lucas) hay un sermón similar, a veces llamado “el Sermón del Llano”.²⁰ Lucas dice que se pronunció “en un gran llano” al cual Jesús “descendió” después de haber ido “al monte” a orar.²¹ Pero la aparente diferencia de

sitio no debe detenernos, porque “el lugar llano” puede haber sido no un llano o valle sino una meseta en el monte.

Una comparación del contenido de los dos sermones revela inmediatamente que no son idénticos. El de Lucas es bastante más corto, consiste sólo de 30 versículos en contraste con los 107 de Mateo, y cada uno incluye material que está ausente en el otro. No obstante, hay también semejanzas obvias entre ellos. Ambos sermones comienzan con “bienaventuranzas”, terminan con la parábola de los dos cimientos, y en medio contienen la regla de oro, los mandamientos de amar a nuestros enemigos y poner la otra mejilla, la prohibición de juzgar a otros, y las ilustraciones vívidas de la viga o la paja en el ojo, y del árbol y su fruto. Este material común, con un principio y un fin común, sugiere que los dos son versiones de un mismo sermón. Sin embargo, ¿cuál es la relación entre ambos? ¿Cómo vamos a explicar la combinación de semejanzas y variaciones?

Muchos han negado que el Sermón del Monte haya sido, en algún sentido significativo, un “sermón” predicado por Jesús en una ocasión particular. Una característica bien conocida de la práctica editorial del primer evangelista es juntar en una colección algunas de las enseñanzas de Jesús que se relacionen entre sí. El mejor ejemplo lo constituye su serie de siete de las parábolas de nuestro Señor.²² Algunos, por tanto, han argumentado que Mateo 5-7 representa una recopilación de dichos de Jesús, magistralmente entrelazada en forma de sermón por el evangelista, o por una comunidad primitiva cristiana de la cual el evangelista la tomó. Hasta Calvino tenía esta creencia: “El plan de ambos Evangelistas fue recopilar en un lugar los puntos principales de la doctrina de Cristo que se relacionaban con una vida santa y devota”.²³ En consecuencia, el Sermón es “un resumen breve... recopilado de sus muchos y variados discursos”.²⁴

Algunos comentaristas modernos han ido más lejos. Bástenos un ejemplo. W.D. Davies llama al Sermón “una simple colección de sentencias inconexas de diverso origen, un conglomerado”, y luego de una enumeración de la crítica de

fuentes, la crítica de formas y la crítica litúrgica, concluye: “El impacto de la crítica moderna en todas sus formas suscita ciertas dudas sobre la oportunidad de intentar entender esta sección como un conjunto interrelacionado procedente de la *enseñanza efectiva de Jesús*”.²⁵ Más tarde concede que ha habido un cambio de actitud en la así llamada crítica de redacción, la cual al menos acredita a los evangelistas mismos como los autores reales que dieron forma a la tradición que preservaban. Sin embargo, se mantiene escéptico en lo referente a cuánta enseñanza original de Jesús contiene el Sermón del Monte.

La manera en que uno reaccione ante esta clase de crítica literaria dependerá de las suposiciones teológicas fundamentales que uno tenga sobre Dios mismo, la naturaleza y propósito de su revelación en Cristo, la obra del Espíritu Santo y la veracidad del evangelista. En lo personal, hallo difícil aceptar cualquier punto de vista sobre el Sermón que atribuya su contenido a la iglesia primitiva más que a Jesús, o que lo considere como una amalgama de sus dichos entresacados de varias ocasiones. La razón principal es que tanto Mateo como Lucas presentan su material como un sermón de Cristo, y parecen proponerse que sus lectores lo entiendan como tal. Ambos le dan un contexto histórico y geográfico preciso, lo circunscriben a sus primeros años de ministerio en Galilea y afirman que lo pronunció “en el monte” o “en un lugar llano” del monte. Mateo registra la reacción de admiración de la multitud cuando terminó, debida en especial a la autoridad con que había hablado.²⁶ Y ambos dicen que cuando terminó “entró en Capernaum”.²⁷

Esto no quiere decir, no obstante, que ambos evangelistas nos entreguen la *ipsissima verba* de todo el sermón. Es obvio que no lo hacen, porque en todo caso Jesús habló en arameo, y ambos Evangelios provienen de una traducción al griego. Además, como hemos visto, sus versiones difieren entre sí. Hay varias formas posibles de explicar esto. O ambos dan sus traducciones y selecciones individuales, habiéndolas tomado de una fuente común o de fuentes independientes, o Lucas da un resumen más breve, omitiendo una buena parte, mientras Mateo

registra más, si no la mayoría, de él. O Mateo trabaja en detalle un sermón originalmente más corto, ampliándolo al añadir de otros contextos declaraciones auténticas y peculiares de Jesús. Podríamos aun aseverar que el Espíritu Santo dirigió la selección y arreglo.

En cuanto a mí, prefiero la sugerencia del profesor A. B. Bruce en su comentario de 1897. Él creía que el material contenido en Mateo 5-7 representa la instrucción “no de una sola hora o un día, sino de un período de retiro”.²⁸ Conjeturaba que Jesús pudo haber tenido a sus discípulos con él en el monte para una especie de “escuela bíblica de vacaciones”. Por tanto, se refería a estos capítulos no como “el Sermón de nuestro Señor en el Monte” (una expresión usada por primera vez por Agustín) sino como “la enseñanza en la Montaña”.²⁹ Además, el Sermón tal como está registrado en Mateo hubiese durado solamente alrededor de diez minutos, de modo que lo que probablemente nos ofrecen los evangelistas son sus propios resúmenes condensados.

2. ¿Es pertinente el Sermón?

Si el Sermón es pertinente o no para la vida moderna sólo puede juzgarse mediante un examen detallado de su contenido. Lo que se nota inmediatamente es que, como quiera que haya sido compuesto, forma un todo maravillosamente coherente. Retrata la conducta que Jesús esperaba de cada uno de sus discípulos, quienes son también así ciudadanos del reino de Dios. Vemos al discípulo como es en sí mismo, en su corazón, motivaciones y pensamientos, y en el lugar secreto con su Padre. También lo vemos en el campo de la vida pública, en sus relaciones con sus congéneres, mostrando misericordia, trabajando por la paz, siendo perseguido, actuando como sal, dejando que su luz brille, amando y sirviendo a los demás (incluso a sus enemigos) y dedicándose sobre todas las cosas al extendimiento del reino de Dios y su justicia en el mundo. Quizás un breve análisis del Sermón ayude a demostrar su pertinencia para nosotros en el siglo XX.

a. El carácter del cristiano (5.3-12)

Las bienaventuranzas acentúan ocho señales principales del carácter y la conducta del cristiano, especialmente en relación con Dios y con los hombres, y la bendición divina que descansa sobre aquellos que exhiben estas señales.

b. La influencia del cristiano (5.13-16)

Las dos metáforas de sal y luz indican la influencia para bien que los cristianos ejercerán en la comunidad si (y sólo si) mantienen su carácter distintivo tal como se retrata en las bienaventuranzas.

c. La justicia del cristiano (5.17-48)

¿Cuál debe ser la actitud del cristiano hacia la ley moral de Dios? ¿Es abolida la categoría misma de ley en la vida cristiana, como lo afirman extrañamente los defensores de la “nueva moralidad” y de la escuela “ya no estamos bajo la ley”? No. Jesús no había venido a abolir la ley y los profetas, dijo, sino a cumplirlos. Continuó declarando que la grandeza en el reino de Dios se determinaba mediante la conformidad con la enseñanza moral de la ley y los profetas, y que la entrada en el reino era imposible sin una justicia mayor que la de los escribas y fariseos (5.17-20). Dio entonces seis ilustraciones de esta mayor justicia cristiana (5.21-48), relacionándola con el asesinato, el adulterio, el divorcio, los juramentos, la venganza y el amor. En cada antítesis (“Oísteis que fue dicho... pero yo os digo...”) rechazó la tradición acomodaticia de los escribas, reafirmó la autoridad de las Escrituras del Antiguo Testamento y destacó las implicaciones plenas y exactas de la ley moral de Dios.

d. La piedad del cristiano (6.1-18)

En su “piedad” o devoción religiosa los cristianos no deben asemejarse ni a los fariseos en su despliegue hipócrita, ni a los paganos en su formalismo mecánico. La piedad cristiana debe distinguirse sobre todo por su realidad, por la sinceridad de los hijos de Dios que viven en la presencia de su Padre celestial.

e. La ambición del cristiano (6. 19-34)

La “mundanalidad” que los cristianos deben evitar puede tomar tanto forma religiosa como secular. Así que debemos distinguirnos de los no cristianos no sólo en nuestras devociones, sino también en nuestras aspiraciones o ambiciones. En particular, Cristo cambia nuestra actitud hacia el bienestar y las posesiones materiales. Es imposible adorar a Dios y al dinero; hemos de escoger entre ambos. La gente secular se preocupa por la búsqueda de alimento, bebida y vestido. Los cristianos deben estar libres de estas ansiedades materiales egocéntricas y entregarse al extendimiento del reino y la justicia de Dios. Es decir, nuestra ambición suprema debe ser la gloria de Dios y no nuestra propia gloria ni siquiera nuestro propio bienestar material. Es cuestión de qué “buscamos primero”.

f. Las relaciones del cristiano (7.1-20)

Los cristianos estamos atrapados en una red compleja de relaciones, cada una de las cuales surge de nuestra relación con Cristo. Una vez que nos hemos relacionado adecuadamente con él, todas nuestras relaciones se ven afectadas. Se crean nuevas relaciones; las relaciones antiguas cambian. De modo que no debemos juzgar a nuestro hermano sino servirlo (1-5). Debemos también evitar ofrecer el evangelio a aquellos que terminantemente lo han rechazado (6), debemos permanecer en oración a nuestro Padre celestial (7-12) y guardarnos de los falsos profetas que impiden que la gente encuentre la puerta estrecha y el camino angosto (13-20).

g. La entrega del cristiano (7.21-27)

El asunto esencial, planteado por todo el Sermón, concierne a la autoridad del predicador. No basta llamarlo “Señor” (21-23), ni escuchar su enseñanza (24-27). La cuestión básica es si hay coherencia entre nuestra actitud y lo que decimos y si actuamos en base a lo que oímos. De esta entrega depende nuestro destino eterno. Sólo el hombre que obedece a Cristo como Señor es sabio.

Porque sólo él está construyendo su casa sobre la roca, que no podrán minar las tormentas de la adversidad ni las del juicio.

Las multitudes se admiraban de la autoridad con la que enseñaba Jesús (28,29). A esa autoridad debemos someternos sus seguidores en cada generación. El asunto del señorío de Jesucristo es tan pertinente hoy, en principio y en aplicación detallada, como lo fue cuando predicó originalmente su Sermón del Monte.

3. ¿Es práctico el Sermón?

Esta tercera pregunta es la del pragmático. Una cosa es estar convencido de la pertinencia del Sermón en teoría, y otra muy distinta estar seguro de que funcionará en la práctica. ¿Son alcanzables sus normas? ¿O debemos descansar contentos con el solo hecho de admirarlas ávidamente desde lejos?

Tal vez la mayoría de los lectores y comentaristas, encontrándose frente a frente con la realidad de la perversidad humana, declaren que las normas del Sermón del Monte no pueden alcanzarse. Sus ideales son nobles pero no son prácticos, dicen, atraen a la imaginación pero son imposibles de cumplir. Frente al egoísmo esencial del hombre se cuestionan cómo puede ser manso. Conocen su pasión sexual imperiosa; ¿cómo puede entonces refrenar sus miradas y pensamientos codiciosos? Saben que está absorbido por los intereses del mundo; ¿cómo puede entonces prohibírsele que se preocupe? Saben de su tendencia a enojarse y de su sed de venganza; ¿cómo se puede entonces esperar que ame a sus enemigos? Más aun, la demanda de volver la otra mejilla al agresor ¿no es a la vez peligrosa para el bienestar de la sociedad y algo fuera del alcance del individuo? Invitar de este modo a una violencia mayor no sólo deja sin restricciones a la violencia, sino que la promueve en forma activa. No. El Sermón del Monte no tiene valor práctico ni para los individuos ni para las comunidades. En el mejor de los casos, representa el idealismo impráctico de un visionario. Es un sueño que nunca podrá convertirse en realidad.

Una modificación de este punto de vista, expresada por primera vez por Johannes Weiss en 1892 y popularizada más tarde por Albert Schweitzer, es que Jesús estaba haciendo demandas excepcionales para una situación excepcional. Como creían que Jesús esperaba que el fin de la historia llegara casi inmediatamente, argumentaban que Jesús dio en esta ocasión a sus discípulos una “ética temporal”, que requería que ellos hicieran sacrificios absolutos como abandonar sus posesiones y amar a sus enemigos —sacrificios propios sólo de un momento de crisis. En este caso, el Sermón del Monte se convierte en una especie de “ley marcial”,³⁰ sólo justificada por un estado de emergencia de gran importancia. Enfáticamente no es una ética para la vida cotidiana.

Y han existido muchos otros intentos de acomodar el Sermón del Monte a nuestros bajos niveles de capacidad moral. En el cuarto y quinto capítulo de su libro *Understanding the Sermon on the Mount*, Harvey McArthur echa primero un vistazo general y luego evalúa no menos de doce formas diferentes de interpretar el Sermón.³¹ Dice que hubiera podido muy bien subtítular esta sección “Versiones y Evasiones del Sermón del Monte”, porque todas, excepto una de las doce interpretaciones, ofrecen prudentes limitaciones o restricciones a sus demandas aparentemente absolutas.

En el extremo opuesto se encuentran aquellas almas superficiales que afirman con ligereza que el Sermón del Monte expresa normas éticas que son verdaderas por evidencia propia, comunes a todas las religiones y fáciles de seguir. “Vivo de acuerdo con el Sermón del Monte”, dicen. La reacción más caritativa hacia esa gente es suponer que nunca han leído el Sermón que catalogan tan confiadamente mal como un lugar común. Bastante diferente fue León Tolstoi, aunque también creía que el Sermón del Monte se había predicado para obedecerse. Se vio a sí mismo como un rotundo fracaso, pero mantuvo la creencia de que los preceptos de Jesús podían practicarse, y puso su convicción en los labios del príncipe Neklhudov, héroe de su última gran novela *Resurrección*, que se publicó en 1899-1900.

Al príncipe de Tolstoi se lo reconoce generalmente como un retrato del mismo Tolstoi, y un retrato muy poco disfrazado. Al final de la novela, Neklhudov relee el Evangelio de Mateo. Ve en el Sermón del Monte “no bellos pensamientos abstractos que presentaban en su mayoría demandas imposibles y exageradas, sino mandamientos simples, claros, perfectamente realizables, y cuyo solo cumplimiento (y éste era bastante factible) bastaría para establecer un orden social nuevo, en el cual la violencia que llenó a Neklhudov de tal indignación no sólo desaparecería, sino que se realizaría la bendición suprema que el hombre puede alcanzar y esperar —el reino de los cielos en la tierra”.

Neklhudov, sentado, miraba absorto la luz de la lámpara que ardía con lentitud, y su corazón cesó de latir. Recordando toda la confusión monstruosa de la vida que llevamos, se imaginó como sería esta vida si a la gente se la enseñara a obedecer con sencillez estos mandamientos, y un éxtasis tal como no había sentido en mucho tiempo le invadió el alma. Fue como si después de muchos sufrimientos alcanzara por fin y en forma repentina, la paz y la liberación.

No durmió aquella noche, comprendiendo por primera vez, como les ocurre en todos los casos a quienes leen los Evangelios, el significado pleno de aquellas palabras leídas y repasadas innumerables veces en el pasado. Como la esponja absorbe el agua bebió, con la avidez de un sediento, todas las noticias vitales, importantes y gozosas que el libro le revelaba. Y todo lo que leía le parecía familiar; confirmaba y volvía real aquello que por largo tiempo había sabido, pero nunca había entendido en plenitud ni creído en realidad. Pero ahora entendía y creía...

Se dijo: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. Pero nosotros buscamos todas estas cosas y obviamente fracasamos en obtenerlas.

“Esta, pues, será desde hoy la obra de mi vida. Una tarea está completa y otra está lista en mis manos”.

Aquella noche empezó para Neklhudov una vida completamente nueva, no sólo porque había entrado en nuevas condiciones de vida sino porque todo lo que le sucediera de ahí en adelante tendría para él un significado completamente diferente. ¿Cómo terminaría este nuevo capítulo de su vida? Sólo el porvenir se encargaría de revelarlo.³²

Tolstoi encarnó en carne propia la tensión entre lo ideal y la realidad. Porque por un lado estaba convencido de que era “bastante factible” obedecer el Sermón del Monte, mientras que por otro su propio cumplimiento mediocre le decía que no lo era. La verdad no se halla en ninguna de las dos posiciones extremas. Porque las normas del Sermón no son ni fácilmente alcanzables por todos los hombres, ni totalmente inalcanzables para cualquier hombre. Colocarlas fuera del alcance de cualquiera sería ignorar el propósito que Cristo tuvo al predicar el Sermón; decir que están al alcance de cualquiera sería ignorar la realidad del pecado del hombre. Pueden ser alcanzados perfectamente, pero sólo por aquellos que han experimentado el nuevo nacimiento que Jesús presentó a Nicodemo como la condición indispensable para ver y entrar al reino de Dios. Porque la Justicia que él describió en el Sermón del Monte es una justicia interior. Aunque se manifiesta exteriormente y de manera visible en palabras, obras y relaciones, sigue siendo esencialmente una justicia del corazón. Es lo que un hombre piensa en su corazón y el lugar donde fija su corazón³³ lo que realmente importa. También aquí es donde reside el problema. Porque los hombres son por naturaleza “malos”.³⁴ Es del interior de su corazón que viene lo malo³⁵ y es de lo que hay en su corazón que habla su boca, así como es el árbol que determina su fruto. De modo que no existe más que una solución: “Haced el árbol bueno, y su fruto bueno”.³⁶ Es esencial un nuevo nacimiento.

Sólo una creencia en la necesidad y posibilidad del nuevo nacimiento puede protegernos de leer el Sermón del Monte con un optimismo insensato o con una ansiedad desesperanzada. Jesús dirigió el Sermón a aquellos que ya eran sus discípulos y por eso también ciudadanos del reino de Dios e hijos en la familia de Dios.³⁷ Las altas normas que fijó son apropiadas sólo para tales. No logramos, ni podríamos lograr esta condición privilegiada alcanzando las normas de Cristo. Antes bien, al alcanzar sus normas, o al menos acercarnos a ellas, damos evidencia de que por la libre gracia y don de Dios ya poseemos aquella condición.

Mateo 5.3-12

El carácter del cristiano: las bienaventuranzas

³Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

⁴Bienaventurados los que lloran, porque ellos recibirán consolación.

⁵Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad.

⁶Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

⁷Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

⁸Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios.

⁹Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

¹⁰Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

¹¹Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo.

¹²Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Quien haya oído alguna vez de Jesús de Nazaret y conozca algo de su enseñanza, seguramente estará familiarizado con las bienaventuranzas que inician el Sermón del Monte.

Su sencilla forma de expresión y la profundidad de pensamiento que contienen han atraído a cada nueva generación de cristianos, y a muchos otros. Cuanto más exploramos sus implicaciones, más significado surge para explorar. Su riqueza es inagotable. No podemos sondear sus profundidades. En verdad, "Aquí nos encontramos cerca del cielo".¹

Antes de estar preparados para considerar cada bienaventuranza por separado, debemos responder a tres preguntas generales sobre ellas. Tienen que ver con las personas que se describen, las cualidades que se elogian y las bendiciones que se prometen.

a. Las personas que se describen

Las bienaventuranzas exponen la naturaleza equilibrada y multicolor del pueblo cristiano. No existen ocho grupos separados y distintos de discípulos, algunos de los cuales son mansos, en tanto que otros son misericordiosos y a otros más se los llama a padecer persecución. Se trata, por el contrario, de ocho cualidades del mismo grupo constituido por quienes a la vez son mansos y misericordiosos, son pobres en espíritu y de limpio corazón, lloran y tienen hambre, pacifican y se los persigue.

Más aun, el grupo que exhibe estas marcas no es un grupo elitista, una pequeña aristocracia espiritual alejada del común de los cristianos. Por el contrario, las bienaventuranzas detallan la concepción de Cristo sobre lo que en esencia debe ser cada cristiano. Todas las cualidades deben caracterizar a todos y cada

uno de sus seguidores. Así como los nueve aspectos del fruto del espíritu que menciona Pablo deben cosecharse en el carácter de cada cristiano, las ocho bienaventuranzas de las que habla Cristo describen su ideal para cada ciudadano del reino de Dios. A diferencia de los dones del Espíritu, que él distribuye a diferentes miembros del cuerpo de Cristo a fin de equiparlos para diferentes tipos de servicio, el mismo Espíritu se encarga de desarrollar estas gracias cristianas en todos nosotros. No podemos huir de nuestra responsabilidad de anhelarlas todas.

b. Las cualidades que se elogian

Es bien sabido que hay por lo menos una discrepancia verbal entre las bienaventuranzas del evangelio de Mateo y las del evangelio de Lucas. Así, Lucas escribe "Bienaventurados los pobres", mientras que Mateo dice "Bienaventurados los pobres en espíritu". Asimismo, Lucas dice "Bienaventurados los que ahora tenéis hambre", donde Mateo registra "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia".

Debido a esto, algunos han argumentado que la versión de Lucas es la verdadera; que Jesús estaba haciendo un juicio social o sociológico acerca del pobre y del hambriento; que estaba prometiendo alimento al desnutrido y al proletario riquezas en el reino de Dios; y que Mateo espiritualizó las que originalmente habían sido promesas materiales.

Pero no es posible hacer esta interpretación, a menos que estemos dispuestos a creer que Jesús se contradijo o que los evangelistas fueron lo suficientemente torpes como para hacerlo aparecer de ese modo. Porque en el desierto de Judea, en las tentaciones que Mateo narra en el capítulo anterior, Jesús había rehusado convertir las piedras en pan y había repudiado la idea de establecer un reino material. A lo largo de todo su misterio rechazó consecuentemente la misma tentación. Cuando la alimentación de los cinco mil indujo a la multitud "a venir para apoderarse de él y hacerle rey", Jesús inmediatamente se retiró al monte solo.² Y cuando Pilato le preguntó si había algo de cierto en los cargos que los líderes judíos tenían contra él y si de hecho

él tenía aspiraciones políticas, su respuesta no fue ambigua: “Mi reino no es de este mundo.”³ Es decir que tiene un origen diferente y, por lo tanto, un carácter diferente.

Decir esto no significa sugerir que Jesús era indiferente al hambre y la pobreza física. Por el contrario, tuvo compasión del necesitado y alimentó al hambriento y dijo a sus seguidores que hicieran lo mismo. Pero la bendición de su reino no fue primordialmente de carácter económico.

Además, si bien no estaba ofreciendo alivio físico en forma inmediata, tampoco lo estaba prometiendo en un cielo futuro y, mientras tanto, declarando “benditos” al pobre y al hambriento. Sin duda, en algunas circunstancias Dios puede usar la pobreza como medio de bendición espiritual, del mismo modo que la riqueza puede convertirse en obstáculo para esta bendición. Pero esto no hace que la pobreza en sí misma se convierta en una condición deseable que Jesús bendiga. La iglesia ha estado siempre equivocada cuando ha usado la primera bienaventuranza para ignorar la pobreza de las masas o para alabar la pobreza voluntaria de monjes y otros que han hecho voto de renuncia a sus posesiones. En verdad, Cristo todavía llama a algunos a una vida de pobreza, pero su llamado no surge justamente en esta bienaventuranza.

No. La pobreza y el hambre a las cuales se refiere Jesús en las bienaventuranzas son estados espirituales. Son “los pobres *en espíritu*” y “los que tienen hambre y sed *de justicia*” a los que declara bienaventurados. Y es posible deducir de esto que las otras cualidades que menciona también son espirituales. Es cierto que la palabra aramea que usó Jesús puede haber sido simplemente “pobre”, como se encuentra en la versión de Lucas. Pero “los pobres”, los pobres de Dios, ya eran un grupo claramente definido en el Antiguo Testamento y Mateo estuvo en lo cierto al traducir “pobres en espíritu”. Porque “los pobres” no eran tanto los abatidos por la pobreza sino los piadosos que —en parte porque estaban necesitados, oprimidos, tiranizados o en otro modo afligidos— habían puesto su fe y esperanza en Dios.

c. *Las bendiciones que se prometen*

Se elogia cada cualidad y a cada persona que la exhibe se la declara “bienaventurada” o “bendita”. La palabra griega *makarios* puede significar y significa “feliz”. Por eso LA traduce las palabras iniciales de cada bienaventuranza, “¡Felices los..!” Y varios comentaristas las han explicado como la prescripción de Jesús para la felicidad humana. El esfuerzo más ingenioso que conozco fue elaborado por Ernest M. Ligon del Departamento de Psicología del Union College, Schenectady, New York, en su libro *The psychology of Christian personality*.⁴ Reconociendo su deuda a Harry Emerson Fosdick, se dedica a interpretar el Sermón del Monte “desde el punto de vista de la salud mental: (p. vii). “El error más significativo que los hombres han cometido al interpretar estos versículos de Jesús (léase bienaventuranzas)”, escribe, “es el fracaso en fijarse en la primera palabra de cada una de ellas: *felices*”.⁵ Desde su perspectiva ellas “constituyen la teoría de Jesús sobre la felicidad”.⁶ No son tanto deberes éticos sino “una serie de ocho actitudes emocionales fundamentales. Si un hombre reacciona a su medio ambiente en el espíritu de ellas, su vida será una vida feliz”,⁷ porque habrá descubierto la “fórmula básica para la salud mental”.⁸ En particular, según el Dr. Ligon, el Sermón hace hincapié en las “fuerzas” de fe y amor, la “fe experimental” y el “amor paternal”. Estos dos principios son indispensables para el desarrollo de “personalidades fuertes y sanas”.⁹ No solamente el caos del temor puede vencerse por la fe y el enojo destructivo por el amor, sino que también “el complejo de inferioridad y sus diversos productos” pueden vencerse por la Regla de Oro.¹⁰

No es necesario descartar esta interpretación considerándola completamente falaz. Porque nadie sabe mejor que nuestro Creador cómo podemos convertirnos en seres verdaderamente humanos. Él nos hizo. Sabe cómo funcionamos mejor. Es mediante la obediencia a sus propias leyes morales que nos encontramos y realizamos. Y todos los cristianos podemos atestiguar, a partir de la propia experiencia, que existe una conexión íntima entre la santidad y la felicidad.

No obstante, es un error serio interpretar *makarios* como “felices”. Porque la felicidad es un estado subjetivo, en tanto que Jesús está haciendo un juicio objetivo sobre estas personas. No está declarando cómo se sienten (“felices”), sino cómo Dios las considera y lo que son por eso: “bienaventuradas” o “benditas”.

¿En qué consiste esta bendición? La segunda mitad de cada bienaventuranza lo esclarece. Estas personas poseen el reino de los cielos y heredan la tierra. Los que lloran son consolados y los que tienen hambre, saciados. Reciben misericordia, ven a Dios, son llamados hijos de Dios. Su recompensa celestial es grande. Y todas estas bendiciones vienen juntas. Del mismo modo que las ocho cualidades describen a cada cristiano (por lo menos en lo ideal), las ocho bendiciones también se otorgan a cada cristiano. Es cierto que la bendición particular que se promete a cada caso es adecuada a la cualidad particular que se menciona. Al mismo tiempo, seguramente no es posible heredar el reino de los cielos sin heredar la tierra, ser consolado sin ser saciado, o ver a Dios sin recibir su misericordia y ser llamado su hijo. Las ocho cualidades juntas constituyen las responsabilidades, y las ocho bendiciones los privilegios de ser ciudadano del reino de Dios. Esto es lo que significa disfrutar del reinado de Dios.

Estas bendiciones, ¿son para el presente o para el futuro? En lo personal, creo que la única respuesta posible es “para ambos”. Algunos comentaristas, sin embargo, han insistido en que son para el futuro, y han puesto el acento en la naturaleza “escatológica” de las bienaventuranzas. Ciertamente la segunda parte de la última bienaventuranza promete al perseguido una gran recompensa en los cielos, y ésta tiene que ser en el futuro (11-12). Ciertamente también sólo en la primera y octava bienaventuranzas la bendición se expresa en tiempo presente, “de ellos es el reino de los cielos” (3, 10); y es probable que aun en estos casos este verbo no apareciera en el discurso original de Jesús en arameo. Las otras seis bienaventuranzas tienen el verbo en futuro simple (recibirán, serán, etc.). Sin embargo, resulta claro por el resto de la enseñanza de Jesús que el reino de Dios es una realidad actual la cual podemos “recibir”, “heredar” y a la

que podemos “entrar” ahora. De manera similar, podemos alcanzar misericordia y consuelo ahora, podemos convertirnos en hijos de Dios ahora, y es en esta vida que nuestra hambre puede ser saciada y nuestra sed apagada. Jesús prometió todas estas bendiciones a sus seguidores aquí y ahora. La promesa de que “veremos a Dios” puede sonarnos como una referencia a la “visión beatífica” final,¹¹ y sin duda la incluye. Pero comenzaremos ya a ver a Dios en esta vida en la persona de su Cristo¹² y con la vista espiritual.¹³ Incluso comenzamos a “heredar la tierra” en esta vida puesto que si somos de Cristo todo es ya nuestro, “sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir”.¹⁴

Así pues las promesas de Jesús en las bienaventuranzas tienen tanto un cumplimiento presente como futuro. Disfrutamos los primeros frutos ahora; la cosecha plena está aún por llegar. Y, como el profesor Tasker señala correctamente, “El tiempo futuro... enfatiza la certidumbre de ellas y no meramente su cumplimiento futuro. Los que lloran *verdaderamente* serán consolados, etc.”¹⁵

Esto nos conduce a otra pregunta sobre las “bendiciones” que Jesús prometió. Es un problema que no podemos evitar. ¿No enseñan las bienaventuranzas una doctrina de salvación mediante mérito humano y buenas obras, incompatible con el evangelio? ¿No afirma Jesús claramente, por ejemplo, que el misericordioso alcanzará misericordia y el de limpio corazón verá a Dios? ¿Y no implica esto que al mostrar misericordia ganamos misericordia y al volvernos limpios de corazón logramos ver a Dios?

Algunos intérpretes han defendido temerariamente esta misma tesis. Han tratado de describir el Sermón del Monte como nada más ni nada menos que una forma ligeramente cristianizada de la ley veterotestamentaria y de la ética del judaísmo. He aquí a Jesús el rabí, Jesús el dador de la ley, dicen, expidiendo mandamientos, esperando obediencia y prometiendo salvación a aquellos que responden. Probablemente, el más franco exponente de este punto de vista

ha sido Hans Windisch en su libro *The meaning of the Sermon on the Mount* (1929). Pone el énfasis en la “exégesis histórica” y rechaza lo que denomina la “exégesis paulinizante”, con lo cual quiere decir tratar de interpretar el Sermón en forma que armonice con el evangelio de gracia de Pablo. Desde su perspectiva esto no puede hacerse. “Desde el punto de vista de Pablo, Lutero y Calvino la soteriología del Sermón del Monte es irremediabilmente herética”.¹⁶ En otras palabras, predica la ley, no el evangelio, y ofrece justicia por las obras y no por la fe. De modo que “existe aquí una brecha entre Jesús y Pablo que ningún arte de exégesis teológica puede cubrir”.¹⁷ H. Windisch va aun más lejos. Especula que el énfasis de Pablo en la salvación gratuita había dirigido a muchos a considerar las buenas obras como superfluas, ¡y que Mateo deliberadamente compuso el Sermón del Monte como una suerte de tratado antipaulino!¹⁸

Este mismo temor de que las promesas que el Sermón del Monte contiene dependan para su cumplimiento del mérito humano condujo a J.N. Darby a relegarlas a la futura “era del reino”. Su dispensacionalismo fue popularizado por la Biblia de Scofield (1909), la cual al comentar 5.2, llama al Sermón “pura ley”, aunque concede que sus principios tienen “una hermosa aplicación moral para el cristiano”.

Pero tanto las especulaciones de H. Windisch como los temores de los fundamentalistas no tienen base. En verdad, la primera bienaventuranza misma proclama salvación por gracia y no por obras, porque promete el reino de Dios a “los pobres en espíritu”, es decir, a las personas que están tan agobiadas espiritualmente por la pobreza que no tienen absolutamente ningún mérito que ofrecer. El lector puede adivinar con qué ardiente indignación Lutero repudió la sugerencia hecha por algunos de su época de que el Sermón del Monte ¡enseña salvación por méritos! Añadió en su exposición una larga postdata de diez páginas para contradecir esta monstruosa idea. En ella castigaba a “aquellos necios y falsos predicadores” que “han llevado a la conclusión de que entramos al reino de los cielos y somos salvados por nuestras propias obras y acciones”.¹⁹

Esta “abominación de los sofistas”, pone el evangelio tan al revés, declara, que “equivale a echar por tierra el techado, trastornar los cimientos, erigir la salvación sobre mera agua, quitar a Cristo completamente de su trono y poner nuestras obras en su lugar”.²⁰

¿Cómo podemos explicar, entonces, las expresiones que Jesús usa en las bienaventuranzas, así como el énfasis total del Sermón en la justicia? La respuesta correcta parece ser que el Sermón del Monte como una suerte de “nueva ley”, a la manera de la ley antigua, tiene dos propósitos divinos, que Lutero mismo entendió claramente. En primer lugar, muestra al no cristiano que no puede agradar a Dios por sí mismo (porque no puede obedecer la ley) y de este modo lo dirige hacia Cristo para que sea justificado. En segundo lugar, muestra al cristiano que ya ha acudido a Cristo para su justificación, cómo vivir de modo que agrade a Dios. De manera más simple, como solían resumirlo los Reformadores y los Puritanos, la ley nos envía a Cristo para que seamos justificados, y Cristo nos envía de vuelta a la ley para que seamos santificados.

No cabe duda de que el Sermón del Monte tiene, sobre muchas personas, el primer efecto mencionado. Cuando lo leen, las conduce a la desesperación. Ven en él un ideal inalcanzable. ¿Cómo pueden desarrollar esta justicia de corazón, volver la otra mejilla, amar a sus enemigos? Es imposible. ¡Tienen razón! En este sentido, el Sermón es “Mosísimus Moisés” (expresión de Lutero); “Es Moisés cuadruplicado, Moisés multiplicado al grado más alto”,²¹ porque es una ley de justicia interior que ningún hijo de Adán puede jamás obedecer. Por consiguiente, sólo puede condenarnos y hacer indispensable el perdón de Cristo. ¿No podemos decir que esto era una parte del propósito del Sermón? Es cierto que Jesús no lo dice así explícitamente, a menos que esté dicho en la primera bienaventuranza como ya se mencionó. Pero está implícito a lo largo de la nueva ley tal como lo está en la antigua.

Lutero es todavía más claro en lo referente al segundo propósito del Sermón: “Cristo no dice nada en este Sermón sobre cómo volverse cristianos, sino solamente sobre las obras y el fruto

que nadie puede tener a menos que ya sea cristiano y se encuentre en estado de gracia.”²² Todo el Sermón, de hecho, presupone una aceptación del evangelio (como lo entendieron Crisóstomo y Agustín), una experiencia de conversión y nuevo nacimiento, y al Espíritu Santo morando en la persona. Describe cómo son (o deben ser) las personas nacidas de nuevo, los cristianos. De modo que las bienaventuranzas manifiestan las bendiciones que Dios otorga (no como recompensa al mérito, sino como don de gracia) sobre aquellos en quienes está obrando tal carácter.

El profesor Jeremías, quien se refiere a la primera explicación (“la teoría del ideal imposible”) como “ortodoxia luterana”²³ y no menciona que el mismo Lutero dio también esta segunda explicación, sugiere que el Sermón fue usado como “un catecismo cristiano primitivo” y por consiguiente presupone que los oyentes ya eran cristianos: “Fue precedido por la proclamación del Evangelio; y por la conversión, al ser subyugados por las Buenas Nuevas”.²⁴ Así el Sermón “se dirige a hombres que ya han recibido el perdón, que han encontrado la perla de gran precio, que han sido invitados a la fiesta de bodas, que mediante su fe en Jesús pertenecen a la nueva creación, al nuevo mundo de Dios”.²⁵ En este sentido, entonces “el Sermón del Monte no es Ley, sino Evangelio”. Para hacer clara la diferencia entre los dos, continúa, uno debería evitar términos como “moralidad cristiana” y hablar en cambio de “fe vivida”, porque “así se afirma claramente que el don de Dios precede a sus demandas”.

El profesor A. M. Hunter provechosamente coloca este asunto en el contexto de todo el Nuevo Testamento: “El Nuevo Testamento pone en claro que el mensaje de la iglesia primitiva siempre... tuvo dos aspectos, —uno teológico, el otro ético: (i) el Evangelio que los apóstoles predicaron; y (ii) el Mandamiento, que surgió del Evangelio, que ellos enseñaron a aquellos que aceptaron el Evangelio. El Evangelio era una declaración de lo que Dios, en su gracia, había hecho por los hombres mediante Jesucristo; el Mandamiento era una afirmación de lo que Dios requería de los hombres que habían llegado a ser objetos de su acción de gracia”.²⁷ El apóstol Pablo dividió comúnmente sus

cartas de esta forma, con una sección doctrinal primero y luego una sección práctica. “Pero en esto”, A. M. Hunter continúa, “Pablo estaba solamente haciendo lo que su Señor había hecho antes que él. Jesús no sólo proclamó que el reino de Dios había llegado con él mismo y su obra; también colocó ante sus discípulos el ideal moral de ese reino... Es el ideal que se vislumbra en el Sermón del Monte”.²⁸

Para resumir estos tres puntos introductorios relacionados con las bienaventuranzas, podemos decir que las personas que se describen constituyen la generalidad de los discípulos cristianos, al menos en lo ideal; que las cualidades elogiadas son cualidades espirituales; y que la bendición prometida (como un don gratuito, imposible de ganar) es la bendición gloriosamente incluyente del reinado de Dios, saboreada ahora y consumada más tarde, que incluye la herencia de tierra y cielos, consuelo, satisfacción y misericordia, la visión de Dios y la cualidad de ser sus hijos.

Estamos ahora listos para mirar las bienaventuranzas en detalle. Se han intentado diversas clasificaciones. Ciertamente, ellas no son un catálogo fortuito sino, en palabras de Crisóstomo, “una suerte de cadena de oro”.²⁹ Quizás la división más simple es ver las primeras cuatro como las que describen la relación del cristiano con Dios, y las segundas cuatro como las que describen sus relaciones y deberes con sus congéneres.

1. Los pobres en espíritu (3)

Ya se ha mencionado que el Antiguo Testamento provee el trasfondo necesario para interpretar esta bienaventuranza. Al principio, ser “pobre” quería decir estar en necesidad material literal. Pero gradualmente, debido a que el necesitado no tenía otro refugio que Dios,³⁰ la “pobreza” llegó a tener visos espirituales y a identificarse con dependencia humilde de Dios. Así, el salmista se designó a sí mismo “este pobre” que clamó a Dios en su necesidad, “Y le oyó Jehová, y lo libró de todas sus angustias”.³¹ El “pobre” en el Antiguo Testamento es aquel que está afligido y es incapaz de librarse por sí mismo, y que, por

consiguiente, mira a Dios en busca de salvación, al mismo tiempo que reconoce que no tiene derecho a ningún reclamo. Esta clase de pobreza espiritual se elogia especialmente en Isaías. Es a “los afligidos y menesterosos”, los que “buscan las aguas, y no las hay; seca está de sed su lengua”, a quienes Dios promete “en las alturas abriré ríos, y fuentes en medio de los valles”, y “abriré en el desierto estanques de aguas, y manantiales de aguas en la tierra seca”.³² Los “pobres” se describen también como personas de “espíritu humilde y quebrantado”; a ellos mira Dios y con ellos (aunque es “el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo”) se complace en habitar.³³ Es para los tales que el ungido del Señor proclamaría buenas noticias de salvación, profecía que Jesús conscientemente cumplió en la sinagoga de Nazaret: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres”.³⁴ Más aun, el rico tendía a hacer componendas con el paganismo circundante; era el pobre el que se mantenía fiel a Dios. Así riqueza y mundanalidad, pobreza y piedad, iban juntas.

Por eso, ser “pobre en espíritu” es reconocer nuestra pobreza espiritual, nuestra bancarrota espiritual, delante de Dios. Porque somos pecadores que estamos bajo la santa ira de Dios, y no merecemos nada más que el juicio de Dios. No tenemos nada que ofrecer, nada que abogar, nada con lo cual comprar el favor celestial.

Tal como soy, en aflicción,
expuesto a muerte y perdición,
buscando vida y perdón,
bendito Cristo, heme aquí³⁵

Este es el idioma del pobre en espíritu. No nos corresponde otro lugar excepto aquel al lado del publicano de la parábola de Jesús, que clamaba sin alzar los ojos, “Dios, sé propicio a mí, pecador”. Como escribió Calvino, “Sólo quien se ha reducido a sí mismo a nada, y descansa en la gracia de Dios, es *pobre en espíritu*”.

A los tales, y sólo a los tales, el reino de Dios les es otorgado. Porque el reinado de Dios que trae salvación es un don tan

absolutamente gratuito como inmerecido. Tiene que recibirse con la humildad dependiente que tiene un niño pequeño. Por eso, justo al comienzo del Sermón del Monte, Jesús contradijo todos los juicios humanos y todas las expectativas nacionalistas del reino de Dios. El reino es dado a los pobres, no a los ricos; a los débiles, no a los poderosos; a los niños pequeños lo suficientemente humildes como para aceptarlo, no a los soldados que se jactan de poder obtenerlo por sus propias proezas. En los días de nuestro Señor no fueron los fariseos los que entraron al reino, quienes pensaban que eran ricos, tan ricos en méritos que agradecían a Dios por sus propios logros; ni los zelotes que soñaban con establecer el reino a sangre y espada; sino los publicanos y las prostitutas, la hez de la sociedad humana, que sabían que eran tan pobres que no podían ofrecer nada ni alcanzar nada. Todo lo que podían hacer era clamar a Dios por misericordia; y él oyó su clamor.

Quizás el mejor ejemplo posterior de la misma verdad lo constituya la iglesia nominal de Laodicea a la que Juan fue guiado a enviar una carta del Cristo glorificado. Citó sus palabras satisfechas y complacidas, y añadió su propia evaluación de ellas: “Tu dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo”.³⁶ Esta iglesia visible, cristiana según toda su profesión, en verdad no era cristiana en nada. Autosatisfecha y superficial, estaba compuesta (según Jesús) de mendigos, ciegos y desnudos. Pero la tragedia era que ellos no lo admitían. Eran ricos, no pobres, en espíritu.

Aún hoy la condición indispensable para recibir el reino de Dios es reconocer nuestra pobreza espiritual. Dios todavía envía a los ricos vacíos.³⁷ Como C. H. Spurgeon lo expresó, “La forma de elevarnos en el reino es hundiéndonos en nosotros mismos”.³⁸

2. Los que lloran (4)

Esta segunda bienaventuranza podría traducirse “Felices los infelices”, para dirigir la atención a la asombrosa paradoja que contiene. ¿Qué clase de aflicción puede ser aquella que trae el

gozo de la bendición de Cristo a aquellos que la experimentan? Por el contexto resulta claro que aquellos a quienes se les promete consuelo aquí no son primordialmente los que lloran la pérdida de un ser querido, sino los que lloran la pérdida de su inocencia, su justicia, su respeto propio. Cristo no se refiere aquí a la aflicción que produce la pérdida de un ser querido o de algo muy preciado sino la aflicción que produce el arrepentimiento.

Esta es la segunda etapa o segundo grado de bendición espiritual. Una cosa es ser espiritualmente pobre y reconocerlo así; otra es lamentarse y llorar por ello. O, colocándolo en lenguaje más teológico, una cosa es la confesión y otra la contrición.

Necesitamos, por consiguiente, considerar que la vida cristiana, según Jesús, no es sólo puro gozo y risas. Algunos cristianos parecen imaginar que, especialmente si se encuentran llenos del Espíritu, deben llevar en el rostro una sonrisa perpetua, ser continuamente bullangeros y estar rebosantes de gozo. ¡Qué poco bíblicos podemos llegar a ser! No. En la versión del Sermón que da Lucas, Jesús añadió a esta bienaventuranza un solemne “ay”: “¡Ay de vosotros, los que ahora reís!”³⁹ La verdad es que existen cosas tales como las lágrimas cristianas, y también es verdad que pocos de nosotros las lloramos.

Jesús lloró por los pecados de otros, por sus amargas consecuencias en juicio y muerte, y por la ciudad impenitente que no le recibiría. Nosotros también deberíamos llorar más por el mal existente en el mundo, como lo hicieron los hombres piadosos de los tiempos bíblicos. “Ríos de agua descendieron de mis ojos”, pudo decir el salmista a Dios, “porque no guardaban tu ley”.⁴⁰ Ezequiel oyó que se describía al pueblo fiel de Dios como los “que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella (Jerusalén)”.⁴¹ Y Pablo escribió, refiriéndose a los falsos maestros que perturbaban las iglesias de su época: “Muchos, de los cuales ... aun ahora lo digo llorando, que son enemigos de la cruz de Cristo”.⁴²

Sin embargo, no son sólo los pecados de otros los que deberían causarnos lágrimas; tenemos también nuestros propios pecados por los cuales llorar. ¿Nos han causado alguna vez dolor?

¿Estaba Cranmer exagerando cuando en su servicio de Santa Comunión en 1662 puso en labios de la iglesia las palabras, “Reconocemos y lamentamos nuestros múltiples pecados e impiedades”? ¿Se equivocó Esdras al orar y hacer confesión, “llorando y postrándose delante de la casa de Dios”?⁴³ Estuvo Pablo errado al gemir, “¡Miserable de mí! ¿quien me librará de este cuerpo de muerte?”, y al escribir a la pecaminosa iglesia de Corinto: “No debierais más bien haberos lamentado?”⁴⁴ No lo creo así. Temo que nosotros, los cristianos evangélicos, por dar demasiado importancia a la gracia, en ocasiones, damos demasiada poca importancia al pecado. No hay suficiente dolor por el pecado entre nosotros. Deberíamos experimentar más “tristeza que es según Dios” de penitencia cristiana,⁴⁵ como ese sensible misionero del siglo XVIII, David Brainerd, que estuvo entre los indios americanos, y escribió en su diario el 18 de octubre de 1740: “En mis devociones matinales mi alma se deshizo hasta a lo sumo y lloró amargamente por mi excesiva pecaminosidad y vileza”. Lágrimas como éstas son el agua santa que se dice que Dios colecta en su redoma.⁴⁶

Los que así lloran, quienes lamentan su propia pecaminosidad, serán consolados por el único consuelo que puede aliviar su congoja, es decir, el perdón gratuito de Dios. “El mayor de todos los consuelos es la absolución pronunciada sobre cada pecador contrito y afligido”.⁴⁷ “Consolación”, según los profetas veterotestamentarios, sería uno de los oficios del Mesías. Él sería “el Consolador” que vendría “a vendar a los quebrantados de corazón”.⁴⁸ Por eso, a hombres piadosos como Simeón se les dijo que deberían buscar y anhelar “la consolación de Israel”.⁴⁹ Y Cristo derrama aceite en nuestras heridas y habla de paz a nuestras conciencias llagadas y llenas de cicatrices. Sin embargo, todavía lloramos por la devastación de sufrimiento y muerte que el pecado disemina por todo el mundo. Porque solamente en el estado final de gloria el consuelo de Cristo será completo, porque sólo entonces el pecado no existirá más y “Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”.⁵⁰

3. Los mansos (5)

El adjetivo griego *praüs* significa “suave”, “humilde”, “considerado”, “cortés” y, por supuesto, el ejercicio del dominio propio sin el cual estas cualidades serían imposibles. Aunque correctamente reaccionamos a la imagen de nuestro Señor como “el suave Jesús, manso y dócil”, porque ella evoca el cuadro de un Jesús débil y afeminado, él mismo se describe como “de corazón suave (*praüs*) y humilde” y Pablo se refirió a su “mansedumbre y ternura”.⁵¹ De modo que, lingüísticamente hablando, la VP tiene bastante razón al referirse en esta bienaventuranza a “los de corazón humilde.” Pero, ¿qué tipo de humildad es ésta, en virtud de la cual se declara bienaventurados a los que la poseen?

Parece importante notar que en las bienaventuranzas “los mansos” vienen entre los que lloran por el pecado y los que tienen hambre y sed de justicia. La forma particular de mansedumbre que Cristo requiere en sus discípulos tendrá seguramente algo que ver con esta secuencia. Creo que el Dr. Lloyd-Jones tenía razón al enfatizar que esta mansedumbre denota una actitud tierna y humilde hacia otros que está determinada por una estimación real de nosotros mismos. Señala que es comparativamente fácil ser honestos con nosotros mismos ante Dios y reconocernos como pecadores ante sus ojos. Continúa: “Pero ¡cuánto más difícil es permitir a otros que digan cosas así acerca de mí! Por instinto me ofende tal cosa. Todos preferimos condenarnos a nosotros mismos y no que otros nos condenen”.⁵²

Por ejemplo, si se me permite aplicar este principio a la práctica eclesiástica cotidiana, yo mismo me encuentro bastante feliz al recitar la Confesión General en la iglesia y llamarme “miserable pecador”. No me causa ningún conflicto. Puedo aceptarlo. Pero si alguien más se acerca a mí a la salida de la iglesia y me llama miserable pecador, ¡querré darle un puñetazo en la nariz! En otras palabras, no estoy preparado para permitir que otros piensen o hablen de mí aquello que precisamente he reconocido ante Dios que soy. Existe aquí una hipocresía básica; está siempre presente cuando la mansedumbre está ausente.

El Dr. Lloyd-Jones lo resume en forma admirable: “La mansedumbre es básicamente tener una idea adecuada de uno mismo, la cual se manifiesta en la actitud y conducta que tenemos respecto a otros... El verdaderamente manso es el que vive sorprendido de que Dios y los hombres puedan pensar tan bien de él y lo traten tan bien como lo tratan”.⁵³ Esto lo vuelve gentil, humilde, sensible, paciente en todas sus relaciones con los demás.

Estos “mansos”, añadió Jesús, “recibirán la tierra por heredad”. Uno hubiera esperado exactamente lo opuesto, creyendo que “los mansos” no conseguirían ningún sitio debido a que todos los ignoran o incluso se aprovechan de ellos y los pisotean. Son los fuertes, los dominantes los que tienen éxito en la lucha por la existencia; a los enclenques les toca la peor parte. Hasta los hijos de Israel tuvieron que luchar por su herencia, aunque el Señor su Dios les dio la tierra prometida. Pero la condición bajo la cual tomamos posesión de nuestra herencia espiritual en Cristo no es la fuerza sino la mansedumbre, porque, como ya hemos visto, todo es nuestro si nosotros somos de Cristo.⁵⁴

Tal fue la confianza de los santos y humildes hombres de Dios en los días del Antiguo Testamento, cuando los impíos parecían triunfar. Esto nunca se expresó de manera más adecuada que en el Salmo 37, el que Jesús parece estar citando en las bienaventuranzas: “No te impacientes a causa de los malignos... los mansos heredarán la tierra... los benditos de él heredarán la tierra... Espera en Jehová, y guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores, lo verás”.⁵⁵ El mismo principio opera hoy. Los impíos pueden jactarse y ejercer su influencia y poder, pero la posesión real está fuera de su alcance. Los mansos, por otra parte, aunque pueden ser privados o despojados de sus derechos por los hombres, porque saben lo que es vivir y reinar con Cristo, pueden disfrutar y aun “poseer” la tierra, que pertenece a Cristo. Luego, en el día de la “regeneración”, habrá para ellos “cielos nuevos y tierra nueva” en heredad.⁵⁶ Así, el camino de Cristo es diferente del camino del mundo y todo cristiano, aunque sea como Pablo “no teniendo nada”, puede describirse sin embargo como

“poseyéndolo todo”.⁵⁷ Como lo dijo Rudolf Stier, “La renuncia a uno mismo es el camino al dominio del mundo”.⁵⁸

4. Los que tienen hambre y sed de justicia (6)

En el canto de la virgen María, el Magnificat, el espiritualmente pobre y el que espiritualmente tiene hambre ya habían sido asociados, y se había declarado benditos a ambos. Porque Dios “a los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos envió vacíos”.⁵⁹ Este principio general es particularizado aquí. Los hambrientos y sedientos, a los que Dios satisface son aquellos que “tienen hambre y sed de justicia”. Tal hambre espiritual es una característica de todo el pueblo de Dios, cuya ambición suprema no es material sino espiritual. Los cristianos no están como los paganos, absortos en la búsqueda de posesiones; lo que se han propuesto “buscar primero” es el reino de Dios y su justicia.⁶⁰ La justicia en la Biblia tiene por lo menos tres aspectos: legal, moral y social.

La justicia legal es justificación, una relación correcta con Dios. Los judíos “iban tras la justicia”, escribió Pablo más tarde, pero fallaron en alcanzarla porque iban tras ella por el camino equivocado. Procuraban “establecer la (justicia) suya propia” y “no se han sujetado a la justicia de Dios”, la cual es Cristo mismo.⁶¹ Algunos comentaristas han visto aquí una referencia a tal tipo de justicia. Pero esto es poco probable puesto que Jesús se dirige a aquellos que ya le pertenecen.

La justicia moral es aquella justicia de carácter y conducta que agrada a Dios. Después de las bienaventuranzas, Jesús continúa contrastando esta justicia cristiana con la justicia de los fariseos (20). Esta última era una conformidad externa a reglas; la primera es una justicia interior del corazón, voluntad e intención. Por esta clase de justicia deberíamos tener hambre y sed.

Sería un error suponer, sin embargo, que la palabra bíblica “justicia” significa solamente una relación correcta con Dios por una parte y una justicia moral de carácter y conducta por la otra.

La justicia bíblica es más que un asunto privado y personal: incluye también la justicia social. Y la justicia social, como aprendemos de la ley y los profetas, se interesa por la liberación del hombre de la opresión, al igual que por la promoción de los derechos civiles, la justicia en las cortes legales, la integridad en las relaciones comerciales y el honor en el hogar y los asuntos familiares. Así los cristianos están comprometidos a tener hambre de justicia en la comunidad humana en su totalidad como algo que agrada a un Dios justo.

Lutero expresó este concepto con su vigor habitual: “El mandamiento para vosotros no es que os arrastréis a un rincón o en el desierto, sino salir de allí, si es donde habéis estado, y ofrecer vuestras manos y vuestros pies y todo vuestro cuerpo, y arriesgar todo lo que tenéis y podéis hacer”. Lo que se requiere, continúa, es “hambre y sed de justicia que no pueda ser contenida o detenida o saciada, que no busca nada, ni se preocupa por nada, excepto por la consumación y mantenimiento del derecho, despreciando todo lo que obstaculice este fin. Si no podéis tornar al mundo completamente pío, entonces haced lo que podáis”.⁶²

No hay quizás mayor secreto para el progreso en la vida cristiana que un apetito espiritual vigoroso y saludable. Una y otra vez las Escrituras dirigen sus promesas a los que tienen hambre. Dios “sacia el alma menesterosa, y llena de bien al alma hambrienta”.⁶³ Si tenemos conciencia de poco crecimiento, ¿no será por que tenemos un apetito apagado? No basta llorar por el pecado pasado, debemos también tener hambre de justicia futura. No obstante en esta vida nuestra hambre nunca será plenamente saciada, ni nuestra sed totalmente apagada. En verdad, recibimos la satisfacción que la bienaventuranza promete. Pero nuestra hambre se satisface sólo para estallar de nuevo. Aun la promesa de Jesús de que cualquiera que beba el agua que él da “no tendrá sed jamás” se cumple solamente si nos mantenemos bebiendo.⁶⁴ ¡Cuídense de aquellos que pretenden haberlas alcanzado, y que miran hacia la experiencia pasada más que hacia el desarrollo futuro! Como todas las cualidades incluidas en las bienaventuranzas, el hambre y la sed son características perpetuas

de los discípulos de Jesús, tan perpetuas como la pobreza de espíritu, la mansedumbre y el llanto. Sólo cuando alcancemos el cielo no tendremos “más hambre ni sed”, porque sólo entonces Cristo nuestro Pastor nos guiará “a fuentes de aguas de vida”.⁶⁵

Más aún, Dios ha prometido un día de juicio, en el que el bien triunfará y el mal será destruido, y después del cual habrá “cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia”.⁶⁶ También nosotros anhelamos esa vindicación final y no seremos defraudados.

Rescapitando, podemos ver que las primeras cuatro bienaventuranzas revelan una progresión espiritual de implacable lógica. Cada paso lleva al siguiente y presupone el anterior. Para comenzar, debemos ser “pobres de espíritu”, reconociendo nuestra completa y terminante bancarrota espiritual ante Dios. Enseguida, debemos “llorar” por su causa, es decir nuestros pecados, y también nuestro pecado —la corrupción de nuestra naturaleza caída, y el reino del pecado y la muerte en el mundo. En tercer lugar, debemos ser “mansos”, humildes y gentiles hacia los demás, permitiendo que nuestra pobreza espiritual (admitida y sentida) condicione nuestra conducta hacia ellos tanto como hacia Dios. Y en cuarto lugar, debemos tener “hambre y sed de justicia”. Porque ¿cuál es la utilidad de confesar y lamentar nuestro pecado, de reconocer la verdad sobre nosotros mismos ante Dios y los hombres, si nos quedamos allí? La confesión de pecado tiene que conducir hacia el hambre de justicia.

En la segunda mitad de las bienaventuranzas (las últimas cuatro) parecemos volvernos aun más de nuestra actitud hacia Dios a nuestra actitud hacia nuestros congéneres. Ciertamente los “misericordiosos” muestran misericordia hacia los hombres, y los “pacificadores” buscan reconciliar a los hombres entre sí, y los que “padecen persecución” son perseguidos por hombres. Parece verosímil por consiguiente que la sinceridad denotada al ser “limpio de corazón” también concierna nuestra actitud y relación con nuestros congéneres.

5. Los misericordiosos (7)

“Misericordia” es compasión por la gente en necesidad. Resulta de ayuda que Richard Lenski la distingue de “gracia”. “El sustantivo *eleos* (misericordia)... siempre tiene que ver con lo que percibimos de dolor, miseria y aflicción, todos ellos resultado del pecado, y *charis* (gracia) siempre tiene que ver con el pecado y la culpa misma. La una proyecta alivio, la otra perdón; la una cura, sana, ayuda, la otra limpia y restaura a la posición anterior”.⁶⁷

Jesús no especifica la categoría de las personas que tiene en mente y a quienes sus discípulos deben mostrar misericordia. No da indicación alguna sobre si está pensando en primer término en aquellos agobiados por el desastre, como el viajero de Jerusalén a Jericó a quien los ladrones asaltaron y con quien el buen samaritano “usó de misericordia”, o en los hambrientos, los enfermos y los marginados de quienes él mismo de manera regular tuvo piedad, o en aquellos que nos agravan, de modo que la justicia clama por castigo, pero la misericordia por perdón. Jesús no tuvo necesidad de elaborar esto en detalle. Nuestro Dios es un Dios misericordioso y muestra su misericordia continuamente; los ciudadanos de su reino tienen también que mostrar misericordia.

Por supuesto que el mundo (al menos en lo concerniente a su propia naturaleza) no es misericordioso, como tampoco la iglesia lo ha sido frecuentemente en su mundanalidad. El mundo prefiere aislarse y ponerse a salvo de los dolores y calamidades de los hombres. Encuentra la revancha deliciosa, y el perdón, por comparación, insípido. Pero aquellos que muestran misericordia, la encuentran. “Bienaventurados los que tienen misericordia, porque para ellos habrá misericordia” (Straubinger). La misma verdad resuena en el siguiente capítulo: “Si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial”.⁶⁸ Esto no se debe a que podamos merecer misericordia por misericordia o perdón por perdón, sino que no podemos recibir la misericordia y el perdón de Dios a menos que estemos arrepentidos, y no podemos

pretender habernos arrepentido de *nuestros* pecados si no tenemos misericordia hacia los pecados de *los demás*. Nada nos mueve tanto al perdón como el maravilloso conocimiento de que nosotros mismos hemos sido perdonados. Nada prueba más claramente que hemos sido perdonados que nuestra propia disposición a perdonar. Perdonar y ser perdonado, mostrar misericordia y recibirla: van indisolublemente juntos, como Jesús lo ilustró en su parábola del siervo carente de misericordia.⁶⁹ O, interpretado en el contexto de las bienaventuranzas, “los mansos” son también “los misericordiosos”. Porque ser manso es reconocer ante los demás que *nosotros* somos pecadores; ser misericordioso es tener compasión de otros, porque *ellos* también son pecadores.

6. Los de limpio corazón (8)

Resulta obvio que las palabras “de corazón” indican la clase de limpieza a la que Jesús alude, de igual modo que las palabras “en espíritu” indicaban la clase de pobreza a la que se refería. “Los pobres en espíritu” son los espiritualmente pobres, distintos de aquellos cuya pobreza es puramente material. ¿De quién, entonces, deben distinguirse “los de limpio corazón”?

La interpretación popular considera la limpieza de corazón como una expresión de limpieza interior, de la calidad de aquellos que han sido limpiados de inmundicia moral, en oposición a la ceremonial. Y existen buenos antecedentes bíblicos para esto, especialmente en los salmos. Se reconocía que nadie podía subir al monte del Señor o permanecer en su lugar santo a menos que fuera “limpio de manos y puro de corazón”. Así David, consciente de que su Señor deseaba “verdad en lo íntimo”, pudo orar, “en lo secreto me has hecho comprender sabiduría” y “crea en mí, oh Dios, un corazón limpio.”⁷⁰ Jesús trató este asunto en su controversia con los fariseos y se quejó de la obsesión de ellos por la limpieza ceremonial externa. “Vosotros los fariseos limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de rapacidad y de maldad”. Eran “semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos,

mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia”.⁷¹

A esta distinción entre limpieza interior y exterior Lutero le dio un giro característicamente terrenal. Contrastó limpieza de corazón no sólo con inmundicia ceremonial, sino también con suciedad física real. “Cristo... quiere que se tenga el corazón limpio, aunque la persona sea un ganapán en la cocina, negro, lleno de hollín y mugroso, que hace todo tipo de trabajo sucio”.⁷² De nuevo, “Aunque un obrero común, un zapatero o un herrero, puede estar sucio y lleno de hollín o puede oler mal debido a que está cubierto de suciedad y alquitrán... y aunque apeste por fuera, internamente es incienso puro delante de Dios porque considera la palabra de Dios en su corazón y la obedece”.⁷³

Este énfasis en lo interior y moral, cuando se contrasta con lo exterior y ceremonial o con lo exterior y lo físico, está verdaderamente en consonancia con todo el Sermón del Monte, que requiere justicia de corazón más que simple justicia de reglamentos. No obstante, en el contexto de las demás bienaventuranzas, “limpieza de corazón” parece referirse en algún sentido a nuestras relaciones. El Profesor Tasker define a los de limpio corazón como “los de una sola pieza, que están libres de la tiranía de un ser dividido”.⁷⁴ En este caso, el de limpio corazón es el de un solo corazón y prepara el camino para el “ojo...bueno” que Jesús menciona en el siguiente capítulo.⁷⁵

De manera más precisa, la referencia primordial es a la sinceridad. En los versículos del Salmo 24 citados anteriormente, ya se ha mencionado que la persona “limpia de manos y pura de corazón” es aquella “que no ha elevado su alma a cosas vanas (sc. un ídolo), ni jurado con engaño” (4). Es decir que en sus relaciones tanto con Dios como con el hombre está libre de la falsedad. De modo que los de limpio corazón son “los absolutamente sinceros”. Toda su vida, pública y privada, es transparente ante Dios y los hombres. Su mismo corazón — incluyendo sus pensamientos y motivaciones— es limpio, sin mezclarse con nada equívoco, subrepticio o ruin. Aborrecen la hipocresía y el engaño; carecen de segundas intenciones.

Sin embargo, ¡cuán pocos de nosotros vivimos una sola vida y la vivimos abiertamente! Estamos tentados a portar una máscara diferente y desempeñar un papel diferente de acuerdo con cada ocasión. Esto no es realidad sino representación teatral, la esencia misma de la hipocresía. Algunas personas urden en torno a sí mismos tal tejido de mentiras que ya no pueden decir qué parte de ellas es real y cuál es fingimiento. Entre los hombres, sólo Jesucristo ha sido absolutamente limpio de corazón, al ser totalmente sin engaño.

Sólo los de limpio corazón verán a Dios: lo ven ahora con los ojos de la fe y verán su gloria en aquel día, porque sólo los plenamente sinceros podrán soportar la deslumbrante visión, cuyo luz hará desvanecer las tinieblas del engaño y cuyo fuego consumirá toda simulación.

7. Los pacificadores (9)

La secuencia del pensamiento de limpieza de corazón a pacificación resulta natural, porque una de las causas más frecuentes de conflicto es la intriga, en tanto que la apertura y la sinceridad son esenciales para toda reconciliación verdadera.

Todo cristiano, según esta bienaventuranza, está llamado a ser un pacificador tanto en la comunidad como en la iglesia. En verdad, Jesús iba a decir más tarde que no había “venido para traer paz, sino espada”, porque había venido “para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa”.⁷⁶ Y lo que quiso decir con esto era que el conflicto sería el resultado inevitable de su venida, aun en la propia familia, y que, si vamos a ser dignos de él, tendremos que amarlo más y ponerlo en el primer lugar, aun por encima de nuestros parientes más cercanos y queridos.⁷⁷

Sin embargo, resulta claro y más allá de cuestionamientos, a lo largo de toda la enseñanza de Jesús y sus apóstoles, que nunca deberíamos buscar conflicto por nosotros mismos o ser responsables de él. Por el contrario, estamos llamados a la paz, debemos “procurar” activamente la paz, debemos “seguir la paz

con todos”, y así, en cuanto dependa de nosotros, debemos estar “en paz con todos los hombres”.

Ahora bien, la pacificación es una obra divina. Porque paz significa reconciliación, y Dios es el autor de la paz y de la reconciliación. En verdad, exactamente el mismo verbo que se usa en esta bienaventuranza es el que aplica el apóstol Pablo a lo que Dios ha hecho por medio de Jesucristo. Por medio de Cristo a Dios le agradó “reconciliar consigo todas las cosas... *haciendo la paz* mediante la sangre de su cruz”. Y el propósito de Cristo fue “crear en sí mismo de los dos (*sc.* judío y gentil) un solo y nuevo hombre, *haciendo la paz*”.⁷⁹ Es difícil que nos sorprenda, por lo tanto, que la bendición particular que atañe a los pacificadores es la de que “ellos serán llamados hijos de Dios”. Porque ellos buscan hacer lo que su Padre ha hecho: amar a la gente con el amor de él, como Jesús muy pronto hará explícito.⁸⁰ El diablo es un alborotador; Dios ama la reconciliación y es el que ahora mediante sus hijos, como anteriormente por medio de su unigénito Hijo, está determinado a pacificar.

Esto nos recordará que las palabras “paz” y “apaciguamiento” no son sinónimas. Porque la paz de Dios no es paz a cualquier precio. Él hizo la paz con nosotros a un costo inmenso, exactamente al precio de la sangre de su único Hijo. Nosotros también —aunque en formas menores— hallaremos que la pacificación es una empresa costosa. Dietrich Bonhoeffer nos ha familiarizado con el concepto de “gracia barata”;⁸¹ también existe algo como la “paz barata”. Proclamar “Paz, paz”, cuando no hay paz, es la obra del falso profeta y no del testigo cristiano. Podrían darse muchos ejemplos de paz a través del dolor. Cuando nosotros mismos estamos involucrados en un conflicto habrá el dolor de pedir disculpas a la persona a quien hemos injuriado, o el dolor de reprender a la persona que nos ha injuriado. En ocasiones, existe el punzante dolor de tener que rehusarse a perdonar a la parte culpable hasta que se arrepienta. Por supuesto que una paz barata puede comprarse con un perdón barato. Pero la paz verdadera y el perdón verdadero son tesoros costosos. Dios nos perdona solamente cuando nos arrepentimos. Jesús nos dijo

que hiciéramos lo mismo: “Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale”.⁸² ¿Cómo podremos perdonar una injuria si ésta no se admite ni se lamenta?

O podemos no estar involucrados personalmente en una disputa, sino encontrarnos luchando por reconciliar mutuamente a dos personas o grupos que están distanciados y en discordia. En este caso habrá el dolor de escuchar, de librarnos de prejuicios, de esforzarnos por comprender compasivamente los puntos de vista opuestos, y arriesgarnos a ser malentendidos, a la ingratitud o al fracaso.

Otros ejemplos de pacificación son la obra de unión y la obra de evangelización, es decir, buscar por una parte unir a las iglesias y por la otra, traer pecadores a Cristo. En ambos, la verdadera reconciliación puede degradarse a paz barata. La unidad visible de la iglesia es la búsqueda propia del cristiano, pero sólo si la unidad no se procura a expensas de la doctrina. Jesús oró por la unidad de su pueblo. También oró para que pudiera ser guardado del mal y en la verdad. No poseemos ningún mandato de Cristo donde nos exhorte a buscar la unidad sin pureza, pureza tanto de doctrina como de conducta. Si existe una cosa tal como “la unión barata”, existe también la “evangelización barata”, es decir, la proclamación del evangelio sin el costo del discipulado, la demanda de fe sin arrepentimiento. Estos son atajos prohibidos. Tornan al evangelista en fraude. Abaratan el evangelio y dañan la causa de Cristo.

8. Los que padecen persecución por causa de la justicia (10-12)

Puede parecer extraño que Jesús pase de la pacificación a la persecución, de la obra de reconciliación a la experiencia de hostilidad. Sin embargo, por mucho que nos esforcemos por hacer la paz con algunas personas, ellas se rehusan a vivir en paz con nosotros. No todos los intentos de reconciliación tienen éxito. En verdad, algunos toman la iniciativa para oponérsenos, y en particular para “denigrarnos” o calumniarnos. Esto no es por

nuestras *debilidades* o por nuestra idiosincrasia, sino “por causa de la justicia” (10) y “por mi causa” (11), es decir, porque ellos encuentran desabrida la justicia que a nosotros nos causa hambre y sed (6), y porque han rechazado al Cristo que nosotros procuramos seguir. La persecución es simplemente la colisión entre dos sistemas de valores irreconciliables entre sí.

¿Cómo esperaba Jesús que reaccionaran sus discípulos ante la persecución? Versículo 12: *¡Gozaos y alegraos!* No debemos desquitarnos como lo haría un no creyente, ni ponernos de mal humor como lo haría un niño, ni lamer nuestras heridas en autocompasión como lo haría un perro, ni simplemente sonreír y soportar como lo haría un estoico, menos aún fingir que disfrutamos como haría un masoquista. ¿Qué debemos hacer entonces? Debemos regocijarnos como un cristiano debe regocijarse y aun “saltar de gozo”.⁸³ ¿Por qué? En parte, porque, añadió Jesús, *vuestro galardón es grande en los cielos* (12a). Podemos perder todo en la tierra, pero heredaremos todo en los cielos —no como galardón por méritos, sin embargo, puesto que “la promesa del galardón es gratuita”.⁸⁴ Y en parte porque la persecución es señal de genuinidad, certificado de autenticidad cristiana, *porque así persiguieron a los profetas que fueron antes que vosotros* (12b). Si padecemos persecución hoy, pertenecemos a una noble genealogía. Pero la mayor razón por la cual debemos regocijarnos es porque sufrimos, dijo, *por mi causa* (11), por causa de nuestra lealtad a él y a sus normas de verdad y justicia. Ciertamente los apóstoles aprendieron bien esta lección por que habiendo sido golpeados y amenazados por el Sanedrín, “ellos salieron de la presencia del concilio, gozosos de haber sido tenidos por dignos de padecer afrenta por causa del Nombre”.⁸⁵ Ellos supieron, como nosotros deberíamos saber, que las “ofensas y heridas son medallas de honor”.⁸⁶

Es importante notar que esta referencia a la persecución es una bienaventuranza como el resto. En verdad, tiene la distinción de ser una doble bienaventuranza, porque Jesucristo primero la enunció en tercera persona como las otras siete (*Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia*, 10) y luego la

repetió dirigiéndose en forma directa en segunda persona (*Bienaventurados sois cuando... os vituperen y os persigan*, 11). Puesto que todas las bienaventuranzas describen lo que todo discípulo cristiano está destinado a ser, concluimos que la condición de padecer desprecio, rechazo, calumnia y persecución, es una marca normal del discipulado cristiano tal como lo es ser de limpio corazón o misericordioso. Todo cristiano debe ser un pacificador, y todo cristiano debe esperar oposición. Aquellos que tienen hambre de justicia sufrirán por la justicia que ansían. Jesús lo dijo así, tanto aquí como en otras partes. Así lo dijeron también sus apóstoles Pedro y Pablo.⁸⁷ Así ha sido en toda época. No deberíamos sorprendernos si la hostilidad anticristiana aumenta, sino más bien sorprendernos si no sucede así. Necesitamos recordar el “ay” complementario que registra Lucas: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!”⁸⁸ La popularidad universal fue la suerte de los falsos profetas del mismo modo que la persecución lo fue de los verdaderos.

Pocos hombres de este siglo han comprendido mejor la inevitabilidad del sufrimiento como Dietrich Bonhoeffer. Parece no haber vacilado nunca en su antagonismo cristiano al régimen nazi, aunque ello significó para él encarcelamiento, la amenaza de tortura, el peligro para su propia familia y finalmente la muerte. Fue ejecutado por orden directa de Heinrich Himmler en abril de 1945 en el campo de concentración de Flossenbürg, unos pocos días antes de que este campo fuera liberado. Fue el cumplimiento de lo que él siempre había creído y enseñado: “El sufrimiento se convierte así en signo distintivo de los seguidores de Cristo. El discípulo no es mayor que su maestro. El seguimiento es una *passio passiva*, una obligación de sufrir. Por eso pudo Lutero contar el sufrimiento entre los signos de la verdadera iglesia. También por eso, un trabajo preliminar a la Confesión de Augsburgo definió a la Iglesia como una comunidad de los que ‘son perseguidos y martirizados a causa del evangelio’... Seguir a Cristo es estar vinculado al Cristo sufriente. Por eso el sufrimiento de los cristianos no tiene nada de desconcertante. Es, más bien, gracia y alegría”.⁸⁹

Las bienaventuranzas pintan un retrato amplio de un discípulo cristiano. Lo vemos primero solo sobre sus rodillas delante de Dios, reconociendo su pobreza espiritual y llorando por ella. Esto lo hace manso o gentil en todas sus relaciones, ya que la honestidad lo compele a permitir a otros que piensen de él lo que ante Dios él mismo confiesa que es. Aunque está lejos de conformarse con su pecaminosidad, porque tiene hambre y sed de justicia, ansiando crecer en gracia y en bondad.

Lo vemos luego con otros, afuera, en la comunidad humana. Su relación con Dios no lo lleva a escapar de la sociedad, ni lo aísla de su dolor. Por el contrario, está en lo más reñido del mundo, mostrando misericordia a aquellos abatidos por la adversidad y el pecado. Es transparentemente sincero en todas sus relaciones y busca jugar un papel constructivo como pacificador. Pero no le agradecen sus esfuerzos, sino más bien se oponen a él, lo calumnian, lo insultan y lo persiguen por causa de la justicia por la cual permanece firme, y del Cristo con el cual se identifica.

Tal es el hombre o la mujer que es “bienaventurado”, es decir que tiene la aprobación de Dios y encuentra su propia realización como ser humano.

Pero en todo esto los valores y normas de Jesús se encuentran en conflicto directo con los valores y normas del mundo comúnmente aceptados. El mundo juzga que los ricos serán los bienaventurados, no los pobres, ya sea en la esfera material o en la espiritual; los que se confían de buen grado a la suerte, los negligentes, no aquellos que toman tan en serio el mal que lloran por él; los fuertes y atrevidos, no los mansos y tiernos; los satisfechos y no los hambrientos; los que se ocupan de sus propios asuntos, no los que se inmiscuyen en los asuntos de otros y ocupan su tiempo en trabajar activamente en favor de otros en cosas tales como “mostrar misericordia” y “hacer la paz”; los que alcanzan sus propósitos por medios incorrectos si fuera necesario, no los de limpio corazón que rehusan comprometer su integridad; los que están seguros y son populares, y viven cómodamente, no los que tienen que padecer persecución.

Probablemente nadie haya odiado más la “blandura” del Sermón del Monte que Federico Nietzsche. Aunque fue hijo y nieto de pastores luteranos, rechazó el cristianismo durante sus días de estudiante. Su libro *El Anticristo*⁹⁰ (título que se atrevió a aplicar a sí mismo en su boceto autobiográfico *Ecce homo*) es su más violenta polémica anticristiana y fue escrito en 1888, el año anterior a que perdiera la razón. En este libro define lo que es “bueno” como “todo lo que eleva el sentimiento de poder, la voluntad de poder, el poder mismo en el hombre”, y lo que es “malo” como “todo lo que proviene de debilidad”.⁹¹ Consecuentemente, en respuesta a su propia pregunta, “¿Qué es más nocivo que cualquier vicio?”, responde, “La simpatía activa por el mal constituido y débil —cristianismo”.⁹² Ve al cristianismo como una religión de piedad en vez de una religión de poder, así “nada en nuestra insana modernidad es más insano que la piedad cristiana”.⁹³ Desprecia “la concepción cristiana de Dios —Dios como Dios de los enfermos, Dios como araña, Dios como espíritu— una concepción de la cual “todo lo fuerte, bravo, dominante, orgulloso” ha sido eliminado.⁹⁴ “En todo el Nuevo Testamento sólo hay *una* figura solitaria que uno está obligado a respetar” afirma, y es Poncio Pilato, el gobernador romano.⁹⁵ A Jesús, en contraste, lo desdeña como “Dios en la cruz”, y al cristianismo como “el mayor infortunio de la humanidad”.⁹⁶ La causa de su ponzoña es clara. El ideal que Jesús recomendó es el niño pequeño. No dio apoyo alguno a la recomendación de Nietzsche acerca del “superhombre”. Así que Nietzsche repudió todo el sistema de valores de Jesús. “Yo *condeno* al cristianismo”, escribió. “La iglesia cristiana no ha dejado nada que su depravación no haya tocado, ha hecho de todo valor un desvalor”.⁹⁷ En cambio (en las últimas palabras de su libro) pidió una “revalorización de todos los valores”.⁹⁸

Pero Jesús no comprometerá sus normas para acomodarse a Nietzsche o a sus seguidores o a cualquiera de nosotros que pueda inconscientemente haber absorbido trozos y pedazos de la filosofía de poder de Nietzsche. En las bienaventuranzas Jesús lanza un desafío fundamental al mundo no cristiano y su

perspectiva, y exige a sus discípulos que adopten su sistema de valores del todo diferente. Como dice Thielicke, “Cualquiera que entra en comunión con Jesús tiene que sufrir una transvalorización de valores”.⁹⁹

Esto es lo que Bonhoeffer (que, de paso, se crió en la misma tradición luterana que Nietzsche) denominó lo “extraordinario” de la vida cristiana. “A cada nueva bienaventuranza”, escribió, “se ahonda el abismo entre los discípulos y el pueblo. Los discípulos resaltan cada vez más visiblemente”. Es particularmente obvio en la bienaventuranza sobre los que lloran. “Los que lloran son los que están dispuestos a vivir *renunciando* a lo que el mundo llama *felicidad y paz*, los que en nada pueden estar de acuerdo con el mundo, los que no se le asemejan. Sufren por el mundo, por su culpa, su destino y su felicidad. El mundo goza, y ellos se mantienen al margen; el mundo grita: alegraos de la vida, y ellos se entristecen. Ven que el barco de la inmensa alegría se está yendo a pique. El mundo fantasea del progreso, de la fuerza, del futuro; los discípulos conocen el fin, el juicio, la venida del reino de los cielos, para la que el mundo no está preparado. Por eso son extranjeros en el mundo, huéspedes molestos, perturbadores de la paz”.¹⁰⁰ ¡No es de extrañar que el mundo los rechace!

Tal inversión de los valores humanos es básica en la religión bíblica. Los caminos del Dios de las Escrituras les parecen trastornados a los hombres. Porque Dios exalta a los humildes y humilla a los orgullosos, llama a los primeros, últimos y a los últimos, primeros, atribuye grandeza al siervo, a los ricos envía vacíos y declara a los mansos sus herederos. La cultura del mundo y la contracultura de Cristo están en contienda la una con la otra. En resumen, Jesús felicita a aquellos de quienes el mundo tiene más lástima, y llama “bienaventurados” a aquellos que el mundo rechaza.

Mateo 5.13-16

La influencia del cristiano: sal y luz

¹³Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

¹⁴Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. ¹⁵Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa.

¹⁶Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

Si las bienaventuranzas describen el carácter esencial de los discípulos de Jesús, las metáforas de la sal y la luz indican su influencia bienhechora en el mundo.

Aun la mera noción de que los cristianos pueden ejercer una influencia saludable en el mundo debería llevarnos al punto de partida. ¿Qué posible influencia podrían ejercer las personas

descritas en las bienaventuranzas en un mundo tan duro y resistente como el nuestro? ¿Qué bien perdurable pueden hacer los pobres y los mansos, los que lloran y los misericordiosos, y los que buscan hacer la paz y no la guerra? ¿No los hundirían simplemente las enormes olas del mal? ¿Qué pueden lograr aquellos cuya sola pasión es un apetito de justicia, y cuya única arma es la pureza de corazón? ¿No son tales personas demasiado débiles para llevar a cabo algo, especialmente si constituyen una pequeña minoría en el mundo?

Es evidente que Jesús no compartió este escepticismo. Más bien, pensó lo contrario. El mundo indudablemente perseguirá a la iglesia (10-12); pero el llamado de la iglesia es servir a este mundo que la persigue (13-16). “Este tiene que ser tu único desquite”, expresó Rudolf Stier, “—amor y verdad para el odio y las mentiras”.¹ Por increíble que parezca, Jesús se refirió a ese puñado de aldeanos de Palestina como la sal de *la tierra* y la luz *del mundo*, tan largo alcance tendría su influencia. Es también una notable providencia de Dios que en este Evangelio, el más judío de los cuatro, haya tal alusión a toda la tierra, al poder bienhechor mundial de los seguidores de Cristo.

Para definir la naturaleza de la influencia que ellos tendrían, Jesús recurrió a dos metáforas tomadas de la vida hogareña. Todo hogar, aunque fuera pobre, usaba y todavía usa sal y luz. Durante su propia niñez Jesús tuvo que haber observado a menudo a su madre usando sal en la cocina y poniendo luz a los candeleros cuando caía el sol. La sal y la luz eran artículos indispensables en el hogar. Varios comentaristas citan el dicho de Plinio de que nada es más útil que “la sal y la luz del sol” (*sale et sole*).² La necesidad de luz es obvia. La sal, por otra parte, tuvo variedad de usos. Fue tanto condimento como preservador. Parece haber sido reconocida desde tiempo inmemorial como un componente esencial de la dieta humana y como sazónador o condimento de los alimentos: “¿Se comerá lo desabrido sin sal?”³ Sin embargo, en particular, en los siglos anteriores a la invención de la refrigeración, se la usó para conservar la carne intacta y preservarla de la descomposición. De hecho, aún se usa para ello. H.V. Morton ha descrito la manera de hacer “biltong”, la

carne seca de Sudáfrica: “La carne, una vez que se ha cortado y preparado del tamaño requerido, se frota bien con sal gruesa... Si se cura adecuadamente, se conservará por tiempo indefinido”.⁴

La verdad básica que descansa detrás de estas metáforas y es común a ambas es que la iglesia y el mundo son comunidades diferentes. Por una parte existe “la tierra”, por la otra “vosotros” que sois la sal de la tierra. Por una parte existe “el mundo”; por la otra “vosotros” que sois la luz del mundo. Ciertamente, las dos comunidades (“ellos” y “vosotros”) se relacionan entre sí, pero su relación depende de su distinción. Es importante afirmar esto con claridad en nuestra época en la que está teológicamente de moda borrar la distinción entre la iglesia y el mundo, y referirse indiscriminadamente a toda la humanidad como “el pueblo de Dios”.

Además, las metáforas nos dicen algo sobre ambas comunidades. El mundo evidentemente es un sitio oscuro, que tiene por sí mismo poca luz o ninguna, puesto que se necesita una fuente de luz externa para iluminarlo. El mundo también manifiesta una tendencia constante al deterioro. El concepto no es que el mundo sea desabrido y los cristianos lo pueden hacer menos insípido. (“La idea de hacer al mundo sabroso para Dios es enteramente imposible de concebir”⁵), sino que está corrompiéndose. No puede por sí mismo interrumpir el proceso de descomposición. Sólo la sal que se introduce desde el exterior puede hacer esto. La iglesia, por otro lado, ha sido colocada en el mundo para desempeñar un doble rol: como sal detiene —o cuando menos obstaculiza— el proceso de corrupción social, y como luz disipa las tinieblas.

Cuando observamos más de cerca ambas metáforas, vemos que han sido deliberadamente formuladas para ser mutuamente paralelas. En cada caso, Jesús hace primero una afirmación (“Vosotros sois la sal de la tierra”, “Vosotros sois la luz del mundo”). Luego, hace un aditamento, la condición de la cual depende la afirmación (la sal debe retener su sabor, a la luz debe permitírsele brillar). La sal no sirve para nada si pierde su salazón; la luz no sirve para nada si se la oculta.

1. La sal de la tierra (13)

La afirmación es franca: Ustedes son la sal de este mundo (VP). Esto significa que, cuando cada comunidad es ella misma y es fiel a ella misma, el mundo se corrompe como carne o pescado putrefacto, en tanto que la iglesia puede obstaculizar esa corrupción.

Por supuesto, Dios ha puesto otras influencias de contención en la comunidad. En su gracia común él mismo ha establecido ciertas instituciones que refrenan las tendencias egoístas del hombre e impiden que la sociedad caiga en la anarquía. Entre éstas las principales son el estado (con su autoridad para formular y hacer cumplir las leyes) y el hogar (que incluye el matrimonio y la vida familiar). Estos ejercen una influencia saludable en la comunidad. No obstante, Dios pretende que el más poderoso de todos los restrictores dentro de la sociedad pecadora lo constituya su propio pueblo redimido, regenerado y justo. Como R.G.V. Tasker lo escribió, los discípulos deben “ser el desinfectante moral en un mundo donde las normas morales son bajas, están en constante cambio, o no existen”.⁶

La efectividad de la sal, sin embargo, es condicional: tiene que retener su facultad de salar. Ahora bien, estrictamente hablando, la sal nunca puede perder su capacidad de salar. Entiendo que el cloruro de sodio es un compuesto químico muy estable, que resiste casi a cualquier ataque. No obstante, puede contaminarse si se mezcla con impurezas, y entonces se vuelve inútil y hasta peligroso.⁷ La sal no salada no sirve siquiera como estiércol, en compuestos de abonos o fertilizantes. El Dr. David Turk me ha sugerido que lo que se llamaba popularmente “sal” en aquella época era en efecto, un polvo blanco (quizás de los alrededores del Mar Muerto) que, aunque contenía cloruro de sodio, también contenía muchas cosas más, ya que, en aquellos días, no existían las refinerías. El cloruro de sodio fue probablemente la parte más soluble de este polvo y por tal razón la más fácil de eliminar. El residuo de polvo blanco aun se veía como sal, y sin duda aún se lo llamaba sal, pero ni tenía el sabor ni actuaba como tal. No era más que polvo del camino.

Así también el cristiano. “Tened sal en vosotros mismos”, dijo Jesús en otra ocasión.⁸ La sazón cristiana es el carácter cristiano tal cual se lo describe en las bienaventuranzas, discipulado cristiano comprometido, ejemplificado tanto en palabras como en obras.⁹ El cristiano, para ser efectivo, debe retener su semejanza con Cristo, de la misma manera que la sal debe conservar su capacidad de salar. Si los cristianos se ajustan social y culturalmente a los no cristianos y se contaminan con las impurezas del mundo, pierden su influencia. La influencia de los cristianos en y sobre la sociedad depende de que sean distintos, no idénticos. El Dr. Lloyd-Jones hace hincapié en esto: “La gloria del evangelio es que cuando la Iglesia es completamente distinta del mundo, nunca deja de atraerlo. Entonces hace que el mundo escuche su mensaje, si bien al comienzo quizás lo odie”.¹⁰ De otro modo, si nosotros los cristianos no nos distinguimos de los no cristianos, no servimos para nada. Podemos también ser desechados como sal insípida, “echada fuera y hollada por los hombres”. “¡Pero qué descenso”, comenta A.B. Bruce, “de ser los salvadores de la sociedad a proveer materiales para sendas de peatones”.¹¹

2. La luz del mundo (14-16)

Jesús introduce su segunda metáfora con una afirmación similar: *Vosotros sois la luz del mundo*. En verdad, más tarde diría, “Yo soy la luz del mundo”.¹² Pero nosotros lo somos también por derivación, brillando con la luz de Cristo, brillando en el mundo como estrellas en el cielo nocturno.¹³ A veces pienso qué maravilloso sería que los no cristianos, curiosos por descubrir el secreto y la fuente de nuestra luz, se nos acercaran e inquirieran:

Titila, titila, estrellita
¡Me pregunto qué eres!¹⁴

Jesús aclara lo que es esta luz diciendo que se trata de nuestras “buenas obras”. Dejad que los hombres *vean vuestras buenas obras*, dijo, y glorifiquen a *vuestro Padre que está en los cielos*, porque es por esas buenas obras que nuestra luz va a alumbrar.

Parece ser que “buenas obras” es una expresión general que abarca todo lo que un cristiano dice y hace porque es cristiano, cualquier manifestación externa y visible de su fe cristiana. Puesto que la luz es un símbolo bíblico común de la verdad, la luz brillante del cristiano seguramente tiene que incluir su testimonio hablado. Así, la profecía del Antiguo Testamento de que el Siervo de Dios sería “luz de las naciones” se cumple no sólo en Cristo mismo, la luz del mundo, sino también por medio de los cristianos que dan testimonio de Cristo.¹³ La evangelización debe contarse como una de las “buenas obras” por medio de las cuales nuestra luz alumbró y nuestro Padre es glorificado.

Lutero estaba en lo cierto al poner el acento en esto, pero se equivocó (creo) al hacerlo la referencia exclusiva. “Mateo no tiene en mente las obras ordinarias que la gente debería hacer el uno por el otro motivadas por el amor... Más bien está pensando principalmente en la obra distintivamente cristiana de enseñar correctamente, de acentuar la fe, y de mostrar cómo fortalecerla y preservarla; es así como testificamos que somos realmente cristianos”. Continúa en su comentario trazando la distinción entre la primera y la segunda tabla del decálogo, es decir, los diez mandamientos que expresan nuestro deber para con Dios y para con nuestro prójimo. “Las obras de que hablamos ahora tienen que ver con los primeros tres grandes mandamientos, que pertenecen al honor, al hombre y a la Palabra de Dios”.¹⁶ Es sano que se nos recuerde que creer, confesar y enseñar la verdad son también “buenas obras” que dan evidencia de nuestra regeneración mediante el Espíritu Santo.¹⁷ Sin embargo, no tenemos que limitarlas a esto. “Buenas obras” son obras de amor al igual que de fe. Expresan no sólo nuestra lealtad a Dios, sino también nuestro interés por nuestros congéneres. Ciertamente el significado primordial de “obras” tiene que ser práctico, obras visibles de compasión. Es cuando la gente vea ese tipo de obras, dijo Jesús, que glorificará a Dios, porque ellas encarnan las buenas nuevas de su amor que nosotros proclamamos. Sin ellas nuestro evangelio pierde su credibilidad y nuestro Dios su honor.

Como sucede con la sal, también con la luz la afirmación va seguida de una condición: *Así alumbré vuestra luz delante de los hombres*. Si la sal puede perder su sabor, la luz que está en nosotros puede convertirse en tinieblas.¹⁸ Pero debemos permitir que la luz de Cristo que está dentro de nosotros alumbré hacia afuera, de modo que la gente la pueda ver. No debemos ser como un pueblo o aldea colocada en un valle cuyas luces se ocultan de nuestra vista, sino como *una ciudad asentada sobre un monte que no se puede esconder* y cuyas luces son vistas claramente a kilómetros de distancia. De nuevo, debemos ser como una lámpara encendida, “antorcha que ardía y alumbraba” como lo fue Juan el Bautista,¹⁹ que se pone sobre el candelero en una posición prominente en la casa para que *alumbré a todos los que están en casa*, y no se mete “bajo un cajón” (VP) o se esconde “en un tiesto” (LA), donde no sirve para nada.

Es decir, como discípulos de Jesús, no debemos ocultar la verdad que sabemos ni la verdad de lo que somos. No debemos fingir ser otros que quienes somos, sino desear ser visibles a todos a causa de nuestro cristianismo. “Huir a la visibilidad es negar el llamamiento. La comunidad de Jesús que quiere ser invisible deja de seguirle”.²⁰ Más bien debemos ser nosotros mismos, nuestro verdadero ser cristiano, viviendo abiertamente la vida que se describe en las bienaventuranzas y sin avergonzarnos de Cristo. Entonces la gente nos verá y verá también nuestras buenas obras, y viéndonos glorificará a Dios. Porque inevitablemente reconocerá que es por la gracia de Dios que somos lo que somos, que nuestra luz es su luz, y que nuestras obras son sus obras hechas en nosotros y a través de nosotros. Así, ellos alabarán la luz, no la lámpara que la lleva; es a nuestro Padre que está en los cielos a quien ellos glorificarán, no a los hijos que él ha engendrado y que muestran un cierto parecido familiar. Ni siquiera aquellos que nos ultrajan podrán dejar de glorificar a Dios por la misma justicia por causa de la cual nos persiguen (10-12).

3. Lecciones que se aprenden

Las metáforas de sal y luz que usó Jesús tienen mucho que enseñarnos sobre nuestras responsabilidades cristianas en el mundo. Sobresalen tres lecciones.

a. Hay una diferencia fundamental entre los cristianos y los no cristianos, entre la iglesia y el mundo.

Es cierto que algunos no cristianos adoptan una apariencia engañosa de cultura cristiana. Algunos cristianos profesantes, por otro lado no parecen distinguirse de los no cristianos y de tal modo niegan su nombre de cristianos por su comportamiento no cristiano. No obstante, la diferencia esencial permanece. Podemos decir que son tan diferentes como la tiza del queso. Jesús dijo que son tan diferentes como la luz de las tinieblas, tan diferentes como la sal de la corrupción y la enfermedad. No servimos a Dios, ni a nosotros mismos, ni al mundo al tratar de borrar o siquiera de minimizar esta diferencia.

Este tema es básico en el Sermón del Monte. El Sermón se construye bajo el supuesto de que los cristianos son diferentes, y nos lanza un llamado a ser diferentes. Probablemente la mayor tragedia de la iglesia durante toda su larga y variada historia ha sido su constante tendencia a conformarse a la cultura reinante en vez de desarrollar una contracultura cristiana.

b. Tenemos que aceptar la responsabilidad que esta distinción coloca sobre nosotros.

Cuando reunimos la afirmación y la condición de cada metáfora nuestra responsabilidad se destaca. En la frase griega cada afirmación con el pronombre enfático “vosotros”, que es tanto como decir, “vosotros y solamente vosotros” sois la sal de la tierra y la luz del mundo. Y *por lo tanto* —la condición sigue con inexorable lógica— simplemente no debéis fallarle al mundo al que sois llamados a servir. Vosotros tenéis que ser lo que sois. Vosotros sois sal, y por eso tenéis que retener vuestra sazón y no perder vuestro sabor cristiano. Vosotros sois luz, y por eso tenéis

que dejar que vuestra luz alumbre y no ocultarla de ningún modo, ya sea por el pecado o por componendas, por pereza o por temor.

Este llamado a asumir nuestra responsabilidad cristiana, debido a lo que Dios nos ha hecho y dónde nos ha colocado, es particularmente pertinente para los jóvenes que se sienten frustrados en el mundo moderno. Los problemas de la comunidad humana son tan grandes, y ellos se sienten tan pequeños, tan débiles, tan ineficaces. “Alienación” —un término popularizado por Marx— es la palabra comúnmente usada hoy para describir estos sentimientos de frustración.

¿Qué mensaje tenemos, entonces, para tales personas que se sienten estranguladas por “el sistema”, aplastadas por la máquina de la tecnocracia moderna, abrumadas por las fuerzas políticas, sociales y económicas que las controlan y sobre las cuales no tienen control? Se sienten víctimas de una situación que son impotentes de cambiar. ¿Qué pueden hacer? En el terreno de esta frustración se están cultivando los revolucionarios, dedicados al derrocamiento violento del sistema. Y exactamente del mismo terreno pueden surgir los revolucionarios de Jesús, activistas igualmente dedicados —incluso más— pero comprometidos más bien a extender su revolución de amor, gozo y paz. Y esta revolución pacífica es más radical que cualquier programa de violencia, tanto porque sus normas son incorruptibles como porque cambia personas tanto como estructuras. ¿Hemos perdido nuestra confianza en el poder del evangelio de Cristo? Entonces escuchemos a Lutero: “Con su sola palabra puedo ser más desafiante y jactancioso que ellos con todo su poder, espadas y fusiles”.²¹

¡Así que no estamos desvalidos e impotentes después de todo! Porque tenemos a Jesucristo, su evangelio, ideales y poder, y Jesucristo es toda la sal y luz que este mundo tenebroso y putrefacto necesita. Pero debemos tener sal en nosotros mismos, y debemos dejar que nuestra luz alumbre.

c. Tenemos que ver nuestra responsabilidad cristiana como una responsabilidad doble

“La sal y la luz tienen algo en común: se dan y se gastan —y así son lo opuesto de todo tipo de religiosidad centrada en uno mismo”.²² No obstante, el tipo de servicio que cada uno presta es diferente. De hecho, sus efectos son complementarios. La función de la sal es en gran parte negativa: impide la corrupción. La función de la luz es positiva: ilumina las tinieblas.

Así Jesús llama a sus discípulos a ejercer una doble influencia en la comunidad secular, una influencia negativa al detener su corrupción y una influencia positiva al llevar luz a sus tinieblas. Porque una cosa es detener la extensión del mal; y otra es promover la difusión de la verdad, la belleza y la bondad.

Reuniendo las dos metáforas, parece legítimo discernir en ellas la relación justa entre evangelización y acción social en la misión total de Cristo en el mundo —relación que deja perplejos a muchos creyentes hoy. Somos llamados a ser tanto sal como luz para la comunidad secular.

Tomemos en primer lugar nuestra vocación de ser sal. El apóstol Pablo, al final del primer capítulo de su carta a los Romanos, pinta un retrato siniestro de lo que sucede cuando la sociedad (por temor al mal) suprime la verdad que conoce por medio de la naturaleza. Se deteriora. Sus valores y normas constantemente declinan hasta que se vuelve totalmente corrupta. Cuando los hombres rechazan lo que conocen de Dios, Dios los abandona a sus propias nociones distorsionadas y pasiones pervertidas, hasta que la sociedad hiede ante las fosas nasales de Dios y de toda la gente buena.

Ahora bien, los cristianos han sido colocados por Dios en la sociedad secular para impedir este proceso. Dios nos destinó para penetrar en el mundo. La sal cristiana no tiene derecho a quedarse apretujada en elegantes saleritos eclesiásticos; nuestro lugar está en medio de la comunidad secular, frotándonos con ella como la sal se frota con la carne para evitar que se eche a perder. Y cuando la sociedad se echa a perder, nosotros los cristianos tendemos a elevar nuestras manos en horror pío y

hacer reproches al mundo no cristiano; pero ¿no deberíamos más bien reprocharnos nosotros mismos? Difícilmente se puede culpar a la carne que no ha sido salada por echarse a perder. Ella no puede hacer nada más. La pregunta real que debe hacerse es: ¿dónde está la sal?

Jesús estaba enseñando en algún sitio cercano al mar de Galilea. A menos de ciento sesenta kilómetros al sur el río Jordán desemboca en otro mar, el Mar Salado, tan salado que está muerto. En la ribera occidental de ese mar vivía en aquella época una Comunidad del Mar Muerto, cuya biblioteca de rollos causó gran sensación cuando fue accidentalmente descubierta hace pocos años. Era una comunidad monástica de esenios que había escapado del mundo malo. Se autodenominaron “los hijos de la luz”, pero no dieron pasos para que su luz alumbrara, y en su *ghetto* su sal fue tan inútil como lo era en las costas del mar cercano. ¿Es posible que Jesús estuviese pensando en ellos? W.D. Davies cree que Jesús echó “una mirada de soslayo” en dirección a ellos.²³ Es una conjetura atrayente.

¿Qué significa en la práctica ser sal de la tierra? Para comenzar, nosotros, el pueblo cristiano, debemos ser más valientes, más francos en condenar el mal. Sin duda, la condenación es una acción negativa, pero también lo es la acción de la sal. En ocasiones las normas son flojas y resbaladizas en una comunidad a falta de una clara protesta cristiana. Lutero subraya esto, enfatizando que la denuncia y la proclamación van de la mano cuando se predica verdaderamente el evangelio: “Al salar se tiene que provocar comezón. Aunque nos critiquen como provocadores de comezón, sabemos que así es como tiene que ser y que Cristo ha ordenado que la sal sea aguda y continuamente cáustica... Si deseáis predicar el evangelio y ayudar a las personas, tenéis que ser sal aguda que se frote en sus heridas, mostrar el lado opuesto y denunciar lo que no está bien... La sal real es la exposición verdadera de las Escrituras, que denuncia a todo el mundo y no deja que nada permanezca salvo la fe sencilla en Cristo”.²⁴

Helmut Thielicke recoge este mismo tema de la cualidad necesariamente cortante y “picante” del verdadero testimonio cristiano. Al ver a algunos cristianos, dice, “uno creería que su ambición es ser los tarros de miel del mundo. Endulzan y azucaran la amargura de la vida con una concepción excesivamente fácil de un Dios amante... Pero Jesús, por supuesto, no dijo, ‘Vosotros sois la miel del mundo’. Dijo, ‘vosotros sois la sal de la tierra’. La sal produce picazón, y el mensaje no adulterado del juicio y la gracia de Dios ha sido siempre algo que pica”.²⁵

Y al lado de esta condenación de lo que es falso y malo, deberíamos tomar nuestra postura temeraria a favor de lo que es verdadero, bueno y decente, sea en nuestro vecindario, en nuestra universidad, profesión o negocio, o en la esfera más amplia de la vida nacional, incluyendo los medios de información.

La sal cristiana entra en vigor por medio de hechos tanto como por medio de palabras. Ya hemos visto que Dios ha creado el estado y la familia como estructuras sociales para contener el mal y promover el bien. Y los cristianos tienen la responsabilidad de vigilar que estas estructuras no sólo se preserven sino que también operen con justicia. Demasiado a menudo los cristianos evangélicos han interpretado su responsabilidad social únicamente en términos de ayudar a las víctimas de una sociedad enferma, y no han hecho nada para cambiar las estructuras que provocan esas víctimas. Del mismo modo que los doctores están interesados no sólo en el tratamiento de sus pacientes sino también en la medicina preventiva y en la salud pública, deberíamos interesarnos en lo que podría llamarse medicina preventiva social y normas más altas de higiene moral.

Por muy pequeña que pueda ser nuestra parte, no podemos elegir otra cosa que buscar la creación de mejores estructuras sociales, que garanticen justicia en la legislación y la ejecución de la ley, la libertad y dignidad del individuo, derechos civiles para las minorías y la abolición de la discriminación racial y social. No deberíamos despreciar estas cosas ni eludir nuestra responsabilidad para con ellas. Son parte del propósito de Dios

para su pueblo. Dondequiera que los cristianos son ciudadanos conscientes, están actuando como sal en la comunidad. Como lo dijo Sir Frederick Catherwood en su contribución al simposio *Is revolution change?* “Tratar de mejorar la sociedad no es mundanalidad sino amor. Lavarse las manos de la sociedad no es amor sino mundanalidad”.²⁶

Pero los seres humanos caídos necesitan más que barricadas para que cesen de volverse tan malos como pueden. Necesitan regeneración, nueva vida por medio del evangelio. De ahí nuestra segunda vocación de ser “la luz del mundo”. La verdad del evangelio es la luz, contenida ciertamente en frágiles lámparas de arcilla, pero que brilla a través de nuestra misma constitución arcillosa con la más clara luminosidad. Somos llamados a difundir el evangelio y a enmarcar nuestro estilo de vida de manera que sea digno del evangelio.²⁷

De modo que, nunca debemos colocar nuestras dos vocaciones de ser sal y luz, nuestras responsabilidades cristianas social y evangelística, una contra la otra como si tuviéramos que escoger entre ambas. Tampoco debemos exagerar una de ellas, ni desacreditar alguna a expensas de la otra. Ninguna puede ser un sustituto de la otra. El mundo necesita de ambas. Es malo y necesita sal; está oscuro y necesita luz. Nuestra vocación cristiana es ser ambas cosas. Jesucristo lo dijo así, y eso debería bastarnos.

En los Estados Unidos uno de los ministerios descritos como emparentado con el llamado “Movimiento de Jesús” se conoce como el “Hogar del Poder y la Luz de Jesucristo”. Se trata de una comuna cristiana en Westwood, administrada por Hal Lindsey y Bill Counts, quienes dan enseñanza bíblica a los residentes. “Luz y Poder” es una linda combinación, y ambos se encuentran en Jesucristo. Pero ¿cuándo habrá alguien en Estados Unidos que establezca una “Compañía incorporada de la sal y la luz de Jesucristo”?

En el Reino Unido ha surgido en los últimos años un movimiento casi espontáneo conocido como el “Festival de la Luz”. Doy gracias a Dios por el testimonio valiente y entusiasta de los jóvenes (como lo son en su mayoría) que pertenecen a él.

Se esfuerzan por combinar una protesta contra la pornografía y una campaña a favor de la ley moral de Dios en la vida pública, con un testimonio claro de Jesucristo. Quizás debería volverse, en forma aun más consciente, un “Festival de la Sal y la Luz”.

En todo caso, no tenemos que avergonzarnos de nuestra vocación de ser tanto sal como luz, o seremos culpables de separar lo que Jesús ha unido.

El carácter del cristiano, según se describe en las bienaventuranzas, y la influencia del cristiano, según se define en las metáforas de sal y luz, están relacionados orgánicamente entre sí. Nuestra influencia depende de nuestro carácter. Pero las bienaventuranzas establecen una norma sumamente alta y exigente. Puede ser útil, por lo tanto, como conclusión a este capítulo, volver a mirar ambos párrafos y fijarse en los incentivos a la justicia que da Jesús.

En primer lugar, ésta es la forma en que nosotros mismos seremos bienaventurados. Las bienaventuranzas identifican a los que Dios declara “bienaventurados”, los que le agradan y los que encuentran satisfacción en sí mismos. La bienaventuranza verdadera se encuentra en lo bueno, y en ninguna otra parte.

En segundo lugar, ésta es la forma en que se servirá mejor al mundo. Jesús ofrece a sus seguidores los inmensos privilegios de ser sal y luz del mundo sólo si viven de acuerdo con las bienaventuranzas.

En tercer lugar, ésta es la forma en que Dios será glorificado. Aquí, en los comienzos de su ministerio Jesús dice a sus discípulos que si dejan que su luz alumbre de modo que se vean sus buenas obras, su Padre que está en los cielos será glorificado. Al final de su ministerio, en el aposento alto, él expresaría la misma verdad en términos similares: “En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos”.²⁸

Esto es, entonces lo deseable de la vida buena a semejanza de Cristo y, por tanto de la contracultura cristiana. Nos trae bendición a nosotros mismos, salvación a otros y por último, gloria a Dios.

Mateo 5.17-20

La justicia del cristiano: Cristo, el cristiano y la ley

¹⁷No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. ¹⁸Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. ¹⁹De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. ²⁰Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Hasta aquí Jesús ha hablado del carácter del cristiano, y de la influencia que tendrá en el mundo si exhibe este carácter y si su carácter lleva fruto de “buenas obras”. Ahora procede a definir de manera más amplia este carácter y estas buenas obras en

términos de la justicia. Explica que la justicia que ya ha mencionado dos veces como aquella de la cual sus discípulos tienen hambre (6) y por causa de la cual sufren (10) es conformarse a la ley moral de Dios, y aventaja a la justicia de los escribas y fariseos (20). Las “buenas obras” son obras de obediencia. Jesús comenzó su Sermón con bienaventuranzas en tercera persona (“Bienaventurados los pobres en espíritu”); continúa en segunda persona (“Vosotros sois la sal de la tierra”); y ahora cambia a la perentoria primera persona y usa por primera vez su fórmula distintiva y dogmática *les aseguro* (18, VP) o bien, *os digo* (20; VRV).

Este párrafo es de gran importancia, no sólo por su definición de justicia cristiana sino también por la luz que aporta a la relación entre el Antiguo y Nuevo Testamento, entre el evangelio y la ley. Se divide en dos partes: primero Cristo y la ley (17,18) y segundo el cristiano y la ley (19,20).

1. Cristo y la ley (17,18)

Comienza diciéndoles que no imaginen ni por un momento que ha venido *para abrogar la ley y los profetas*, es decir, todo el Antiguo Testamento o cualquiera de sus partes.¹ La forma en que Jesús formula esta declaración negativa sugiere que a algunos se les había ocurrido esta misma idea que él ahora contradice. Aunque su ministerio público había comenzado hacía poco tiempo, ya sus contemporáneos se encontraban profundamente inquietos por su supuesta actitud hacia el Antiguo Testamento. Tal vez la controversia en cuanto al sábado había inflamado los ánimos anteriormente, ya que Marcos coloca el episodio de los discípulos recogiendo espigas en sábado y la curación del hombre de la mano seca aun antes de la elección de los doce.² En realidad, desde el mismo comienzo de su ministerio, la gente se había asombrado de su autoridad. “¿Qué es esto?” preguntaban. “¿Qué nueva doctrina es ésta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?” (Mr 1.27). Por consiguiente, era natural que muchos se preguntaran cuál era la relación entre su autoridad y la autoridad de la ley de Moisés. Para ellos estaba

claro que los escribas se sometían a la ley de Moisés, porque eran “maestros de la ley”. Se dedicaban a su interpretación y no reclamaban para sí mismos autoridad, aparte de las autoridades que citaban. Pero no estaba tan claro con respecto a Jesús. Jesús hablaba con autoridad propia. No le gustaba usar la fórmula que algún profeta antiguo o algún escriba moderno hubiera usado. Presentaba algunas de sus declaraciones más impresionantes precediéndolas de un “De cierto os digo”, hablando en su propio nombre y con su propia autoridad. ¿Cuál era esta autoridad suya? ¿Se estaba colocando como autoridad frente a la ley sagrada, la palabra de Dios? Así les parecía a algunos. De ahí su pregunta, abierta u oculta, a la cual Jesús responde ahora sin ambigüedades: *No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas.*

Aún hoy la gente se pregunta, aunque de formas diferentes, sobre la relación entre Jesús y Moisés, el Nuevo Testamento y el Antiguo. Ya que Jesús captó el problema y se pronunció abiertamente en cuanto al asunto, nosotros no deberíamos tener vergüenza de ir por el mismo camino. Él no había venido (nótese de paso la conciencia que tenía de haber venido al mundo con una misión) ni para *abrogar* la ley o los profetas, haciéndolos a un lado o aboliéndolos, ni tampoco para apoyarlos en forma literalista y muerta, sino para *cumplirlos*.

El verbo que se traduce “cumplir” (*plērōsai*) significa literalmente “llenar” e indica, como lo expresó Crisóstomo, que “sus dichos (léase de Cristo) no eran abrogación de los anteriores, sino ampliación y culminación de ellos”.³ Para captar las implicaciones de largo alcance de esto, necesitamos recordar que “la ley y los profetas”, es decir el Antiguo Testamento, contienen varios tipos de enseñanza. La relación de Jesucristo con cada uno de ellos difiere pero la palabra “cumplimiento” las cubre a todas.

En primer lugar, el Antiguo Testamento contiene *enseñanza doctrinal*. “Torá” que generalmente se traduce como “ley”, significa realmente “instrucción revelada”; y el Antiguo Testamento ciertamente nos instruye sobre Dios, el hombre y la salvación, etc. Todas las grandes doctrinas bíblicas se encuentran

allí. Sin embargo era sólo una revelación parcial. Jesús lo “cumplió” todo en el sentido de llevarlo a su realización por medio de su persona, su enseñanza y su obra.⁴ El obispo Ryle lo resume así: “El Antiguo Testamento es el Evangelio en capullo, el Nuevo Testamento es el Evangelio en plena floración. El Antiguo Testamento es el Evangelio en la hoja de la hierba; el Nuevo Testamento es el Evangelio en la espiga abierta”⁵

En segundo lugar, el Antiguo Testamento contiene *profecía de predicción*. Gran parte de él anticipa los días del Mesías, y lo predice en palabras o lo prefigura en tipo. Pero esto sólo era una anticipación. Jesús lo “cumplió” todo en el sentido de que aquello que había sido predicho sucedió en él. La primera declaración de su ministerio público fue, “El tiempo se ha cumplido...” (Mr 1.15). Sus mismas palabras aquí, *he venido*, implican la misma verdad. Vez tras vez pretendió que las Escrituras daban testimonio de él, y Mateo hace hincapié en esto más que cualquier otro evangelista por su fórmula repetida, “Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta...”⁶ El clímax fue su muerte en la cruz en la cual todo el sistema ceremonial del Antiguo Testamento, sacerdocio y sacrificio, tuvieron su cumplimiento perfecto. Después las ceremonias cesaron. Pero, como Calvino correctamente comentó, “Sólo fue abolido su uso, porque su significado había sido confirmado en plenitud.”⁷ Ellas eran más que la “sombra” de lo que iba a venir; la “esencia” le pertenecía a Cristo.⁸

En tercer lugar, el Antiguo Testamento contiene *preceptos éticos*, o la ley moral de Dios. Pero a menudo se malentendieron y aun más a menudo se desobedecieron. Jesús los “cumplió”, en primer término, obedeciéndolos, porque él había “nacido bajo la ley” y estaba determinado (como lo había dicho Juan el Bautista) a “cumplir toda justicia”.⁹

“De hecho, no tiene nada que añadir a los preceptos de Dios”, escribió Bonhoeffer, “los guarda, y esto es lo único que añade”.¹⁰ Pero hace más que simplemente obedecerlos; explica que la obediencia concierne también a sus discípulos. Rechaza la interpretación superficial de la ley dada por los escribas: él mismo provee la verdadera interpretación. Su propósito no es cambiar

la ley, menos aún anularla, sino “revelar el fondo pleno de significado que estaba destinada a contener”.¹¹ Así entonces él “la cumple al declarar las demandas radicales de la justicia de Dios.”¹² Esto es lo que acentúa en el resto del capítulo 5 de Mateo, dando ejemplos, como veremos.

En cada generación de la era cristiana han existido aquellos que no han podido acomodarse a la actitud de Cristo ante la ley. Marción, el famoso hereje del siglo segundo que volvió a escribir el Nuevo Testamento eliminando las referencias al Antiguo, naturalmente suprimió este pasaje.¹³ Algunos de sus seguidores fueron aún más lejos. ¡Se atrevieron a invertir su significado intercambiando los verbos de modo que la frase se leyera: “No he venido para cumplir la ley y los profetas, sino para abrogarlos”! Sus contrapartes actuales parecen ser aquellos que han abrazado la llamada “nueva moralidad”, porque declaran que la mera categoría de ley es abolida para el cristiano (aunque Cristo dijo que no había venido para abolirla), que ya ninguna ley ata al pueblo cristiano excepto la ley del amor, y que en realidad el mandamiento del amor es el único absoluto que existe. Hablaré más sobre ellos posteriormente. Por el momento basta con poner el acento en que, según este versículo (17), la actitud de Jesús hacia el Antiguo Testamento no fue una actitud destructiva y de discontinuidad, sino más bien una actitud constructiva, de continuidad orgánica. Resumió su posición en una sola palabra: no “abolición” sino “cumplimiento”.

El apóstol Pablo enseñó muy claramente la misma verdad.¹⁴ Su afirmación de que “el fin de la ley es Cristo”¹⁵ no significa que ahora somos libres para desobedecerla, puesto que se trata exactamente de lo contrario.¹⁶ Significa más bien que la aceptación de Dios no se obtiene mediante la obediencia a la ley sino mediante la fe en Cristo, y ciertamente la misma ley da testimonio de estas buenas nuevas.¹⁷

Habiendo afirmado que su propósito al venir fue cumplir la ley, Jesús continúa dando la causa y la consecuencia de esto. La causa es la permanencia de la ley hasta que se haya cumplido (18), y la consecuencia es la obediencia a la ley que tienen que prestar los ciudadanos del reino de Dios (19,20).

Esto es lo que Jesús tiene que decir respecto a la ley que ha venido a cumplir: *De cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota (iota, equivalente en griego de yod, la letra más pequeña del alfabeto hebreo, casi tan pequeña como una coma), ni una tilde (Keraia, cuerno, refiriéndose probablemente a uno de los diminutos corchetes o símbolos que distinguen algunas letras hebreas de otras), pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.* Su referencia ahora fue sólo a “la ley” y no a “la ley y los profetas” como en el versículo anterior, pero no hay razón para suponer que estuviera omitiendo deliberadamente a los profetas; “la ley” era un término que comprendía toda la revelación divina del Antiguo Testamento. Ninguna parte de ella pasará o será descartada, dice, ni una sola letra o parte de una letra, hasta que todo se haya cumplido. Y este cumplimiento no será completo hasta que los cielos y la tierra misma hayan pasado. Porque un día ellos pasarán, en el poderoso renacimiento del universo.¹⁸ Entonces el tiempo como ahora lo conocemos cesará y las palabras escritas de la ley de Dios no se necesitarán más, porque todo lo relativo a ellas se habrá cumplido.

Así la ley es tan perdurable como el universo. El cumplimiento final de la una y el nuevo nacimiento del otro coincidirán. Juntos “pasarán” (“*parelthē*” se repite): Jesús no podía haber afirmado con mayor claridad su propia visión de las escrituras del Antiguo Testamento.¹⁹

2. El cristiano y la ley (19-20)

La expresión “de manera que” introduce la deducción a la que Jesús lleva a sus discípulos y que es consecuencia de la validez permanente de la ley y de su propia actitud con respecto a ella. Revela una conexión vital entre la ley de Dios y el reino de Dios. ‘El no ha venido a abrogar la ley sino a cumplirla, y ni una jota ni una tilde pasará de la ley hasta que todo se haya cumplido, *de manera que* la grandeza en el reino de Dios se medirá según uno se conforme o no a la ley. No basta la obediencia personal; los discípulos cristianos también tienen que enseñar a otros la naturaleza permanentemente obligatoria de los mandamientos

de la ley. Es cierto que no todos los mandamientos tienen el mismo “peso”.²⁰ No obstante, hasta *uno de los más pequeños de estos mandamientos*, precisamente porque se trata de uno de los mandamientos de Dios el Rey, es importante. Rebajarlo, quitarle rigurosidad —por ejemplo, perder su control sobre nuestra conciencia y su autoridad en nuestra vida— es una ofensa al Dios de cuya ley se trata. Desatender el mandamiento “más pequeño” de la ley, sea en obediencia o en instrucción, es degradarse uno mismo en un sujeto “más pequeño” en el reino; la grandeza en el reino les pertenece a aquellos que son fieles en hacer y enseñar toda la ley moral de Dios. “La grandeza en el reino de Cristo”, escribió Spurgeon, “está ordenada de acuerdo con la obediencia”.²¹

Jesús ahora va todavía más lejos. No sólo se determina la grandeza en el reino por medio de una justicia conforme a la ley, sino que también el ingreso en el reino es imposible sin una justicia mejor (mucho mejor: la expresión griega es muy enfática) que la de los escribas y fariseos, porque el reino de Dios es un reino de justicia. Pero seguramente, protestará alguno, los escribas y fariseos, ¿no eran famosos por su justicia? ¿No era la obediencia a la ley de Dios la pasión que dominó sus vidas? ¿No calcularon que la ley contenía 248 mandamientos y 365 prohibiciones, y no aspiraron a guardarlos todos? ¿Cómo puede entonces la justicia cristiana *exceder* verdaderamente la justicia farisaica, y cómo puede convertirse esta justicia cristiana superior en una condición de ingreso al reino de Dios? ¿No enseña esto una doctrina de salvación mediante buenas obras, contradiciendo así la primera bienaventuranza que dice que el reino de Dios pertenece a “los pobres en espíritu” que no tienen nada, ni siquiera justicia que alegar en su favor?

La afirmación de nuestro Señor tuvo sin duda que haber asombrado a sus primeros oyentes, del mismo modo que nos asombra hoy. Pero la respuesta a estas preguntas no hay que buscarla lejos. La justicia cristiana sobrepasa en mucho a la justicia farisaica en género más que en grado. Podemos decir que no es que el éxito cristiano resida en guardar 240

mandamientos mientras los mejores fariseos sólo hubieran logrado llegar a los 230. No. La justicia cristiana es mayor que la justicia farisaica porque es más profunda, ya que se trata de justicia del corazón. A partir de Freud se ha hablado mucho sobre “psicología profunda”; el interés de Jesús estuvo en la “moralidad profunda”. Los fariseos se contentaban con una obediencia formal y externa, una conformidad rígida a la letra de la ley; Jesús nos enseña que las demandas de Dios son mucho más radicales que esto. La justicia que le agrada es justicia interior de pensamiento y motivación. Porque “Jehová mira al corazón”.²²

Fue una nueva justicia de corazón la que los profetas auguraron como una de las bendiciones de la era mesiánica. “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón”, prometió Dios por medio de Jeremías (31.33). ¿Cómo lo haría? ‘El dijo a Ezequiel: “Pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos” (36.27). Así pues coinciden las dos promesas de Dios: poner su ley dentro de nosotros y poner su Espíritu dentro de nosotros. No tenemos que imaginar (como algunos lo hacen hoy) que cuando tenemos el Espíritu podemos prescindir de la ley, porque lo que el Espíritu hace en nuestros corazones es, precisamente, escribir la ley de Dios. Así “Espíritu”, “ley”, “justicia” y “corazón” van juntos. Los fariseos pensaban que una conformidad externa a la ley sería suficiente justicia. El “Maestro de Justicia” que figura en los Rollos del Mar Muerto fue más estricto, porque “definió los mandamientos de la ley de manera más exhaustiva y más rigurosa que los fariseos y exigió a la Secta (es decir, los esenios del Qumrán) obediencia radical a todos ellos”. Jesús fue todavía más radical, porque si bien los esenios pedían “más y más obediencia”, él pedía “obediencia más y más profunda”.²³ Ahora bien, es esta obediencia profunda la que es justicia de corazón y sólo es posible en aquellos a quienes el Espíritu Santo ha regenerado y en quienes ahora mora. Por esto es que es imposible entrar en el reino de Dios sin una justicia mayor (es decir, más profunda) que la de los fariseos. Porque tal justicia es evidencia del nuevo nacimiento, y nadie puede entrar al reino de Dios sin haber nacido de nuevo.²⁴

El resto de Mateo 5 contiene ejemplos de esta justicia mayor o, mejor aún, más profunda. Consiste en seis párrafos paralelos que ilustran el principio que Jesús ha propuesto recién en los versículos 17 al 20 acerca de la perpetuidad de la ley moral, de su venida para cumplirla y de la responsabilidad de sus discípulos de obedecerla en forma más completa que la de los escribas y fariseos. Cada párrafo contiene un contraste o “antítesis” que se presenta mediante la misma fórmula (con variaciones menores): *Oísteis que fue dicho a los antiguos... Pero yo os digo...*(21,22).

¿Cuál es esta antítesis? Está claro quién es el *ego* que habla con autoridad. Pero, ¿con quién está contrastándose Jesús? Es esencial considerar ahora esta pregunta antes de mirar con mayor detalle, en los siguientes tres capítulos, las seis antítesis. Muchos comentaristas han sostenido que en estos párrafos Jesús se coloca en oposición a Moisés; que está inaugurando deliberadamente una nueva moralidad y contradiciendo y repudiando la antigua; y que su fórmula introductoria podría parafrasearse “sabéis que el Antiguo Testamento enseñó... Pero yo os enseño algo enteramente diferente”. A pesar de lo popular que es esta interpretación, no vacilo en decir que es errónea. Y además de errónea, es insostenible. Lo que Jesús contradice no es la ley en sí misma, sino ciertas perversiones de la ley, de las cuales los escribas y fariseos eran culpables. Lejos de contradecir la ley, Jesús la apoya, insiste en su autoridad y provee su verdadera interpretación. Cuatro argumentos bastarán para probar que es así.

Primero, está la esencia de las antítesis mismas. A primera vista lo que Jesús cita en cada caso parece proceder de la ley mosaica. Los seis ejemplos o bien son de ella o incluyen un eco de ella, p. ej., *No matarás* (21), *No cometerás adulterio* (27), *Cualquiera que repudie a su mujer, déle carta de divorcio* (31). Es hasta que llegamos a la sexta y última antítesis que vemos con más claridad que algo anda mal. Porque en ella se lee: *Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo* (43). Ahora bien, la primera mitad de esta frase es un claro mandamiento de la ley (Lv. 19.18), aunque se trate de un mandamiento truncado que omite las

palabras vitales que colocan la medida del amor a nuestro prójimo a saber, “como a ti mismo”. La segunda mitad de la frase, sin embargo, no está en la ley. No aparece en Levítico 19.18, ni en ninguna otra parte. De modo que era una adición contemporánea a la ley, que se proponía interpretarla, pero de hecho la distorsionaba. Cuando observamos más detenidamente las otras cinco antítesis (como haremos en los siguientes capítulos), se hace evidente que en ellas se implica una distorsión similar. Son estas distorsiones de la ley las que Jesús rechaza, no la ley misma. Después de todo, las primeras dos antítesis no se leen “Fue dicho ‘no matarás ni cometerás adulterio’, pero yo os digo podéis hacerlo”. Más bien “pero yo os digo no debéis ni siquiera enojaros ni tener pensamientos lujuriosos”.

En segundo lugar, está la fórmula introductoria, que comienza *oísteis que fue dicho a los antiguos* (21.33), o bien *oísteis que fue dicho* (27,38,43), o más breve aún, *También fue dicho* (31). Las palabras comunes a estas fórmulas son *fue dicho*, que representan el simple verbo griego *errethē*. Esta no era la palabra que Jesús solía usar cuando citaba las Escrituras. Cuando introducía una cita bíblica, tanto el tiempo como el verbo que usaba eran diferentes: usaba *gegraptai* (perfecto, “se conserva escrito” o “escrito está”), no *errethē* (aoristo, “fue dicho”). De modo que en las seis antítesis lo que Jesús está contradiciendo no es la escritura sino la tradición, no la palabra de Dios que ellos habían “leído”²⁵ sino la instrucción oral que había sido dada “a los antiguos” y que ellos también habían “oído” puesto que los escribas continuaban dándola en las sinagogas.

El profesor David Daube confirma esto según su vasto conocimiento de los textos rabínicos. El verbo “oír” se asocia, dice, con “el significado literal, superficial de las Escrituras”. Así, en las dos partes de la fórmula introductoria, “la primera parte da una regla escritural interpretada con estrechez, y la segunda, una demanda más amplia hecha por Jesús”. De nuevo, “Estas declaraciones ‘Habéis oído —Pero yo os digo’ se proponen establecer la autenticidad de Jesús como defensor de la Ley, no como su destructor... es la revelación de un significado más pleno

para una nueva era. El segundo miembro, lejos de minar al primero, lo amplía”.²⁶ Uno puede resumirlo diciendo que en relación con las distorsiones de la ley hechas por los escribas, el término “antítesis” describe correctamente las enseñanzas de Jesús, en tanto que en relación con la ley misma el término más exacto sería “exégesis”. Su discusión no fue acerca de la ley, porque tanto los líderes judíos como él aceptaban su autoridad divina, sino acerca de su verdadera interpretación.

En tercer lugar, está el contexto inmediato. Ya hemos visto que en los versículos anteriores que introducen las antítesis (17-20) Jesús afirmó de manera totalmente inequívoca cuál era su propia actitud hacia la ley y cual debía ser la de sus discípulos: Era “cumplimiento” en el caso de Jesús y “obediencia” en el caso de los discípulos. Ni una tilde ni una jota pasarían; todo tenía que cumplirse. Ni uno de los mandamientos más pequeños podía desatenderse; todos tienen que obedecerse. ¿Podemos suponer seriamente que Jesús se contradijo, que procedió a hacer en su enseñanza aquello que acababa de decir categóricamente que no había venido a hacer y que ellos no tenían que hacer? Porque este es el dilema: si en las antítesis Jesús está contradiciendo a Moisés, se está contradiciendo a sí mismo. “Los comentaristas han agotado su ingeniosidad”, escribe W.C. Allen, “intentando explicar este pasaje”²⁷ y continúan ejercitando su propio ingenio al suponer que los versículos 18 y 19 “originalmente no pertenecían al Sermón, sino que han sido colocados aquí por el editor”. La razón que expone es que, desde su punto de vista, “la actitud hacia la ley aquí descrita no está en consonancia con el tenor general del Sermón”. Pero este es un juicio enteramente subjetivo, y que además no resuelve el dilema. Todo lo que logra hacer es eliminar la supuesta discrepancia de la enseñanza de Jesús y atribuírsela en su lugar al primer evangelista o, por medio de él, a alguna comunidad cristiana primitiva. El camino mejor reside en aceptar como genuinas las afirmaciones hechas en los versículos 17 al 20 y demostrar que ellas están en armonía no sólo con el Sermón como totalidad sino también con el resto de las enseñanzas registradas de Jesús. Esto nos lleva al último argumento.

En cuarto lugar, está la actitud conocida de Cristo hacia el Antiguo Testamento. En el capítulo anterior Mateo ha dado cuenta de sus tentaciones durante los agotadores cuarenta días en el desierto de Judea. A cada tentación sutil del diablo Jesús replicó con una cita apropiada de las Escrituras del Antiguo Testamento. Jesús no tuvo necesidad de entrar en debate o discusión con el diablo. Cada asunto fue resuelto desde el comienzo mediante una simple apelación a lo que permanecía o se conservaba escrito (*gegraptai*). Y esta sumisión reverente de la Palabra encarnada a la palabra escrita continuó a lo largo de toda su vida, no sólo en su conducta personal sino también en su misión. Estuvo resuelto a cumplir lo que estaba escrito de él, y no pudo ser desviado del sendero que las Escrituras habían trazado para él. De modo que en Mateo 5.17 su declaración de que él no había venido a abrogar la ley y los profetas sino a cumplirlos está en armonía total con su actitud hacia las Escrituras en otras partes.

De estos cuatro factores, se vuelve evidente que las antítesis no colocan a Cristo y a Moisés en oposición entre sí, al Nuevo Testamento contra el Antiguo, al evangelio contra la ley, sino más bien oponen la interpretación verdadera de la ley que Cristo hace y las malas interpretaciones hechas por los escribas, y por consiguiente la justicia cristiana y la justicia farisaica, como lo anticipa el versículo 19.

Entonces, ¿qué estaban haciendo los escribas y fariseos? ¿Cuáles fueron los “métodos tortuosos”, como los llamó Calvino,²⁸ por los cuales falsificaron y degradaron la ley? En general, estaban tratando de reducir el desafío de la ley, de “relajar” (19) los mandamientos de Dios, y así hacerlos más manejables y menos exigentes sus demandas morales. Juzgaron la Torá como un yugo y una carga (de hecho lo llamaron así), y quisieron hacer el yugo más fácil y la carga más ligera. La manera en que lo hacían variaba según la forma que tomaba cada ley, y en particular si se trataba de un mandamiento (ya fuera precepto o prohibición) o de una concesión. Cuatro de las seis antítesis caían en la categoría de “mandamientos”, de los cuales los tres

primeros son negativos (prohibían el asesinato, el adulterio y el falso juramento) y el último, positivo (ordenaba amor hacia el prójimo). Estos cuatro son mandamientos claros de Dios a hacer o no hacer algo. Los dos restantes (la cuarta y quinta antítesis) son mejor descritos como “concesiones”. No están en la misma categoría de mandamientos morales que los otros cuatro. Ambos carecen de las palabras prescriptivas “harás” o “no harás”. La cuarta antítesis concierne al divorcio, que nunca fue ordenado, sino permitido en ciertas circunstancias y bajo ciertas condiciones. El quinto concierne a la retribución (“ojo por ojo...”) que era permitida en las cortes legales, y que restringía los castigos que los jueces israelitas podían imponer al equivalente exacto. Así, pues, ambas concesiones estaban circunscritas por límites definidos.

Para que la obediencia pudiera alcanzarse más fácilmente, los escribas y fariseos restringían los mandamientos y ampliaban las concesiones de la Ley. Hicieron menos exigentes las demandas de la ley y más tolerantes sus concesiones. Lo que hizo Jesús fue invertir ambas tendencias. Insistió en que las implicaciones plenas de los mandamientos de Dios tienen que aceptarse sin que se les impongan límites artificiales, mientras que los límites que Dios ha puesto a sus concesiones tienen también que aceptarse y no incrementarse arbitrariamente. Puede ser provechoso ver la aplicación de estos principios a las antítesis en conjunto antes de considerarlos en detalle.

Los escribas y fariseos estaban evidentemente restringiendo las prohibiciones bíblicas de matar y adulterar al mero acto; Jesús en cambio las amplió hasta incluir pensamientos de enojo, palabras insultantes y miradas lujuriosas. Ellos restringieron el mandamiento sobre perjurio sólo a ciertos juramentos (los que involucran el nombre divino) y el mandamiento sobre el amor al prójimo sólo a ciertas personas (las de la misma raza y religión); Jesús dijo que deben guardarse todas las promesas y amarse a todas las personas, sin limitaciones.

Pero los escribas y fariseos no estuvieron contentos simplemente con restringir los mandamientos de la ley para

acomodarlos a su conveniencia; procuraron servir aun más a su conveniencia ampliando sus concesiones. Así, intentaron ampliar la concesión de divorcio más allá de la simple causa de “fornicación” incluyendo cualquier capricho del esposo, y ampliar la concesión de retribución más allá de las cortes legales, incluyendo en ella la venganza personal. Jesús, en cambio, reafirmó las restricciones originales. Llamó “adulterio” al divorcio por otras causas e insistió en relaciones personales en las cuales se renunciara a toda venganza.

Este vistazo preliminar a las antítesis nos ha mostrado que Jesús no contradijo la ley de Moisés. Por el contrario, eso es en realidad lo que estaban haciendo los fariseos. Lo que Jesús hizo más bien fue explicar el verdadero significado de la ley moral con todas sus incómodas implicaciones. Amplió los mandamientos que ellos habían restringido y restringió las concesiones que habían ampliado. Para él la ley de Moisés era la ley de Dios, cuya validez era permanente y cuya autoridad tenía que aceptarse. En el Sermón del Monte, como Calvino lo expresó correctamente, no vemos a Jesús “como un nuevo legislador, sino como el fiel expositor de una ley que ya había sido dada.”²⁹ Los fariseos habían “oscurecido” la ley; Jesús “la restauró a su integridad”.³⁰

Y en este asunto los discípulos cristianos tienen que seguir a Cristo, no a los fariseos. No tenemos libertad para tratar de rebajar las normas de la ley y hacerla más fácil de obedecer. Esa es la casuística de los fariseos, no de los cristianos. La justicia cristiana tiene que exceder a la justicia farisaica.

Pero los defensores de la “nueva moralidad” o “ética de la situación”, están, en principio, tratando de hacer exactamente lo que hicieron los fariseos. Es verdad que pretenden tomar partido por Cristo en contra de los fariseos, pero se asemejan a los fariseos en su aversión a la ley. Consideran a la ley como rígida y autoritaria, y (tal como los fariseos), intentan “relajar” su autoridad, aflojando su dominio.

Así que declaran abrogada la categoría de ley (la que Jesús dijo que no había venido a abrogar) y colocan a la ley y el amor

en mutua discordia (en una forma en que Jesús nunca lo hizo). No. Jesús estuvo en desacuerdo con la *interpretación* de la ley que hacían los fariseos, pero nunca estuvo en desacuerdo con su aceptación de la *autoridad* de la ley, sino todo lo contrario. En los términos más fuertes posibles él declaró su autoridad como Palabra escrita de Dios, y llamó a sus discípulos a aceptar su interpretación verdadera y más hondamente exigente.

Mateo 5. 21-30

La justicia del cristiano: evitar el enojo y la codicia

Las dos primeras ilustraciones que dio Jesús sobre su tema (a saber, que estaba profundizando y no destruyendo las demandas de la ley) se relacionan con el sexto y séptimo de los diez mandamientos, las prohibiciones de asesinato y adulterio.

1. Evitar el enojo (21-26)

²¹Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. ²²Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano, será culpable ante el concilio; y cualquiera que le diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego. ²³Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, ²⁴deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda. ²⁵Ponte de acuerdo

con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino, no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez al alguacil, y seas echado en la cárcel.²⁶ De cierto te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante.

El mandamiento *no matarás* se expresaría mejor “No cometas un asesinato”, porque no es una prohibición de quitar toda vida humana en todas y cada una de las circunstancias posibles, sino en particular contra el homicidio o asesinato. Esto está claro por el hecho de que la misma ley mosaica, que en el decálogo prohíbe matar, en otra parte lo ordena, tanto en la forma de pena capital como en las guerras destinadas a exterminar a las tribus paganas corruptas que poblaban la tierra prometida. Tanto la guerra como la pena de muerte son cuestiones molestas que han dejado siempre perplejas a las conciencias cristianas sensibles. Y siempre han existido cristianos de uno y otro bando. Lo que es menester que los cristianos afirmen siempre en estos debates es que, si el concepto de “guerra justa” es defendible y si mantener la pena de muerte es justificable, la razón no es que la vida humana sea barata alguna vez y se pueda disponer fácilmente de ella, sino al contrario, es decir, que es preciosa ya que es la vida de creaturas hechas a la imagen de Dios. Aquellos que hacen campañas en favor de la abolición de la pena de muerte bajo la base de que la vida humana (la de los asesinos) no debería quitarse tienden a olvidar el valor de la vida de la víctima del asesino: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada: *porque a imagen de Dios es hecho el hombre*.”¹ Y aquellos que hacen campañas en favor del pacifismo incondicional tienden a olvidar que, aunque la matanza y mutilación indiscriminada de civiles no se puede defender de ninguna manera, Dios ha dado a la sociedad (fuere el estado o —por extensión— algún cuerpo internacional) el derecho y la responsabilidad de castigar a los malhechores.² Menciono estas cosas ahora, no porque los complejos asuntos en disputa envueltos en la guerra y en la pena de muerte se puedan tratar

aquí, sino para argumentar que no pueden resolverse mediante una apelación simplista al mandamiento *No matarás*.

Los escribas y los fariseos estaban procurando, evidentemente, restringir la aplicación del sexto mandamiento a los actos de asesinato solamente, al acto de derramar sangre humana en homicidio. Si se abstendían de ello, consideraban que habían guardado el mandamiento. Y esto era aparentemente lo que los rabíes enseñaban a la gente. Pero Jesús no estuvo de acuerdo con ellos. Sostuvo que la verdadera aplicación de la prohibición era mucho más amplia. Incluía pensamientos y palabras tanto como obras, enojo e insulto tanto como asesinato.

El enojo se menciona al principio del versículo 22: *cualquiera que se enoje contra su hermano*. La palabra adicional *locamente* (VA) aparece en la mayor parte de los manuscritos griegos pero no en los mejores. Es probablemente una adición posterior y por eso se omite en revisiones y traducciones modernas. No obstante, hay muchas razones para creer que la adición interpreta correctamente lo que Jesús debe haber querido decir. No todo enojo es malo, como es evidente por la ira de Dios, que es siempre santa y pura. Y hasta los seres humanos caídos pueden a veces sentir enojo justo, aunque, por ser caídos deberíamos asegurarnos de que aun este tipo de enojo sea tardo en surgir y rápido en morir.³ Lutero ciertamente supo por propia experiencia el significado del enojo justo. Lo llamó “un enojo motivado por el amor, aquel enojo que no desea a nadie mal, aquel que es amigable con la persona pero hostil con el pecado”.⁴ La referencia de Jesús, entonces es al enojo injusto, enojo producto del orgullo, la vanidad, el aborrecimiento, la malicia y la venganza.

Los insultos se mencionan al final del versículo 22. Jesús nos advierte en contra de llamar a nuestro hermano *Raca* (que probablemente equivale a la palabra aramea que significa “vacío”) o bien *mōre* (la palabra griega para “necio”). Parece ser que “*Raca*” es un insulto a la inteligencia de una persona, llamándolo “cabeza hueca”, y los comentaristas rivalizan entre sí proponiendo paralelos como “bobalicón”,⁵ “zoquete”,⁶

“mentecato” o “zopenco”.⁷ Un *mōron* también es un insensato, pero difícilmente puede usarse aquí en su sentido ordinario, porque Jesús mismo llamó a los fariseos y a sus discípulos “insensatos”⁸ y los apóstoles en ocasiones culparon a sus lectores por su insensatez.⁹ Por eso necesitamos recordar que la palabra había adquirido matices tanto religiosos como morales, aplicándose en el Antiguo Testamento a aquellos que negaban la existencia de Dios y, como resultado de ello, se hundían en malas acciones temerarias.¹⁰ Como alternativa, según sugieren algunos eruditos, *mōre* puede transliterar una palabra hebrea que significa “rebelde”, “apóstata”, o “paria”.¹¹ En este caso, Tasker propone el sentido: “El hombre que dice a su hermano que está condenado al infierno se encuentra él mismo en el peligro del infierno”.¹²

Queda cierta incertidumbre en cuanto al significado preciso de estos dos términos insultantes. Eran epítetos francamente burlones e insultantes y la VP se contenta con reemplazar con uno más general “Al que insulte a su hermano... y el que injurie gravemente a su hermano”. A la vez A. B. Bruce probablemente conserva la diferencia principal entre las palabras cuando escribe, “*Raca* expresa desprecio hacia la cabeza de un hombre = ¡tú, estúpido!; *mōre* expresa desprecio hacia su corazón y carácter = ¡tú, bribón!”.¹³

Ahora bien, estas cosas —pensamientos de enojo y palabras insultantes— nunca pueden llevar al acto final de asesinato. Sin embargo, son equivalentes al asesinato ante los ojos de Dios. Como Juan escribiría más tarde: “todo aquel que aborrece a su hermano es homicida”.¹⁴ El enojo y el insulto son síntomas horribles del deseo de deshacerse de alguien que se interpone en nuestro camino. Todos nuestros pensamientos, miradas y palabras indican que, como a veces osamos decir, “desearíamos que estuviese muerto”. Tal mal deseo es una violación del sexto mandamiento. Y hace que la persona culpable se exponga al mismo castigo a que se expone el homicida, no en todo caso literalmente, en una corte legal humana (porque ninguna corte puede acusar a un hombre por enojo), sino ante el tribunal de Dios.

El significado exacto de los juicios diferentes ha sido bastante discutido, pero por lo menos es claro que Jesús estaba lanzando una solemne advertencia del juicio divino. Puede ser que los rabíes hayan estado enseñando no sólo que la única violación del sexto mandamiento era el asesinato, sino también que el único castigo para el homicidio era una sentencia humana: *cualquiera que matare será culpable de juicio* (21). Por eso Jesús agregó que *cualquiera que se enoje sin causa será igualmente culpable de juicio*. Aunque se usan las mismas palabras griegas para “el juicio” en el versículo 22 y en el 21, ahora la referencia tiene que ser al juicio de Dios, puesto que ninguna corte humana es competente para tratar un caso de enojo interior. De manera similar, continuó Jesús, el insulto nos expondrá no sólo al *concilio* sino aun *al infierno de fuego* (22). En ambos casos, Jesús estaba ampliando la naturaleza del castigo y también la del crimen. No sólo el enojo y el insulto son equivalentes al homicidio, dijo, sino que el castigo del cual nos hacen merecedores es nada menos que el juicio divino del infierno.

“Por tanto, si...”, continuó Jesús (23), y procedió a dar la aplicación práctica de los principios que acababa de enunciar. Su tema fue que si el enojo y el insulto son tan serios y peligrosos, entonces debemos evitarlos como una plaga y tomar medidas tan rápidamente como sea posible. Ofreció dos ilustraciones: la primera tomada de la costumbre de ir al templo a ofrecer sacrificio a Dios (23, 24), y la segunda de la costumbre de ir a la corte a responder sobre los cargos que un adversario ha hecho contra nosotros (25, 26). Jesús los expresó en el entorno cultural de su propia época, en la cual el templo aún permanecía y aún se ofrecían sus sacrificios. Tal vez sería legítimo traducir sus ilustraciones a un ropaje ligeramente más moderno.

“Si estás en la iglesia, en medio del culto de adoración, y de repente recuerdas que tu hermano tiene un motivo de queja contra ti, sal de la iglesia enseguida y arregla el asunto. No esperes hasta que el culto haya terminado. Busca a tu hermano y pídele perdón. Primero ve, luego regresa. Primero ve y reconcíliate con tu hermano, luego ve y ofrece tu adoración a Dios”.

Nuevamente, “Si tienes una deuda que no has pagado, y tu acreedor te lleva a la corte para que le devuelvas su dinero, ponte de acuerdo con él rápidamente. Arréglense fuera de la corte. Aún mientras están en camino a la corte, págale tu deuda. De otra manera, una vez que hayan llegado a la corte, será demasiado tarde. Tu acusador te demandará ante el juez y el juez te entregará a la policía, y te encontrarás en la cárcel. No saldrás de allí hasta que hayas pagado hasta el último centavo. De modo que el pago antes de ir a la prisión sería mucho más sensato”.

Los cuadros son diferentes: uno se toma de la iglesia, el otro de la corte legal. Uno concierne a un “hermano” (23) y el otro a un enemigo (25). Pero en ambos casos la situación básica es la misma (alguien tiene un motivo de queja contra nosotros) y la lección básica es la misma (la necesidad de acción urgente e inmediata). En el mismo acto de adoración, si recordamos el motivo de queja, debemos interrumpir nuestra adoración e ir y arreglarlo. En el mismo acto de ir a la corte, en nuestro camino hacia allá, debemos liquidar nuestra deuda.

Pero, ¡cuán raramente atendemos el llamado de Cristo a una acción inmediata! Si el homicidio es un crimen horrible, el insulto y el enojo maliciosos también lo son. Y así es todo acto, palabra, mirada o pensamiento mediante el cual herimos u ofendemos a un congénere. Necesitamos volvernos más sensibles a estas maldades. Nunca debemos permitir que un distanciamiento dure y menos aún, que crezca. No debemos demorar en arreglarlo. No debemos siquiera permitir que el sol se ponga sobre nuestro enojo. Sino que *inmediatamente*, tan pronto como seamos conscientes de una relación rota, debemos tomar la iniciativa para repararla, pedir disculpas por el agravio que hemos causado, pagar la deuda que no hemos pagado, hacer restitución. Y estas instrucciones sumamente prácticas, ¡Jesús las extrajo del sexto mandamiento, como implicaciones lógicas de él! Si queremos evitar cometer homicidio a los ojos de Dios, debemos dar cualquier paso positivo posible para vivir en paz y amor con todos los hombres.

2. Evitar la codicia (27-30)

Jesús ahora se vuelve del sexto mandamiento al séptimo, de la prohibición de homicidio a la prohibición de adulterio.

²⁷Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. ²⁸Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón. ²⁹Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. ³⁰Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno.

Una vez más los rabíes intentaban limitar el alcance del mandamiento *no cometerás adulterio*. Aunque el pecado de desear a la mujer de otro se incluía en el décimo mandamiento, que es contra la codicia, ellos evidentemente encontraron más cómodo ignorar esto. Desde su perspectiva, ellos y sus alumnos guardaban el séptimo mandamiento, a condición de que evitaran el acto mismo de adulterio. De este modo, dieron una definición convenientemente estrecha de pecado sexual y una definición convenientemente amplia de pureza sexual.

Pero Jesús enseñó de forma diferente. Él amplió las explicaciones de la prohibición divina. Mas aun, afirmó que el significado verdadero del mandamiento de Dios iba mucho más allá de ser una mera prohibición de actos de inmoralidad sexual. Así como la prohibición del homicidio incluía los pensamientos de enojo y la palabra insultante, la prohibición de adulterio incluía la imaginación y miradas codiciosas. Podemos cometer homicidio con nuestras *palabras*; podemos cometer adulterio en nuestros *corazones* o mentes. En verdad (28), *cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón*.

Tal vez deberían establecerse dos cuestiones, antes de ir más lejos. No existe aquí ni la mas ligera sugerencia de que las

relaciones sexuales naturales, dentro del compromiso del matrimonio, sean otra cosa que bellas y dadas por Dios. Podemos dar gracias a Dios que los cantares de Salomón se incluyen en el canon de las Escrituras, porque no existe ahí mojigatería victoriana sino el deleite desinhibido de los amantes, el deleite mutuo de la novia y el novio. No. La enseñanza de Jesús aquí se refiere al sexo ilegítimo fuera del matrimonio, practicado por personas solteras o casadas. Ni siquiera está prohibiendo mirar a una mujer, sino mirarla con codicia. Todos sabemos la diferencia entre mirar y codiciar.

Esto nos lleva al segundo punto: que la alusión de Jesús abarca todo tipo de inmoralidad. Argüir que la referencia es sólo a la codicia de un hombre por una mujer y no viceversa, o que es sólo para hombres casados y no para solteros, puesto que se dice que el ofensor comete “adulterio” y no “fornicación”, es ser culpable de la misma casuística que Jesús condenaba en los fariseos. Él hace hincapié en que todas y cada una de las prácticas sexuales que son inmorales de hecho, lo son también en mirada y pensamientos.

Lo que es particularmente importante captar es la equivalencia de mirar a una mujer para codiciarla y adulterar con ella en el corazón. Es la relación entre los ojos y el corazón que lleva a Jesús, en los dos versículos siguientes, a dar instrucciones muy prácticas sobre cómo conservar la pureza sexual. El argumento es éste: si mirar para codiciar es adulterar en el corazón, en otras palabras, si el adulterio del corazón es el resultado del adulterio de los ojos (estimulándose los ojos del corazón con los ojos de la carne), entonces la única forma de tratar el problema es en su origen, es decir, en nuestros ojos. El justo Job declaró que había aprendido esto. “Hice pacto con mis ojos”, dijo: “¿Cómo, pues, había yo de mirar a una virgen?”. Luego continuaba hablando de su corazón: “Si mi corazón se fue tras mis ojos... Si fue mi corazón engañado acerca de mujer...”, él reconocería que había pecado y que merecía el juicio de Dios.¹⁵ Pero Job no había hecho estas cosas. El control de su corazón se debía al control de sus ojos.

Esta enseñanza de Jesús, confirmada en la experiencia de Job, todavía es verdadera hoy. Los actos vergonzosos son precedidos por fantasías vergonzosas, y el incendio de la imaginación, por la indisciplina de los ojos. Nuestra imaginación vívida (una de las muchas facultades que distinguen a los humanos de los animales) es un preciado don de Dios. Ninguna de las artes del mundo y muy pocos de los logros más nobles del hombre habrían sido posibles sin ella. La imaginación enriquece la calidad de la vida. Pero todos los dones de Dios necesitan usarse en forma responsable; pueden fácilmente degradarse y ser objeto de abusos. Por cierto que así sucede con nuestra imaginación. Dudo que existan seres humanos que hayan sido víctimas de la inmoralidad, cuya caída no haya comenzado al abrir primero las compuertas de la pasión por medio de sus ojos. De manera similar, los hombres y mujeres aprenden el dominio propio en sus actos sexuales cuando primero han aprendido dominio en los ojos, tanto de la carne como de la fantasía. De paso, éste puede ser el momento apropiado para referirse al modo de vestir de las jóvenes. Sería tonto legislar la moda, pero sabio (creo) pedirles que hagan esta distinción: una cosa es ponerse atractivas y otra ponerse deliberadamente seductoras. Las jóvenes saben cuál es la diferencia; también lo sabemos los hombres.

Esto nos lleva a los versículos 29 y 30: *Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de tí... Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de tí...* Este fue evidentemente un dicho favorito de Jesús, porque lo citó en más de una ocasión. Vuelve a aparecer más tarde en este mismo Evangelio,¹⁶ donde el pie se agrega al ojo y a la mano, y la referencia es general a “las tentaciones a pecar”, no explícitamente a la tentación sexual. De modo que el principio tiene una aplicación más amplia. No obstante, en el Sermón del Monte, Jesús lo aplica a este ámbito particular. ¿Qué fue lo que quiso decir?

Visto superficialmente es un mandamiento alarmante cortar un ojo que ofende, cortar una mano o un pie que ofende. Unos cuantos cristianos, cuyo celo aventajó grandemente su sabiduría, han tomado a Jesús al pie de la letra y se han mutilado. Tal vez el ejemplo más conocido sea el erudito del tercer siglo, Orígenes

de Alejandría. Se fue a los extremos del ascetismo, renunciando a posesiones, comida y hasta al sueño, y en una interpretación excesivamente literal de este pasaje y de Mateo 19.12, realmente se hizo eunuco. No mucho después, en el 325 d.C., el Concilio de Nicea hizo bien en prohibir esta práctica bárbara.

El mandamiento a deshacerse de ojos, manos y pies molestos es un ejemplo del uso que nuestro Señor daba a figuras dramáticas del lenguaje. Estaba abogando no por una automutilación física literal, sino por una autonegación moral despiadada. El sendero de la santidad, enseñó, no es mutilación sino mortificación, y “mortificación” o “tomar la cruz” para seguir a Cristo significa rechazar las prácticas pecaminosas con tal resolución que morimos a ellas o las hacemos morir.¹⁷

¿Qué implica esto en la práctica? Permítanme elaborar e interpretar así la enseñanza de Jesús: “Si tu ojo te es ocasión de caer porque la tentación llega a ti por medio de tus ojos (los objetos que ves), entonces, sácate los ojos. Es decir, ¡no mires! Comportate como si realmente te hubieras sacado los ojos y los hubieras tirado, y ahora estuvieras ciego y por eso no *podieras* ver los objetos que anteriormente fueron ocasión de caer. Además, si tu mano o pie te son ocasión de caer, porque la tentación te llega por medio de tus manos (cosas que haces) o de tus pies (lugares que visitas), entonces, córtalos. Es decir, ¡no lo hagas! ¡No vayas! Comportate como si te hubieras realmente cortado las manos y los pies, y los hubieras tirado, y ahora estuvieras lisiado y por eso no *podieras* hacer las cosas o visitar los lugares que anteriormente te eran ocasión de caer”. Ese es el significado de “mortificación”.

Uno se pregunta si habrá existido una generación en la que esta enseñanza de Jesús se haya necesitado más o tenga aplicación más obvia que en la nuestra, en la que el río de suciedad (de literatura pornográfica y películas sobre sexo) se ha desbordado. La pornografía ofende al cristiano (y en realidad a toda persona de mente sana), en primer y más eminente lugar, porque degrada a las mujeres convirtiéndolas de seres humanos en objetos sexuales, pero también porque obsequia al ojo del que la contempla estimulación sexual natural. Si tenemos problema de

dominio propio en el terreno sexual, y no obstante nuestros pies nos llevan a estas películas, nuestras manos manejan esta literatura, y nuestros ojos se regalan con las imágenes que ellas nos ofrecen, no sólo estamos pecando sino verdaderamente invitando al desastre.

Al decir esto estoy muy lejos de desear la emisión de alguna ley o algunas reglas inventadas por el hombre respecto a qué libros y revistas puede leer un cristiano, qué obras de teatro y películas puede ver (en vivo o en la televisión) y qué exhibiciones de arte puede visitar. Porque tenemos que reconocer que todos los hombres y mujeres están constituidos de forma diferente. El deseo sexual despierta más fácilmente en unos que en otros, y lo despiertan cosas distintas. La autodisciplina y el autocontrol sexuales llegan con más naturalidad para unos que para otros. Unos pueden ver explícitamente escenas sexuales (en el papel o en el cine) y conservarse completamente ilesos, mientras que otros las encontrarían terriblemente contaminantes. Nuestros temperamentos y por consiguiente nuestras tentaciones varían. Por eso no tenemos derecho a erigirnos en jueces de otros al considerar lo que ellos se sienten capaces de permitirse.

Lo que tenemos toda la libertad de decir es solamente lo siguiente (porque esto es lo que Jesús dijo); *si* tu ojo te es ocasión de caer, no mires; *si* tu pie te es ocasión de caer, no vayas; y *si* tu mano te es ocasión de caer, no lo hagas. La regla que Jesús enunció era hipotética, no universal. Él no exigió a todos sus discípulos (metafóricamente hablando) que se cegaran o mutilaran, sino sólo a aquellos cuyos ojos, manos y pies les eran ocasión de caer. Son ellos los que tienen que tomar las medidas necesarias; otros pueden ser capaces de retener ambos ojos, ambas manos y ambos pies con impunidad. Por supuesto, hasta ellos pueden necesitar abstenerse de ciertas libertades por amor y preocupación hacia quienes tienen conciencias o voluntades más débiles, pero ese es otro principio que no se enuncia aquí.

Lo que es necesario para todos aquellos con fuertes tentaciones sexuales, y en realidad para cualquiera de nosotros en principio, es disciplina en vigilar las aproximaciones al pecado. Poner centinelas es una trivialidad, un lugar común de las tácticas

militares; ejercer la función de centinela *moral* es igualmente indispensable. ¿Seremos tan necios como para permitir que el enemigo nos derrote, simplemente porque no hemos colocado centinelas que nos adviertan su cercanía?

Obedecer este mandamiento de Jesús implicará, para muchos de nosotros, una cierta “mutilación”. Tendremos que eliminar de nuestras vidas ciertas cosas que (aunque algunas pueden ser inocentes en sí mismas) son, o podrían fácilmente llegar a ser, fuentes de tentación. En el propio lenguaje metafórico de Jesús, podemos encontrarnos sin ojos, manos o pies. Es decir, deliberadamente rehusaremos leer cierta literatura, ver ciertas películas, visitar ciertas exhibiciones. Si hacemos esto, seremos catalogados por algunos de nuestros contemporáneos como bárbaros ignorantes de mirada estrecha. “¿Qué?”, nos dirán con aire de incredulidad, “¿no has leído tal o cual libro?” ¿No has visto tal o cual película? ¿Por qué? ¡Hombre, que inculto eres!”. Quizá hayamos tenido que volvernos “mutilados” culturales para conservar nuestra pureza mental. La única pregunta es si, por causa de esta ganancia, estamos dispuestos a experimentar la pérdida y a sufrir ese ridículo.

Jesús fue bastante claro en cuanto a ello. Es mejor perder un miembro y entrar a la vida mutilado, dijo, que conservar todo nuestro cuerpo e ir al infierno. Es decir, es mejor privarse de algunas experiencias que esta vida ofrece para entrar a la vida que es realmente vida; es mejor aceptar alguna amputación cultural en este mundo que arriesgarse a la destrucción final en el venidero. Naturalmente que esta enseñanza avanza nítidamente en dirección opuesta a las normas modernas de tolerancia. Se basa en el principio de que la eternidad es más importante que el tiempo y la pureza, que la cultura, y que cualquier sacrificio vale la pena mientras estemos en esta vida, si resulta necesario para asegurar nuestra entrada a la vida verdadera. Tenemos que decidir, sencillamente, vivir para este mundo o para el venidero, seguir a la multitud o a Jesucristo.

Mateo 5.31-37

La justicia del cristiano: fidelidad en el matrimonio y honestidad en el lenguaje

La tercera antítesis (sobre el divorcio) sigue a la segunda (sobre el adulterio) como secuencia natural. Porque en ciertas circunstancias, dice Jesús ahora, si una persona divorciada se vuelve a casar o si alguien se casa con una persona divorciada comete adulterio. Esta tercera antítesis es esencialmente un llamado a la fidelidad en el matrimonio.

Confieso una renuencia básica a intentar una exposición de estos versículos. Esto se debe en parte a que el divorcio es un tema complejo y controversial, pero se debe mayormente a que éste es un tema que toca las emociones de las personas a nivel profundo. Casi no existe infelicidad más intensa que la infelicidad de un matrimonio desgraciado, y casi no existe tragedia mayor que la degeneración de aquello que Dios se propuso para el amor y la plenitud y que se convierte en una relación negativa de amargura, discordia y desesperación. Aunque creo que en la mayoría de los casos el camino de Dios no es el divorcio, espero escribir con sensibilidad porque conozco el dolor que muchos sufren, y no deseo añadir más a su pena. Sin embargo, porque

estoy convencido de que la enseñanza de Jesús sobre éste y cualquier otro tema es buena —intrínsecamente buena, para los individuos, buena para la sociedad— me tomo el atrevimiento de escribir sobre este asunto.

1. Fidelidad en el matrimonio (31, 32)

³¹También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, dele carta de divorcio. ³²Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.

Difícilmente puede pensarse que estos dos versículos representan la suma total de la instrucción que nuestro Señor dio en el monte sobre el divorcio. Parecen ser un resumen abreviado de su enseñanza, de la que en realidad Mateo registra una versión más compleja en el capítulo 19. Seremos sabios en tomar los dos pasajes juntos e interpretar el más breve a la luz del más extenso. He aquí su debate posterior con los fariseos:

^{19.3}Entonces vinieron a él los fariseos, tentándole y diciéndole: ¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer por cualquier causa? ⁴Él, respondiendo, les dijo: ¿No habéis leído que el que los hizo al principio, varón y hembra los hizo, ⁵y dijo: Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne? ⁶Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. ⁷Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? ⁸Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así. ⁹Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.

Sabemos que entre las escuelas rabínicas rivales de Hillel y Shammai existía una controversia sobre el divorcio. El Rabí Shammai adoptó una línea rígida y enseñó, basándose en Deuteronomio 24.1, que la única base para el divorcio era una ofensa matrimonial grave, algo evidentemente “indecoroso” o “indecente”. El Rabí Hillel, por otra parte, sostuvo un punto de vista muy relajado y liberal. Si hemos de confiar en el historiador judío Josefo, ésta era la actitud común, porque él aplica la provisión mosaica a un hombre que “desea divorciarse de su mujer por cualquier causa”.¹ De manera similar, Hillel, arguyendo que la base para el divorcio era algo “indecoroso”, interpretaba este término en la forma más amplia posible para que incluyera las ofensas más triviales de la esposa. Si resultaba ser una cocinera incompetente y quemaba la comida de su esposo, o si dejaba de interesarle debido a su aspecto poco atractivo ya que se había enamorado de otra mujer más bella, estas cosas eran “indecorosas” y justificaban su divorcio de ella. Los fariseos, al parecer, fueron atraídos por la laxitud del Rabí Hillel, lo que explica la forma que adoptó su pregunta: “¿Es lícito al hombre repudiar a su mujer *por cualquier causa*?”² En otras palabras, querían saber de qué lado se colocaba Jesús en el debate contemporáneo, y si pertenecía a la escuela del rigorismo o a la de la laxitud.

La respuesta de nuestro Señor tuvo tres partes. Es revelador considerar estas partes en forma separada y en el orden en que las mencionó. En cada una, él disintió de los fariseos.

a. Los fariseos estaban preocupados por las causas de divorcio; Jesús por la institución del matrimonio.

La pregunta de ellos había sido formulada en tal forma que condujera a Jesús hacia lo que él consideraba que eran las causas legítimas para el divorcio. ¿Por qué causa puede un hombre divorciarse de su mujer? Por una, varias o cualquier causa?

La respuesta de Jesús no fue respuesta. Rehusó responder a la pregunta de ellos. En cambio, les hizo a su vez una pregunta acerca de su lectura de las Escrituras. Los envió de vuelta a

Génesis, a la creación de la humanidad como varón y hembra (capítulo 1) y a la institución del matrimonio (capítulo 2) por la que un hombre deja a sus padres y se une a una mujer y los dos se hacen uno. Esta definición bíblica implica que el matrimonio es exclusivo. (“el hombre... su mujer”) y permanente (“se adherirá” o “se unirá” a su mujer). Jesús elige estos dos aspectos del matrimonio para acentuarlos en los comentarios que hace inmediatamente (6). Primero, “Así que no son ya más dos, sino una sola carne”, y segundo, “Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre”. Así el matrimonio, según la exposición que hace nuestro Señor de sus orígenes, es una institución divina mediante la cual Dios hace una sola persona, permanentemente, de dos personas que resuelta y públicamente dejan a sus padres para formar una nueva unidad de la sociedad y así ser “una sola carne”.

b. Los fariseos llamaron mandamiento a la provisión de divorcio hecha por Moisés, Jesús la llamó concesión debido a la dureza de los corazones humanos.

Los fariseos dieron respuesta a la exposición de Jesús sobre la institución del matrimonio y su permanencia preguntando: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? La cita de la enseñanza de los escribas que Jesús hace en el Sermón del Monte era similar: “También fue dicho: Cualquiera que repudie a su mujer, déle carta de divorcio”.

Las dos eran versiones mutiladas de la provisión mosaica, típicas del descuido de los fariseos por lo que las Escrituras realmente decían e implicaban. Pusieron el acento en la entrega de un certificado de divorcio, como si ésta fuera la parte más importante de la provisión mosaica, y luego se refirieron al certificado y el divorcio como si ambos fueran “mandamientos” de Moisés.

Una lectura cuidadosa de Deuteronomio 24.1-4, revela algo completamente diferente. Para comenzar, todo el párrafo depende de una larga serie de cláusulas condicionales. Esto resalta en la siguiente paráfrasis: “Después que un hombre se ha casado con una mujer, si halla alguna cosa indecente en ella, y si le da

carta de divorcio y se divorcia de ella y ella lo deja, y si ella se casa de nuevo, y si su segundo esposo le da carta de divorcio y la despide, o si su segundo esposo muere, entonces no podrá su primer marido, que la despidió volverla a tomar para que sea su mujer...”. El énfasis del pasaje es prohibir a la parte que se ha divorciado de uno que se vuelva a casar con él. La razón de esta regla es oscura. Al parecer, si su “indecencia” la había “envilecido” tanto que había sido causa suficiente de divorcio, era también razón suficiente para no volverla a tomar por mujer. Esta regla puede también haber tenido la intención de advertir al marido contra una decisión impulsiva, porque una vez hecha no podría rescindirse, y/o de proteger a la esposa contra la explotación. Para nuestros propósitos, basta observar que esta prohibición es el único mandamiento mencionado en todo el pasaje; no existe en realidad ningún mandamiento que ordene al esposo divorciarse de su mujer, ni siquiera un estímulo para hacerlo así. Todo lo que hay, en cambio, es una referencia a ciertos procedimientos necesarios, si se lleva a cabo un divorcio; y, por tanto, a lo sumo lo que se implica es una concesión renuente y se tolera una práctica corriente.

¿Cómo, pues, respondió Jesús a la pregunta de los fariseos sobre lo que Moisés había mandado? Lo atribuyó a la dureza de los corazones de la gente. Al hacer esto no negó que la regla hubiera venido de Dios. Infirió, sin embargo, que no era una instrucción divina, sino simplemente una concesión divina a la debilidad humana. Fue por esta razón que “Moisés os permitió repudiar...”, dijo (8). Pero luego inmediatamente se refirió de nuevo al propósito original de Dios, diciendo: “Más al principio no fue así”. De modo que la concesión divina era en principio inconsistente con la institución divina.

c. Los fariseos consideraban el divorcio a la ligera; Jesús lo tomaba tan en serio que, con una sola excepción, llamó adulterio a todo nuevo matrimonio después del divorcio.

Esta fue la conclusión de su debate con los fariseos, y esto es lo que se registra en el Sermón del Monte. Puede resultar provechoso ver sus dos declaraciones en forma paralela.

^{5.32}Pero yo os digo que el que repudia a su mujer, a no ser por causa de fornicación, hace que ella adultere; y el que se casa con la repudiada, comete adulterio.

^{19.9}Y yo os digo que cualquiera que repudia a su mujer, salvo por causa de fornicación, y se casa con otra, adultera; y el que se casa con la repudiada, adultera.

Parece asumido que un divorcio conduciría a un nuevo matrimonio de los que se han divorciado. Sólo esta suposición puede explicar la declaración de que un hombre que se divorcia de su mujer sin causa “hace que ella adultere”. Su acción podría tener ese resultado solamente si ella se casara de nuevo. Además, una separación, sin divorcio —en términos legales *a mensa et toro* (de mesa y cama, o de cuerpos) pero no *a vínculo* (del vínculo matrimonial)— es un arreglo moderno, desconocido en el mundo antiguo.

Ya que Dios instituyó el matrimonio como una unión exclusiva y permanente, que él lleva a cabo y que el hombre no puede romper, Jesús extrae la inevitable deducción de que divorciarse del cónyuge y casarse con otro, o casarse con una persona divorciada, es ingresar a una relación prohibida y adúltera. Porque la persona que puede haber conseguido un divorcio a ojos de la ley humana está a los ojos de Dios, casada aún con su primer cónyuge (él o ella).

Sólo se hace una excepción a este principio: *a no ser por causa de fornicación* (5.32) o *salvo por causa de fornicación* (19.9). La así llamada “cláusula de excepción” es un enigma hartamente conocido. Los comentaristas no se ponen de acuerdo sobre su autenticidad ni significado.

Primero, su autenticidad. Desearía argüir, como virtualmente lo hacen todos los comentaristas conservadores, que tenemos que aceptar esta cláusula no sólo como parte genuina del Evangelio de Mateo (porque ningún manuscrito la omite) sino también como palabra auténtica de Jesús. La razón por la cual muchos la han rechazado, considerándola como una interpolación de Mateo, es que está ausente de los pasajes

paralelos en los Evangelios de Marcos y de Lucas. Sin embargo, Plummer tuvo razón en denominar “una hipótesis violenta”⁵ a esta eliminación fácil de la cláusula de excepción como si fuera una nota editorial. Parece mucho más viable que su ausencia de Marcos y Lucas no se deba a que ellos la ignoraban sino a que la aceptaban como algo dado por sentado. Después de todo, bajo la ley mosaica el adulterio se castigaba con la muerte (aunque la pena de muerte por esa ofensa parece haber caído en desuso en la época de Jesús);⁶ de modo que nadie habría puesto en duda que la infidelidad marital fuera una causa justa de divorcio. Hasta los Rabíes rivales Shammai y Hillel estaban de acuerdo con esto. Su disputa residía en la amplitud con que podía interpretarse la expresión de Deuteronomio 24.1, “alguna cosa indecente”.

La segunda duda sobre la cláusula de excepción concierne a lo que se quería decir con *inmoralidad sexual* (VP). La palabra griega es *porneia*. Normalmente se traduce “fornicación”, que denota la inmoralidad del soltero, y con frecuencia se distingue de *moicheia* (“adulterio”), la inmoralidad del casado. Por esta razón algunos han argüido que la cláusula de excepción permite el divorcio si algún pecado sexual premarital se descubre posteriormente. Algunos creen que la “cosa indecente” de Deuteronomio 24.1 tenía el mismo significado. Pero la palabra griega no es lo suficientemente precisa para que pueda limitarse de este modo. *Porneia* se deriva de *porne*, prostituta, sin especificar si ella (o su cliente) es casada o soltera. Más aún, se usa en la Septuaginta para la infidelidad de Israel, la novia de Yahvéh, como se ejemplifica en la mujer de Oseas, Gomer.⁷ Parece, por tanto, que debemos estar de acuerdo con la conclusión de R.V.G. Tasker de que *porneia* “es una palabra amplia, que incluye adulterio, fornicación y vicio anormal”.⁸ A la vez, no tenemos la libertad de irnos al extremo opuesto y afirmar que *porneia* abarca todas y cada una de las ofensas que puedan decirse que tengan base sexual en algún sentido vago. Esto virtualmente sería igualar a *porneia* con “incompatibilidad”, y no hay garantía etimológica para esto. No, *porneia* significa “inmoralidad”, cualquier acto de inmoralidad sexual física.

¿Qué enseña, pues, Jesús? N. B. Stonehouse ofrece una buena paráfrasis de la primera parte de la antítesis en el Sermón del Monte: “Habéis oído que los maestros judíos apelan a Deuteronomio 24.1 con el interés de establecer una política que permita a los maridos divorciarse de sus esposas libremente a placer —simplemente proveyéndolas de un documento que da debida fe de la transacción?” “Pero yo os digo”, continúa Jesús, que tal conducta irresponsable de parte del esposo lo conducirá a él mismo y a su esposa y sus compañeros posteriores a uniones que no constituyen matrimonio sino adulterio. Para este principio general no existe una sola excepción. La única situación en la que el divorcio y el nuevo casamiento son posibles, sin quebrantar el séptimo mandamiento, es aquella en la cual éste ya ha sido quebrantado por algún pecado sexual grave. En este caso, y sólo en este caso, Jesús parece haber enseñado que el divorcio era permitido, o por lo menos que podía obtenerse sin que la parte inocente contrajera el estigma adicional de adulterio. La tendencia moderna de los países occidentales a encuadrar la legislación para el divorcio sobre la base más bien de la “ruptura irreparable” o la “muerte” de un matrimonio y no sobre la base de “ofensa matrimonial” puede hacer leyes mejores y más justas, pero no puede decirse que sea compatible con la enseñanza de Jesús.

No obstante, el asunto no puede dejarse ahí. Porque esta concesión reticente hecha por Jesús tiene aún que verse por lo que es, es decir, una acomodación extendida por la dureza de los corazones humanos. Además, siempre tiene que leerse en su contexto inmediato (el apoyo enfático de Cristo acerca de la permanencia del matrimonio en el propósito de Dios) y también en el contexto más amplio del Sermón del Monte y de toda la Biblia, que proclama un evangelio de reconciliación. ¿No adquiere gran significado que el Amante Divino estuviera deseando reconquistar aun a su esposa adúltera, Israel?¹⁰ De modo que no se debe comenzar la discusión sobre este asunto inquiriendo sobre la legitimidad del divorcio. Preocuparse por las causas del divorcio es hacerse culpable del mismo fariseísmo

que Jesús condenó. Todo su énfasis al debatir con los rabíes fue positivo, es decir, fundamentado en la divina institución original del matrimonio como una relación exclusiva y permanente, en el “yugo” que Dios coloca sobre dos personas formando una unión que el hombre no puede romper, y (se podría añadir) en el llamado a sus seguidores a amar y perdonarse mutuamente, y a ser pacificadores en toda situación de contienda y discordia. Con justicia Crisóstomo relacionó este pasaje con las bienaventuranzas y comentó en su homilía sobre él: “Porque aquel que es manso, y pacificador, y pobre de espíritu, y misericordioso, ¿cómo despedirá a su esposa? Él que es usado para reconciliar a otros, ¿cómo estará en desacuerdo con aquella que es suya?”¹¹ Desde este ideal, propósito y llamado divinos, el divorcio sólo puede verse como una devastación trágica.

Por eso, hablando a título personal como pastor cristiano, donde quiera que alguien pide hablar conmigo sobre el divorcio, me he rehusado resueltamente a hacerlo durante algunos años. Me he hecho la regla de no hablar con nadie de divorcio, antes de que haya hablado primero con él (o ella) sobre otros dos temas: matrimonio y reconciliación. En ocasiones, la discusión de estos asuntos vuelve innecesaria la discusión del otro. En el último de los casos, solamente cuando una persona ha entendido y aceptado la perspectiva de Dios acerca del matrimonio y el llamado de Dios a la reconciliación, se ha creado el entorno posible dentro del cual uno puede, lamentándolo, hablar sobre el divorcio. Este principio de prioridades pastorales es, creo, consistente con la enseñanza de Jesús.¹²

2. Honestidad en el lenguaje (33)

Si los rabíes tendían a ser permisivos en su actitud hacia el divorcio, también eran tolerantes en su enseñanza sobre los juramentos. Es otro ejemplo de su tratamiento errado de las Escrituras del Antiguo Testamento, para hacerlo más amoldable a la obediencia. Debemos mirar primero la ley mosaica, luego la distorsión farisaica y finalmente la aplicación real de la ley en la cual insistió Jesús.

³³Además habéis oído que fue dicho a los antiguos: No perjurarás, sino cumplirás al Señor tus juramentos.

Esta no es una cita exacta de ninguna ley de Moisés. A la vez, tampoco es un resumen inexacto de varios preceptos del Antiguo Testamento que exigen que las personas que hacen votos deben guardarlos. Y los votos en cuestión son, estrictamente hablando, “juramentos”, en los cuales el que habla recurre a Dios como Testigo de su voto y demanda el castigo de Dios si lo rompe. Moisés con frecuencia parece haber hecho hincapié en lo malo de jurar en falso y en el deber de cumplir al Señor los juramentos que uno hace. He aquí unos cuantos ejemplos:

“No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”
(Ex. 20.7, el tercer mandamiento)

“Y no juraréis falsamente por mi nombre, profanando así el nombre de tu Dios” (Lv. 19.12).

“Cuando alguno hiciere voto a Jehová,... no quebrantará su palabra” (Nm. 30.2).

“Cuando haces voto a Jehová tu Dios, no tardes en pagarlo” (Dt. 23.21).

Hasta una lectura superficial de los mandamientos indica claramente su intención. Prohiben el falso juramento o el perjurio; es decir, hacer un voto y después romperlo.

Pero los fariseos casuísticos se pusieron a trabajar en estas embarazosas prohibiciones y trataron de restringirlas. Desviaron la atención de la gente del voto mismo y la necesidad de guardarlo, a la fórmula que se usaba al hacerlo. Arguyeron que lo que la ley prohibía en realidad no era tomar el nombre del Señor *en vano*, sino tomar *el nombre del Señor* en vano. El “falso juramento”, concluían, quiere decir profanación (el uso profano del nombre divino), no perjurio (una promesa deshonestamente empeñando la palabra de uno). Así desarrollaron reglas elaboradas para la toma de votos. Hicieron una lista de las

fórmulas que se permitían, y añadieron que sólo aquellas fórmulas que incluían el nombre divino convertían al voto en una atadura. No hacía falta ser tan cuidadoso, decían, en guardar votos en los cuales no se había usado el nombre divino.

Jesús expresó su desprecio por este tipo de falso razonamiento en uno de los “ayes” en contra de los fariseos (los llamó “guías ciegos”) que Mateo registra más tarde (23.16-22):

¹⁶¡Ay de vosotros, guías ciegos! que decís: Si alguno jura por el templo, no es nada; pero si alguno jura por el oro del templo, es deudor. ¹⁷¡Insensatos y ciegos! porque ¿cuál es mayor, el oro, o el templo que santifica al oro? ¹⁸También decís: Si alguno jura por el altar, no es nada; pero si alguno jura por la ofrenda que está sobre él, es deudor. ¹⁹¡Necios y ciegos!, porque ¿cuál es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? ²⁰Pues el que jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él; ²¹y el que jura por el templo, jura por él, y por el que lo habita; ²²y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios, y por aquel que está sentado en él.

La enseñanza de nuestro Señor en el Sermón del Monte es similar. La segunda parte de su antítesis, en la que coloca su enseñanza en oposición a la de los rabíes, se lee de la manera siguiente:

^{5.34}Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera; ni por el cielo porque es el trono de Dios; ³⁵ni por la tierra, porque es el estrado de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran Rey. ³⁶Ni por tu cabeza jurarás, porque no puede hacer blanco o negro un solo cabello. ³⁷Pero sea vuestro hablar: Sí, Sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.

Jesús comienza arguyendo que la cuestión acerca de la fórmula usada al hacer votos no tiene pertinencia alguna, y en particular que la distinción que hacían los fariseos entre las fórmulas en las cuales se menciona a Dios y aquellas en las que no se menciona

es completamente artificial. No importa con cuanto empeño se intente, dijo Jesús, no se puede evitar hacer referencia a Dios, porque todo el mundo es de Dios y no se puede eliminarlo de ninguna parte de él. Si hacen su voto por “el cielo”, éste es el trono de Dios; si por la “tierra”, ella es el estrado de sus pies; si por “Jerusalén”, es su ciudad, *la ciudad del gran Rey*. Si juran por su cabeza, en verdad ella les pertenece en el sentido de que no es de nadie más, pero no obstante es creación de Dios y está bajo su control. Ni siquiera pueden cambiar el color natural de un solo cabello, negro en la juventud y blanco en la vejez.

De modo que si la fraseología precisa de una fórmula para hacer votos no tiene pertinencia, la preocupación por las fórmulas no era de ninguna manera el propósito de la ley. En realidad, puesto que cualquiera que hace un voto tiene que guardarlo (sin importar la fórmula de juramento que use), estrictamente hablando, todas las fórmulas son superfluas. Porque la fórmula no agrega nada a la solemnidad que el voto posee en sí mismo. Un voto es obligatorio, independientemente de la fórmula que lo acompaña. Siendo así, la implicación real de la ley es que tenemos que guardar nuestras promesas y ser gente de palabra. Entonces los votos se volverán innecesarios. *No juréis en ninguna manera* (34), sino más bien *sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no* (37). Como el apóstol Santiago lo escribirá más tarde: “que vuestro sí, sea sí, y vuestro no sea no”.¹³ *Y lo que es más de esto*, añadió Jesús, *de mal procede*, ya sea del mal de nuestros corazones y su falsedad fundamental, o del mal de aquel al que Jesús describió como “mentiroso, y padre de mentira”.¹⁴ Si el divorcio se debe a la dureza del corazón humano, el juramento se debe a la falta de veracidad humana. La ley permitía ambos; ninguno era ordenado por ella¹⁵ ni debería ser necesario.

A esta altura pueden surgir dos preguntas en nuestras mentes. Primero, si se prohibía jurar, ¿por qué Dios mismo hizo uso de juramentos en las Escrituras? ¿Por qué, por ejemplo, dijo a Abraham: “Por mí mismo he jurado... de cierto te bendeciré...”?¹⁶ Creo que debemos responder que el propósito de los juramentos divinos no era aumentar la credibilidad de Dios (puesto que

“Dios no es hombre, para que mienta”¹⁷), sino suscitar y confirmar nuestra fe. La falla que hizo que Dios condescendiera a este nivel humano no reside en que él no sea digno de confianza, sino en nuestra incredulidad.

Segundo, si está prohibido jurar, ¿es esta prohibición absoluta? Por ejemplo, ¿deberían los cristianos, para ser consecuentes con su obediencia, rehusar juramentar una declaración legal, para algún fin ante un notario y dar testimonio bajo juramento en una corte legal? Los Anabautistas tomaron esta línea en el siglo XVII y la mayoría de los Cuáqueros lo hacen hoy. Aunque admiramos su deseo de no transigir o hacer componendas, uno quizás puede preguntarse todavía si la interpretación de ellos no es excesivamente literalista. Después de todo, Jesús mismo (Mateo lo cita más tarde), no se negó a contestar cuando el sumo sacerdote lo puso bajo juramento al decir: “Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios”. Jesús confesó que lo era y que posteriormente lo verían entronado a la diestra de Dios.¹⁸ Lo que Jesús enfatizó en su enseñanza fue que los hombres honestos no necesitan recurrir a juramentos; no que deberían negarse a prestar juramento si alguna autoridad externa requería que lo hicieran.

La aplicación moderna no debe buscarse lejos, porque la enseñanza de Jesús es eterna. Jurar (es decir, prestar juramento) es en realidad la confesión patética de nuestra propia deshonestidad. ¿Por qué nos parece necesario introducir nuestras promesas mediante alguna fórmula tremenda como “lo juro por el arcángel Gabriel y toda la corte celestial” o “lo juro por la Santa Biblia”? La única razón es que sabemos que nuestra simple palabra probablemente no se crea. De modo que tratamos de inducir a las personas a que nos crean añadiendo un juramento solemne. Como cuestión interesante, los esenios (secta judía contemporánea de Jesús) tenían altas normas en este asunto. Josefo escribió de ellos: “Se distinguen por su fidelidad y son los ministros de paz. Cualquier cosa que dicen es también más firme que un juramento. Pero evitan jurar, y lo estiman peor que el perjurio, porque dicen que aquel a quien no puede creérsele sin

(jurar en nombre de) Dios, ya está condenado”.¹⁹ Como lo dijo A. M. Hunter, “Los juramentos surgen debido a que los hombres son con tanta frecuencia mentirosos”.²⁰ Lo mismo se puede decir de todas las formas de exageración, hipérbole y del uso de superlativos. No nos contentamos con decir que pasamos un rato agradable; tenemos que describirlo como “fantástico” o “fabuloso” o aun “fantabuloso” o cualquier otra invención. Pero mientras más recurrimos a tales expresiones, más devaluamos el lenguaje y las promesas humanas. Los cristianos deberían decir lo que quieren decir y querer decir lo que dicen. Nuestra palabra llana debería bastar: “sí” o “no”. Y cuando un monosílabo basta, ¿por qué desperdiciar nuestro aliento añadiéndole más?

Mateo 5.38-48

La justicia del cristiano: no represalia y amor activo

Las dos antítesis finales nos llevan a la cúspide del Sermón del Monte: por ellas se lo admira más y también se lo afrenta más. Se trata de la actitud de amor total que Cristo nos llama a mostrar hacia el *que es malo* (39) y hacia nuestros *enemigos* (44). En ninguna otra parte es mayor el desafío del Sermón. En ninguna otra parte es más obvia la distinción de la contracultura cristiana. En ninguna otra parte se nos impone tanto nuestra necesidad del poder del Espíritu Santo.

1. No represalia pasiva (38-42)

³⁸Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. ³⁹Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; ⁴⁰y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; ⁴¹y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla,

ve con él dos.⁴² Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehuses.

El extracto de la enseñanza oral de los rabíes que citó Jesús proviene directamente de la ley mosaica. Al considerarlo, necesitamos recordar que la ley de Moisés era tanto un código civil como moral. Por ejemplo, Éxodo 20 contiene los diez mandamientos (la esencia de la ley moral). Éxodo 21 a 23, por otra parte, contiene una serie de “ordenanzas” en las cuales las normas de los diez mandamientos se aplican a la vida de la joven nación. Se da una amplia variedad de “leyes de caso” (leyes hechas por casos decididos que sirven como precedentes), con énfasis particular en daños y perjuicios a la persona o propiedad. Es en el curso de esta legislación que aparecen estas palabras: “Si algunos riñeren... si hubiere muerte, entonces pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe”.¹

El contexto aclara, sin lugar a dudas, que esta fue una instrucción para los jueces de Israel. Ciertamente, a ellos se los menciona en Deuteronomio 19.17,18. Esta instrucción expresaba la *lex talionis*, (ley del talión), el principio de retribución exacta, cuyo propósito era colocar el fundamento de la justicia, especificando la pena que merecía un malhechor, y limitar la compensación de su víctima al equivalente exacto y nada más. De modo que ella tuvo el doble efecto de definir la justicia y restringir la venganza. También prohibía que se tomara la ley en las propias manos mediante la espantosa venganza, fruto del odio hereditario familiar.

De manera similar, en la ley islámica la *lex talionis* especificaba la máxima pena posible. Se administraba literalmente (y todavía se lo hace, por ejemplo, en Arabia Saudita) a menos que la persona afectada conmutara la pena, o sus deudos (en caso de asesinato) demandaran a cambio “dinero de sangre”.²

Es casi seguro que en la época de Jesús la venganza literal por daño había sido sustituida en la práctica legal judía por retribuciones monetarias o pago de “daños y perjuicios”. De

cierto existe prueba de esto mucho antes. En Éxodo, los versículos que siguen inmediatamente a la *lex talionis* promulgan que si un hombre golpea a su esclavo a tal grado que le destruye el ojo y le hace saltar un diente, en vez de perder su propio ojo o diente (lo cual merecería pero no sería compensación alguna para el esclavo incapacitado), debe perder a su esclavo: “Le dará libertad por razón de su ojo (o diente)”.³ Podemos estar suficientemente seguros de que en otros casos esta sanción no exigía cumplimiento físico, excepto en el caso de asesinato (“vida por vida”); se la conmutaba a un pago de daños y perjuicios.

Pero los escribas y fariseos evidentemente extendieron este principio de retribución justa de las cortes legales (a donde pertenece) al terreno de las relaciones personales (con las cuales no tiene nada que ver). Trataron de usarlo para justificar la venganza personal, aunque la ley explícitamente la prohibía: “No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo”.⁴ Así, “Este excelente, aunque severo, principio de retribución judicial se utilizaba como excusa para lo mismo que se proponía abolir, es decir, la venganza personal”.⁵

En su respuesta Jesús no contradujo el principio de retribución, porque es un principio justo y verdadero. Posteriormente en el Sermón él mismo lo afirmó al decir “No juzguéis, para que no seáis juzgados” (7.1), y toda su enseñanza sobre la realidad terrible del juicio divino en el día postrero descansa sobre el mismo principio de base. Lo que Jesús afirmó en la antítesis fue más bien que este principio, aunque pertenece a las cortes legales y al juicio de Dios, no se aplica a nuestras relaciones personales. Estas deben estar basadas en el amor y no en la justicia. Nuestro deber hacia los individuos que nos hacen mal no es la represalia, sino la aceptación de la injusticia sin venganza ni reparación: *No resistáis al que es malo* (39).

Pero ¿cuál es exactamente el significado de este llamado a la no resistencia? El verbo griego (*anhistēmi*) resulta claro: es resistir, oponerse, contrarrestar o colocarse uno mismo contra algo o alguien. De modo que ¿a quién o a qué se nos prohíbe resistir?

Quizás los otros usos del verbo en el Nuevo Testamento nos ayudarán a establecer el contexto para nuestro pensamiento. Según su principal uso negativo, por sobre todo no debemos resistir a Dios, su voluntad, su verdad o su autoridad.⁶ Se nos urge constantemente, sin embargo, a resistir al diablo. Los apóstoles Pablo, Pedro y Santiago nos dicen que nos oponemos al “malo” por excelencia, y a todos los poderes del mal que tienen a su disposición.⁷ Así ¿cómo es posible que Jesús nos diga *no* resistáis al mal? No podemos posiblemente interpretar su mandamiento como una invitación a hacer componendas con el pecado o Satanás. No, el primer indicio para una comprensión correcta de su enseñanza es reconocer que las palabras *tō ponērō* (“el malo”) son masculinas y no neutras. Lo que se nos prohíbe resistir no es al mal como tal, mal en abstracto, ni “al malo” es decir al diablo, sino a una persona mala, *al que es malo* (como correctamente traduce la VRV) o al que “te haga algún mal” (VP). Jesús no niega que es malo. Ni nos pide que pretendamos que es distinto de lo que es, ni condenar su mala conducta. Lo que no permite es que tomemos represalias. “No os enfrentéis con el hombre perverso” (VM).

Las cuatro pequeñas ilustraciones que siguen aplican todas el principio cristiano de no represalia, e indican las dimensiones a las que debe extenderse. Constituyen viñetas pequeñas y vívidas de diferentes situaciones cotidianas. Cada una presenta a una persona (en el contexto una persona que es en algún sentido “mala”) que busca injuriarnos: una golpeándonos en el rostro, otra acusándonos ante la ley, una tercera demandando nuestro servicio y una cuarta pidiéndonos dinero. Todas tienen un tono muy moderno excepto la tercera, que suena un poco arcaica. El verbo que se traduce *obligue* (*angareusei*), de origen pérsico, fue usado por Josefo al referirse al “transporte obligatorio de equipo militar”.⁸ Debería aplicarse hoy a cualquier forma de servicio militar en el cual seamos concriptos más que voluntarios. En cada una de las cuatro situaciones, dijo Jesús, nuestro deber cristiano es abstenernos en forma tan absoluta de represalia que aun permitamos a la persona “mala” injuriarnos doblemente.

Digámoslo de una vez, aunque nos cause gran incomodidad, que habrá ocasiones cuando no podamos evitar esta demanda y debamos obedecerla literalmente. Puede parecer fantástico que se espere que ofrezcamos nuestra mejilla izquierda a alguien que haya herido nuestra mejilla derecha, especialmente cuando recordamos que “la herida en la mejilla derecha, el golpe con el dorso de la mano, todavía es hoy en el Oriente el golpe insultante” y que Jesús probablemente no tuvo en mente un insulto ordinario sino “un golpe insultante muy específico” el golpe dado a los discípulos de Jesús como herejes.⁹ Pero ésta es la norma que Jesús pide, y es la norma que él mismo cumplió. Se había escrito de él en las Escrituras del Antiguo Testamento: “Di mi cuerpo a los heridores, y mis mejillas a los que me mesaban la barba; no escondí mi rostro de injurias y de esputos”. Y si primero la policía judía lo escupió, le cubrió el rostro y le dio de puñetazos, luego los soldados romanos siguieron con el juego. Lo coronaron de espinas, lo vistieron con la púrpura imperial, lo invistieron con un cetro de caña, se mofaron diciéndole, “¡Salve, Rey de los judíos!”, puestos de rodillas ante él en fingido homenaje; escupieron su rostro y lo golpearon con sus manos.¹⁰ Y Jesús, con la dignidad infinita del dominio propio y del amor, mantuvo su paz. Demostró su repudio absoluto a vengarse permitiéndolos continuar su escarnio cruel hasta el fin. Además, antes que nos volvámos demasiado ansiosos de evadir el desafío de su enseñanza y conducta como mero idealismo impráctico, necesitamos recordar que Jesús llamó a sus discípulos a aquello que Bonhoeffer denominó “participar de su pasión”.¹¹ Pedro lo dijo así: “Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas... cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente.”¹² En la frase impresionante de Spurgeon, “debemos ser como el yunque cuando los hombres malos son los martillos”.¹³

Sí, pero una cosa es el yunque y otra el felpudo de la puerta. Las ilustraciones y el ejemplo personal de Jesús no describen al alfeñique que no ofrece resistencia. Él mismo desafía al sumo

sacerdote cuando lo interroga en la corte.¹⁴ Están describiendo más bien al hombre fuerte cuyo control de sí mismo y amor por los demás son tan poderosos que por ellos rechaza absolutamente cualquier forma concebible de venganza. Además, no importa lo concienzudos que podamos ser en nuestra determinación de no hacer a un lado las implicaciones de la enseñanza de Jesús, aún así no podemos tomar estas cuatro viñetas con un literalismo torpe y carente de imaginación. Esto es así en parte debido a que ellas se dan como ilustraciones de un principio y no como preceptos detallados; y en parte porque deben ayudar a defender el principio que pretenden ilustrar. Dicho principio es el amor, el amor desinteresado de una persona que, cuando se la injuria, rehusa darse satisfacción propia tomando venganza, y que a cambio estudia el bienestar óptimo de la otra persona y de la sociedad, y determina sus reacciones conforme a ello. Ciertamente, nunca devolverá un golpe, devolviendo mal por mal, porque ha sido completamente liberado de la animosidad personal. En cambio, procurará devolver bien por mal. De modo que desea dar lo sumo —su cuerpo, su ropa, su servicio, su dinero— en tanto que estas dádivas se requieran por amor.

Así pues el único límite a la generosidad cristiana será el límite que el amor mismo imponga. Por ejemplo, el apóstol Pablo “resistió” (la misma palabra griega) una vez al apóstol Pedro cara a cara. La conducta de Pedro había sido errónea, estaba mal. Él se había retirado de la comunión con los hermanos gentiles contradiciendo el evangelio. ¿Cedió Pablo y le dejó hacer? No. Se le opuso, reprendiéndolo en público y denunciando su acción. Y creo que tenemos que defender la conducta de Pablo como verdadera expresión de amor. Porque por un lado no había animosidad personal hacia Pedro (Pablo no lo golpeó ni lo insultó o injurió), mientras que por otro lado había un fuerte amor por los cristianos gentiles a quienes Pedro había afrontado y por el evangelio que había negado.¹⁵

De manera similar, las ilustraciones de Cristo no deben tomarse como el documento de inmunidad para cualquier tirano rufián, mendigo o ladrón inescrupuloso. Su propósito era

prohibir la venganza, no estimular la injusticia, el vicio o la deshonestidad. ¿Cómo pueden aquellos que buscan como su primera prioridad la extensión del dominio justo de Dios al mismo tiempo contribuir a la difusión de la injusticia? El amor verdadero, que cuida tanto al individuo como a la sociedad, toma medidas para refrenar el mal y promover el bien. Y el mandato de Cristo era “un precepto de amor, no un desatino”.¹⁶ Él no enseña la irresponsabilidad que estimula al mal sino la paciencia que renuncia a la venganza. La no resistencia cristiana auténtica es la no-respresalia.

Las palabras familiares de la Versión Antigua, “No resistáis al mal”, han sido tomadas por algunos como la base para un pacifismo sin compromiso, como la prohibición al uso de la fuerza en toda y cualquier situación.

Uno de los ejemplos más absurdos de esto es “el santo loco” que Lutero describe, “que dejaba a los piojos picarlo y rehusaba matarlos basado en este texto, sosteniendo que él tenía que sufrir y no podía resistir al mal”.¹⁷

Un ejemplo más decoroso, aunque también extremo, fue Leon Tolstoi, el distinguido novelista y reformador social ruso del siglo XIX. En *Lo que creo* (1884) describe cómo en una época de profunda perplejidad personal sobre el significado de la vida se le “dejó solo con su corazón y el libro misterioso”. Cuando leyó y releyó el Sermón del Monte, “De repente comprendí que no lo había entendido anteriormente”, y lo que, desde su perspectiva, toda la iglesia durante 1800 años había malinterpretado. “Comprendí que Cristo dice simplemente lo que dice”, en particular en su mandato “No resistáis al mal”. “Estas palabras..., comprendidas en su significado directo, fueron en verdad para mí una llave maestra para todo lo demás.”¹⁸ En el segundo capítulo (“El mandato de no-resistencia”) interpreta las palabras de Jesús como una prohibición de toda violencia física tanto hacia personas como instituciones. “Es imposible confesar a la vez a Cristo como Dios, cuya base de enseñanza es la no resistencia al que es malo, y consciente y sosegadamente luchar por el establecimiento de la propiedad, las cortes legales,

el gobierno y las fuerzas militares...”¹⁹ De nuevo “Cristo prohíbe completamente la institución humana de cualquier corte legal” porque resisten al mal y hasta devuelven mal por mal.²⁰ El mismo principio se aplica, dice, a la policía y al ejército, Cuando los mandatos de Cristo sean por fin obedecidos “todos los hombres serán hermanos, y todos estarán en paz con los demás... Entonces el Reino de Dios habrá llegado”.²¹ Cuando en el último capítulo trata de defenderse contra el cargo de candidez porque “enemigos vendrán..., y si ustedes no luchan, ellos vencerán”, él traiciona su doctrina ingenua (y en verdad equivocada) de los seres humanos como básicamente racionales y amables. Hasta “los así llamados criminales y ladrones... aman el bien y aborrecen el mal como lo hago yo”. Y cuando ellos lleguen a ver, mediante la verdad que los cristianos enseñan y exhiben, que los no violentos dedican sus vidas a servir a los demás, “ningún hombre será tan insensato para privar de alimento o matar a aquellos que los sirven”.²²

Un hombre a quien los escritos de Tolstoi influyeron profundamente fue Gandhi. Ya siendo niño había aprendido la doctrina de *ahimsa*, “abstenerse de dañar a los demás”. Pero luego como joven leyó primero en Londres el *Baghavad Gita* y el Sermón del Monte (“Ese es el Sermón que me ha hecho apreciar a Jesús”), y luego en Sudáfrica *El reino de Dios está dentro de ti*, de Tolstoi. Cuando volvió a la India diez años más tarde, estaba decidido a poner los ideales de Tolstoi en acción. Estrictamente hablando, su política no fue ni la “resistencia pasiva” (que consideró demasiado negativa), ni la “desobediencia civil” (que era demasiado hostil) sino la *satyagraha* o “fuerza de la verdad”, el intento de ganar a sus opositores mediante el poder de la verdad y “por el ejemplo del sufrimiento tolerado de buena gana”. Su teoría se acercó mucho a la anarquía. “El Estado representa la violencia en forma concentrada y organizada”. En el estado perfecto que él vislumbró, aunque la policía existiría, raramente usaría la fuerza; el castigo terminaría, las prisiones se convertirían en escuelas; y el litigio sería reemplazado por el arbitraje.²³

Es imposible no admirar la humildad y sinceridad de propósito de Gandhi. No obstante su política debe juzgarse

irrealista. Él dijo que resistiría a los invasores japoneses (si llegaran) mediante una brigada de paz, pero su pretensión nunca tuvo que ponerse a prueba. Instó a los judíos a ofrecer una resistencia no violenta a Hitler, pero ellos no le hicieron caso. En julio de 1940 emitió un llamado a todo británico para el cese de hostilidades, en el cual demandaba: “He practicado, con precisión científica, la no violencia y sus posibilidades por un período ininterrumpido de alrededor de cincuenta años. La he aplicado en toda senda de vida —familiar, institucional, económica y política. No se de un solo caso en el cual haya fracasado”.²⁴ Pero su llamado cayó en oídos sordos. Jacques Ellul hace el penetrante comentario de que “un factor esencial en el éxito de Gandhi fue el pueblo implicado. Por un lado, India, “un pueblo moldeado por siglos de preocupación por la santidad y lo espiritual,... un pueblo... únicamente capaz de comprender y aceptar su mensaje”, y por el otro Gran Bretaña que “oficialmente se declaró a sí misma una nación cristiana” y “no pudo permanecer insensible a la predicación de no violencia de Gandhi”. “Pero pongan a Gandhi en la Rusia de 1925 o en la Alemania de 1933. La solución sería simple: después de algunos días lo arrestarían y nada más se hubiera oído de él”.²⁵

Nuestro desacuerdo principal con Tolstoi y Gandhi, no obstante, no se debe a que sus puntos de vista fueron irrealistas, sino a que no fueron bíblicos. Porque no podemos tomar el mandato de Jesús, “No resistáis al mal”, como una prohibición absoluta del uso de todo tipo de fuerza (incluyendo a la policía) a menos que estemos preparados para decir que la Biblia se contradice y que los apóstoles malentendieron a Jesús. Porque el Nuevo Testamento enseña que el estado es una institución divina, comisionada (mediante sus funcionarios ejecutivos) para castigar al malhechor (es decir, “resistir al que es malo” al grado de hacerle llevar el castigo de su maldad) y recompensar a aquellos que obran el bien.²⁶ Esta verdad revelada no puede ser torcida, sin embargo, para justificar la violencia institucionalizada de un régimen opresor. Lejos de ello. En verdad, el mismo estado —el imperio romano— que en Romanos 13 se denomina

“servidor de Dios” al ejercer su autoridad, en Apocalipsis 13 se describe como un aliado del diablo que ejerce la autoridad de éste. Pero estos dos aspectos del estado se complementan mutuamente; no son contradictorios. El hecho de que el estado haya sido instituido por Dios no lo preserva de abusar de su poder y convertirse en una herramienta de Satanás. Ni la verdad histórica de que en ocasiones el estado ha perseguido a hombres buenos altera la verdad bíblica de que su función real es castigar a los hombres malos. Y cuando el estado ejerce su autoridad dada por Dios para castigar, es “servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo”.²⁷

¿Cómo se aplica este principio a la guerra? No parece posible ninguna respuesta suave o fácil en favor o en contra de la guerra, aunque todos los cristianos con seguridad estarán de acuerdo en que en su misma naturaleza la guerra es inhumana y horrible. Ciertamente también el concepto de “guerra justa” desarrollado por Tomás de Aquino, guerra cuya causa, métodos y resultados tengan que ser “justos”, es difícil de relacionar con el mundo moderno. No obstante, quisiera argüir por un lado que la guerra no puede en absoluto repudiarse bajo la base de “No resistáis al mal” del mismo modo que no podemos repudiar bajo esa base a la policía y las prisiones, y por otro lado que su única justificación posible (desde el punto de vista bíblico) sería como un tipo de acción policial glorificada. Además, pertenece a la esencia de la acción policial discriminar; arrestar malhechores específicamente para ajusticiarlos. Debido a que tanta guerra moderna carece totalmente de un enfoque que define precisamente a los malhechores o en castigar el mal, es que las conciencias cristianas se rebelan contra ella. En verdad los horrores indiscriminados de la guerra automática, que abruma al inocente con el culpable, bastan para condenarla totalmente.

He estado elaborando la idea de que los deberes y funciones del estado son bastante diferentes de los del individuo. La responsabilidad individual hacia un malhechor la enunció el apóstol Pablo al final de Romanos 12: “No paguéis a nadie mal por mal (sin duda un eco de “No resistáis al que es malo”);

procurad lo bueno delante de todos los hombres... No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza (es decir, avergonzarlo para que se arrepienta). No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”.²⁸ Se comprenderá que la prohibición de la venganza que hace Pablo no se debe a que la retribución sea mala en sí misma, sino a que ella es prerrogativa de Dios, no del hombre. “La venganza es mía”, dice el Señor. Ahora, su propósito es expresar su ira o venganza a través de las cortes legales (como Pablo va a escribir en Romanos 13), y finalmente en el día del juicio.

Esta diferencia de función dada por Dios entre dos “servidores de Dios” —el estado que castiga al malhechor, el cristiano individual que no paga mal por mal, sino vence con el bien el mal— tiene que crear una tensión dolorosa en todos nosotros, especialmente porque todos nosotros en grados diferentes, somos tanto individuos como ciudadanos del estado, y por consiguiente compartimos ambas funciones. Por ejemplo, si mi hogar es asaltado una noche y descubro al ladrón, bien puede ser mi deber hacerlo sentarse y darle algo de comer y de tomar, mientras que el mismo tiempo llamo por teléfono a la policía.

Lutero explicó esta tensión haciendo una distinción provechosa entre nuestra “persona” y nuestro “oficio”. Fue parte de su enseñanza sobre los “dos reinos” que ha sido, sin embargo, justamente criticada. La dedujo del texto “Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”. Vio en estas palabras la existencia de una jurisdicción divina o espiritual, “el reino de Cristo”; y de una jurisdicción secular o temporal, “el reino del mundo” (o “del emperador”). En el primero, al cual también llamó “el reino de la diestra de Dios”, el cristiano vive como “persona”; en el segundo “el reino de la siniestra de Dios”, él desempeña un “oficio” de algún tipo, ya sea como “padre”, “amo”,

“príncipe” o “juez”. “No debéis confundir estos dos”, escribió Lutero, “vuestra persona o vuestro oficio”.²⁹

He aquí parte de su aplicación de esta distinción al mandato de no resistir al mal: un cristiano “vive simultáneamente como cristiano hacia todo el mundo, sufriendo en lo personal todo tipo de cosas en el mundo, y como persona secular, sustentando, usando y desempeñando todas las funciones requeridas por la ley de su territorio o ciudad...”. “El cristiano no debería resistir ningún mal; pero dentro de los límites de su oficio la persona secular debe oponerse a todo mal”. “En resumen, la regla en el reino de Cristo es la tolerancia de todo, el perdón, y la recompensa del mal con el bien. Por otra parte, en la jurisdicción del emperador, no debe mostrarse tolerancia hacia ninguna injusticia, sino más bien debe existir defensa contra el error y castigo de él... según lo que el oficio o posición de cada uno requiera”. “Cristo... no dice ‘Nadie debe nunca resistir al mal’, porque ello socavaría por completo toda regla y autoridad. Pero lo que dice es esto: ‘Vosotros, sólo vosotros no lo haréis’”.³⁰

La distinción claramente definida que hace Lutero entre las dos “jurisdicciones” era en verdad exagerada. “Es difícil evitar sentir”, escribe Harvey McArthur, “que su enseñanza dio a la esfera secular una autonomía a la que no tiene derecho legítimo”.³¹ Fue lo suficientemente lejos como para decir a los cristianos que en el reino secular “vosotros no tenéis que preguntar a Cristo cuál es vuestro deber”, porque éste se aprende del emperador. Pero las Escrituras no nos permiten colocar los dos reinos el uno contra el otro en tal contraste absoluto, como si la iglesia fuera la esfera de Cristo regida mediante el amor y el estado la del emperador regida mediante la justicia. Porque Jesucristo posee autoridad universal, y ninguna esfera puede excluirse de su régimen. Más aún, la administración que el estado hace de la justicia necesita templarse con amor, en tanto que el amor de la iglesia tiene en ocasiones que expresarse en términos de disciplina. Jesús mismo habló de la necesidad dolorosa de excomulgar a un ofensor obstinado y que no se ha arrepentido.

Sin embargo creo que la distinción que Lutero hace entre “persona” y “oficio” o, como podríamos decir, entre individuo e institución, es válida. El cristiano debe estar totalmente libre de la venganza, no sólo en la acción, sino también en su corazón; como funcionario, ya sea del estado o de la iglesia, no obstante, puede confiársele la autoridad de Dios para resistir al mal y castigarlo.

Para resumir la enseñanza de esta antítesis, Jesús no prohibía la administración de la justicia, sino más bien nos prohibía tomar la ley por propia mano. “Ojo por ojo” es un principio de justicia que pertenece a las cortes de ley. En la vida personal debemos deshacernos no sólo de toda venganza en palabra u obra, sino de toda animosidad de espíritu. Podemos y debemos encomendar nuestra causa al Juez bueno y justo, como lo hizo el mismo Jesús,³² pero no nos corresponde procurar o desear tomar venganza personal. No tenemos que pagar la injuria sino sufrirla, y así vencer con el bien el mal.

De modo que el mandato de Jesús a no resistir al mal no debe propiamente usarse para justificar la debilidad temperamental, ni la transigencia moral, ni la anarquía política, ni siquiera el pacifismo absoluto. En cambio, lo que Jesús demanda aquí de todos sus seguidores es una actitud personal hacia los que hacen mal que está inspirada en la misericordia y no en la justicia, que renuncia a la venganza en forma tan total que se arriesga a un sufrimiento mayor y más costoso, que nunca está dominada por el deseo de causarles daño sino siempre por la determinación de proporcionarles el sumo bien.

No conozco a nadie que haya expresado eso en términos modernos más pertinentes que Martin Luther King, que había aprendido tanto de Gandhi como Gandhi había aprendido de Tolstoi, aunque creo que él comprendió mejor que cualquiera de ellos la enseñanza de Jesús. No puede haber duda acerca de los sufrimientos injustos que Luther King tuvo que padecer. El Dr. Benjamín Mays hizo una lista de ellos en su funeral: “Si algún hombre supo el significado del sufrimiento, éste fue Luther King. Su hogar fue bombardeado; vivió día tras día durante trece años

bajo constantes amenazas de muerte; fue acusado maliciosamente de ser comunista; acusado falsamente de no ser sincero...; apuñalado por un miembro de su propia raza; golpeado en el vestíbulo de un hotel, encarcelado alrededor de veinte veces; en ocasiones profundamente herido porque sus amigos lo traicionaron —y aun así este hombre no tenía amargura en su corazón, ni rencor en su alma, ni venganza en su mente; y recorrió a lo largo y a lo ancho este mundo predicando la no violencia y el poder redentor del amor”.³³

Uno de sus sermones más conmovedores, basado en Mateo 5.43-45, se intituló “Para amar a tus enemigos” y fue escrito en una prisión de Georgia. Luchando con las preguntas de por qué y cómo se debe amar, describió cómo “el odio multiplica el odio... en una espiral descendente de violencia” y es “exactamente tan perjudicial a la persona que odia” como a su víctima. Pero sobre todo “el amor es la única fuerza capaz de transformar a un enemigo en amigo” porque posee poder “creativo” y “redentor”. Siguió aplicando su tema a la crisis racial en los Estados Unidos. Por cerca de tres siglos los negros americanos habían sufrido opresión, frustración y discriminación. Pero Luther King y sus amigos estaban decididos a “pagar el odio con amor”. Entonces ellos ganarían la libertad y a sus opresores, “y nuestra victoria será una doble victoria”.³⁴

2. Amor activo (43-48)

⁴³Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. ⁴⁴Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por lo que os ultrajan y os persiguen; ⁴⁵para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. ⁴⁶Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? ⁴⁷Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen

también así los gentiles? ⁴⁸Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.

Ya hemos visto qué escandalosa perversión de la ley es la instrucción. “Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”, por lo que omite del mandamiento y lo que le añade. Reduce deliberadamente la norma del amor (haciendo a un lado las palabras cruciales “como a ti mismo”, que colocan la norma muy alta) y a sus objetos (calificando la categoría de “prójimo” mediante la exclusión específica de enemigos y añadiendo a cambio el mandamiento de aborrecerlos). Llamo a la perversión “escandalosa” porque carece totalmente de justificación, y sin embargo los rabíes la habrían defendido como interpretación legítima. Ellos se aferraron al contexto inmediato del inconveniente mandato de amar al prójimo, señalando que Levítico 19 está dirigido “a toda la congregación del pueblo de Israel”. Da instrucciones a los israelitas sobre sus deberes hacia sus propios padres, y más ampliamente hacia su “prójimo” y su “hermano”. No debían oprimirlo o robarle, cualquiera que fuera su condición social. “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón... No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a tí mismo” (17,18).

Fue bastante fácil para los casuistas éticos (consciente o inconscientemente ansiosos de aligerar la carga de este mandamiento) torcerlo para su propia conveniencia. “Mi prójimo”, arguyeron, “es alguien de mi propio pueblo, un paisano judío, mi propio pariente y amigo, que pertenece a mi raza y a mi religión. La ley no dice nada sobre los extranjeros o los enemigos. De modo que, ya que el mandamiento es amar solamente a mi prójimo, debe estar permitido, incluso tomarse como mandato, aborrecer a mi enemigo. Porque él no es mi prójimo, al cual debo amar”. El razonamiento es lo bastante racional como para convencer a aquellos que desean ser convencidos, y para confirmarles su propio prejuicio racial. Pero se trata de una racionalización, y de una racionalización engañosa. Evidentemente pasaban por alto la instrucción dada

anteriormente en el mismo capítulo de dejar las espigas del campo y la viña “para el pobre y el extranjero”, que no era judío sino forastero residente, y la afirmación inequívoca contra la discriminación racial que se encuentra al final del capítulo: “Como a un natural de vosotros tendréis al extranjero que more entre vosotros, y lo amarás como a tí mismo”.³⁴ De manera similar, “La misma ley será para el natural, y para el extranjero que habitare entre vosotros”.³⁵

Ellos también se volvieron ciegos a otros mandamientos que regulaban cuál debía ser su conducta hacia sus enemigos. Por ejemplo, “Si encuentras el buey de tu enemigo o su asno extraviado, vuelve a llevárselo. Si vieres al asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿le dejarás sin ayuda? Antes bien le ayudarás a levantarlo”.³⁶ Se da instrucción casi idéntica tocante al buey o asno de un hermano.³⁷ indicando que el requisito de amor era el mismo si las bestias pertenecían a un “hermano” o a un “enemigo”. Todos los rabíes tenían que haber conocido muy bien la enseñanza del libro de Proverbios, que el apóstol Pablo citaría más tarde como ilustración de vencer más que vengar el mal: “Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan. Y si tuviere sed, dale de beber agua”.³⁸

Es muy cierto que los escribas y fariseos pueden haber aducido, como garantía bíblica para aborrecer a sus enemigos, las guerras israelitas contra los cananitas o los salmos imprecatorios. Pero si lo hicieron así, malentendieron tanto estas guerras como estos salmos. Los cananitas se conocen a través de los estudios modernos del Cercano Oriente por haber sido sumamente corruptos en religión y en cultura. Tan asquerosas fueron sus prácticas que la tierra misma se describe “vomitándolos”. En verdad si Israel hubiera seguido sus costumbres, habría compartido su destino.³⁹ “Las guerras de Israel”, escribió Bonhoeffer, “eran las únicas ‘guerras santas’ que había en el mundo. Eran las guerras de Dios contra el mundo de los dioses. Jesús no condena esta enemistad, porque de lo contrario tendría que haber condenado toda la historia de Dios

con su pueblo. Más bien confirma la antigua alianza... Con esto no existen ya mas guerras religiosas”.⁴⁰

En cuanto a los salmos imprecatorios, en ellos el salmista no habla sintiendo ninguna animosidad personal sino que, como representante del pueblo de Israel escogido por Dios, considera a los impíos como enemigos de Dios, los estima sus propios enemigos sólo porque se ha identificado por completo con la causa de Dios, los aborrece porque ama a Dios, y está tan confiado en que este “aborrecimiento” es “aborrecimiento perfecto” que invita a Dios al momento siguiente a que lo examine y conozca su corazón, lo pruebe y conozca sus pensamientos, para que vea si hay en él camino de perversidad.⁴¹ Que no podamos fácilmente aspirar a esto es indicación no de nuestra espiritualidad sino de nuestra falta de ella, no de nuestro amor superior por los hombres sino de nuestro amor inferior por Dios, realmente de nuestra incapacidad de aborrecer al impío con un aborrecimiento que es “perfecto” y no “personal”.

La verdad es que los malos deben ser el objeto simultáneo de nuestro “amor” y de nuestro “aborrecimiento”, del mismo modo que son, simultáneamente, objeto de amor y aborrecimiento de Dios (aunque su “aborrecimiento” se expresa como su “ira”). “Amarlos” es desear ardientemente que se arrepientan y crean, y de ese modo se salven. “Aborrecerlos” es desear con igual ardor que, si obstinadamente rehusan arrepentirse y creer, caigan bajo el juicio de Dios. ¿Nunca has orado por la salvación de los impíos (por ejemplo, los que blasfeman contra Dios o explotan a sus congéneres sacándoles provecho como si fueran animales), y a continuación oras que si rechazan la salvación de Dios, el juicio de Dios caiga sobre ellos? Yo lo he hecho. Es una expresión natural de nuestra fe en Dios, de que él es Dios tanto de la salvación como del juicio, y que deseamos que se haga su voluntad perfecta.

Así pues existe algo tal como el aborrecimiento perfecto, del mismo que existe algo tal como el enojo justo. Pero es un aborrecimiento para con los enemigos *de Dios*, no para con nuestros propios enemigos. Está completamente libre de todo

despecho, rencor y venganza, y se enciende sólo por amor al honor y gloria de Dios. Encuentra ahora expresión en la oración de los mártires que han sido muertos por causa de la palabra de Dios y por el testimonio que tenían.⁴² Y se expresará en el día postrero cuando toda la compañía del pueblo redimido de Dios que, viendo el juicio de Dios caer sobre los impíos, coincidirán en su justicia perfecta y dirán al unísono, “¡Aleluya! Salvación y honra y gloria y poder son del Señor Dios nuestro; porque sus juicios son verdaderos y justos... ¡Amén! ¡Aleluya!”⁴³

Ahora seguramente se admitirá que tal “aborrecimiento” puro del mal y de los malvados, no contaminado ni con una mancha de malicia personal, no le daba a los rabíes ninguna justificación posible para cambiar el mandamiento de Dios de amar a nuestro prójimo por una concesión para aborrecer también a aquellos que nos aborrecen, nuestros enemigos personales. Las palabras “y aborrecerás a tu enemigo” eran un “crecimiento parasitario”⁴⁴ en la ley de Dios; no tenían nada que hacer allí. Dios no enseñó a su pueblo una doble norma de moralidad, una para el prójimo y otra para el enemigo.

Así pues Jesús contradijo la adición que ellos habían hecho catalogándola de distorsión de la ley: *Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos* (44). Porque nuestro prójimo, como más tarde ilustró con tanta claridad en la parábola del buen samaritano,⁴⁵ no es necesariamente un miembro de nuestra propia raza, rango o religión. Puede incluso no tener ninguna relación con nosotros. Puede ser nuestro enemigo, que está tras de nosotros con un puñal o un arma de fuego. Nuestro “prójimo”, en el vocabulario de Dios, incluye a nuestro enemigo. Lo que lo constituye en nuestro prójimo es simplemente que es un congénere en necesidad, cuya necesidad conocemos y estamos en alguna medida en condiciones de aliviar.

¿Cuál es, entonces, nuestro deber para con nuestro prójimo, se trate de un amigo o enemigo? Debemos amarlo. Más aun, si añadimos las cláusulas que aparecen el relato que Lucas hace del Sermón, nuestro amor por él debe expresarse con nuestros hechos, nuestras palabras y nuestras oraciones. En primer lugar,

nuestros hechos. “Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen... Amad a vuestros enemigos, y haced bien...”⁴⁶ A “los que hacen bien” se los desprecia en el mundo de hoy, y, sin duda, si la filantropía es presuntuosa y trata con aire protector, no es lo que Jesús quiso decir con “hacer bien”. Lo que él elabora es que el verdadero amor no es tanto sentimiento como servicio —servicio práctico, humilde, sacrificado. Como escribió Dostoievski, “El amor en acción es mucho más terrible que el amor en los sueños”. Nuestro enemigo procura nuestro daño; nosotros debemos procurar su bien. Porque así es como Dios nos ha tratado. Fue “siendo enemigos” que Cristo murió por nosotros para reconciliarnos con Dios.⁴⁷ Si él se dio a sí mismo por sus enemigos, tenemos que darnos a nosotros mismos por los nuestros.

Sin embargo las palabras pueden también expresar nuestro amor, tanto las palabras dirigidas a nuestros mismos enemigos como las palabras que dirigimos a Dios por causa de ellos. “Benedicid a los que os maldicen”. Si ellos piden que descienda el desastre y la catástrofe sobre nuestras cabezas expresando en palabras su deseo de que la ruina venga sobre nosotros, debemos vengarnos pidiendo que descienda la bendición del cielo sobre ellos, declarar en palabras que no les deseamos nada más que bien. Finalmente, dirigimos nuestras palabras a Dios. Los dos evangelistas citan este mandato de Jesús: “Orad por los que os ultrajan y os persiguen”.⁴⁸ Crisóstomo vio esta responsabilidad de orar por nuestros enemigos como “la cumbre más alta del dominio propio”.⁴⁹ En realidad, volviendo a ver los requisitos de estas dos últimas antítesis, traza nueve pasos ascendentes, con la intercesión como el más alto. Primero, nosotros mismos no debemos tomar ninguna iniciativa mala. Segundo, no debemos vengarnos del mal de otro. Tercero, debemos callarnos, y cuarto, sufrir injustamente. Quinto, debemos someternos al que hace lo malo aun más de lo que demanda. Sexto, no debemos aborrecerlo, sino (pasos 7 y 8) amarlo y hacerle bien. Como nuestro noveno deber, debemos “rogar a Dios mismo por su causa.”⁵⁰

Los comentaristas modernos también han visto tal intercesión como la cumbre del amor cristiano. “Esto es lo sumo”, escribió Bonhoeffer. “En la oración nos ponemos al lado del enemigo, estamos con él, junto a él, en favor de él, delante de Dios”.⁵¹ Además, si la oración de intercesión es la expresión del amor que tenemos, también es un medio para incrementar nuestro amor. Es imposible orar por alguien sin amarle, e imposible continuar orando por alguien sin descubrir que nuestro amor por él crece y madura. Por tanto, no tenemos que esperar hasta que sintamos algún amor por un enemigo en nuestro corazón antes de orar por él. Tenemos que empezar a hacerlo antes de que seamos conscientes de amarle, y descubriremos que nuestro amor se abre primero en botón y luego en flor. Jesús parece haber orado realmente por los que lo atormentaban mientras los clavos de hierro atravesaban sus manos y sus pies; en verdad, el presente imperfecto sugiere que él se mantuvo orando, se mantuvo repitiendo su ruego “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen”.⁵² Si la cruel tortura de la crucifixión no pudo silenciar la oración de nuestro Señor por sus enemigos, ¿qué dolor, orgullo, prejuicio o pereza podría justificar silenciar la nuestra?

Descubro que cito a Bonhoeffer en esta capítulo más que a cualquier otro comentarista. Supongo que la razón es que aunque él escribió su exposición antes del estallido de la guerra, pudo ver hacia donde iba el nazismo y sabemos a qué destino lo llevó al fin su testimonio cristiano contra él. Él citó a un A. F. C. Villmar de 1880, pero sus palabras suenan casi proféticas de la propia época de Bonhoeffer: “Los preceptos de amar al prójimo y de no vengarse tendrán mucha importancia en la lucha divina a la que nos enfrentamos... Al cristiano se le perseguirá de un lugar a otro, hasta caer sobre él, maltratarlo, y, en ciertas circunstancias matarlo. Se acerca una persecución general de cristianos.... Vienen tiempos en que elevaremos nuestras manos en oración... Es la oración del amor más profundo por estos extraviados que nos rodean y contemplan con ojos llenos de odio, e incluso han levantado sus manos contra nosotros para matarnos... Si, la

Iglesia que espera realmente al Señor, que comprende realmente los tiempos con sus signos de disolución definitiva, debe entregarse con todas las fuerzas de su espíritu, con todas las fuerzas de su vida santa, a esta oración caritativa”.⁵³

Después de indicar que nuestro amor por nuestros enemigos se expresa en hechos, palabras y oraciones, Jesús continúa declarando que sólo entonces probamos de manera concluyente de quién somos hijos, porque sólo entonces mostraremos amor como el amor de nuestro Padre celestial, *que hace salir su sol* (¡nótese de paso a quien pertenece el sol!) *sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos* (45). El amor divino es un amor que no discrimina, que se muestra igualmente a los hombres buenos y a los malos. Los teólogos (siguiendo a Calvino) llaman a esto la “gracia común” de Dios. No es la “gracia que salva”, que capacita a los pecadores a arrepentirse, creer y salvarse, sino gracia que se muestra a toda la humanidad, al penitente y al impenitente, a los creyentes al igual que a los incrédulos. Esta gracia común de Dios se expresa, entonces, no en el don de la salvación sino en los dones de la creación, y no menos en las bendiciones de la lluvia y la luz del sol, sin los cuales no podríamos comer ni podría continuar la vida en el planeta. Esto, entonces, debe ser la norma del amor cristiano. Debemos amar como Dios, no como los hombres.

Porque *si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?* ¿O qué crédito te da eso? “También los pecadores aman a los que los aman”.⁵⁴ El hombre caído no es incapaz de amar. La doctrina de la depravación total no significa (y nunca ha significado) que el pecado original haya vuelto a los hombres incapaces de hacer nada bueno, sino más bien que todo el bien que hacen se corrompe en algún grado por el mal. Los pecadores no redimidos pueden amar. El amor paternal, el amor filial, el amor conyugal, el amor de amigos —todos ellos, como bien sabemos, son la experiencia común de hombres y mujeres que no conocen a Cristo. *También... los publicanos* (los recaudadores de impuestos que debido a su extorsión tenían reputación de codicia) *aman a quienes los aman. También... los gentiles* (esos

“perros”, como los llamaban los judíos, esos intrusos a quienes los judíos detestaban mirando hacia otro lado cuando uno de ellos pasaba por la calle), también ellos se saludaban entre sí. Nada de esto se discute.

Pero todo amor humano, por más alto, noble o mejor que sea, se contamina en algún grado con las impurezas del egoísmo. A nosotros los cristianos se nos llama específicamente a amar a nuestros enemigos (amor en el que no hay egoísmo), y esto es imposible sin la gracia sobrenatural de Dios. Si amamos sólo a aquellos que nos aman, no somos mejores que los estafadores. Si saludamos sólo a nuestros hermanos y hermanas, a nuestros colegas cristianos, no somos mejores que los paganos; ellos también se saludan entre sí. La pregunta que Jesús hizo es: *¿Qué hacéis de más?* (47). Esta simple palabra *más* es la quinta esencia de lo que él dice. No basta a los cristianos *asemejarse* a los no cristianos; nuestro llamado es a aventajarlos en virtud. Nuestra justicia debe ser mayor (*perisseusē...pleion*) que la de los fariseos (20) y nuestro amor debe aventajar, ser mayor que (*perisson*) *el de los gentiles* (47). Bonhoeffer lo expresó bien: “En qué se diferencia el discípulo del pagano? ¿En qué consiste ‘lo cristiano’?.. lo cristiano es lo ‘particular’, lo *perisson*, lo extraordinario, lo anormal, lo que no resulta natural. Es la ‘justicia mayor’.. lo más, lo sumo. Lo natural es *to auto* (uno y lo mismo) para paganos y cristianos, lo cristiano comienza en lo *perisson*.... lo cristiano depende de lo ‘extraordinario’”.⁵⁵

Y ¿qué es este *perisson*, este “más” o “extra” que los cristianos deben desplegar? La respuesta de Bonhoeffer fue: “Es el amor del mismo Cristo, que marcha obediente y paciente hacia la cruz... Lo peculiar de lo cristiano es la cruz”.⁵⁶ Lo que él escribe es verdad. Todavía, para ser más preciso, la forma en que Jesús lo expresó fue diciendo que este “super-amor” no es el amor de los hombres, sino el amor de Dios, que en la gracia común da el sol y la lluvia a los impíos. Así *sed, pues, vosotros* (el “vosotros” es enfático, distinguiendo a los cristianos de los no cristianos), *perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto* (48). El concepto de que el pueblo de Dios tienen que imitar a Dios más que a los

hombres no es nuevo. El libro de Levítico repetía unas cinco veces como refrán el mandato, “Yo soy Jehová vuestro Dios;... seréis pues, santos, porque yo soy santo”.⁵⁷ Aunque aquí el llamado que Cristo nos hace no es a ser “santos” sino “perfectos”.

Algunos maestros de santidad basándose en estos versículos han fabricado gran cantidad de sueños sobre la posibilidad de alcanzar en esta vida un estado de perfección sin pecado. Pero no se puede forzar las palabras de Jesús para que digan esto sin provocar discordancia en el Sermón. Porque él ha indicado ya en las bienaventuranzas que el hambre y la sed de justicia son característica perpetua de sus discípulos.⁵⁸ y en el capítulo siguiente nos enseñará a orar constantemente, “Perdónanos nuestras deudas”.⁵⁹

Tanto el hambre de justicia como la oración por perdón, al ser continuas, son claras indicaciones de que Jesús no esperaba que sus seguidores llegaran a ser moralmente perfectos en esta vida. El contexto muestra que la “perfección” a la que se refiere se relaciona con el amor, ese perfecto amor de Dios que se muestra aun a aquellos que no le corresponden. En verdad, los eruditos nos dicen que la palabra aramea que bien puede Jesús haber usado significa “que abarca a todos”. El versículo paralelo, en el relato que Lucas hace del Sermón, confirma esto: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso”.⁶⁰ Se nos llama a ser perfectos en amor, es decir, amar incluso a nuestros enemigos con el amor misericordioso e inclusivo de Dios.

El llamado que Cristo nos hace es nuevo, no sólo porque es un mandato a ser “perfectos” más que “santos”, sino también por la descripción que hace del Dios que vamos a imitar. En el Antiguo Testamento aparecía siempre “Yo soy Jehová, que os hago subir de la tierra de Egipto para ser vuestro Dios: seréis, pues, santos, porque yo soy santo”. Pero ahora, en los días del Nuevo Testamento, no es el Redentor único de Israel a quien vamos a seguir y obedecer; es nuestro *Padre que está en los cielos* (45), nuestro *Padre celestial* (48, Straubinger). Y nuestra obediencia saldrá de nuestros corazones como la manifestación de nuestra

nueva naturaleza. Porque somos hijos de Dios, mediante la fe en Jesucristo, y podemos demostrar de quién somos hijos únicamente cuando mostramos el parecido familiar, únicamente cuando nos convertimos en pacificadores como él (9), únicamente cuando amamos con un amor que abarca a todos como el suyo (45, 48).

Las últimas dos antítesis de la serie revelan progresión. La primera es un mandato negativo: *No resistáis al que es malo*; la segunda es positiva: *Amad a vuestros enemigos* y procurad su bien. La primera es el llamado a la no represalia pasiva; la segunda, al amor activo. Como lo expresó Agustín, “Muchos hemos aprendido cómo ofrecer la otra mejilla, pero no sabemos cómo amar a aquel que las golpeó”.⁶¹ Porque debemos ir más allá de la paciencia y servir, más allá de la negativa a devolver el mal, y decidir vencer al mal con el bien. Alfred Plummer resumió las alternativas con una simplicidad admirable: “Devolver mal por bien es diabólico; devolver bien por bien es humano; devolver bien por mal es divino”.⁶²

A lo largo de su exposición Jesús coloca ante nosotros modelos alternativos mediante los cuales contrasta la cultura secular y la contracultura cristiana. La noción de desquite está engranada en la cultura no cristiana: el desquite del mal y el desquite del bien. Lo primero es obvio, porque significa venganza. Pero lo segundo se pasa por alto a veces. Jesús lo expresó así: “hacéis bien a los que os hacen bien”.⁶³ Así pues, el primero dice “Me haces mal, te haré mal” y el segundo, “Me haces bien, te haré bien”, o (en forma más familiar o coloquial) “Rascas mi espalda y yo rasco la tuya”. De modo que el desquite es el estilo del mundo; venganza por un lado y recompensa por el otro, devolviendo injurias y devolviendo favores. Entonces sentimos que nos hemos desquitado, no somos deudores del hombre, nos mantenemos al nivel de todos. Es el lema del orgulloso que no puede soportar estar en deuda con nadie. Es el intento de poner orden en la sociedad mediante una justicia tosca pero aplicable, que administramos nosotros mismos, de tal modo que nadie saca ventaja de nosotros en ninguna forma.

¡Pero no será así en el reino de Dios! Pecadores, gentiles y publicanos se conducen de esa manera. Es lo más alto que pueden alcanzar. Pero no es lo suficientemente elevado para los ciudadanos del reino de Dios; *¿Qué hacéis de más?*, pregunta Jesús (47). Así pues, el modelo que coloca ante nosotros como alternativa al mundo que nos rodea es nuestro Padre que está sobre nosotros. Ya que él es bondadoso tanto con el malo como con el bueno, sus hijos tienen que serlo también. La vida de la humanidad vieja (caída) se basa en la justicia tosca, que venga las injurias y devuelve los favores. La vida de la humanidad nueva (redimida) se basa en el amor divino, que rehusa vengarse y a cambio vence con el bien el mal.

Jesús acusó a los fariseos de poner dos restricciones graves al amor de ellos. Por supuesto, ellos creían en el amor. Cualquiera cree en el amor. Sí, pero no en el amor por aquellos que los han injuriado, ni en el amor por los forasteros gentiles. El espíritu del fariseísmo se encuentra aún presente. Es el espíritu de venganza y de racismo. El primero dice, “Amaré a la gente simpática e inofensiva, pero me vengaré de los que me hacen mal”. El segundo dice, “Amaré a los de mi propia carne y sangre, pero no puedes pretender que ame a aquellos que no tienen nada que ver conmigo”. De hecho Jesús *espera* de sus seguidores las mismas cosas que otros creen que, razonablemente, no pueden esperarse de nadie. Nos llama a renunciar a todas aquellas restricciones que nos convienen y que nos gusta colocarle al amor (en especial la venganza y el racismo) y ser en cambio constructivos y abarcar a todos en nuestro amor, como lo hace Dios.

Echando un vistazo retrospectivo sobre las seis antítesis, se deja en claro cuál es la justicia “mayor” a la que se convoca a los cristianos. Es una justicia interior profunda del corazón, el lugar donde el Espíritu Santo ha escrito la ley de Dios. Es el nuevo fruto que muestra la novedad del árbol, la nueva vida que brota de una nueva naturaleza. Así que no tenemos libertad para intentar evitar o evadir los elevados mandamientos de la ley. Evitar la ley es un pasatiempo farisaico; lo que caracteriza a los

cristianos es un apetito agudo por la justicia, con hambre y sed de ella continuamente. Y esta justicia, ya sea que se exprese en pureza, honestidad o caridad, mostrará a quien pertenecemos. Nuestro llamado cristiano consiste no en imitar al mundo, sino al Padre. Y es mediante esta imitación de él que la contracultura cristiana se hará visible.

Mateo 6. 1-6, 16-18

La religión del cristiano: no hipócrita sino real

Jesús inició su instrucción en el monte retratando en las bienaventuranzas los elementos esenciales del *carácter* cristiano, y continuó indicando con sus metáforas de sal y luz la *influencia* para bien que los cristianos ejercen en la comunidad si exhiben este carácter. Luego describió la *justicia* cristiana que debe exceder a la justicia de los escribas y fariseos al aceptar las implicaciones plenas de la ley de Dios sin evitar nada ni colocar límites artificiales. La justicia cristiana es justicia ilimitada. Debe permitirse que ella penetre más allá de nuestras acciones y palabras hasta nuestro corazón, mente y motivaciones, y que nos domine incluso en aquellos rincones secretos más recónditos.

Jesús ahora continúa su enseñanza sobre la “justicia”. El capítulo 6 comienza (literalmente), “Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres”. La palabra que se usa (según el texto) es *dikaiousunē*, la misma que se usa en 5.6,20. No obstante, aunque la palabra es la misma, el énfasis ha cambiado. Anteriormente “justicia” se había relacionado con bondad, pureza, honestidad y amor; ahora está ligada a prácticas tales

como limosna, oración y ayuno. Así, Jesús pasa de la justicia moral del cristiano a su justicia “religiosa”. La mayoría de las versiones reconocen este cambio de tema en su traducción. La NBE ofrece la frase, “Cuidado con hacer vuestras obras de piedad delante de la gente”, la VP, “No practiquen su religión delante de la gente”, y la BJ, “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres”.

Es importante reconocer que, según Jesús, la “justicia” cristiana tiene estas dos dimensiones: moral y religiosa. Algunos hablan y se conducen como si imaginaran que su deber principal como cristianos yace en la esfera de la actividad religiosa, sea en público (ir a la iglesia) o en privado (ejercicios devocionales). Otros han reaccionado en forma tan fuerte contra tal énfasis excesivo en la piedad que hablan de cristianismo “sin religión”. Para ellos la iglesia se ha convertido en la ciudad secular, y la oración en un encuentro de amor con su prójimo. Pero no hay necesidad de escoger entre piedad y moralidad, devoción religiosa en la iglesia y servicio activo en el mundo, amar a Dios y amar a nuestro prójimo, puesto que Jesús enseñó que la “justicia” cristiana auténtica los incluye a ambos.

Además, en ambas esferas de justicia Jesús lanza su insistente llamado para que sus seguidores sean diferentes. En Mateo 5 enseña que nuestra justicia tiene que ser mayor que la de los fariseos (porque ellos obedecían la letra de la ley, mientras que nuestra obediencia tiene que incluir nuestro corazón) y mayor también (en la forma de amor) que la de los paganos (porque ellos se aman entre sí, mientras que nuestro amor debe abarcar también a nuestros enemigos). Ahora en Mateo 6, al considerar la justicia “religiosa” traza los mismos dos contrastes. Toma la religión ostentosa de los fariseos primero y dice *No seas como los hipócritas* (5). Luego pasa al formalismo mecánico de los paganos y dice: *No os hagáis, pues, semejantes a ellos* (8). Así una vez más los cristianos deben ser diferentes, tanto de los fariseos como de los paganos, de los religiosos y de los irreligiosos, de la iglesia y del mundo. El concepto de que los cristianos no deben conformarse al mundo resulta familiar en el Nuevo Testamento.

Lo que no resulta tan conocido es que Jesús también vio (y previó) la mundanalidad de la iglesia misma y llamó a sus seguidores a no conformarse tampoco a la iglesia nominal, sino más bien a ser una comunidad cristiana verdaderamente distinta en su vida y práctica del estado religioso, una *ecclesiola* (pequeña iglesia) *in ecclesia*. La diferencia esencial tanto en religión como en moralidad reside en que la auténtica justicia cristiana no es sólo una manifestación externa, sino una manifestación de lo íntimo del corazón.

^{6.1} Guardaos de hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos; de otra manera no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos.

La advertencia fundamental que lanza Jesús es contra *hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos de ellos*. A primera vista estas palabras parecen contradecir su mandato anterior “así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean...”¹ En ambos versículos habla de hacer buenas obras “delante de los hombres”, y en ambos se enuncia el objetivo “ser visto” por ellos. Pero en el primer caso lo ordena mientras que en el último lo prohíbe. ¿Cómo puede resolverse esta discrepancia? La contradicción es solamente verbal, no esencial. La clave se halla en el hecho de que Jesús habla contra pecados diferentes. Es nuestra cobardía humana la que lo hace decir “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres”, y nuestra vanidad humana la que lo hace decir que nos guardemos de practicar nuestra piedad delante de los hombres. A. B. Bruce resume bien esto cuando escribe que debemos “mostrar cuando somos tentados a *esconder*” y “esconder cuando somos tentados a *mostrar*”.² Nuestras buenas obras tienen que ser públicas para que nuestra luz alumbre; nuestras devociones religiosas tienen que ser secretas, no sea que nos jactemos de ellas. Además, el fin de ambas instrucciones de Jesús es el mismo, o sea la gloria de Dios. ¿Por qué debemos guardar en secreto nuestra piedad? Es para que la gloria sea dada a Dios, y no a los hombres. ¿Por qué

debemos dejar que nuestra luz alumbre y hacer abiertamente buenas obras? Para que los hombres glorifiquen a nuestro Padre celestial.

Los tres ejemplos de justicia “religiosa” que da Jesús —limosna, oración y ayuno— aparecen de algún modo en toda religión. Son prominentes, por ejemplo, en el Corán. Ciertamente se esperaba que todos los judíos dieran al pobre, oraran y ayunaran, y todos los judíos devotos lo hicieron. Evidentemente Jesús esperaba que sus discípulos hicieran lo mismo. Porque no comenzó cada párrafo diciendo “Si das, oras, ayunas, entonces deberías hacerlo de este modo” sino “Cuando” hagas tal o cual (2, 5, 16). Dio por sentado que lo harían.

Todavía más, este trío de obligaciones religiosas expresa en algún grado nuestro deber hacia Dios, los demás y nosotros mismos. Porque dar limosna es procurar servir a nuestro prójimo, especialmente al necesitado. Orar es buscar la faz de Dios y reconocer nuestra dependencia de él. Ayunar (es decir, abstenerse de alimentos por razones espirituales) tiene como propósito, al menos en parte, ser una forma de negarse a sí mismo y así disciplinarse. Jesús no pregunta si sus seguidores se comprometerán en estas cosas sino, asumiendo que lo harán, les enseña por qué y cómo hacerlo.

Los tres párrafos siguen un modelo idéntico. En imágenes vívidas y deliberadamente humorísticas Jesús pinta un cuadro del modo de ser religioso del hipócrita. Es la vía de la ostentación. Los tales reciben la recompensa que desean: el aplauso de los hombres. Con esto Jesús pone en contraste el estilo cristiano, que es secreto, y la única recompensa que los cristianos desean: la bendición de Dios que es su Padre celestial y que ve lo secreto.

1. La dádiva cristiana (2-4)

²Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ³Mas cuando tú des limosna, no sepa tu

izquierda lo que hace tu derecha, ⁴para que sea tu limosna en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

Existe en el Antiguo Testamento mucha enseñanza acerca de la compasión hacia el pobre. En el versículo 21 la palabra griega para limosna (*eleēmosunē*) significa obra de misericordia o de piedad. Ya que nuestro Dios es un Dios misericordioso, como Jesús acaba de hacer hincapié, “benigno para con los ingratos y malos”,³ su pueblo también tiene que ser benigno y misericordioso. Jesús obviamente esperaba que sus discípulos fueran dadores generosos. Sus palabras condenan “la tacañería egoísta de muchos”, como lo expresó Ryle.⁴

Sin embargo, no basta la generosidad. A lo largo de este Sermón, nuestro Señor está interesado en la motivación, en los pensamientos ocultos del corazón. En su exposición del sexto y séptimo mandamiento indicó que tanto el asesinato como el adulterio pueden cometerse en nuestros corazones, que el enojo injustificado es una clase de asesinato del corazón y la codicia se ve como un tipo de adulterio del corazón. En el asunto de dar, tiene el mismo interés en los pensamientos secretos. La pregunta no se refiere tanto a qué hace la mano (si entrega dinero en efectivo o un cheque) sino a qué piensa el corazón mientras la mano hace aquello. Existen tres posibilidades. O buscamos la alabanza de los hombres, o mantenemos nuestro anonimato pero calladamente nos congratulamos, o estamos deseosos de la aprobación de nuestro Padre divino nada más.

Un hambre voraz por recibir alabanza de los hombres era el pecado que acosaba a los fariseos (“Vosotros.. recibís gloria los unos de los otros”, les dijo Jesús, “y no buscáis la gloria que viene del Dios único”).⁵ De manera similar Juan el evangelista comentaba: “Amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios”.⁶

Tan insaciable era su apetito de reconocimiento humano que echaba a perder su dádiva. Jesús ridiculiza la manera en que ellos lo convertían en una representación pública. Retrata a un pomposo fariseo con su estilo de poner el dinero en la caja

especial en el templo o la sinagoga, o de llevar una dádiva a los pobres. Frente a él marchan los trompetistas, tocando una fanfarria mientras caminan, y atrayendo rápidamente a una multitud. “Ellos fingían, sin duda”, comenta Calvino, “que esto se hacía para llamar a los pobres, porque las excusas (léase pretextos) nunca faltan; pero era perfectamente obvio que buscaban el aplauso y el elogio”.⁷ Si los fariseos hicieron esto literalmente algunas veces o si Jesús estaba pintando una caricatura divertida es algo que realmente no importa. En todo caso, estaba reprimiendo nuestra ansiedad pueril de ser altamente estimados por los hombres. Como lo dijo Spurgeon, “Pararse con una moneda en una mano y una trompeta en la otra es la postura de la hipocresía”.⁸

E “hipocresía” es la palabra que Jesús usó para caracterizar esta ostentación. En el griego clásico el *hupokritēs* fue primero orador y luego actor. Así, en forma figurada, la palabra llegó a aplicarse a alguien que trata al mundo como un escenario en el cual desempeña un papel. Hace a un lado su verdadera identidad y asume una falsa. Ya no es él mismo sino un disfraz; personifica a alguien distinto. Lleva una máscara. Ahora bien, en el teatro no existe dolo o engaño en los actores que desempeñan su papel. Es una convención aceptada. El auditorio sabe que ha venido a una representación; esto no lo engaña. El problema con el hipócrita religioso, por otra parte, es que deliberadamente se propone engañar a las personas. Es como un actor en que finge (de modo no vemos a la persona real sino un papel, una máscara, un disfraz), pero es bastante distinto al actor en este aspecto: toma alguna práctica religiosa que es una actividad real y la convierte en lo que no debería ser, es decir, una pieza de ficción, una exhibición teatral ante un auditorio. Y todo se hace por el aplauso.

Es fácil burlarse de aquellos fariseos judíos del primer siglo. Nuestro fariseísmo cristiano no es tan entretenido. No podemos contratar a una compañía de trompetistas para que toque una fanfarria cada vez que damos a una iglesia o un fin caritativo. Pero, para usar la metáfora familiar, nos gusta “batir nuestro

propio parche”. Nuestro ego se ensancha cuando vemos nuestro nombre en la lista de donantes a obras de caridad y sustentadores de causas justas. Caemos en la mismísima tentación: dirigir la atención hacia nuestra acción de dar para “ser alabados por los hombres”.

De tales personas, que buscan la alabanza de los hombres, Jesús dice con énfasis: *ya tienen su recompensa*. El verbo que se traduce “tienen” (*apechō*) era en esa época un término técnico que se usaba para las transacciones comerciales; quería decir “recibir una suma total y entregar un recibo por ella”.⁹ A menudo fue usado así en los papiros. Así pues los hipócritas que buscan el aplauso lo conseguirán, pero entonces “aparte de eso, no tendrán otra recompensa”.¹⁰ Nada más se les debe, nada excepto el juicio en el día postrero.

Después de prohibir a sus seguidores que dieran al necesitado con el estilo ostentoso de los fariseos, Jesús nos dice ahora cuál es el estilo cristiano, que es secreto. Lo expresa mediante otra negativa: Más cuando tú des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que sea tu limosna en secreto. La derecha es normalmente la mano activa. Así pues Jesús supone que la usaremos al entregar algún donativo. Luego añade que nuestra izquierda no debe mirar. No hay dificultad en captar el significado. No sólo no debemos contarles a otras personas acerca de nuestro ofrendar cristiano; hay un sentido en el cual no lo debemos contar ni siquiera a nosotros mismos. No debemos ser conscientes de nosotros mismos en nuestro dar, porque la conciencia de nosotros mismos fácilmente degenera en justicia propia. Tan sutil es la pecaminosidad del corazón que es posible dar pasos deliberados para mantener en secreto ante los hombres nuestro dar y simultáneamente regodearnos de ello en nuestras propias mentes con espíritu de autocongratulación.

Sería difícil exagerar la perversidad de esto. Porque dar es una actividad real que involucra a gente real con necesidades reales. Su propósito es aliviar la aflicción del necesitado. La palabra griega para limosna, como ya hemos visto, indica que es una obra de misericordia. Pero es posible convertir una obra de

misericordia en un acto de vanidad, de modo que nuestra motivación principal al dar sea no el beneficio de la persona que recibe el donativo sino nuestro propio beneficio, es decir, el beneficio de quien lo da. El altruismo ha sido desplazado por un egoísmo distorsionado.

Así pues, para “mortificar” o hacer morir nuestra vanidad pecadora, Jesús nos insta a mantener nuestra ofrenda en secreto, tanto de nosotros mismos como de los demás. “En la frase: que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha”, escribe Bonhoeffer, “se anuncia la muerte del hombre viejo”.¹¹ Porque el egocentrismo pertenece a la vieja vida; la nueva vida en Cristo es una vida de generosidad incalculable. Por supuesto, no es posible obedecer este mandato de Jesús con un literalismo exacto. Si llevamos nuestras cuentas y planificamos nuestras ofrendas como deben hacerlo los cristianos conscientes, tendremos que saber cuánto damos. ¡No sería muy posible cerrar los ojos mientras expedimos nuestros cheques! Sin embargo, tan pronto como se decide y efectúa una donación, debemos, para estar en armonía con la enseñanza de Jesús, olvidarla. No debemos mantenernos evocándola para mirarla con satisfacción maligna, o relamernos pensando en cuán generosos, disciplinados o conscientes de nuestro dar hemos sido. La ofrenda cristiana debe estar marcada por el sacrificio de sí mismo y el olvido de sí mismo, no por la autocongratulación.

Lo que deberíamos buscar al ofrendar al necesitado no es la alabanza de los hombres, ni una base para recomendarnos a nosotros mismos, sino más bien la aprobación de Dios. Esto está implícito en la referencia que hace nuestro Señor a las manos derecha e izquierda. “Con esta expresión”, escribe Calvino, “quiere decir que tenemos que estar satisfechos con tener a Dios por nuestro único testigo”.¹² Aunque podamos mantener nuestra ofrenda en secreto de los demás, y hasta cierto punto incluso de nosotros mismos, no podemos mantenerla en secreto de Dios. Ningún secreto se oculta de él. Por eso *tu Padre que te ve en lo secreto te recompensará*.

Algunas personas se rebelan ante esta enseñanza de Jesús. No desean ni esperan recompensa de ninguna clase ni de nadie,

dicen. Más todavía, hallan una incongruencia inherente en la promesa de nuestro Señor en cuanto a recompensa. ¿Cómo puede prohibir el deseo de recibir alabanza de los demás o de nosotros mismos y luego mandar que lo busquemos de Dios?. Seguramente, dicen, esto meramente cambia una forma de vanidad por otra. ¿No deberíamos más bien dar simplemente por amor a dar? Buscar alabanza de cualquier origen —del hombre, de uno mismo o de Dios— les parece que vicia el acto de dar.

La primera razón por la cual tal argumento está equivocado tiene que ver con la naturaleza de las recompensas. Cuando las personas dicen que la idea de recompensas les desagrada, siempre sospecho que la imagen que tienen en su mente es la de los premios que se otorgan en las escuelas, ¡con trofeos de plata que brillan en la mesa colocada en la tribuna y toda la gente aplaudiendo! La evocación de esta clase de escena puede deberse a las palabras de la VA o de la VRV “te recompensará en *público*”. Esta expresión: en público, sin embargo, debería omitirse. El contraste no es entre un donativo secreto y una recompensa pública, sino entre los hombres que no ven ni recompensan el donativo y Dios que lo hace.

C.S. Lewis escribió sabiamente en un ensayo intitulado “El peso de la gloria”: “No deben inquietarnos los no creyentes que dicen que esta promesa de recompensa torna la vida cristiana en una empresa mercenaria. Hay diferentes clases de recompensa. Existe la recompensa que no tiene conexión natural con las cosas que haces para ganarla, y es que es bastante extraña a los deseos que tienen que acompañar a esas cosas. El dinero no es la recompensa natural del amor; por eso llamamos a un hombre mercenario si se casa con una mujer por su dinero. Pero el matrimonio es la recompensa cabal para el amante verdadero, y él no es mercenario por desearla”. De manera similar podemos decir que un trofeo de plata no es una recompensa muy apropiada para un colegial que trabaja duro, mientras que una beca en la universidad lo sería. C. S. Lewis concluye su argumento: “Las recompensas apropiadas no se hilvanan simplemente con

la actividad por la cual se dan, sino que son la consumación de la actividad misma".¹³

¿Cuál es, entonces, la "recompensa" que el Padre celestial da al dador secreto? No es pública ni necesariamente futura. Es probablemente la única recompensa que el amor genuino desea cuando entrega un donativo al necesitado, a saber, ver aliviada la necesidad. Cuando a través de nuestros donativos se alimenta al hambriento, se viste al desnudo, se sana al enfermo, se libera al oprimido y se salva al perdido, el amor que inspiró el donativo queda satisfecho. Tal amor (que es el propio amor de Dios expresado a través del hombre) trae consigo sus propios gozos secretos, y no desea otra recompensa.

Para resumir, nuestra dádiva cristiana no debe ser delante de los hombres (esperando el aplauso para empezar), ni siquiera delante de nosotros mismos (nuestra izquierda aplaudiendo la generosidad de nuestra derecha) sino "delante de Dios", que ve lo secreto de nuestro corazón y nos recompensa con el descubrimiento de que, como dijo Jesús, "Más bienaventurado es dar que recibir".¹⁴

2. La oración cristiana (5,6)

⁵Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ⁶Más tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

En su segundo ejemplo del tipo "religioso" de justicia, Jesús describe a dos hombres en oración. De nuevo la diferencia básica es entre la hipocresía y la realidad. Pone en contraste la razón de su oración, y su recompensa.

Lo que dice de los hipócritas suena bien al principio: "Ellos aman el orar". Pero desgraciadamente no es orar lo que ellos aman, ni al Dios al cual supuestamente deberían orar. No, ellos

se aman a sí mismos y la oportunidad de ostentación que les da la oración pública.

Por supuesto que la disciplina de la oración regular es buena; todo judío devoto oraba tres veces al día, como Daniel.¹⁵ Y no había nada malo en orar de pie, porque ésta era la postura usual para orar entre los judíos. Ni estaban necesariamente equivocados al orar *en las esquinas de las calles* tanto como *en las sinagogas* si su motivación fuera romper la segregación de la religión y llevar su reconocimiento de Dios fuera de los lugares santos, a la vida secular de cada día. Pero Jesús descubrió su verdadera motivación al ponerse en pie en la sinagoga o en la calle, con las manos levantadas al cielo para que pudieran *ser vistos de los hombres*. Tras su piedad acechaba su orgullo. Lo que realmente deseaban era el aplauso. Lo consiguieron. "Ya recibieron su paga" (BJ).

El fariseísmo religioso aún no ha muerto. La acusación de hipocresía se ha lanzado a menudo contra nosotros, los asistentes a la iglesia. Es posible ir a la iglesia por la misma razón perversamente equivocada que tuvieron los fariseos para ir a la sinagoga: no adorar a Dios, sino ganar una reputación de piedad para nosotros mismos. Es posible jactarnos de nuestras devociones privadas en la misma forma. Lo que se destaca es la perversidad de toda práctica hipócrita. Dar alabanza a Dios, como dar limosna a los hombres, son actos auténticos por derecho propio. Un motivo encubierto destruye a ambos. Degrada el servicio a Dios y a los hombres en un tipo mezquino de servicio hacia uno mismo. La religión y la caridad se convierten en un despliegue exhibicionista. ¿Cómo podemos fingir que alabamos a Dios cuando en realidad nos interesa que los hombres nos alaben?

¿Cómo, entonces, deberían orar los cristianos? *Entra en tu aposento, y cerrada la puerta*, dijo Jesús. Debemos cerrar la puerta para evitar molestias y distracción pero también para eludir los ojos inquisitivos de los hombres y encerrarnos con Dios. Sólo entonces podremos obedecer el siguiente mandato del Señor: *Ora a tu Padre que está en secreto*, o, como aclara la Biblia de

Jerusalén, “que está en lo secreto”. Nuestro Padre está ahí, esperando para darnos la bienvenida. Así como nada destruye la oración más que las miradas de soslayo de espectadores humanos, nada la enriquece más que el sentido de la presencia de Dios. Porque él no ve sólo la apariencia exterior sino el corazón; no sólo a quien ora sino el motivo por el cual ora. La esencia de la oración cristiana es buscar a Dios. Detrás de toda oración verdadera se halla la conversación que inicia Dios:

 Mi corazón sabe
 que Tú has dicho: ‘Buscadme’
 Y yo busco tu rostro, oh Yahvé.¹⁶

Lo buscamos para reconocerlo como la persona que es: Dios el Creador, Dios el Señor, Dios el Juez, Dios nuestro Padre celestial mediante Jesucristo nuestro Salvador. Deseamos reunirnos con él en el lugar secreto para postrarnos ante él en confianza, amor y adoración humilde. Luego, Jesús continuó, *tu Padre que ve en lo secreto te recompensará*. R. V. G. Tasker señala que la palabra griega para el “aposento” en el cual vamos a retirarnos a orar (*tameion*) “se usaba para referirse a la bodega donde pueden guardarse los tesoros”. La implicación puede, entonces, ser que “ya hay tesoros que nos esperan” cuando oramos.¹⁷ En realidad las recompensas ocultas en la oración son demasiadas para enumerarlas. En palabras del apóstol Pablo, cuando clamamos, “Abba, Padre”, el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu de que somos verdaderamente hijos de Dios, y se nos otorga una fuerte certidumbre de su paternidad y amor.¹⁸ Él alza la luz de su rostro sobre nosotros y nos da su paz.¹⁹ Refresca nuestra alma, satisface nuestra hambre, apaga nuestra sed. Sabemos que ya no somos huérfanos porque el Padre nos ha adoptado; ni más hijos pródigos porque hemos sido perdonados; no más alienados porque hemos vuelto al hogar.

El énfasis de nuestro Señor en la necesidad de lo secreto no debería llevarse a los extremos. Interpretarlo con literalismo rígido sería caer en el mismo fariseísmo contra el cual Jesús nos advierte. Si toda nuestra oración debiera guardarse en secreto,

tendríamos que dejar de asistir a la iglesia, abandonar las oraciones en familia y las reuniones de oración. Su referencia aquí es la oración privada. Las palabras griegas están en singular, como lo indica la VRV: “Más tú, cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre”. Jesús no ha llegado aún a la oración pública. Cuando lo hace, nos dice que oremos en plural “Padre nuestro”, y uno difícilmente pueda decir esa oración solo, en secreto.

Más que ensimismarse en los mecanismos de lo secreto, necesitamos recordar que el propósito del énfasis de Jesús en la oración “secreta” es purificar nuestras motivaciones al orar. Así como debemos ofrendar por amor genuino a Dios, también debemos orar por genuino amor a Dios. Nunca debemos usar ninguno de estos ejercicios como barniz piadoso de nuestro amor propio.

3. El ayuno cristiano (16-18)

¹⁶ Cuando ayunéis, no seáis austeros como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. ¹⁷ Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, ¹⁸ para no mostrar a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.

Los fariseos ayunaban “dos veces a la semana”,²⁰ los lunes y jueves. Juan el Bautista y sus discípulos también ayunaban en forma regular, incluso “a menudo”, pero los discípulos de Jesús no la hacían.²¹ Así pues, ¿cómo es que en estos versículos del Sermón del Monte Jesús no sólo espera que sus seguidores ayunen, sino que también les da instrucciones de cómo hacerlo? He aquí un pasaje de las Escrituras que generalmente se ignora. Sospecho que alguno de nosotros vivimos nuestra vida cristiana como si estos versículos hubieran sido arrancados de nuestras Biblias. La mayoría de los cristianos hacen hincapié en la oración diaria

y la ofrenda sacrificada, pero pocos hacen hincapié en el ayuno. El cristianismo evangélico en particular, cuyo énfasis característico es una religión interior de corazón y espíritu, no se pone fácilmente de acuerdo con una práctica corporal externa como el ayuno. ¿No es éste un ejercicio del Antiguo Testamento preguntamos, ordenado por Moisés para el día de la Expiación, y después del exilio babilónico requerido en algunos otros días del año, pero ahora abrogado por Cristo? ¿No vino la gente a Jesús y le preguntó: “¿Por qué los discípulos de Juan ayunan muchas veces y asimismo los de los fariseos, pero los tuyos *no* ayunan?”. Y ¿no es el ayuno una práctica católica romana, tanto así que la iglesia medieval hizo un calendario elaborado de los “días de fiesta” y “los días de ayuno”? ¿No llegó a asociarse también con una visión supersticiosa de la misa y de la “comunión de ayuno”?

Podemos responder “sí” a todas estas preguntas. Pero es fácil ser selectivos en nuestro conocimiento y uso tanto de las Escrituras como de la historia de la iglesia. He aquí otros datos que equilibran nuestra perspectiva: Jesús mismo, nuestro Señor y Maestro, ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches en el desierto; en contestación a la pregunta que la gente le hizo, dijo, “Vendrán días cuando el esposo les será quitado... *entonces* (mis discípulos) ayunarán”.²² En el Sermón del Monte nos dijo cómo ayunar, presumiendo que lo haríamos. Y en los Hechos y las epístolas del Nuevo Testamento hay varias referencias al ayuno de los apóstoles. De modo que no podemos hacer a un lado el ayuno como si fuera una práctica del Antiguo Testamento abrogada en el Nuevo o una práctica católica rechazada por los protestantes.

En primer lugar, entonces, ¿qué es el ayuno? Rigurosamente hablando, es abstención total de alimento. Su significado puede extenderse legítimamente, no obstante, a permanecer sin alimento parcial o totalmente por períodos más cortos o más largos. De ahí, por supuesto, viene el nombre de la primera comida del día, “desayuno”, ya que ella “interrumpe nuestro ayuno”, el período de la noche durante el cual no comimos nada.

No puede haber dudas de que el ayuno de las Escrituras tiene que ver en varias formas con la negación de uno mismo y la autodisciplina. En primer y más importante lugar, “ayunar” y “humillarnos delante de Dios” son virtualmente términos equivalentes (p.ej. Sal. 35.13; Is. 58.3,5). Algunas veces ésta fue una expresión de penitencia por el pecado pasado. Cuando el pueblo estaba profundamente afligido por el pecado y culpa, lloraba y ayunaba. Por ejemplo, Nehemías reunió al pueblo “en ayuno y cilicio”, y “estando en pie, confesaron sus pecados”; el pueblo de Nínive, arrepentido por la predicación de Jonás, proclamó ayuno y se vistió de cilicio; Daniel buscó a Dios “en oración y ruego, con ayuno, cilicio y ceniza”, oró al Señor su Dios e hizo confesión de los pecados de su pueblo; y Saulo de Tarso después de su conversión, movido a penitencia por su persecución de Cristo, durante tres días no comió ni bebió.²³

A veces hasta hoy, cuando el pueblo de Dios es convencido de pecado y movido al arrepentimiento, es apropiado como señal de penitencia lamentarse, llorar y ayunar. La homilía anglicana intitulada “De las buenas obras, y en primer lugar del ayuno” sugiere ésta como la manera de aplicar a nosotros mismos la palabra de Jesús de que “cuando el esposo les sea quitado, *entonces* mis discípulos ayunarán”. Arguye que se puede decir que Cristo el esposo está “con nosotros” y de nosotros puede decirse que disfrutamos de la fiesta de bodas, cuando nos regocijamos en él y su salvación. Pero puede decirse que el esposo “nos es quitado” y la fiesta suspendida cuando nos oprime la derrota, aflicción y adversidad. “Entonces es el tiempo apropiado”, dice la homilía, “para que el hombre se humille ante Dios el Omnipotente mediante el ayuno, y lllore y lamente sus pecados con corazón acongojado”.²⁴

No debemos humillarnos ante Dios solamente en penitencia por el pecado pasado, sino también en dependencia de él por la misericordia futura. Y aquí de nuevo el ayuno puede expresar nuestra humillación ante Dios. Porque si “la penitencia y el ayuno” van juntos en las Escrituras, “la oración y el ayuno” todavía van juntos con más frecuencia. Esta no es tanto una

práctica regular, de modo que siempre que oremos tengamos que ayunar, sino un arreglo ocasional y especial, de modo que cuando necesitemos buscar a Dios para pedir alguna dirección o bendición particular nos alejaremos del alimento y de otras distracciones para hacerlo. Así Moisés ayunó en el monte Sinaí inmediatamente después de que fue renovado el pacto mediante el cual Dios tomaba a Israel para ser su pueblo; Josafat, viendo los ejércitos de Moab y Amón que avanzaban hacia él, “humilló su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá”; la reina Ester, antes de exponer su vida al acercarse al rey, instó a Mardoqueo a reunir a los judíos y “ayunar” por ella, mientras ella y sus doncellas hacían lo mismo; Esdras “publicó ayuno” antes de conducir a los desterrados de vuelta a Jerusalén, “para afligirnos delante de nuestro Dios, para solicitar de él camino derecho”; incluso, como ya mencionamos, nuestro Señor Jesucristo mismo ayunó inmediatamente antes de comenzar su ministerio público; y la iglesia primitiva siguió su ejemplo: la iglesia de Antioquía, antes de enviar a Pablo y Bernabé en el primer viaje misionero, y los mismos Pablo y Bernabé antes de designar ancianos en cada nueva iglesia que fundaban.²³ Es clara la evidencia de que las empresas especiales necesitan oración especial, y que la oración especial bien puede incluir ayuno.

Existe otra razón bíblica para ayunar. El hambre es uno de nuestros apetitos humanos básicos, y la gula uno de nuestros pecados humanos básicos. Así pues, “el dominio propio” no tiene sentido a menos que incluya el dominio de nuestro cuerpo, y esto es imposible sin la autodisciplina. Pablo usa al atleta como ejemplo. Para competir con los juegos tiene que estar físicamente apto, y por consiguiente va a entrenarse. Su entrenamiento incluye un régimen disciplinado de alimentación, sueño y ejercicio: “cada contendiente se impone en todo una disciplina” (NBE). Y los cristianos empeñados en la carrera cristiana deberían hacer lo mismo. Pablo habla de “golpear” su cuerpo (dejándolo amoratado) y “ponerlo en servidumbre” (tratándolo como esclavo).²⁶ Esto no es masoquismo (que encuentra placer en el dolor autoimpuesto), ni falso ascetismo (como el llevar cilicio o dormir en una cama de clavos), ni un intento de obtener

méritos, como el del fariseo en el templo.²⁷ Pablo rechazaría todas esas ideas, y así tenemos que rechazarlas nosotros. No hay razón para que “castiguemos” nuestros cuerpos (porque son creación de Dios), pero debemos disciplinarlos para hacer que nos obedezcan. Y el ayuno (abstinencia voluntaria de alimentos) es una forma de aumentar nuestro dominio propio.

Debería mencionarse una razón más para ayunar, a saber, una abstención deliberada para compartir lo que podíamos haber comido (o su costo) con los desnutridos. Hay base bíblica para esta práctica. Job pudo decir que no había “comido su bocado solo” sino que lo había compartido con los huérfanos y las viudas.²⁸ En contraste, cuando a través de Isaías Dios condenó el ayuno hipócrita de los habitantes de Jerusalén, su queja fue que ellos buscaban su propio gusto y oprimían a sus trabajadores *en el día mismo de su ayuno*. Esto quiere decir en parte que no había correlación en la mente de ellos o en sus acciones entre el alimento del cual se abstenían y la necesidad material de sus empleados. La suya era una religión sin justicia ni caridad. Por eso Dios dijo: “¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad,... dejar ir libres a los quebrantados? ¿No es que partas tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes albergues en casa...?”²⁹ Jesús dio a entender algo similar cuando habló del hombre rico que hacía banquete cada día con esplendidez, mientras el mendigo estaba echado a su puerta, ansiando saciarse con las migajas que caían de su mesa.³⁰

No es difícil hallar más aplicaciones modernas. En la Inglaterra del siglo XVI se ordenaba ciertos días la abstinencia de carne, y comer en su lugar pescado. Esto no lo ordenaba la Iglesia sino el Estado, para ayudar a conservar “las aldeas de pescadores que bordeaban los mares” y así reducir las “provisiones a precio más moderado, para mejor sustento del pobre”.³¹ En nuestros propios días, la situación de los millones de hambrientos en algunos países en desarrollo está presente a diario a través de nuestras pantallas televisivas. Tener una “comida de hambre” ocasional (o mejor aun, regular), o abstenerse de una comida una o dos veces por semana, y en todo tiempo evitar el exceso de peso debido a comer con exceso

—son formas de ayuno que agradan a Dios porque expresan un sentido de solidaridad con el pobre.

Así pues, sea por penitencia o por oración, por autodisciplina o por amor solidario, hay buenas razones bíblicas para ayunar. Cualquiera que fueran nuestras razones. Jesús dio por sentado que el ayuno tendría un lugar en nuestra vida cristiana. Su preocupación era, en nuestra dádiva como en nuestro ayuno, que no desviáramos la atención hacia nosotros mismos, como los hipócritas. Su costumbre era *ponerse cariacontecidos y afearse la cara* (NBE). La palabra que se traduce “demudan” o “afean” (*aphanizo*) significa literalmente “hacer desaparecer” y así “volver invisible o irreconocible”.³² Ellos quizás hayan descuidado su higiene personal, o cubierto sus cabezas con cilicio, o tal vez untado sus rostros con ceniza para verse pálidos, macilentos, melancólicos y así prominentemente santos. Todo para que su ayuno pudiera ser visto y conocido de todos. La admiración de los espectadores sería toda la recompensa que alcanzarían. “Pero vosotros, mis discípulos”, continúa Jesús, *cuando ayunéis, ungid vuestra cabeza y lavad vuestra rostro*, es decir, “lávate la cara y arréglate bien”.³³ Jesús no estaba recomendando algo inusual, como que adoptaran ahora una clase particular de alegría. Porque como Calvino comenta con justeza. “Cristo no nos retira de una clase de hipocresía para llevarnos a otra”.³⁴ Supone que tendrían que “lavarse y arreglarse” diariamente, y en los días de ayuno tenían que hacer lo usual, de modo que nadie sospechara que había ayunado. Entonces una vez más *tu (o vuestro) Padre que ve en lo secreto te (os) recompensará*. Porque el propósito del ayuno no es hacernos propaganda sino disciplinarnos, no obtener reputación para nosotros mismos sino expresar nuestra humildad delante de Dios y nuestro interés por otros que se hallan en necesidad. Si estos propósitos se cumplen, será suficiente recompensa.

Viendo de nuevo estos versículos, es evidente que de principio a fin Jesús ha estado poniendo en contraste dos clases optativas de piedad, la farisea y la cristiana. La piedad farisea es ostentosa, motivada por la vanidad y recompensada por los

hombres. La piedad cristiana es secreta, motivada por la humildad y recompensada por Dios.

Para captar la alternativa todavía con más claridad, puede ser provechoso observar la causa y el efecto de ambas formas. Primero, el efecto. La religión hipócrita es perversa porque es destructiva. Hemos visto que orar, ofender y ayunar son todas actividades auténticas por derecho propio. Orar es buscar a Dios, ofender es servir a los demás, ayunar es autodisciplinarse. Pero el efecto de la hipocresía es destruir la integridad de estas prácticas convirtiendo cada una de ellas en una ocasión para la propia exhibición.

¿Cuál es, entonces, la causa? Si podemos aislar ésta, podremos también encontrar el remedio. Aunque uno de los estribillos de este pasaje es “delante de los hombres, para ser vistos y alabados de ellos”, no son los hombres aquellos con quienes el hipócrita está obsesionado, sino consigo mismo. “En última instancia”, escribe el Dr. Lloyd-Jones, “nuestra única razón para querer agrandar a los hombres que nos rodean es que podamos agradarnos a nosotros mismos”.³⁵ El remedio entonces es obvio. Tenemos que volvernos tan conscientes de Dios que cesemos de ser conscientes de nosotros. Y en esto se concentra Jesús.

Quizás pueda decirlo de esta manera: el secreto absoluto es imposible para cualquiera de nosotros. No es posible decir, hacer o pensar todo en ausencia de espectadores. Porque aunque ningún ser humano estuviera allí, Dios está observándonos. No como una especie de policía celestial, “curioseando” para sorprendernos, sino como nuestro amante Padre celestial, que está aún buscando oportunidades de bendecirnos. Así pues la cuestión es: ¿Qué espectador nos importa más, terrenal o celestial, los hombres o Dios? El hipócrita lleva a cabo sus rituales “para ser visto de los hombres”. El verbo griego es *theathēnai*. Es decir, está en un teatro ofreciendo una representación. Su religión es un espectáculo público. El cristiano verdadero también es consciente de ser observado, pero para él, el auditorio es Dios.

¿Pero por qué, puede alguien preguntar, un auditorio diferente provoca una actuación diferente? Esta es seguramente la respuesta. Podemos embaucar a un auditorio humano; ellos

pueden caer en la trampa de nuestra actuación. Podemos engañarlos y hacerlos suponer que somos genuinos en nuestra ofrenda, oración y ayuno, cuando solamente estamos actuando. Pero no podemos burlarnos de Dios; no podemos engañarlo. Porque Dios mira el corazón. Por eso hacer algo para que sea visto de los hombres lo degrada, mientras que hacerlo para que sea visto por Dios, por el contrario, lo ennoblece.

Así pues tenemos que escoger con cuidado a nuestro auditorio. Si preferimos a los espectadores humanos, perderemos nuestra integridad cristiana. Lo mismo sucederá si nos convertimos en nuestro propio auditorio. Como lo dijo Bonhoeffer: "Pero la situación es idéntica e incluso mucho más grave, cuando me convierto a mí mismo en espectador de mi propia oración, cuando rezo delante de mí mismo... Incluso en mi aposento puedo organizarme una enorme manifestación:.³⁶ De modo que tenemos que escoger a Dios como nuestro auditorio. Del mismo modo que Jesús miraba a la gente que depositaba sus ofrendas en el arca del templo,³⁷ Dios nos mira cuando damos. Cuando oramos y ayunamos en secreto, él está allí, en lo secreto. Dios aborrece la hipocresía, pero ama la realidad. Por eso es que sólo cuando estemos conscientes de su presencia nuestra ofrenda, oración y ayuno serán reales.

Mateo 6. 7-15

La oración del cristiano: no mecánica sino reflexiva

⁷Y orando, no uséis vanas repeticiones, como los gentiles, que piensan que por su palabrería serán oídos. ⁸No os hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis. ⁹Vosotros, pues, oraréis así:

Padre nuestro que estás en los cielos,
santificado sea tu nombre.

¹⁰ Venga tu reino.

Hágase tu voluntad, como en el cielo,
así como también en la tierra.

¹¹ El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy.

¹² Y perdónanos nuestras deudas,
como también nosotros perdonamos a
nuestros deudores

¹³ Y no nos metas en tentación,
más líbranos del mal;
porque tuyo es el reino, y el poder y la gloria,
por todos los siglos. Amén.

¹⁴Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial;

¹⁵mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.

La hipocresía no es el único pecado que debe evitarse en la oración; la “vana repetición” o expresión mecánica y sin significado también debe evitarse. La primera es la locura del fariseo, la segunda, la del pagano o gentil (7). La hipocresía es un mal uso del *propósito* de la oración (desviándola de la gloria de Dios a la gloria de uno mismo); la verbosidad es un mal uso de la misma *naturaleza* de la oración (degradándola de un acercamiento real y personal a Dios a una mera recitación de palabras).

Vemos de nuevo que el método que usa Jesús es pintar un contraste vívido entre dos opciones, para indicar su camino lo más claramente posible. Respecto a la práctica de piedad en general, él ha puesto en contraste el camino del fariseo (ostentoso y egoísta) con el camino del cristiano (secreto y devoto). Ahora con respecto a la práctica de la oración en particular, contrasta el camino pagano de locuacidad sin significado con el camino cristiano de comunión significativa con Dios. Así Jesús está siempre llamando a sus seguidores a algo más allá de los logros de aquellos que los rodean, sean gente religiosa o secular. Hace hincapié en que la justicia cristiana es mayor (porque es interior), el amor cristiano más amplio (porque incluye a los enemigos) y la oración cristiana más profunda (porque es sincera y reflexiva), que todo lo que se halla en la comunidad no cristiana.

1. El modo pagano de orar

No uséis vanas repeticiones, como los gentiles, dice (7). El verbo griego *battalogeō* es único, no sólo en la literatura bíblica sino en cualquiera; no se conoce ningún otro uso de esa palabra fuera de las citas de este versículo. De modo que nadie sabe tampoco con seguridad de dónde se deriva y cuál es su significado. Algunos (como Erasmo) “suponen que la palabra se deriva de Bato un

rey de Cirene, de quien se dice que tartamudeaba (como Herodoto); otros creen que se deriva de Bato, un autor de poemas llenos de palabrería y tediosos”.¹ Pero esto resulta algo forzado. La mayoría lo considera como una expresión onomatopéyica, donde el sonido de la palabra indica su significado. Así *battarizō* significaba balbucear o tartamudear; y a cualquier extranjero cuya habla sonara a los oídos griegos como la repetición interminable de la sílaba “bar” se lo llamó *barbaros*, bárbaro. *Battalogeō* es tal vez similar. William Tyndale fue el primer traductor que eligió ‘barbotar’ como palabra equivalente en inglés. La BJ dice “No charlés mucho”, pero ninguna versión castellana recoge la onomatopeya.

La conocida VRV que traduce, “no uséis vanas repeticiones” es por consiguiente engañosa, a menos que quede claro que el énfasis está en “vanas” más que en “repeticiones”. Jesús no puede estar prohibiendo toda repetición, porque él mismo repitió al orar, de manera digna de señalarse en Getsemaní cuando “se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras”.² La perseverancia y hasta la importunidad en oración, también las recomienda; más bien condena la verbosidad, de manera especial en aquellos que “hablan sin pensar”.³ De modo que la traducción de la NBE no seáis palabrerios” es de utilidad. La palabra describe a todas y cada una de las oraciones que son meras palabras sin significado, oraciones de labios y no de mente y corazón. *Battalogia* se explica en el mismo versículo (7) como *polulogia*, “mucho hablar” (LA), es decir, una torrente de palabras mecánicas e irreflexivas.

¿Cómo aplicaremos hoy la prohibición de nuestro Señor? Seguramente podemos aplicarla a las ‘ruletas’ de oración y a las ‘banderillas’ de oración, con las cuales el viento es el que ‘ora’. Creo que también tenemos que aplicarla a la Meditación Trascendental, porque el mismo Maharishi Mahesh Yogi ha dado excusas por su elección errónea de la palabra “meditación”. La verdadera meditación incluye el uso consciente de la mente, pero la Meditación Trascendental es una técnica simple y esencialmente mecánica para relajar cuerpo y mente. En vez de

estimular el pensamiento, está diseñada para llevar a la persona a un estado de completa inmovilidad e inactividad.

Volviendo de las prácticas de oración no cristianas a las cristianas, pareciera que la condenación de nuestro Señor inevitablemente incluye el uso irreflexivo del rosario en el que nada sucede excepto el recorrer las cuentas y recitar palabras, en el que el rosario distrae en vez de hacer que la mente se concentre. ¿Se aplica esto también a las formas litúrgicas de adoración? ¿Son los anglicanos culpables de *battalogia*? Sí, sin duda algunos lo son, porque el uso de formas fijas permite que uno se acerque a Dios con los labios mientras el corazón permanece lejos de él. Pero entonces es igualmente posible usar “frases huecas” en la oración improvisada y caer en la jerga religiosa mientras la mente vaga. Para resumir, lo que Jesús prohíbe a su pueblo es toda clase de oración con los labios cuando la mente no está comprometida.

Las palabras siguientes exponen la locura de tal pretensión en la oración: *que piensan que por su palabrería serán oídos*; VP: “que se imaginan que cuanto más hablen más caso les hará Dios”. ¿Qué idea tan poco creíble! ¿Qué tipo de Dios es aquel que se impresiona principalmente por la mecánica y la estadística de la oración, y cuya respuesta está determinada por el volumen de las palabras que usamos y el número de horas que pasamos en oración?

No os hagáis, pues, semejantes a ellos, dice Jesús (8). ¿Por qué no? Porque los cristianos no creen en un Dios de ese tipo. Es decir, no nos haremos como ellos porque no pensamos como ellos piensan. Por el contrario *vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes que vosotros le pidáis*. No es ignorante, para que necesitemos instruirlo, ni vacilante, para que necesitemos persuadirlo. Es nuestro Padre —un Padre que ama a sus hijos y conoce todas sus necesidades. Si es así, puede alguien preguntar, entonces ¿qué caso tiene orar? Dejemos que Calvino responda a esta pregunta: “Los creyentes no oran con la perspectiva de informar a Dios de cosas que le son desconocidas, o de entusiasmarlo para que cumpla con su deber, o de instarlo como si él estuviera renuente. Por el contrario, oran para que sean movidos a buscarlo, para que puedan ejercitar su fe al meditar

en sus promesas, para que sean aliviados de sus ansiedades al arrojarlas en su seno; en una palabra, para que puedan declarar lo que sólo de él esperan y creen, para sí mismos y para los demás, todas las cosas buenas”.⁴ Lutero lo expresó aún más sucintamente: “Mediante nuestra oración... nos instruimos más de lo que instruimos a él”.⁵

2. El estilo cristiano de orar

Si la oración de los fariseos era hipócrita y la de los paganos mecánica, entonces la oración de los cristianos tiene que ser real —sincera en oposición a hipócrita, reflexiva en oposición a mecánica. Jesús pretendía que nuestras mentes y corazones estuvieran involucrados en lo que dijéramos. Entonces se ve la oración en su verdadera luz —no como una repetición sin significado de palabras, ni como un medio para nuestra propia glorificación, sino como comunión verdadera con nuestro Padre celestial.

La así llamada “Oración del Señor” o “Padre Nuestro” fue dada por Jesús como un modelo de la oración cristiana genuina. Según Mateo la dio como un modelo para copiar (*Oraréis así*), según Lucas como una forma para usar (11.2, “Cuando oréis, decid...”). No obstante, no se nos obliga a elegir, porque podemos usar la oración tal cual está y también usarla para modelar nuestra propia oración.

La diferencia esencial entre las oraciones farisaica, pagana y cristiana subyace en la clase de Dios a quien oramos. Otros dioses pueden gustar de encantamientos mecánicos; pero no el Dios viviente y verdadero, revelado por medio de Jesucristo. Jesús nos dijo que nos dirigiéramos a él (literalmente), como “Padre nuestro que estás en los cielos”. Esto implica primero que él es personal, es “él” tanto como yo soy “yo”. Verdaderamente puede estar, en la bien conocida frase de C.S. Lewis, “más allá de la personalidad”; pero ciertamente no menos. Una de las razones para rechazar los intentos de los teólogos radicales modernos de reconstruir la doctrina de Dios, es que ellos lo despersonalizan. El concepto de Dios como “la base de nuestro ser (humano)”

simplemente no es compatible con la noción de su paternidad divina. Dios es exactamente tan personal como lo somos nosotros, de hecho más aun. En segundo lugar, es amante. No es un ogro que nos aterroriza con crueldad atroz, ni el tipo de padre del cual algunas veces leemos u oímos —autocrático, *playboy*, borrachín— sino que él mismo cumple el ideal de paternidad con su cuidado amante hacia sus hijos. En tercer lugar, es poderoso. No es sólo bueno sino grande. Las palabras “en los cielos” denotan no tanto el lugar de su morada, como la autoridad y poder en su dominio, como creador y regidor de todo. Así, combina amor paternal con poder celestial, y su poder es capaz de llevar a cabo lo que ordena su amor.

Al decirnos que nos dirijamos a Dios como “Padre nuestro que estás en los cielos”, el interés de Jesús no es el protocolo (enseñarnos la etiqueta correcta para acercarnos a la Divinidad) sino la verdad (que podamos llegar a él con el marco conceptual correcto). Es siempre sabio, antes de orar, pasar deliberadamente un tiempo recordando quién es él. Sólo entonces llegaremos a nuestro amante Padre que está en los cielos con la humildad, devoción y confianza apropiadas.

Más aun, cuando hemos tomado tiempo y nos hemos molestado en orientarnos hacia Dios y acordarnos cómo es Dios, nuestro Padre poderosos, amante y personal, entonces el contenido de nuestras oraciones será afectado radicalmente en dos sentidos. Primero, se le dará prioridad a los intereses de Dios.... (“tu nombre, tu reino..., tu voluntad...”). En segundo lugar, nuestras propias necesidades, aunque relegadas a segundo plano, serán aun completamente confiadas a él (“Dánoslo..., perdónanos..., libranos...”). Cualquiera sabe que la oración del Señor en estas dos partes está interesada primero en la gloria de Dios y luego en las necesidades del hombre, pero creo que Calvino⁷ fue el primer comentarista que sugirió un paralelo con los diez mandamientos. Porque ellos también se dividen en dos y expresan la misma prioridad: la primera serie esboza nuestro deber para con Dios y la segunda nuestro deber hacia nuestro prójimo.

Las primeras tres peticiones en la oración del Señor expresan nuestro interés por la gloria de Dios en relación con su nombre, dominio y voluntad. Si nuestro concepto de Dios fuera el de una fuerza impersonal, entonces por supuesto no habría nombre, dominio o voluntad personales de los cuales preocuparnos. También, si pensáramos que él es “lo fundamental dentro de nosotros” o “la esencia de nuestro ser”, sería imposible distinguir entre sus intereses y los nuestros. Pero si él es en realidad “Padre nuestro que estás en los cielos”, el Dios personal de amor y poder plenamente revelado por medio de Jesucristo, Creador de todo, que cuida de las criaturas que ha hecho y de los hijos que ha redimido, entonces, y sólo entonces llega a ser posible (es decir, esencial) dar a sus intereses prioridad y preocuparse por su nombre, su reino y su voluntad.

El nombre de Dios no es una combinación de las letras D, I, O, y S. El nombre se mantiene por la persona que la porta, por su carácter y actividad. Así el “nombre” de Dios es Dios mismo, como es en sí mismo y como se ha revelado. Su nombre ya es “santo” porque está separado de y exaltado sobre cualquier otro nombre. Pero oramos para que sea *santificado*, “tratado como santo”, porque deseamos ardientemente que aquél a quien el nombre pertenece reciba el debido honor en nuestras propias vidas, en la iglesia y en el mundo.

El reino de Dios es su dominio regio. De nuevo, así como él ya es santo, también es Rey, y reina con soberanía absoluta sobre la naturaleza y la historia. Sin embargo, cuando Jesús vino anunció una irrupción nueva y especial del regio dominio de Dios, con todas las bendiciones de la salvación y las demandas de la sumisión que el dominio divino implica. Orar para que su reino “venga” es orar para que crezca, a medida que por medio del testimonio de la iglesia la gente se somete a Jesús, y que pronto sea consumado, cuando Jesús regrese en gloria a tomar su poder y su reino.

La voluntad de Dios es “buena, agradable y perfecta”⁷ porque es la voluntad de “nuestro Padre que está en los cielos” que es infinito en conocimiento, amor y poder. Es, por tanto, locura

resistirse a ella, y sabiduría discernirla, deseirla y hacerla. Así como su nombre ya es santo y él ya es Rey, del mismo modo su voluntad ya se hace “en el cielo”. Jesús pide que oremos para que la vida en la tierra se haga más parecida a la vida en el cielo. Porque la expresión *como en el cielo, así también en la tierra* parece aplicarse igualmente a la santificación del nombre de Dios, el extendimiento de su reino y el hacer su voluntad.

Es comparativamente fácil repetir las palabras del Padre Nuestro como un loro (o realmente como un “palabrero” o pagano). Decirlas con sinceridad, no obstante, tiene implicaciones revolucionarias, porque expresan las prioridades del cristiano. Constantemente se nos presiona a conformarnos al egocentrismo de la cultura secular. Cuando eso sucede comenzamos a estar interesados en nuestro propio y pequeño nombre (nos gusta verlo impreso en nuestro papel carta o encabezar los titulares de la prensa, y lo defendemos cuando se lo ataca), en nuestro propio y pequeño imperio (mandando, influyendo y manipulando a la gente para alimentar nuestro ego), y en nuestra propia voluntad pequeña y tonta (que siempre desea seguir su propio camino y se siente contrariada cuando se la frustra). Pero en la contracultura cristiana nuestro interés prioritario no es nuestro nombre, reino y voluntad, sino los de Dios. Poder hacer estas peticiones con integridad es una prueba aguda de la realidad y profundidad de nuestra profesión cristiana.

En la segunda mitad del Padre Nuestro el adjetivo posesivo cambia de “tu” a “nuestro”, al volvernos de los asuntos de Dios a los nuestros. Habiendo expresado nuestro ardiente interés por su gloria, ahora expresamos nuestra humilde dependencia de su gracia. Una verdadera comprensión del Dios al que oramos, como Padre celestial y gran Rey, aunque pone nuestras necesidades personales en un lugar segundo y subsidiario, no las elimina. Rehusar mencionarlas por completo en la oración (sobre la base de que no deseamos molestar a Dios con tales trivialidades) es un error tan grande como permitirles que dominen nuestras oraciones. Porque ya que Dios es el “Padre nuestro que está en los cielos” y nos ama con el amor de un

padre, se interesa por el bienestar total de sus hijos y desea que llevemos nuestras necesidades confiadamente a él, nuestra necesidad de alimento y de perdón y de liberación del mal.

El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy. Algunos de los comentaristas antiguos no podían creer que Jesús pretendiera que nuestra primera petición fuera de pan literal, pan para el cuerpo. Les parecía impropio que, especialmente después de las tres nobles peticiones iniciales relacionadas con la gloria de Dios, descendiéramos de manera tan abrupta a una preocupación tan mundana y material. Por eso alegorizaron la petición. El pan al que él se refiere, dijeron, tiene que ser espiritual. Los padres de la iglesia primitiva como Tertuliano, Cipriano y Agustín pensaban que la referencia era o al “pan invisible de la Palabra de Dios” o a la Cena del Señor. En la Vulgata, Jerónimo tradujo la palabra griega para “de cada día” como el monstruoso adjetivo “supersubstancial”; él también tenía en mente la Santa Comunión. Debemos estar agradecidos por la comprensión bíblica mayor y más realista de los Reformadores. El comentario de Calvino sobre la espiritualización que hacían los padres fue “Esto es excesivamente absurdo”.⁸ Lutero tuvo la sabiduría de ver que “pan” era un símbolo para “todo lo necesario para la preservación de esta vida, como alimento, un cuerpo sano, buen tiempo, casa, hogar, esposa, hijos, buen gobierno y paz”,⁹ y probablemente deberíamos añadir que por “pan” Jesús” quiso decir las necesidades y no los lujos de la vida.

La petición de que Dios nos “dé” nuestro alimento no niega, por supuesto, que la mayoría de la personas tengan que ganarse la vida, que los agricultores tengan que arar, sembrar y cosechar para suministrar los cereales básicos o que se nos ordene que alimentemos al que tiene hambre.¹⁰ En cambio, es una expresión de dependencia final de Dios, quien normalmente usa medios humanos de producción y distribución a través de los cuales cumple sus propósitos. Además, parece que Jesús deseara que sus seguidores fueran conscientes de una dependencia día tras día. El adjetivo *epiousios* en “el pan nuestro de cada día” era tan completamente desconocido para los antiguos que Orígenes

pensaba que los evangelistas lo habían acuñado. Nuestros contemporáneos Moulton y Milligan son de la misma opinión.¹¹ Probablemente debe traducirse “para el día de hoy” o “para el día siguiente”.¹² Cualquiera que sea la traducción correcta, se trata de una oración para el futuro inmediato y no para el futuro lejano. Como comenta A. M. Hunter: “Usada en la mañana, esta oración pediría el pan del día que apenas comenzaba. Usada en la noche, pediría el pan del día siguiente.”¹³ Así debemos vivir, un día por vez.

El perdón es tan indispensable para la vida y la salud del alma como el alimento lo es para el cuerpo. Por eso la siguiente oración es, *Perdónanos nuestras deudas*. El pecado se asemeja a una “deuda” porque merece ser castigado. Pero cuando Dios perdona el pecado, levanta el castigo y quita el cargo que había contra nosotros. La adición de las palabras *como también nosotros perdonamos a nuestros deudores* se acentúa posteriormente en los versículos 14 y 15 que siguen a la oración, y afirman que nuestro Padre nos perdonará si perdonamos a otros pero no nos perdonará si rehusamos perdonar a otros. Esto en realidad no significa que al perdonar a otros ganamos el derecho a ser perdonados. Es más bien que Dios perdona sólo al penitente y que una de las pruebas principales de verdadera penitencia es un espíritu de perdón. Una vez que nuestros ojos han sido abiertos para ver la enormidad de nuestra ofensa contra Dios, las injurias que otros nos han hecho parecen en comparación extremadamente fútiles. Si, por otra parte, tenemos una visión exagerada de las ofensas de otros, ello prueba que hemos reducido al mínimo las nuestras. La disparidad entre el tamaño de las deudas es el punto principal de la parábola del siervo malvado.¹⁴ Su conclusión es: “*Toda aquella deuda* (que era enorme) *te perdoné... ¿No debías tú también tener misericordia de tu consiervo, como yo tuve misericordia de ti?*” (18.32,33).

Las últimas dos peticiones probablemente deben ser entendidas como los aspectos negativo y positivo de una sola: *No nos metas en tentación, más líbranos del mal*. El pecador cuyo mal pasado ha sido perdonado ansía ser librado de la tiranía del

mal futuro. El sentido general de la oración es claro. Pero enfrentamos dos problemas. Primero, la Biblia dice que Dios no nos tienta (en verdad no puede) con el mal.¹⁵ Así pues ¿cuál es el sentido de orar que no lo haga si él ha prometido que nunca lo hará? Algunos responden esta pregunta interpretando “tentar” como “probar”,¹⁶ explicando que aunque Dios nunca nos induce a pecar sí prueba nuestra fe y carácter. Esto es posible. A mi me parece una explicación mejor decir que “no nos metas” tiene que entenderse a la luz de su contrapartida “mas líbranos”, y que el “mal” debería traducirse “el malo” (como en 13.19). En otras palabras, es el diablo el que está en la perspectiva, quien tienta al pueblo de Dios a pecar, y de quien necesitamos ser “rescatados” (*rusai*).

El segundo problema concierne al hecho de que la Biblia dice que la tentación y la prueba son buenas para nosotros: “Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas” o “diversas tentaciones”.¹⁷ Entonces, si son benéficas, ¿por qué no debemos orar que se nos lleve a ellas? La respuesta probable es que la oración se refiere a que podamos vencer la tentación más que a que podamos evitarla. Quizás podríamos parafrasear toda la petición diciendo “No nos permitas ser guiados a la tentación de tal modo que ella nos venza, sino rescátanos del malo”. Así detrás de estas palabras que Jesús nos dio para que oráramos están las implicaciones de que el diablo es demasiado fuerte para nosotros, que somos demasiado débiles para mantenernos en pie ante él, pero que nuestro Padre celestial nos libraré si se lo pedimos.

Así pues, las tres peticiones que Jesús pone en nuestros labios son hermosamente extensas en su aplicación. Cubren, en principio, toda nuestra necesidad humana: material (el pan de cada día), espiritual (el perdón de pecados) y moral (la liberación del mal). Lo que hacemos cada vez que decimos esta oración es expresar nuestra dependencia de Dios en cada área de nuestra vida humana. Además, un cristiano trinitario está obligado a ver en estas tres peticiones una alusión velada a la Trinidad, ya que es por medio de la creación y providencia del Padre que

recibimos nuestro pan de cada día, por medio de la muerte expiatoria del Hijo que podemos ser perdonados y por medio del poder del Espíritu que habita en nosotros que somos rescatados del malo. No es extraño que algunos manuscritos antiguos (aunque no los mejores) finalicen con la doxología que atribuye “el reino, el poder y la gloria” a este Dios trino a quien ella sola pertenece (así la VRV).

Jesús parece entonces haber dado el Padre Nuestro como modelo de oración *real*, oración *cristiana*, a diferencia de las oraciones de los fariseos y paganos. Sin duda, uno puede recitar el Padre Nuestro de manera hipócrita o mecánica, o ambas. Pero si queremos decir lo que decimos, entonces el Padre Nuestro es la opción divina ante ambas formas de falsa oración. Yo mismo no considero que sea fantasioso ver esto en ambas mitades de la oración.

El error del hipócrita es el egoísmo. Hasta en sus oraciones está obsesionado por su propia imagen y cómo se ve en los ojos del que lo contempla. Pero en el Padre Nuestro los cristianos están obsesionados con Dios —con su nombre, su reino y su voluntad, no con los de ellos. La verdadera oración cristiana siempre está preocupada por Dios y por su gloria. Es por tanto la oposición exacta al exhibicionismo de los hipócritas que usan la oración como vehículo de su propia gloria.

El error del pagano es la irreflexibilidad. Él sólo va barbotando, dando expresión oral a su liturgia sin significado. No piensa en lo que dice, porque su interés está en el volumen, no en el contenido. Pero Dios no se impresiona con la verbosidad. En contraste con esta locura Jesús nos invita a que demos a conocer todas nuestras necesidades a nuestro Padre celestial en reflexión humilde, y a expresar así nuestra dependencia diaria de él.

Así, la oración cristiana se ve en contraste con las opciones no cristianas. Es *teocéntrica* (interesada en la gloria de Dios) en contraste con el egocentrismo de los fariseos (preocupados por su propia gloria). Y es *inteligente* (al expresar dependencia

reflexiva) en contraste con los encantamientos mecánicos del pagano. Por lo tanto cuando nos acercamos a Dios en oración, no lo hacemos en forma hipócrita, como actores de teatro que buscan el aplauso de los hombres, ni mecánicamente como los palabreros paganos, cuya mente no está en lo que murmuran, sino en forma reflexiva, humilde y confiada como los niños pequeños se acercan a su padre.

Nótese que la diferencia fundamental entre las diversas clases de oración está en las imágenes básicamente diferentes de Dios que se hallan detrás de cada una. El error trágico de los fariseos y de los paganos, de los hipócritas y de los idólatras, se encuentra en su falsa imagen de Dios. En verdad, ni siquiera están pensando realmente en Dios, porque el hipócrita piensa sólo en sí mismo mientras que el pagano piensa en otras cosas. ¿Qué clase de Dios es aquel que puede interesarse en tales oraciones egoístas e insensatas? ¿Es Dios un arte de consumo que podemos usar para elevar nuestro propio status, o una computadora a la que podemos alimentar mecánicamente con palabras?

Volvemos con alivio de estos conceptos indignos a la enseñanza de Jesús que Dios es el Padre nuestro que está en los cielos. Necesitamos recordar que él ama a sus hijos con el afecto más tierno, que ve a sus hijos aun en lo secreto, que conoce a sus hijos y todas las necesidades de ellos antes que ellos le pidan, y que actúa a favor de sus hijos mediante su poder regio y celestial. Si permitimos que la Escritura forje así nuestra imagen de Dios, si recordamos su carácter y practicamos su presencia, nunca oraremos con hipocresía sino siempre con integridad, nunca en forma mecánica sino siempre reflexivamente, como los hijos de Dios que somos.

Mateo 6. 19-34

La ambición del cristiano: no la seguridad material sino el reino de Dios

En la primera mitad de Mateo 6 (1-18) Jesús describe la vida *privada* del cristiano “en lo secreto” (ofrendar, orar, ayunar); en la segunda mitad (19-34) se interesa en nuestro oficio *público* en el mundo (asuntos de dinero, posesiones, comida, bebida, vestido y ambición). O podría expresarse el mismo contraste en términos de nuestras responsabilidades “religiosas” y “seculares”. Esta última distinción es engañosa porque no podemos separarlas en compartimientos herméticos. En realidad, el divorcio de lo sagrado y de lo secular ha sido desastroso en la historia de la iglesia. Si somos cristianos, todo lo que hacemos, no importa lo “secular” que sea (como ir de compras, cocinar, sumar números en la oficina, etc.) es “religioso” en el sentido de que se hace en la presencia de Dios y según la voluntad de Dios. Uno de los énfasis que Jesús hace en este capítulo reside precisamente en esta idea de que Dios está igualmente interesado en todas las dimensiones de nuestra vida —privada y pública, religiosa y secular. Porque por una parte, “Tu Padre celestial ve

en lo secreto” (4,6,18), y por la otra, “Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad” de comida, bebida y vestido (32).

En ambas esferas se oye también la misma insistente convocatoria de Jesús, el llamado a ser diferentes de la cultura popular: diferentes de la hipocresía del religioso (1-18) y ahora diferentes también del materialismo del irreligioso (19-34). Porque aunque en gran parte tenía en mente a los fariseos al principio del capítulo, ahora nos invita a renunciar al sistema de valores de “los gentiles” (32). De hecho Jesús coloca la alternativa ante nosotros en cada etapa. Hay dos tesoros (en la tierra y en el cielo, 19-21), dos condiciones del cuerpo (luz y tinieblas, 22, 23), dos señores (Dios y las riquezas, 24) y dos preocupaciones (nuestros cuerpos y el reino de Dios, 25-34). No podemos ubicarnos en el medio de ambos.

Pero ¿cómo haremos nuestra elección? La ambición mundana ejerce una fuerte fascinación sobre nosotros. El encanto del materialismo es difícil de romper. Por eso en esta sección Jesús nos ayuda a elegir el bien. Señala la locura del camino erróneo y la sabiduría del correcto. Como en las secciones anteriores sobre la piedad y la oración, lo hace aquí en lo tocante a la ambición, coloca lo falso y lo verdadero uno frente a otro de tal forma que ello nos conduce a compararlos y juzgar por nosotros mismos.

Este tema nos enfrenta con urgencia renovada en nuestra generación. En momentos en que la población mundial continúa creciendo rápidamente y los problemas económicos de las naciones se vuelven más complejos, los ricos siguen haciéndose más ricos y los pobres más pobres aún. Ya no podemos cerrar los ojos ante los hechos. La antigua complacencia del cristianismo burgués ha sido perturbada. La conciencia social dormida de muchos ha sido taladrada para que despertara. Ha habido un descubrimiento reciente de que el Dios de la Biblia está del lado del pobre y del despojado. Los cristianos responsables están incómodos con la opulencia y tratan de desarrollar un estilo de vida sencillo, adecuado tanto frente a las necesidades del mundo como frente a la lealtad a la enseñanza y ejemplo de su Maestro.

1. Una cuestión de tesoros (19-21)

¹⁹No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan;

²⁰sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. ²¹Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.

Aquí el punto al cual dirige Jesús nuestra atención es la durabilidad comparativa de los dos tesoros. Tiene que ser fácil decidir cuál acumular, implica, porque los *tesoros en la tierra* son corruptibles y por lo tanto inseguros, mientras los *tesoros en el cielo* son incorruptibles y por lo tanto seguros. Después de todo, si nuestro objetivo es hacer tesoros, probablemente nos concentraremos en el tipo de tesoros que duran y que pueden almacenarse sin que sufra depreciación o deterioro.

Es importante encarar leal y honestamente la cuestión: ¿Qué prohibía Jesús al decirnos que no hiciéramos tesoros para nosotros en la tierra? Puede ser útil comenzar haciendo una lista de lo que él *no* prohibía (ni prohíbe). En primer lugar, no se censura a las posesiones en sí mismas; las Escrituras no prohíben en ninguna parte la propiedad privada. En segundo lugar, no se les prohíbe a los cristianos “ahorrar para el futuro imprevisto”, o en relación con ello tener una póliza de seguro de vida, que sólo es un tipo de ahorro obligatorio autoimpuesto. Por el contrario, las Escrituras alaban a la hormiga que almacena en el verano la comida que necesitará en el invierno, y declaran que el creyente que no provee para su familia es peor que un incrédulo.¹ En tercer lugar, no debemos despreciar, sino que por el contrario disfrutar, las cosas buenas que nuestro Creador nos ha dado en abundancia para que las disfrutemos.² De modo que ni tener posesiones, ni proveer para el futuro, ni disfrutar las dádivas del buen Creador están incluidas en la censura de la acumulación de tesoros en la tierra.

¿Qué se prohíbe entonces? Lo que Jesús prohíbe a sus seguidores es la acumulación *egoísta* de bienes (Straubinger “No

os amontonéis tesoros en la tierra”); la vida extravagante y opulenta; la dureza de corazón que no siente la necesidad colosal de los desheredados del mundo; la fantasía insensata de que la vida de una persona consiste en la abundancia de los bienes que posee;³ y el materialismo que ata nuestros corazones a la tierra. Porque el Sermón del Monte se refiere repetidamente al “corazón”, y aquí Jesús declara que nuestro corazón siempre va a donde está nuestro tesoro, sea abajo en la tierra o arriba en el cielo (21). En una palabra “hacer tesoros en la tierra” no significa ser previsor (proveyendo sensatamente para el futuro) sino codicioso (como los avaros que amontonan a escondidas y los materialistas que siempre desean más). Esta es la trampa real de la cual nos advierte Jesús aquí. “Dondequiera que se enseñe el Evangelio”, escribió Lutero, “y la gente busque vivir de acuerdo con él, siempre habrán de surgir dos terribles plagas: los falsos predicadores que corrompan la enseñanza, y luego Don Avaricia que impide la vida recta”.⁴

Los tesoros terrenales que codiciamos, nos recuerda Jesús, “la polilla y la carcoma los echan a perder, y los ladrones abren boquetes y los roban” (NBE). La palabra griega para “orín” (*brōsis*, en la VRV) realmente significa “comer”; podría referirse a la corrosión que causa el orín, pero igualmente a la que causa cualquier sabandija o plaga devoradora. Así, en aquellos días las polillas se metían en la ropa de la gente, las ratas y ratones se comían los granos almacenados, los gusanos se llevaban cualquier cosa que se ponía bajo tierra y los ladrones horadaban sus hogares y hurtaban lo que se guardaba allí. Nada estaba a salvo en el mundo antiguo. Y para nosotros los de la época actual, que tratamos de proteger nuestro tesoro con insecticidas, raticidas, ratoneras, pinturas anticorrosivas y alarmas contra ladrones, dicho tesoro se desintegra mediante la inflación, la devaluación o una crisis económica. Aunque algo de él durara a lo largo de esta vida, no lo podemos llevar con nosotros a la siguiente. Job tenía razón: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo volveré allá”.⁵

Pero los “tesoros en el cielo” son incorruptibles. ¿Cuáles son éstos? Jesús no lo explica. Aunque con seguridad podemos decir

que “hacer tesoros en el cielo” es hacer en la tierra cualquier cosa cuyos efectos duren por la eternidad. Jesús no estaba realmente enseñando una doctrina de méritos o una “tesorería de méritos” (como la llamó la Iglesia Católica Romana medieval), como si pudiéramos acumular mediante buenas obras hechas en la tierra un tipo de crédito a cuenta del cual podamos cobrar en el cielo, porque tal idea grotesca contradice el evangelio de gracia que Jesús y sus apóstoles enseñaron consecuentemente. Y en todo caso Jesús se dirige a los discípulos que ya han recibido la salvación de Dios. Estos tesoros parecen más bien referirse a cosas tales como: el desarrollo del carácter semejante al de Cristo) ya que todo lo que podemos llevarnos al cielo es nuestro propio ser); el aumento de la fe, esperanza y caridad, ya que todas (dijo Pablo) “permanecen”;⁶ crecimiento en el conocimiento de Cristo al que un día veremos cara a cara; el esfuerzo activo (mediante oración y testimonio) de presentar a otros a Cristo, para que puedan también heredar la vida eterna; y el uso de nuestro dinero en causas cristianas, que es la única inversión cuyos dividendos son perdurables.

Todas éstas son actividades temporales con consecuencias eternas. Este es pues el “tesoro en el cielo”. Ningún ladrón puede hurtarlo, y ninguna sabandija destruirlo. Porque en el cielo no hay ni polillas, ni ratones, ni merodeadores. Así pues, el tesoro en el cielo está seguro. Son innecesarias las medidas de precaución para protegerlo. No necesita póliza de seguro. Es indestructible. Por consiguiente, Jesús parece decirnos, “Si estás buscando una inversión segura, ninguna podría ser más segura que ésta; es el único valor de inversión de la más alta calidad, cuyo brillo nunca se opacará”.

2. Una cuestión de visión (22,25)

²²La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; ²³pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas. Así que, si la luz que en ti hay es tinieblas, ¿cuántas no serán las mismas tinieblas?

De la durabilidad comparativa de los dos tesoros, Jesús se vuelve al beneficio comparativo que se deriva de las dos condiciones. El contraste ahora es entre una persona ciega y una persona dotada de la vista, y también entre la luz y las tinieblas en que ellas viven respectivamente. *La lámpara del cuerpo es el ojo*. Esto no es, por supuesto, literal como si el ojo fuera una clase de ventana que deja que la luz entre al cuerpo, sino una figura del lenguaje fácilmente inteligible. Casi todo el cuerpo depende de nuestra capacidad para ver. Necesitamos ver para correr, saltar, manejar un auto, cruzar una carretera, cocinar, bordar, pintar. El ojo, como si fuera una ventana, “ilumina” lo que el cuerpo hace por medio de sus manos y pies. Es cierto que los ciegos se adaptan a menudo maravillosamente, aprenden a hacer muchas cosas sin sus ojos, y desarrollan sus otras facultades para compensar su falta de vista. Sin embargo el principio se mantiene vigente: una persona dotada de la vista anda en la luz, mientras que la persona ciega está en tinieblas. Y la gran diferencia entre la luz y las tinieblas del cuerpo se debe a este pequeño pero intrincado órgano, el ojo. *Si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas*. Cuando hay ceguera total las tinieblas son completas.

Toda esta descripción es objetiva. Pero también es metafórica. Frecuentemente en las Escrituras el “ojo” equivale al “corazón”. Es decir “disponer el corazón” y “tener bueno el ojo” son en algo sinónimos. Baste un ejemplo, tomado del Salmo 119. En el versículo 10 el salmista escribe: “Con todo mi corazón te he buscado; no me dejes desviarme de tus mandamientos”, y de los versículos 18 y 19, “Abre mis ojos... No encubras de mí tus mandamientos”. De manera similar, aquí en el Sermón del Monte, Jesús pasa de la importancia de tener nuestro *corazón* en el lugar correcto (21) a la importancia de tener nuestro *ojo* bueno y sano.

El argumento parece ser éste: así como nuestro ojo afecta todo nuestro cuerpo, nuestra ambición (donde ponemos nuestros ojos y nuestro corazón) afecta toda nuestra vida. Así como un ojo que ve da luz al cuerpo, una ambición noble e inquebrantable de servir a Dios y al hombre da significado a la

vida y arroja luz a todo lo que hacemos. Además, así como la ceguera conduce a las tinieblas, una ambición innoble y egoísta (*p.ej.*, hacernos tesoros en la tierra) nos hunde en la tiniebla moral. Nos hace intolerantes, inhumanos, despiadados y priva a la vida de todo significado ulterior.

Todo es una cuestión de visión. Si tenemos visión física, podemos ver lo que hacemos y hacia dónde vamos. Así también, si tenemos visión espiritual, si nuestra perspectiva espiritual está correctamente ajustada, nuestra vida estará llena de propósito y dirección. Pero si nuestra visión llega a nublarse con los falsos dioses del materialismo, y perdemos nuestro sentido de los valores, nuestra vida total estará en tinieblas y no podremos ver hacia dónde vamos. Quizás el énfasis es mayor aun en la pérdida de visión que causa la codicia, de lo que he sugerido hasta aquí, porque según el concepto bíblico un “ojo maligno” consiste en un espíritu tacaño y mezquino, y un “ojo bueno” es generoso. En todo caso Jesús añade esta nueva razón para hacer tesoros en el cielo. La primera fue su mayor durabilidad; la segunda el beneficio resultante ahora, en la tierra, de tal visión.

3. Una cuestión de dignidad (24)

²⁴Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Ahora, Jesús explica que detrás de la elección entre dos tesoros (dónde lo hacemos) y dos visiones (dónde ponemos nuestros ojos) se halla la elección más básica entre dos señores (a quién vamos a servir). Es una elección entre Dios y Mamón, es decir entre el mismo Creador viviente y cualquier objeto de nuestra propia creación al cual nombremos “dinero” (“Mamón” es la transliteración de una palabra aramea para riquezas). Porque no podemos servir a ambos.

Algunas personas no están de acuerdo con este dicho de Jesús. Rehusan enfrentarse con tal elección franca y severa, y no ven la

necesidad de ella. Blandamente nos aseguran que es perfectamente posible servir simultáneamente a dos señores, porque ellos se las arreglan muy satisfactoriamente para hacerlo. Existen varios arreglos y ajustes posibles que les atraen. O sirven a Dios los domingos y a Mamón entre semana, o a Dios con sus labios y a Mamón con sus corazones, o a Dios en apariencia y a Mamón en realidad, o a Dios con la mitad de su ser y a Mamón con la otra mitad.

Es esta solución popular que hace concesiones la que Jesús declara que no es posible: *Ninguno puede servir a dos señores... No podéis servir a Dios y a las riquezas* (nótese el “puede” y el “no podéis”). Puede ser que los que transigen malentiendan su enseñanza, porque se les escapa la imagen del esclavo y del amo del esclavo que se halla detrás de las palabras. Como lo expresó McNeile, “Los hombres pueden trabajar para dos patrones, pero ningún esclavo puede ser propiedad de dos amos”,⁷ porque “posesión única y servicio tiempo completo pertenecen a la esencia de la esclavitud”.⁸ De modo que todo aquel que divide su lealtad entre Dios y Mamón la ha dado ya a Mamón, ya que Dios sólo puede ser servido con entera y exclusiva devoción. Esto es así simplemente porque él es Dios: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria”.⁹ Tratar de compartirlo con otras lealtades es haber elegido la idolatría.

Y cuando la elección se ve como lo que es —una elección entre Creador y criatura, entre el glorioso Dios personal y una cosa miserable llamada dinero, entre la adoración y la idolatría— parece inconcebible que alguien pueda elegir mal. Porque ahora no se trata simplemente de una cuestión de durabilidad comparativa y de beneficio comparativo, sino de dignidad comparativa: la dignidad intrínseca del Uno y la mundanalidad intrínseca del otro.

4. Una cuestión de ambición (25-34)

²⁵Por tanto os digo: No os afanáis por vuestra vida, qué habéis de comer o qué habéis de beber; ni por vuestro cuerpo, qué habéis de vestir. ¿No es la vida más que el

alimento, y el cuerpo más que el vestido? ²⁶Mirad las aves del cielo que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial los alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ²⁷¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane, añadir a su estatura un codo? ²⁸Y por el vestido, ¿por qué os afanáis? Considerad los lirios del campo como crecen: no trabajan ni hilan; ²⁹pero os digo, que ni aun Salomón con toda su gloria se vistió así como uno de ellos. ³⁰Y si la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros, hombres de poca fe? ³¹No os afanáis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos? ³²Porque los gentiles buscan todas estas cosas; pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. ³³Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. ³⁴Así que, no os afanáis por el día de mañana, porque el día de mañana traerá su afán. Basta a cada día su propio mal.

Es una pena que este pasaje sea a menudo leído por sí solo en la iglesia, aislado de lo que le antecede. Así la importancia del introductorio *Por tanto os digo* se pierde. Por eso debemos empezar relacionando este “por tanto”, esta conclusión de Jesús, con la enseñanza que ha conducido a él. Él nos llama a la reflexión antes de llamarnos a la acción. Nos invita a mirar clara y serenamente las opciones que están ante nosotros y a valorarlas cuidadosamente. ¿Deseamos acumular tesoros? Entonces, ¿Cuál de las dos posibilidades es la más duradera? ¿Deseamos ser firmes y resueltos en nuestros movimientos? Entonces ¿cómo tienen que ser nuestros ojos para facilitar esto? ¿Deseamos servir al mejor amo? Entonces tenemos que considerar cuál es el más digno de nuestra devoción. Sólo cuando hemos captado con nuestras mentes la durabilidad comparativa de los dos tesoros (corruptible e incorruptible), la utilidad comparativa de las dos condiciones del ojo (luz y tinieblas) y la dignidad comparativa

de los dos señores (Dios y Mamón), estamos preparados para hacer nuestra elección. Y sólo cuando hemos elegido —el tesoro en el cielo, la luz, a Dios— *por tanto os digo así es como debéis de conducirlos: no os afanéis por vuestra vida... ni por vuestro cuerpo... Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia.* (25,33). En otras palabras, nuestra elección básica en cuanto a cuál de los dos señores nos proponemos servir afectaría radicalmente nuestra actitud hacia ambos. No nos afanaremos por aquél (porque lo hemos rechazado), sino que concentraremos nuestra mente y energías en el otro (porque lo hemos elegido); rehusaremos quedarnos absortos en nuestros propios intereses, y en cambio *buscaremos primeramente* los intereses de Dios.

El lenguaje de búsqueda de Cristo (que pone en contraste lo que *los gentiles buscan* y lo que los seguidores deben *buscar primeramente*, 32,33) nos introduce al tema de la ambición. Jesús dio por sentado que todos los seres humanos “buscan”. No es natural en las personas que vayan a la deriva sin propósito en la vida, como el plancton. Necesitamos algo por qué vivir, algo que de significado a nuestra existencia, algo que “buscar”, algo al que entregar nuestros “corazones” y nuestras “mentes”. Aunque poca gente hoy usaría el lenguaje de los antiguos filósofos griegos, todavía lo que buscamos es, de hecho, lo que ellos llamaron “el Bien Supremo” al cual dedicar nuestras vidas. Probablemente “ambición” sea el mejor equivalente moderno. Exactamente, en términos del diccionario significa “un fuerte deseo de lograr éxito” y por tanto a menudo ha tenido una mala imagen, un sabor egoísta. Es en este sentido que Shakespeare en su *El Rey Enrique VIII* hace esta súplica a Tomás Cromwell; “Cromwell, te encargo que deseches la Ambición. Por ese pecado cayeron los ángeles...” Pero “ambición” puede referirse igualmente a otros deseos fuertes —desinteresados más que egoístas, devotos más que mundanos. En una palabra, es posible ser “ambiciosos de Dios”. La ambición tiene que ver con nuestra metas en la vida y con nuestros incentivos para perseguirlas. La ambición de una persona es lo que la vuelve “sujeto de crédito”; descubre el móvil de sus acciones, su motivación interior más profunda. De esto,

entonces, hablaba Jesús cuando definía lo que en la contracultura cristiana debemos “buscar primeramente”.

Una vez más nuestro Señor simplifica el problema para nosotros, reduciendo a dos las metas de vida posibles que se presentan como alternativa. Las coloca una frente a otra en esta sección, instando a sus seguidores a no preocuparse por su propia seguridad (alimento, bebida y vestido), porque esa es la obsesión de “los gentiles” que no lo conocen, sino más bien preocuparse del reino y la justicia de Dios, y de su expansión y triunfo en el mundo.

a. Ambición falsa o secular: nuestra propia seguridad material

La mayor parte de este párrafo es negativa. Tres veces repite Jesús su prohibición *No os afanéis* (25, 31, 34) o “No andéis preocupados”.¹⁰ Y nos prohíbe preocuparnos por la comida, bebida y el vestido: *¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Qué vestiremos?* (31). Sin embargo, ésta es precisamente “la Trinidad de afanes del mundo”.¹¹ *Porque los gentiles buscan todas estas cosas* (32). Sólo basta con un vistazo a los anuncios de la televisión, de los periódicos y del transporte público para encontrar una vívida ilustración moderna de lo que Jesús enseñó hace alrededor de dos milenios.

Hace pocos años recibí un ejemplar de regalo de *Accent*, una revista nueva y brillante cuyo título completo era *Accent on good living* (Acento en el buen vivir). Incluía atractivos anuncios de champagne, cigarrillos, comida, ropa, alfombras y antigüedades junto con la descripción de cómo hacer compras esotéricas de fin de semana en Roma. Había artículos sobre como tener una computadora en tu cocina; cómo ganar un camarote de lujo en un crucero o en su lugar 100 cajas de doce botellas de whisky escocés; y cómo 15 millones de mujeres no pueden haberse equivocado al elegir sus cosméticos. Luego se nos prometía que en el número del próximo mes aparecían artículos fascinantes sobre vacaciones en el Caribe, quedarse en cama, cálida ropa interior de alta costura y las delicias de la carne de reno y de las bayas. De principio a fin se preocupaba por el bienestar del

cuerpo y cómo alimentarlo, vestirlo, abrigarlo, enfriarlo, refrescarlo, relajarlo, divertirlo, emperifollarlo y satisfacerlo.

Ahora, por favor, no entiendan mal lo que quiero decir. Jesucristo no niega ni desprecia las necesidades del cuerpo. De hecho, él mismo lo formó. Y lo cuida. Nos enseñó a orar, “El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”. ¿Qué está diciendo entonces? Está haciendo hincapié en que llegar a absorberse en las comodidades materiales es una preocupación falaz. Por una parte, es improductiva (excepto tal vez para las úlceras y todavía más preocupaciones); por otra es innecesaria (porque “vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad”, 8, 32); pero especialmente es indigna. Revela una falsa visión de los seres humanos (como si ellos fueran sólo cuerpos que necesitan ser alimentados, provistos de agua, vestido y casa) y de la vida humana (como si ella fuera meramente un mecanismo fisiológico que necesita protegerse, lubricarse y aprovisionarse de combustible). Una preocupación exclusiva por la comida, la bebida y el vestido sólo podría justificarse si la supervivencia física fuera todo y el fin de todo en la existencia. Simplemente vivir por vivir. Entonces verdaderamente nuestra preocupación principal debería ser, con justeza, cómo sustentar el cuerpo. Así pues, se comprende que en condiciones de hambruna la lucha por la supervivencia tenga que tener prioridad sobre otras cosas. Pero que esto sea así en circunstancias ordinarias expresaría un concepto reduccionista del hombre totalmente inaceptable. Ello lo degradaría al nivel de animales, en verdad al nivel de las aves y plantas. No obstante, la gran mayoría de los anuncios de hoy se dirigen al cuerpo —ropa interior para realzar la figura, desodorantes para mantenerse oliendo bien y bebidas alcohólicas para darse ánimo cuando languidece. Esta preocupación hace surgir estas preguntas: ¿Es el bienestar un objetivo digno de que le dediquemos nuestras vidas? ¿No tiene la vida humana más significado que éste? *Los gentiles buscan todas estas cosas*. Déjenlos que lo hagan. Pero por lo que a ustedes toca, mis discípulos, Jesús implica, ellas son una meta irremediabilmente indigna. Porque no son el “Bien Supremo” de la vida.

Ahora necesitamos aclarar qué prohíbe Jesús, y qué razones da para prohibirlo. En primer lugar, no prohíbe la reflexión. Por el contrario, la fomenta al invitarnos a mirar las aves y las flores y “considerar” cómo Dios se ocupa de ellas. De modo que la conocida Versión Antigua¹² “No penséis” es engañosa y errónea. En segundo lugar, no prohíbe la previsión. He mencionado ya que la Biblia elogia a la hormiga. También las aves, que Jesús alaba, se proveen para el futuro construyendo sus nidos, poniendo e incubando sus huevos, y alimentando a sus hijos. Muchas emigran hacia climas más cálidos antes del invierno (lo que es un ejemplo sobresaliente de previsión prudente —aunque instintiva, y algunas hasta guardan alimento, como los pájaros alcaudones que surten su propia despensa clavando insectos en las espinas. Así que no hay nada aquí que impida a los cristianos hacer planes para el futuro o dar pasos sensatos por su propia seguridad. No. Lo que Jesús prohíbe no es ni la reflexión ni la previsión, sino el pensamiento lleno de ansiedad. Este es el significado del mandato *mē merimnate*. Es la palabra que se usa para Marta que “se preocupaba” por sus muchos quehaceres, para la buena semilla que se sembró entre espinas y que fue ahogada por los “afanes” de la vida, y que usa Pablo en su admonición, “Por nada estéis afanosos”.¹³ Como lo expresó el Obispo Ryle: “La provisión prudente para el futuro está bien; la ansiedad atormentadora, desgastante y corrosiva está mal”.¹⁴

¿Por qué está mal? Jesús contesta arguyendo que esta clase de preocupación obsesiva es incompatible con la fe cristiana (25-30) y con el sentido común (34), pero dedica más tiempo a lo primero.

1. *La preocupación es incompatible con la fe cristiana (25-30)*. En el versículo 30 Jesús llama a aquellos que se afanan por la comida, la bebida y el vestido “hombres de poca fe”. Las razones que da, debido a las cuales deberíamos confiar en Dios en vez de estar ansiosos, son ambas argumentos *a fortiori* (“cuánto más”). Una se toma de la experiencia humana y argumenta de lo mayor a lo

menor; la otra proviene de una experiencia subhumana (aves y flores) y argumenta de lo menor a lo mayor.

Nuestra experiencia humana es ésta: Dios creó y ahora sustenta nuestra vida; también creó y continúa sustentando nuestro cuerpo. Este es un hecho de la experiencia cotidiana. No nos hicimos a nosotros mismos, ni nos mantenemos vivos. Ahora, nuestra “vida” (de la cual Dios es responsable) es obviamente más importante que el alimento o la bebida que la nutre. De manera similar, nuestro “cuerpo” (del que Dios es también responsable) es más importante que el vestido que lo cubre y lo abriga. Ahora bien, si Dios ya tiene cuidado de lo mayor (nuestra vida y nuestro cuerpo), ¿no podemos confiar en su cuidado de lo menor (nuestro alimento y nuestro vestido)? La lógica es ineludible, y Jesús le añade fuerza en el v. 27 con la pregunta: *¿Y quién de vosotros podrá, por mucho que se afane añadir a su estatura un codo? No se sabe a ciencia cierta si la palabra hēlikia en esta pregunta debe traducirse “años de vida” (BJ) o “estatura” (VRV). Puede tener uno u otro significado. Añadir medio metro a nuestra estatura sería de veras una hazaña extraordinaria, aunque Dios lo hace en todos nosotros entre nuestra niñez y nuestra vida adulta. Añadir un período de años a nuestra vida está también fuera de nuestras posibilidades y competencia. Un ser humano no puede realizar esto por sí mismo. En verdad, lejos de alargar su vida, la preocupación “puede muy bien acortarla”,¹⁵ como todos sabemos. Así, tal como dejamos estos asuntos a Dios (porque están ciertamente fuera de nuestro alcance), ¿no podríamos ser sensatos en confiar en él para cosas menores como el alimento y el vestido?*

Enseguida, Jesús se vuelve al mundo subhumano y argumenta en sentido inverso. Usa a las aves como ilustración de la provisión que Dios hace de alimentos (26) y a las flores para ilustrar su provisión de vestido (28-30). En ambos casos nos dice “miradlas” o “consideradlas”, es decir, pensad en los hechos del cuidado providencial de Dios en el caso de ellas. Algunos lectores tal vez sepan que yo mismo he sido desde mi mocedad un

entusiasta observador de pájaros. Sé, por supuesto, que algunos consideran que observar pájaros es un pasatiempo más bien excéntrico; ellos miran mis gustos con diversión burlona y condescendiente. Pero reclamo garantía bíblica —en verdad, del Señor— para esta actividad. “Mirad las aves del cielo”, dijo Jesús según la VRV, y esto en castellano básico podría traducirse, “observen los pájaros”. De veras, estoy hablando en serio, porque el verbo griego que usa en su mandato (*emblepsate eis*) significa “fijen sus ojos en, para que miren bien a”.¹⁶

Si cobramos interés en pájaros y flores (y seguramente deberíamos, como nuestro Señor, estar agradecidamente conscientes del mundo natural que nos rodea), sabremos que aunque los pájaros *no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros* nuestro *Padre celestial los alimenta*, y aunque *los lirios del campo* (anémодas, amapolas, lirios y gladiolos, todos han sido sugeridos como posibilidades para lirios, aunque la preferencia puede ser general a todas las bellas flores primaverales de Galilea) *...no trabajan ni hilan*, nuestro *Padre celestial los viste*, en verdad más espléndidamente de lo que se vistió *Salomón con toda su gloria*. Siendo esto así, ¿no podremos confiar en que él nos alimentará y vestirá a nosotros que somos de mucho más valor que las aves y las flores? Por supuesto, ¡él aun viste a la hierba común y corriente *que hoy es, y mañana se echa en el horno!*

“Véis”, escribe Martín Lutero con gran encanto, “él hace a los pájaros nuestros educadores y maestros. Es una desgracia permanente y grande para nosotros que en el evangelio un desvalido gorrión se convierta en teólogo y predicador de los más sabios de los hombres... Dondequiera que escuchéis a un rruiseñor, por tanto, estaréis escuchando a un excelente predicador... Es como si él dijera ‘Prefiero estar en la cocina del Señor. Él ha hecho los cielos y la tierra, y él mismo es el cocinero y el anfitrión. Cada día alimenta y nutre de su mano a innumerables pajarillos’.”¹⁷ De manera, similar, esta vez citando a Spurgeon: “Lirios encantadores, ¡cómo reprendéis nuestra necia agitación!”¹⁸

Serán más conocidas y familiares para la mayoría de nosotros las coplas:

El petirrojo le dijo al gorrión
 “¡Cómo me gustaría saber
 por qué corren tan ansiosos
 los hombres en su ambición!”.

Y el gorrión le respondió:
 “Amigo, es que debe ser
 que ellos no tienen un Padre
 como tenemos tú y yo”.¹²

Es un sentimiento placentero, pero no un reflejo estrictamente exacto de la enseñanza de Jesús. Porque él no dijo que los pájaros tuvieran un Padre celestial, sino más bien que nosotros lo teníamos, y que si el Creador cuida de sus criaturas, podemos estar aún más seguros de que el Padre atenderá a sus hijos.

2. *Problemas relativos a la fe cristiana.* En este punto necesito permitirme una digresión para comentar tres problemas relacionados con la fe cristiana como de niño que Jesús nos pide. Los tres son problemas grandes y aquí sólo pueden ser mencionados brevemente, pero debido a que surgen en nuestras mentes por la promesa básica de nuestro Señor de que puede confiarse en que nuestro Padre celestial nos alimente y vista, estaría mal evadirlos. Los formularé en términos negativos como las tres libertades que la fe *no* se toma a la luz de la promesa de Dios, o como las tres inmunidades que su promesa no nos concede.

Primero, *los creyentes no están exentos de ganarse la vida.* No podemos sentarnos en una butaca, cruzar los dedos, murmurar “mi Padre celestial proveerá” y no hacer nada. Tenemos que trabajar. Como lo dijo Pablo más tarde: “Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma”.²⁰ Con característico realismo Lutero escribe: “Dios... no quiere saber nada con los perezosos, vientres glotonos que no están ni preocupados ni ocupados; actúan como

si sólo tuvieran que sentarse y esperar que él dejara caer un ganso asado en sus bocas”.²¹

Jesús, como hemos visto, usó a los pájaros y a las flores como pruebas de la capacidad de Dios para alimentarnos y vestirnos. Pero ¿cómo alimenta Dios a los pájaros?. Una respuesta sería que ¡no lo hace, porque ellos mismos se alimentan! Jesús era un agudo observador. Conocía perfectamente bien los hábitos de alimentación de los pájaros: algunos comen semillas, otros comen carroña o peces, mientras que otros más son insectívoros, aves de rapiña o se alimentan de desperdicios. Dios los alimenta a todos bien. Pero la forma en que lo hace no es extendiéndoles una mano divina colmada de comida, sino proveyendo en la naturaleza los medios para que ellos mismos se alimenten. Uno podría decir algo similar con respecto a las plantas. “Las flores no ejecutan ni la labor de los hombres en el campo (“trabajar”), ni la labor de las mujeres en el hogar (“hilar”),²² pero Dios las viste. ¿Cómo? No de manera milagrosa, sino mediante un proceso complejo que ha arreglado, en el que ellas extraen el sustento del sol y del suelo.

Es lo mismo, entonces, con los seres humanos. Dios provee, pero aún tenemos que cooperar. Hudson Taylor aprendió esta lección en su primer viaje a la China en 1853. Cuando una violenta tormenta a la altura de la costa de Gales amenazaba convertirse en desastre, sintió que llevar puesto un salvavidas sería deshonorar a Dios. Así pues, se quitó el suyo. Más tarde, sin embargo, se dio cuenta de su error: “El uso de medios no tiene que reducir nuestra fe en Dios, y no es menester que nuestra fe en Dios obstaculice nuestro uso de cualquier medio que él nos ha dado para el cumplimiento de sus propios propósitos”.²³

De manera similar, Dios no asigna a todos sus hijos el papel del profeta Elías y provee nuestro alimento de manera milagrosa por medio de ángeles o cuervos, sino más bien a través de medios más normales como agricultores, molineros, hortelanos, pescadores, carniceros, proveedores y los demás. Jesús nos persuade de la necesidad de tener una confianza sencilla en nuestro Padre celestial, pero su comprensión de la fe no es ni

ingenua (ignorante de segundas causas) ni arcaica (incompatible con la ciencia moderna).

En segundo lugar, *los creyentes no están exentos de responsabilidad hacia otros*. Digo esto en relación con el segundo problema, que es un problema de providencia más que de ciencia. Si Dios promete alimentar y vestir a sus hijos, ¿cómo es que muchos están mal vestidos y desnutridos? No será apropiado decir, creo, que Dios cuida de sus propios hijos, y que los pobres que carecen de ropa y alimento adecuados son todos no creyentes que están fuera de su círculo familiar, porque ciertamente hay gente cristiana en algunas áreas del mundo golpeadas por el hambre y la sequía, en muy cruda necesidad. No me parece que haya una solución simple a este problema. Pero debería hacerse el postulado importante de que la causa más básica del hambre no es una provisión divina inadecuada, sino una distribución humana desigual. La verdad es que Dios ha provisto suficientes recursos en tierra y mar. La tierra da a luz plantas que producen semillas y árboles que llevan fruto. Los mamíferos, aves y peces que él ha hecho fecundan y se multiplican. Pero los hombres acumulan o destruyen o malgastan estos recursos, y no los comparten. Parece significativo que en este mismo Evangelio de Mateo el Jesús que aquí dice que nuestro Padre celestial alimenta y viste a sus hijos, más tarde dice que *nosotros* tenemos que dar de comer al hambriento y vestir al desnudo, y que seremos juzgados de acuerdo con ello. Es siempre importante permitir que las Escrituras interpreten a las propias Escrituras. El hecho de que Dios alimente y vista a sus hijos no nos exime de la responsabilidad de ser los agentes a través de los cuáles él lo haga.

En tercer lugar, *los creyentes no están exentos de experimentar conflictos*. Es cierto que Jesús prohíbe a su pueblo que se preocupe. Pero estar libre de *preocupaciones* y estar libre de *conflictos* no es lo mismo. Cristo nos ordena que no nos afanemos, pero no promete que seremos inmunes a toda desgracia. Por el contrario, hay muchas indicaciones en su enseñanza de que él conoció todo tipo de calamidades. Así, aunque Dios *viste a la hierba del campo*, con todo se la corta y se la echa al fuego. Dios

protege incluso a los gorriones, que son tan comunes y de tan mínimo valor que se venden dos por un cuarto y cinco por dos cuartos, dándose uno de más para buena suerte. “Ni uno de ellos caerá a tierra sin el consentimiento de vuestro Padre”, dijo Jesús.²⁴ Pero los gorriones caen a tierra y los matan. Su promesa no fue que no caerían, sino que esto no sucedería sin el conocimiento y consentimiento de Dios. También la gente cae y los aviones. Las palabras de Cristo no pueden tomar como promesa de que la ley de la gravedad será suspendida por nuestra causa sino, otra vez, como que Dios sabe de los accidentes y los permite. Todavía más, es significativo que al final de éste párrafo la razón que Jesús da para no *afanarnos por el día de mañana* es: *cada día le bastan sus disgustos*. (34, NBE), o *Ya le basta a cada día con su problema* (VM). De modo que habrá problemas (*kakia*, “mal”). La libertad del cristiano de la ansiedad no se debe a una libertad garantizada contra problemas, sino a lo absurdo de la preocupación (a lo que volveremos más tarde) y especialmente a la confianza de que Dios es nuestro Padre, y que aun el sufrimiento permitido está dentro de la órbita de su cuidado,²⁵ y que “a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.²⁶

Esta fue la certidumbre que fortaleció al Dr. Helmut Thielicke mientras predicaba una serie de sermones sobre el Sermón del Monte en la iglesia de San Marcos en Stuttgart, durante los terribles años (1946-1948) que siguieron inmediatamente a la segunda guerra mundial. A menudo mencionaba el sonido de las sirenas de ataque aéreo, que ponían a la gente sobre aviso de aun más devastación y muerte por acción de las bombas de los aliados. ¿Qué podía significar la libertad de la ansiedad en tales circunstancias? “Conocemos el aspecto y el sonido de hogares desplomándose en llamas... Nuestros propios ojos han visto el rojo resplandor y nuestros propios oídos han oído el estruendo de los gritos, el choque y la caída”. Contra ese trasfondo el mandato a mirar las aves y los lirios bien puede haber sonado hueco. “No obstante”, continúa el Dr. Thielicke, “Creo que tenemos que pararnos y escuchar cuando *este* hombre, cuya vida

en la tierra no fue para nada como la de las aves y lirios, nos señala la despreocupación de las aves y los lirios. ¿No estaban las sombras oscuras de la Cruz vislumbrándose ya sobre esta hora del Sermón del Monte?²⁷ En otras palabras, es razonable confiar en el amor de nuestro Padre celestial, aun en tiempos de conflicto atroz, porque hemos tenido el privilegio de verlo revelado en Cristo y en su Cruz.

Así pues, a los hijos de Dios no se les promete libertad ni del trabajo, ni de la responsabilidad, ni del conflicto, sino de la preocupación. La preocupación se nos prohíbe: es incompatible con la fe cristiana.

3. *La preocupación es incompatible con el sentido común* (3). Volviendo de nuestra disgresión sobre los problemas de la fe, debemos notar ahora que la preocupación es tan incongruente con el sentido común como lo es con la fe cristiana. En el versículo 34 Jesús menciona el *hoy* y el *mañana*. Toda preocupación es sobre el *mañana*, se trate de la comida, el vestido o cualquier otra cosa, pero toda preocupación se experimenta *hoy*. Cada vez que estamos ansiosos o afanados, estamos contrariados en el presente por algún suceso que puede ocurrir en el futuro. No obstante, estos temores nuestros sobre el *mañana*, que sentimos tan agudamente *hoy*, tal vez no se cumplan. El popular consejo “No te preocupes, quizás nunca suceda”, es sin duda poco sensible pero perfectamente cierto. Las personas se preocupan de no poder pasar un examen o encontrar empleo o casarse o conservar su salud, o tener éxito en alguna empresa. Pero todo es fantasía. “Los temores pueden ser mentirosos”, dicen a menudo. Muchas preocupaciones, quizás la mayoría, nunca se hacen realidad.

Así pues la preocupación es una pérdida —pérdida de tiempo, ideas y energía. Necesitamos aprender a vivir día a día. Deberíamos, por supuesto, hacer planes para las eventualidades del futuro, pero no preocuparnos por el futuro. “Basta con las penas de cada día”,²⁸ o, “Cada día tiene bastante con sus propios problemas”.²⁹ De modo que ¿por qué anticiparlos? Si lo hacemos, los duplicamos. Porque si nuestro temor no se hace realidad,

nos hemos preocupado antes inútilmente; si se hace realidad, nos hemos preocupado dos veces en vez de una. En ambos casos es ridículo: la preocupación duplica el problema.

Es hora de resumir la exposición que Jesús hace de la ambición falsa del mundo. Preocuparse por cosas materiales de tal forma que acapare nuestra atención, absorba nuestra energía y nos cargue de ansiedad es incompatible con la fe cristiana y con el sentido común. Es desconfiar de nuestro Padre celestial, y francamente estúpido. Esto es lo que hacían los paganos; pero es una ambición sumamente impropia e indigna para los cristianos. Así, tal como Jesús ya nos ha llamado a una justicia mayor en el Sermón, a un amor más amplio y una piedad más profunda, ahora nos llama a una ambición más elevada.

b. La ambición cristiana o verdadera: el reino de Dios y su justicia

Es importante ver juntos los versículos 31 al 33. El versículo 31 repite la prohibición de afanarse por la comida, bebida y el vestido. El versículo 32 añade: *Porque los gentiles buscan todas estas cosas*. Esto muestra que en el vocabulario de Jesús “buscar” y “afanarse” pueden intercambiarse. No habla tanto del afán como de la ambición. Ahora bien, la ambición del pagano se concentra en las necesidades materiales. Pero esto no puede ser lo correcto en los cristianos, en parte porque *vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas*, pero mayormente porque estas cosas no son objeto adecuado o digno de la búsqueda del cristiano. Debe tener algo más, algo más elevado, como el Bien Supremo que buscará enérgicamente: no cosas materiales, sino valores espirituales; no su propio bien sino el de Dios; de hecho ni alimento ni vestido, sino el reino y la justicia de Dios.

Esto no es más que tratar en forma detallada la enseñanza ya implícita en el Padre Nuestro. De acuerdo con esto, los cristianos tenemos que reconocer y reconocemos las necesidades del cuerpo (“el pan nuestro de cada día, dánoslo hoy”), aunque nuestros intereses primordiales son el reino, el nombre y la voluntad de

Dios. No podremos orar el Padre Nuestro hasta que nuestras ambiciones hayan sido purificadas. Jesús nos dice “buscad primero el reino de Dios y su justicia”; en el Padre Nuestro convertimos esta búsqueda suprema en petición.

1. *Buscando primero el reino de Dios.* Cuando Jesús habló del reino de Dios no se estaba refiriendo a la soberanía general de Dios sobre la naturaleza y la historia, sino a ese reinado específico sobre su propio pueblo que él mismo había inaugurado, y que comienza en la vida de alguien cuando se humilla, se arrepiente, cree, se somete y nace de nuevo. El reino de Dios es el dominio de Jesús sobre su pueblo en bendición total y demanda total. “Buscar primero” este reino es desear primordialmente la extensión del reino de Jesucristo. Tal deseo comenzará con nosotros mismos, hasta que cada departamento particular de nuestra vida—hogar, matrimonio y familia, moralidad personal, vida profesional y ética de negocios, cuenta bancaria, declaración de impuestos, estilo de vida, ciudadanía— sea gozosa y libremente sometido a Cristo. Continuará en nuestro entorno inmediato, con la aceptación de la responsabilidad evangélica hacia nuestros parientes, colegas, vecinos y amigos. Y se extenderá en interés global por el testimonio misionero de la iglesia.

Entonces tenemos que ser claros en lo relativo a la verdadera motivación misionera. ¿Por qué deseamos que el evangelio se extienda por todo el mundo? No por causa de un triunfalismo o un imperialismo pecaminosos, sea de nosotros mismos, la iglesia, o aun por el “cristianismo”. No simplemente porque la evangelización es parte de nuestra obediencia cristiana (aunque lo es). No primordialmente porque hace felices a otras personas (aunque lo hace). Sino especialmente por causa de la gloria de Dios y de su Cristo. Dios es Rey; ha inaugurado su reino salvador por medio de Jesucristo y tiene derecho a reinar en las vidas de sus criaturas. Nuestra ambición, entonces, es buscar primero su reino, acariciar el deseo apasionado de que su nombre reciba de los hombres el honor que se le debe.

Otorgar prioridad a los intereses del reino de Dios aquí y ahora no es perder de vista su meta más allá de la historia. Porque la manifestación actual del reino es sólo una manifestación parcial. Jesús habló también de un reino futuro y nos dijo que oráramos por su venida. Por eso, “buscar primero” el reino de Dios incluye el deseo y la oración por la consumación al final de los tiempos, cuando todos los enemigos del Rey hayan sido puestos por estrado de sus pies y su reinado sea indiscutible.

2. *Buscando primero la justicia de Dios.* No está clara la razón por la cual Jesús hizo distinción entre *su reino* y *su justicia* como gemelas, pero separadas en nuestra búsqueda prioritaria. Porque el reinado de Dios es un dominio justo y ya en el Sermón del Monte Jesús nos ha enseñado a tener hambre y sed de justicia, desear ser perseguidos por causa de ella y mostrar una justicia mayor que la de los escribas y fariseos. Ahora se nos invita a *buscar primero* la justicia de Dios, además de buscar primero el reino de Dios.

Permítanme hacer una sugerencia tentativa acerca de la diferencia entre las dos. El reino de Dios existe sólo donde Jesucristo es conscientemente reconocido. Estar en su reino es sinónimo de disfrutar su salvación. Sólo el nacido de nuevo ha visto el reino y entrado en él. Y buscarlo primero es proclamar las buenas nuevas de salvación en Cristo.

Pero la “justicia” de Dios es (al menos en argumento) un concepto más amplio que el “reino” de Dios. Incluye esa justicia social e individual que se ha mencionado antes en el Sermón. Y Dios, porque él mismo es un Dios justo, desea que haya justicia en toda comunidad humana, no sólo en toda comunidad cristiana. Los profetas hebreos denunciaron la injusticia no sólo en Israel y Judá, sino también en las naciones paganas circundantes. El profeta Amós, por ejemplo, advirtió que el juicio de Dios caería sobre Siria, Filistea, Tiro, Edom, Amón y Moab por su crueldad en la guerra y por otras atrocidades, así como sobre el pueblo de Dios. Dios aborrece la injusticia y ama la justicia dondequiera que se encuentren. El pacto de Lausana,

formulado en el Congreso de Evangelización Mundial en julio de 1974, incluye un párrafo sobre “responsabilidad social cristiana” que se inicia así: “Afirmamos que Dios es el Creador y Juez de todos los hombres. Por tanto compartimos su preocupación por la justicia y la reconciliación en toda la sociedad humana”.

Ahora bien uno de los propósitos de Dios para su comunidad nueva y redimida es que, a través de ella, su justicia se vuelva atractiva (en la vida personal, familiar, de negocios, nacional e internacional), y así recomendarla a todos los hombres. Entonces la gente ajena al reino de Dios la verá y deseará, y la justicia del reino de Dios será derramada sobre el mundo no cristiano. Por supuesto que la justicia profunda del corazón en la que Jesús pone el acento en el Sermón es imposible para cualquiera que no sea regenerado; pero algún grado de justicia es posible en la sociedad no regenerada —en la vida personal, en las normas familiares y en la decencia pública. Sin duda, los cristianos querrán ir más lejos y ver a gente que realmente llega al reino de Dios a través de la fe en Jesucristo. Al mismo tiempo, podemos sostener sin titubeos que fuera del círculo del reino la justicia agrada más a Dios que la injusticia, la equidad más que la iniquidad, la libertad más que la opresión, el amor más que el odio, la paz más que la guerra.

Si esto es así (y no veo cómo puede negarse), entonces puede decirse que *buscar primero su reino y su justicia* abarca nuestras responsabilidades cristianas, sociales y evangelísticas, como lo hacen las metáforas de la “sal” y “luz” de Mateo 5. Para buscar primero el reino de Dios debemos evangelizar, puesto que el reino se extiende sólo cuando el evangelio de Cristo es predicado, oído, creído y obedecido. Para buscar primero la justicia de Dios también evangelizaremos (porque la justicia interna del corazón es imposible de otra manera), pero también nos comprometemos en la acción y conducta sociales para extender en toda la comunidad aquellas normas más elevadas de justicia que son agradables a Dios.

¿Cuál, es entonces, nuestra ambición cristiana? Todos tenemos ambición de ser o hacer algo, con frecuencia desde los primeros años. Las ambiciones de la niñez tienden a seguir ciertos estereotipos *p. ej.* ser soldado, astronauta o bailarina. Los adultos tienen también sus propios y reducidos estereotipos —*p. ej.* estar sano, ser famoso o poderoso. Pero en última instancia hay sólo dos ambiciones posibles para los seres humanos. Hasta aquí hemos visto cómo contrastaba Jesús una ambición falsa con una verdadera, una secular (“gentil”) con una cristiana, una material con una espiritual, tesoros en la tierra con tesoros en el cielo, alimento y vestido con el reino y la justicia de Dios. Pero por debajo y más allá de estas cosas hay un contraste aún más fundamental. Al fin y al cabo, así como sólo existen dos clases de piedad, la egocéntrica y la teocéntrica, también sólo hay dos clases de ambición: para uno mismo o para Dios. No hay una tercera alternativa.

Las ambiciones para uno mismo pueden ser muy modestas (lo suficiente para comer, beber y vestirse, como en el Sermón) o pueden ser grandiosas (una casa más grande, un auto más rápido, un salario más alto, una reputación mayor, más poder). Pero modestas o inmodestas, todas éstas son ambiciones para mí mismo: *mi* comodidad, *mi* bienestar, *mi* posición, *mi* poder.

Las ambiciones por causa de Dios, no obstante, si van a valer la pena, nunca pueden ser modestas. Hay algo inherentemente impropio en acariciar ambiciones pequeñas para la causa de Dios. ¿Cómo podríamos estar contentos con que él adquiriera sólo un poco más de honor en el mundo? No. Una vez que tenemos claro que Dios es Rey, entonces anhelamos verlo coronado de gloria y honor, como corresponde a su verdadero lugar, que es el lugar supremo. Nos volvemos ambiciosos de que su reino y justicia se extiendan por doquier.

Cuando ésta sea genuinamente nuestra ambición dominante, entonces, *todas estas cosas os serán añadidas* (es decir, nuestras necesidades materiales nos serán provistas), pero no habrá nada malo en tener ambiciones secundarias, ya que éstas estarán al servicio de nuestra ambición primaria y no en competencia con

ella. En realidad, es entonces que las ambiciones secundarias se tornan sanas. Los cristianos deben estar ansiosos de desarrollar sus dones, ampliar sus oportunidades, extender su influencia y ser ascendidos en su trabajo —ya no para elevar su propio ego o construir su propio imperio, sino para que mediante todo ello se de gloria a Dios. Las ambiciones menores son sanas y correctas puesto que no son un fin en sí mismas (es decir, un fin para nosotros mismos) sino los medios para un fin mayor (la extensión del reino de Dios y su justicia) y por tanto para el más grande de todos los fines: la gloria de Dios. Este es el “Bien Supremo” que debemos *buscar primero*; no hay otro.

Mateo 7.1-12

Las relaciones del cristiano: con sus hermanos y su Padre

Mateo 7 consta de varios párrafos aparentemente completos en sí mismos. La relación del uno con el otro no es obvia. Tampoco el capítulo, como un todo, sigue al capítulo anterior con una secuencia clara de pensamiento. Muchos comentaristas, por tanto, concluyen que originalmente estos bloques de material pertenecían a diferentes contextos, que Mateo mismo los montó, y que tal vez hizo su trabajo de “recorte y montaje” un poco torpemente. Pero no es necesario llegar a esta conclusión. El hilo de enlace que corre a lo largo del capítulo, aunque en forma ágil, es el de las relaciones. Parecería bastante lógico que, habiendo descrito el carácter, la influencia, la justicia, la piedad y la ambición del cristiano, Jesús se concentrara finalmente en sus relaciones. Porque la contracultura cristiana no es un asunto individualista sino comunitario, y las relaciones dentro de la comunidad y de ella con otros son de suprema importancia. Por eso en Mateo 7 se da un sumario de la gama de relaciones en las que, como seguidores de Jesús, estamos inmersos. Estas pueden bosquejarse de la manera siguiente:

1. Con nuestro hermano, en cuyo ojo podemos percibir una astilla, a quien tenemos responsabilidad de ayudar, no de juzgar (1-5).
2. Con un grupo designado sorprendentemente “perros” y “cerdos”. Se trata de gente común y corriente, pero es tal su naturaleza animal que se nos dice que no compartamos el evangelio de Dios con ellos (6).
3. Con nuestro Padre celestial a quien venimos en oración, confiados de que nos dará solamente “buenas cosas” (7-11).
4. Con todos en general: la regla de oro debería guiar nuestra actitud y conducta hacia los demás (12).
5. Con nuestros compañeros de peregrinaje que andan con nosotros por el camino angosto (13, 14).
6. Con los falsos profetas, a quienes debemos reconocer y de quienes debemos guardarnos (15-20).
7. Con Jesús nuestro Señor, cuya enseñanza estamos obligados a escuchar con atención y obedecer (21-27).

1. Nuestra actitud hacia nuestro hermano (1-5)

¹No juzguéis, para que no seáis juzgado. ²Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido. ³Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ⁴¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo? ⁵¡Hipócrita!, saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

Jesús no espera que la comunidad cristiana sea perfecta. Por el contrario, da por sentado que habrá quienes procederán mal y que esto dará lugar a tensiones, a problemas de relaciones. En particular, ¿cómo debería el cristiano conducirse con un camarada que se ha portado mal? ¿Ha dado Jesús instrucciones sobre disciplina dentro de su comunidad? Sí, en tal situación

prohíbe dos opciones, y luego recomienda una tercera, una vía mejor y más “cristiana”.

a. El cristiano no debe ser juez (1-2)

Las palabras de Jesús *No juzguéis, para que no seáis juzgados* son bien conocidas, pero en gran parte mal comprendidas. Para comenzar, tenemos que rechazar la creencia de Tolstoi, basada en estos versículos, de que “Cristo prohíbe en su totalidad la institución humana de cualquier corte legal”, y el que él “tuvo la intención de decir sólo eso con estas palabras”.¹ Pero la prohibición de Jesús de ningún modo puede tener la intención que Tolstoi dice que tiene, porque el contexto no se refiere a jueces de las cortes legales sino más bien a la responsabilidad que tienen los individuos entre sí.

Luego, la admonición de nuestro Señor “no juzguéis” no puede entenderse como un mandato a suspender nuestras facultades críticas hacia otras personas, a volvernos ciegos a sus faltas (fingiendo que no nos damos cuenta de ellas), a rehuir toda crítica y rehusar discernir entre la verdad y el error, lo bueno y lo malo. ¿Cómo podemos estar seguros de que Jesús no estaba refiriéndose a estas cosas? En parte porque no sería honesto sino hipócrita conducirse de esta manera, y sabemos por éste y otros pasajes de su amor por la integridad y de su odio por la hipocresía. En parte porque ello iría contra la naturaleza del hombre, cuya creación a la imagen de Dios incluye la capacidad de emitir juicios de valor. En parte también porque mucha de la enseñanza que Cristo da en el Sermón del Monte está basada en el supuesto de que usaremos (en verdad deberíamos usar) nuestros poderes críticos. Por ejemplo, hemos oído repetidamente su llamado a ser diferentes del mundo que nos rodea, en el que debemos desarrollar una justicia que supere a la de los fariseos, hacer “más que los demás” en la norma de amor que adoptemos, a no ser como los hipócritas en nuestra piedad o como los paganos en nuestra ambición. Pero ¿cómo podremos obedecer toda esta enseñanza si no evaluamos primero la forma en que los otros actúan y luego nos aseguramos de que la nuestra es diferente de la de ellos y también más elevada? De manera

similar, en Mateo 7, este mismo mandato “no juzguéis” a otros va seguido casi inmediatamente por dos mandatos más: evitar dar “lo santo” a los perros o las perlas a los cerdos (6), y guardarse de los falsos profetas (15). Sería imposible obedecer cualquiera de estos mandatos sin usar nuestro juicio crítico. Porque para determinar nuestra conducta hacia los “perros”, “cerdos” y “falsos profetas” tenemos que ser primero capaces de reconocerlos, y para hacerlo, ejercer un discernimiento crítico.

Entonces, si Jesús no estaba aboliendo las cortes legales, ni prohibiendo la crítica, ¿qué quería decir con *No juzguéis*? En una palabra, “inclinación a censurar”. El seguidor de Jesús es continuamente “crítico” en el sentido de que usa sus poderes de discernimiento, pero no “juez” en el sentido de censurar. La inclinación a censurar es un pecado combinado que consta de varios ingredientes desagradables. No significa valorar críticamente a la gente, sino juzgarla con dureza. El crítico inclinado a censurar es un descubridor de faltas, negativo y destructivo con las demás personas, que disfruta esforzándose activamente por buscar las fallas de ellas. Hace la peor interpretación posible de los motivos de los demás, derrama agua helada sobre sus esquemas y no es tolerante con sus errores.

Peor aún, tener inclinación a censurar es colocarse en un pedestal censor, y así reclamar la competencia y autoridad de sentarse a juzgar a los propios congéneres. Pero si hago esto, me estoy poniendo a mí mismo y a mis camaradas en el papel que no les corresponde. Ya que ¿cuándo han sido ellos mis siervos, y han tenido que responder ante mí? Y ¿cuándo he sido yo su señor y juez? Como escribió Pablo a los romanos, aplicando la verdad de Mateo 7 a la situación de ellos: “¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie o cae” (14.4). También Pablo se aplicó la misma verdad a sí mismo cuando se hallaba rodeado por detractores hostiles: “El que me juzga es el Señor. Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual declarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones”.² El principio sencillo, pero vital, que enuncia Pablo en estos versículos es que el hombre no es Dios. Ningún ser humano está calificado para

ser juez de sus congéneres, porque no podemos leernos mutuamente los corazones ni valorarnos nuestros motivos mutuos. Tener inclinación a censurar es presumir en forma arrogante de anticiparnos al día del juicio, usurpar la prerrogativa del Juez divino; de hecho, tratar de tomar el rol de Dios.

No solamente no somos los jueces, sino que estamos entre los juzgados, y seremos juzgados con mayor severidad si nos atrevemos a juzgar a otros. *No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida que medís, os será medido.* Lo racional de esto debe quedar claro. Si tomamos la postura de jueces, no podemos alegar ignorancia de la ley que pretendemos ser capaces de administrar. Si disfrutamos al ocupar el estrado, no debemos sorprendernos de encontrarnos en el banquillo de los acusados. Como Pablo lo expresó: “Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a tí mismo, porque tú que juzgas haces lo mismo”.³

Para resumir, el mandato *no juzguéis* no es una prescripción a ser ciegos, sino mas bien una exhortación a ser magnánimos. Jesús no nos dice que dejemos de ser hombres (al suspender nuestros poderes críticos que nos distinguen de los animales), sino que renunciemos a la ambición presuntuosa de ser Dios (al colocarnos en alto como jueces).

b. El cristiano no debe ser hipócrita (3-4)

³¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? ⁴¿O cómo dirás a tu hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí la viga en el ojo tuyo?

Jesús ahora nos cuenta su pequeña y famosa parábola sobre los “cuerpos extraños” que están en los ojos de la gente; briznas de polvo por un lado y vigas o troncos por el otro. James Moffat habló de ellas como la “astilla” y el “madero”. Anteriormente Jesús había expuesto nuestra hipocresía en relación con Dios, cuando practicamos nuestra piedad delante de los hombres para ser vistos por ellos; ahora expone nuestra hipocresía en relación con

los demás cuando nos inmiscuimos en sus pecadillos, mientras fracasamos en enfrentar nuestras propias faltas más graves. He aquí otra razón por la cual somos incompetentes para ser jueces: no sólo porque somos seres humanos falibles (y no Dios), sino también porque somos seres humanos caídos. La caída nos ha hecho a todos nosotros pecadores. Por eso no estamos en condiciones de erigirnos en jueces de nuestros compañeros pecadores; no estamos calificados para subir al estrado.

La imagen de alguien que lucha con la delicada operación de quitar una brizna de suciedad del ojo de un amigo, mientras que un gran madero que está en su propio ojo oscurece enteramente su visión, es en extremo ridícula. Aun cuando la caricatura se transfiera a nosotros y a nuestro ridículo hallazgo de faltas, no siempre se aprecia la broma. Tenemos una fatal tendencia a exagerar las faltas de los demás y a reducir la gravedad de las nuestras. Parece que nos resulta imposible, al compararnos con los demás, ser estrictamente objetivos e imparciales. Por el contrario, tenemos una perspectiva alegre y optimista de nosotros y una perspectiva acre de los otros.

En realidad, lo que hacemos a menudo es ver nuestras propias faltas en otros y juzgarlas de manera vicaria. De esa manera, experimentamos el placer de la rectitud propia sin el dolor de la penitencia. Por eso *¡hipócrita!* (5) es aquí una expresión clave. Además, esta clase de hipocresía es la más desagradable porque un acto aparente de bondad (quitar una brizna de polvo del ojo de alguien) se convierte en el medio de inflar nuestro propio ego. La inclinación a censurar, escribe A. B. Bruce, es un “vicio farisaico, de exaltarnos nosotros mismos a costa de desacreditar a otros, un medio muy barato de obtener superioridad moral”.⁴ La parábola del fariseo y el publicano fue el propio comentario de nuestro Señor sobre esta perversidad. Se la dijo “a unos que confiaban en sí mismos como justos, y menospreciaban a los otros”.⁵ El fariseo hizo una comparación inexacta y odiosa, exagerando su propia virtud y el vicio del publicano.

Lo que deberíamos hacer en cambio es aplicarnos una norma por lo menos tan estricta y críticamente como la aplicamos a otros. “Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos,” escribió

Pablo “no seríamos juzgados”.⁶ Nosotros no sólo escaparíamos al juicio de Dios; también estaríamos en condiciones de ayudar humilde y mansamente a un hermano que está errado. Habiendo primero sacado la viga de nuestro propio ojo, veremos claramente para quitar la paja del ojo del hermano.

c. *El cristiano debe más bien ser un hermano* (5)

⁵¡Hipócrita! saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

Algunas personas suponen que en la parábola de los cuerpos extraños Jesús estaba prohibiéndonos actuar como oculistas morales o espirituales y entrometernos con los ojos de otras personas, y diciéndonos en cambio que nos ocupemos de nuestros propios asuntos. Esto no es así. El hecho de que la inclinación a la censura y la hipocresía se nos prohiban no nos releva de la responsabilidad fraternal del uno hacia el otro. Por el contrario, Jesús iba a enseñar más tarde que si nuestro hermano peca contra nosotros, nuestro primer deber (aunque generalmente olvidado) es “ve y repréndele estando tú y él solos”.⁷ La misma obligación se nos exige aquí. Sin duda, en ciertas circunstancias se nos prohíbe interferir: esto es cuando existe un cuerpo extraño aún mayor en nuestro propio ojo que no hemos quitado. Pero en otras circunstancias Jesús realmente nos ordena reprender y corregir a nuestro hermano. Una vez que nos hemos ocupado del problema de nuestro propio ojo, veremos claramente para ocuparnos del suyo. Un poco de polvo en su ojo es, después de todo, llamado correctamente un cuerpo “extraño”. No debe estar ahí. Es siempre ajeno, usualmente doloroso y a veces peligroso. Dejarlo ahí, y no hacer ningún intento de quitarlo, difícilmente concordaría con el amor fraternal.

Nuestro deber cristiano, entonces, no es *ver la paja* que está en el ojo de nuestro hermano mientras al mismo tiempo *no echamos de ver la viga* que está en el nuestro (3); todavía menos consiste en *decir* a nuestro hermano “*Déjame sacar la paja de tu*

ojo” mientras no hayamos sacado todavía la viga del nuestro (4); sino más bien nuestro deber es, *primero quitar la viga* de nuestro ojo, para que entonces con la claridad de visión resultante podamos *sacar la paja* del ojo de nuestro hermano (5). De nuevo, es evidente que Jesús no condena la crítica como tal, sino más bien la crítica de otros, cuando no ejercemos una crítica de nosotros mismos que se compare con aquélla; no la corrección como tal, sino más bien la corrección de otros cuando no nos hemos corregido primero a nosotros mismos.

La norma de Jesús para las relaciones en la contracultura cristiana es elevada y sana. En todas nuestras actitudes y conducta hacia otros no debemos actuar ni como jueces (volviéndonos severos, censuradores y condenatorios), ni como hipócritas (culpando a otros mientras nos excusamos nosotros), sino como hermanos, cuidando de otros a tal punto que primero nos culpamos y corregimos nosotros y luego buscamos ser constructivos en la ayuda que les damos a ellos. “Corregirlo”, dijo Crisóstomo, aludiendo a alguien que ha pecado, “Pero no como a enemigo, ni como adversario exigiendo castigo, sino como el médico que provee las medicinas”.⁸ Sí, y todavía más, como hermano amante ansioso de rescatar y de restaurar. Necesitamos ser tan críticos con nosotros como a menudo lo somos con otros, y tan magnánimos con los otros como siempre lo somos con nosotros. Entonces aplicaremos de antemano la regla de oro a la que Jesús nos lleva en el versículo 12 y actuaremos con otros como nos gustaría que actuaran ellos con nosotros.

2. Nuestra actitud hacia los “perros” y “cerdos” (6)

“No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.

A primera vista, éste es un lenguaje que causa sorpresa oírlo en los labios de Jesús, especialmente en el Sermón del Monte, y de hecho, inmediatamente después de su apelación a guardar una conducta fraternal constructiva. Pero Jesús siempre llamó al pan,

pan y al vino, vino. Su franqueza lo llevó a llamar a Herodes Antipas “esa zorra” y a los escribas y fariseos hipócritas “sepulcros blanqueados” y “generación de víboras”.⁹ Aquí afirma que hay ciertos seres humanos que actúan como animales, y pueden por tanto ser designados con exactitud “perros” y “cerdos”.

El contexto confiere un equilibrio saludable. Si bien no debemos ser “jueces” de otros, hallar falta en ellos en forma hipócrita, condenatoria o censuradora, tampoco debemos ignorar sus faltas y fingir que todo sigue igual. Ambos extremos deben evitarse. Los santos no son jueces, pero “los santos no son bobalicones” tampoco.¹⁰ Si primero quitamos la viga de nuestro ojo y así vemos con claridad para quitar la paja del ojo de nuestro hermano, él (si es verdadero hermano en el Señor) apreciará nuestra intervención. Pero no todos se muestran agradecidos por la crítica y la corrección. Según el libro de Proverbios, ésta es una de las distinciones obvias entre el hombre sabio y el necio: “No reprendas al escarnecedor, para que no te aborrezca; corrige al sabio, y te amará”.¹¹

¿Quiénes son entonces estos “perros” y “cerdos”? Al darles estos nombres, Jesús está indicando no sólo que son más animales que humanos, sino que son también animales con hábitos asquerosos. Los perros que tenía en mente no eran los perros falderos bien educados de una casa elegante, sino los perros callejeros, vagabundos y ordinarios, que escarban los basureros de la ciudad en busca de alimento. Y los cerdos eran animales inmundos para los judíos, sin mencionar su amor por el fango. El apóstol Pedro se iba a referir a ellos más tarde, uniendo dos proverbios: “El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”.¹² La referencia es cuando menos al hecho de que los no creyentes, cuya naturaleza no ha sido renovada, poseen vida física o animal, pero no vida espiritual o eterna. Recordemos también que los judíos llamaban a los gentiles “perros” intrusos.¹³ Pero los cristianos ciertamente no consideran a los no cristianos de esta manera contenciosa. Por eso tenemos que penetrar más profundamente en lo que Jesús quería decir.

Su mandato es que no deberíamos *dar lo santo a los perros ni echar nuestras perlas delante de los cerdos*. La imagen es clara. Un

judío nunca daría alimento “santo” (tal vez alimento ofrecido previamente en sacrificio) a perros inmundos. Ni siquiera soñaría con echarles perlas a los cerdos. No sólo eran también inmundos, sino que probablemente confundirían las perlas con nueces o guisantes, tratarían de comerlas y entonces —al encontrarlos incomibles— las pisotearían e incluso agredirían al que se las dio. Pero si la imagen o parábola es clara, ¿cuál es su significado? ¿Qué es lo “santo”, y qué son las “perlas”? Algunos de los primeros Padres pensaban que la referencia era a la Cena del Señor o Eucaristía, y argüían que a la gente incrédula, no bautizada, no debería admitírsela en la Comunión.¹⁴ Aunque estaban sin duda en lo correcto al enseñar esto, es en extremo dudoso que Jesús tuviera en mente este asunto. Es mejor encontrar un eslabón con la “Perla de gran precio” de su parábola, que se refiere al reino de Dios¹⁵ o la salvación y, por extensión, el evangelio. Sin embargo, no podemos deducir de esto que Jesús nos prohibía predicar el evangelio a los incrédulos. Suponer esto pondría el Nuevo Testamento de cabeza e iría en contra de la Gran Comisión (con la que termina el Evangelio de Mateo) de “ir y hacer discípulos a todas las naciones”. Los calvinistas radicales no pueden usarlo como argumento contra la evangelización, porque Calvino mismo apremió que es nuestro deber “presentar la doctrina de la salvación indiscriminadamente a todos”.¹⁶

Así pues, los “perros” y los “cerdos” con quienes se nos prohíbe compartir la perla del evangelio no son sólo los no creyentes. Tienen que ser más bien aquellos que han tenido amplia oportunidad de oír y recibir las buenas nuevas, pero que decididamente —aun en forma desafiante— las han rechazado. “Tiene que ser entendido”, continuó sabiamente Calvino: “que los *perros* y los *cerdos* son nombres que se dan no a toda clase de hombres disolutos, o a aquellos que no tienen temor de Dios ni verdadera devoción, sino a aquellos que, mediante pruebas claras, han manifestado un endurecido desprecio hacia Dios, de modo que su enfermedad parece “ser incurable”.¹⁷ Crisóstomo usa una expresión similar, porque identifica los “perros” con personas que “viven en impiedad incurable”,¹⁸ y en nuestros días el profesor

Jeremías los ha definido como “aquellos que se han abandonado totalmente en las rutas del vicio”.¹⁹

El hecho es que persistir más allá de cierto punto en ofrecer el evangelio a gente tal es dar ocasión a su rechazo con desprecio, contumacia y hasta blasfemia. Jesús aplicó el mismo principio al ministerio de los doce cuando les dio instrucciones antes de enviarlos en su primera misión. Les advirtió que en cualquier aldea o casa en la que entraran, aunque algunas personas serían receptivas o “dignas”, otras no serían receptivas o serían “indignas”. “Y si alguno no os recibiere, ni oyere vuestras palabras”, continuó, “salid de aquella casa o ciudad, y sacudid el polvo de vuestros pies”.²⁰

El apóstol Pablo también siguió este principio en su trabajo misionero. En su primera expedición él y Bernabé dijeron a los judíos que “contradijeron” su predicación en Antioquía de Pisidia: “A vosotros a la verdad era necesario que se os hablase primero la palabra de Dios; mas puesto que la desecháis, y no os juzgáis dignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles”. Y cuando los judíos incitaron a los líderes de la ciudad a expulsarlos, “Ellos, entonces, sacudiendo contra ellos el polvo de sus pies, llegaron a Iconio”.²¹ Casi lo mismo sucedió en Corinto, en el segundo viaje misionero. Cuando los judíos se opusieron y blasfemaron, Pablo, “les dijo, sacudiéndose los vestidos: Vuestra sangre sea sobre vuestra propia cabeza; yo, limpio desde ahora me iré a los gentiles”.²² Por tercera vez, Pablo reaccionó de la misma manera cuando en Roma los líderes judíos rechazaron el evangelio. “Sabed, pues, que a los gentiles es enviada esta salvación de Dios; y ellos oirán”.²³

Nuestro testimonio cristiano y nuestra predicación evangelística no deben ser, por tanto, totalmente indiscriminadas. Si las personas han tenido abundante oportunidad de oír la verdad pero no responden a ella, si obstinadamente vuelven las espaldas a Cristo, si (en otras palabras) ellos mismos se colocan en el papel de “perros” y “cerdos”, no debemos seguir una y otra vez con ellos, porque entonces abarataríamos el evangelio de Dios al dejar que ellos lo pisoteen. ¿Puede haber algo más depravado que

confundir la perla preciosa de Dios con una cosa que no es digna y realmente hollarla en el fango? A la vez, abandonar a las personas es un paso muy serio de tomar. Puedo pensar en sólo una o dos ocasiones en mi experiencia en la que he sentido que hacerlo estaba bien. Esta enseñanza de Jesús es solamente para situaciones excepcionales; nuestro deber cristiano normal es ser pacientes y perseverar con otros, de la manera en que Dios ha perseverado pacientemente con nosotros.

3. Nuestra actitud hacia nuestro Padre celestial (7-11)

⁷Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. ⁸Porque todo aquel que pide, recibe, y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ⁹¿Qué hombre hay de vosotros, que si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¹⁰¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? ¹¹Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le pidan?

Parece natural que Jesús pase de nuestra relación con nuestros congéneres a nuestra relación con nuestro Padre celestial, más todavía debido a que nuestro deber cristiano de discriminación (no juzgar a otros, no echar las perlas a los cerdos, y ser de ayuda sin ser hipócrita) es demasiado difícil para nosotros sin la gracia divina.

a. Las promesas que hace Jesús

Este pasaje no es la primera instrucción sobre la oración que se da en el Sermón del Monte. Jesús ya nos ha advertido contra la hipocresía farisaica y el formalismo pagano, y nos ha dado su propia oración modelo. Ahora, sin embargo, nos anima activamente a orar dándonos unas promesas muy bondadosas. Porque “nada se adecúa mejor para entusiasmarlos a orar que la plena convicción de que seremos oídos”.²⁴ O de nuevo, “Él

sabe que somos tímidos y asustadizos, que nos sentimos indignos e incompetentes para presentar nuestras necesidades a Dios... Creemos que Dios es tan grande y nosotros tan diminutos que no nos atrevemos a orar.. Por eso Cristo quiere suprimir tales pensamientos tímidos, quitar nuestras dudas, y hacernos avanzar confiada y audazmente”.²⁵

Jesús procura imprimir sus promesas en nuestra mente y memoria mediante los golpes de martillo de la repetición. Primero, sus promesas se ligan a mandatos directos: *Pedid... buscad... llamad...* (7). Estas pueden estar deliberadamente en una escala ascendente de urgencias. Richard Glover sugiere que un niño, si su madre está cerca y a la vista, pide; si ella no está, busca; en tanto que si se halla inaccesible en su recámara, golpea.²⁶ Sea como fuere, los tres verbos están en presente del imperativo e indican la persistencia con que deberíamos dar a conocer nuestras peticiones a Dios. En segundo lugar, las promesas se expresan en declaraciones universales: *porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá* (8).

En tercer lugar, Jesús ilustra sus promesas mediante una parábola doméstica (9-11). Representa una situación con la que todos sus oyentes estaban familiarizados: un niño que se acerca a su padre con una petición. Si pide pan ¿se le dará algo que no se parece un poco a lo que pide pero que es, de hecho, desastrosamente diferente, *p.ej.* una piedra en vez de pan, o una serpiente en vez de pescado? Es decir, si el niño pide algo sano para comer (pan o pescado), ¿recibirá a cambio algo insano, incomible (una piedra) o positivamente dañino (una serpiente venenosa)? ¡Por supuesto que no! Los padres, aunque sean *malos*, es decir, egoístas por naturaleza, aún aman a sus hijos y les dan sólo *buenas dádivas*. Nótese que aquí Jesús da por sentado, incluso asevera, la pecaminosidad inherente de la naturaleza humana. Al mismo tiempo, no niega que los hombres malos sean capaces de hacer bien. Por el contrario, los padres *malos* dan *buenas dádivas* a sus hijos, porque “Dios derrama en sus corazones una porción de su bondad”.²⁷ Lo que Jesús dice es que, aunque ellos hacen bien, siguiendo los nobles instintos de la

paternidad y cuidando de sus hijos, ni siquiera entonces escapan a la designación de “malos”, porque eso es lo que son los seres humanos.

Así pues, la fuerza de la parábola yace más bien en un contraste y no en una comparación entre Dios y los hombres. Es otro argumento *a fortiori* o “cuanto más”; si los padres humanos (aunque malos) saben dar buenas dádivas a sus hijos, ¿cuánto más nuestro Padre celestial (que no es malo sino totalmente bueno) *dará buenas cosas a los que le pidan?* (11). “Porque ¿qué no daría ahora a hijos cuando le pidan, si ya ha concedido esto mismo, a saber, que sean hijos?”²⁸ No hay duda de que nuestras oraciones se transforman cuando recordamos que el Dios al que nos acercamos es “Abba, Padre”, e infinitamente bueno y misericordioso.

El profesor Jeremías ha demostrado la novedad de esta enseñanza de Jesús. Escribe que “una revisión de la rica y abundante literatura oracional judía, tan poco estudiada aún, lleva a la conclusión de que en ninguno de sus pasajes está atestiguado el término *Abba* para invocar a Dios... era lenguaje infantil, una palabra vulgar empleada a diario; nadie hubiera osado dirigirse con ella a Dios. Jesús, en cambio, lo hace casi siempre... y da poderes a sus discípulos para que repitan *Abba* como él”.²⁹ ¿Qué podía ser más simple que este concepto de la oración? Si pertenecemos a Cristo, Dios es nuestro Padre, somos sus hijos, y la oración es acercarnos a él con nuestras peticiones. El problema es que a muchos de nosotros esto nos parece demasiado simple, hasta simplista. En nuestra sofisticación decimos que no podemos darle crédito, y en todo caso ello no concuerda enteramente con nuestra experiencia. Así nos volvemos de las promesas de la oración de Cristo a problemas de nuestra oración.

b. Los problemas que presentan los hombres

Enfrentada con las promesas francas de Jesús, *Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis*, la gente entabla varias objeciones que necesitamos considerar ahora.

1. *La oración es impropia.* “Este estímulo para orar presenta una falsa imagen de Dios. Implica que él necesita que se le diga de qué carecemos o se le obligue a darlo, mientras que Jesús mismo dijo antes que nuestro Padre celestial sabe qué nos hace falta y cuida de nosotros de todos modos. Además, seguramente no se le puede molestar con nuestros asuntos insignificantes. ¿Por qué deberíamos suponer que sus dádivas dependen de que le pidamos? Los padres humanos, ¿esperan hasta que sus hijos les pidan por sus necesidades para suplirlas?”

A esto tenemos que contestar que la razón por la cual el acto de dar de Dios depende de que le pidamos no es porque el ignore y necesite que le informemos, ni porque esté renuente y necesitemos persuadirlo. La razón tiene que ver con nosotros, no con él; la pregunta no es si él está dispuesto a dar, sino si nosotros estamos dispuestos a recibir. Así pues en la oración no “persuadimos a” Dios, sino más bien luchamos con nosotros mismos para someternos a Dios. Es cierto que el lenguaje de “persuadir a Dios” se usa a menudo con referencia a la oración, pero es en favor de nuestra debilidad humana. Aunque Jacob “persuadió a Dios” lo que realmente sucedió es que Dios lo persuadió a él, haciendo que se rindiera cuando fue capaz de recibir la bendición que Dios todo el tiempo había estado deseando darle.

La verdad es que el Padre celestial nunca consiente a sus hijos. Él no nos colma de regalos los querramos o no, estemos preparados para recibirlos o no. En cambio, espera hasta que reconozcamos nuestra necesidad y nos volvamos a él en humildad. Por eso es que dice *Pedid, y se os dará*, y por lo cual Santiago añade, “No tenéis lo que deseáis, porque no pedís”.³⁰ La oración, entonces, no es “impropia”; es el camino que Dios mismo ha elegido para que expresemos nuestra necesidad consciente y nuestra dependencia humilde de él.

2. *La oración es innecesaria.* Esta segunda objeción surge más de la experiencia que de la teología. Los cristianos atentos miran a su alrededor y ven que la mayoría de la gente lo pasa bien sin

oración. En verdad parece que reciben sin oración las mismas cosas que nosotros recibimos con ella. Consiguen lo que necesitan trabajando por ello, no orando por ello. El agricultor consigue una buena cosecha laborando, no orando. La madre tiene a su niño mediante técnicas médicas, no mediante oración. La familia equilibra su presupuesto por el salario que gana el papá y quizás otros, no por la oración. “Claro”, podemos ser tentados a decir, “esto prueba que la oración no hace un gramo de diferencia; es simple aliento desperdiciado”.

Pero, ¡espera un momento! Al pensar en este asunto, necesitamos distinguir entre las dádivas de Dios como Creador y sus dádivas como Padre, o entre sus dádivas de creación y sus dádivas de redención. Es perfectamente cierto que da ciertas dádivas (cosecha, hijos, alimento, vida) sea que la gente ore o no, que crean o no. Da a todos vida y aliento. Envía a todos la lluvia del cielo y las estaciones fértiles. Hace salir su sol sobre buenos y malos.³¹ “Visita” a la madre cuando ella concibe y más tarde da a luz. Ninguna de estas dádivas depende del reconocimiento de su Creador por parte de la gente o de su oración a él.

Pero las dádivas de redención de Dios son diferentes. Dios no otorga la salvación a todos, sino que “da con abundancia a todos los que le invocan. Porque esto es lo que dice: ‘Todos los que invoquen el nombre del Señor, alcanzarán la salvación’”.³² Lo mismo se aplica a las bendiciones posteriores a la salvación, las “buenas cosas” que Jesús dice que el Padre da a sus hijos. No son bendiciones materiales las referidas aquí, sino bendiciones espirituales —el perdón de cada día, la liberación del mal, la paz, el aumento de la fe, la esperanza y el amor, en efecto la obra del “Espíritu Santo” que mora en nosotros como la bendición completa de Dios, que es como Lucas traduce las “buenas cosas”.³³ Por estas dádivas tenemos ciertamente que orar.

El Padre Nuestro, que Jesús enseñó anteriormente en el Sermón, reúne ambos tipos de dádivas, porque el “pan de cada día” es una dádiva de creación, en tanto que el “perdón” y la “liberación” son dádivas de redención. ¡Cómo es, entonces, que

pueden combinarse en la misma oración? Probablemente la respuesta sea ésta. Oramos por el pan de cada día, no porque temamos morirnos de hambre si no lo pedimos (ya que millones consiguen el pan de cada día sin siquiera orar por él (dar gracias antes de las comidas) sino porque como hijos de Dios es apropiado que regularmente reconozcamos nuestra dependencia física de él. Oramos por perdón y liberación, no obstante, porque estas dádivas sólo se otorgan en respuesta a la oración, y porque sin ellas estaríamos perdidos. De modo que la oración no es innecesaria.

3. *La oración es improductiva.* El tercer problema es obvio corolario del segundo. La gente argumenta que la oración es *innecesaria* porque Dios da a muchos que no piden, y que es *improductiva* porque falla en dar a muchos lo que piden. “Oré para pasar un examen, pero lo reprobé. Oré para ser sanado de una enfermedad, y me puse peor. Oré por paz, pero el mundo está lleno del ruido de la guerra. ¡La oración no funciona!” —Este es el conocido problema de la oración no respondida.

La mejor manera de acercarse a este problema es recordar que las promesas de Jesús en el Sermón del Monte no son incondicionales. La reflexión subsiguiente nos convencerá de ello. Es absurdo suponer que la promesa “Pedid y se os dará” es una garantía absoluta a la cual no se ha atado ninguna condición; que “Tocad, y se os abrirá” es un “Abrete, Sésamo” ante cada puerta cerrada sin excepción; y que agitando la varita mágica de la oración se nos concederá todo deseo y todo sueño se convertirá en realidad. La idea es ridícula. Volvería mágica la oración, un mago como Aladino a la persona que ora, y a Dios lo volvería nuestro siervo que debe aparecer instantáneamente como el genio de Aladino, para cumplir nuestro deseo cada vez que frotamos nuestra pequeña lámpara de oración. Además, este concepto de la oración pondría un gravamen insoportable en todo cristiano sensible si él supiera que está seguro de conseguir todo lo que pidiera. “Si ése fuera el caso”, escribió Alec Motyer, “que cualquier cosa que pidamos, Dios está obligado a darnosla,

entonces yo por lo menos nunca volvería a orar, porque no tendría suficiente confianza en mi propia sabiduría para pedir a Dios por nada; y creo que si lo consideras estarás de acuerdo. Impondría una carga intolerable sobre la frágil sabiduría humana el hecho de que, por las promesas que nos ha dado sobre la oración, Dios estuviera obligado a darnos cualquier cosa que le pidiéramos, cuando las pidiéramos, y exactamente en los términos en que las pidiéramos. ¿Cómo podríamos llevar la carga?”³⁴

Quizás podríamos explicar el asunto de esta manera; por ser *bueno*, nuestro Padre celestial da sólo buenas dádivas a sus hijos; por ser también *sabio*, sabe cuáles dádivas son buenas y cuáles no. Ya hemos oído que Jesús dice que los padres humanos nunca darían una piedra o una serpiente a sus hijos cuando éstos les pidieran pan o pescado. Pero ¿qué pasaría si los hijos (por ignorancia o desatino) pidieran realmente una piedra o una serpiente? ¿Se las darían? Sin duda un padre en extremo irresponsable podría conceder al niño su petición, pero la gran mayoría de los padres serían lo suficientemente sabios y amantes como para no hacerlo. Verdaderamente, nuestro Padre celestial nunca nos daría algo dañino, aunque se lo pidiéramos con urgencia y repetidamente, por la sencilla razón de que él da a sus hijos sólo “buenas dádivas”. Así pues, si pedimos buenas dádivas, él nos las concederá; si pedimos cosas que no son buenas (sea que no son buenas en sí mismas, o que no sean buenas para nosotros o para otros, directa o indirectamente, en forma inmediata o absoluta) él nos las negará; y solamente él distingue la diferencia. Podemos agradecer a Dios que la provisión de nuestras necesidades sea condicional —no sólo cuando pedimos, buscamos y golpeamos, sino también según si lo que deseamos al pedir, buscar y golpear es bueno. Gracias a Dios que él responde a la oración. Gracias sean dadas a Dios que también a veces nos niega lo que le pedimos. “Doy gracias a Dios”, escribe el Dr. Lloyd-Jones “de que él no está dispuesto a hacer todo lo que yo tengo oportunidad de pedirle... Estoy profundamente agradecido a Dios porque él no me concedió ciertas cosas que le pedí, y por que él cerró ciertas puertas en mi rostro.”³⁵

c. Las lecciones que aprendemos

La oración suena muy sencilla cuando Jesús enseña acerca de ella. Simplemente *Pidan... busquen... toquen...* y en cada caso se les responderá. No obstante, ésta es una simplicidad engañosa; es mucho lo que subyace detrás de ella. Primero, la oración presupone conocimiento. Ya que Dios da sus dádivas solamente si ellas están de acuerdo con su voluntad, tenemos que esmerarnos en descubrir su voluntad —mediante la meditación en las Escrituras y mediante el ejercicio de una mentalidad cristiana instruida por la meditación de las Escrituras. En segundo lugar, la oración presupone fe. Una cosa es conocer la voluntad de Dios; otra muy distinta, humillarnos ante él y expresar nuestra confianza en que él es capaz de hacer que su voluntad se cumpla. En tercer lugar, la oración presupone deseo. Podemos conocer la voluntad de Dios y creer que él puede realizarla, y aún así no desearla. La oración es el medio principal que Dios ha ordenado a través del cual expresamos nuestros anhelos más profundos. ³⁶ Esta es la razón por la cual los mandatos de “pedir-buscar-tocar” están en el presente de imperativo y en escala ascendente, para desafiar nuestra perseverancia.

Así entonces, antes que pidamos, tenemos que saber qué pedir y si ello está de acuerdo con la voluntad de Dios; tenemos que creer que Dios puede concederlo; y tenemos que desear genuinamente recibirlo. Entonces las promesas misericordiosas de Jesús se convierten en realidad.

4. Nuestra actitud hacia todos los hombres (12)

¹²Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.

La lógica del “así que” o “por tanto” (*oun*) con que comienza este versículo no es clara. Puede referirse al versículo previo e implicar que si Dios es bueno con todos los que le buscan en oración, sus hijos tienen que ser igualmente buenos con todos.

O puede referirse a algo anterior, al mandato *No juzguéis*, y retomar el argumento subyacente contra la inclinación a la censura y la hipocresía. En todo caso, parece que Jesús expresó este principio en diferentes ocasiones y en diferentes contextos, porque en la versión que Lucas hace del Sermón, le sigue inmediatamente a las tres viñetas que ilustran el mandato de amar a nuestros enemigos.³⁷ Ciertamente un amor tal está fuera de nuestro alcance si no contamos con la gracia de Dios. Es, en efecto, su propio amor y es una de las “buenas cosas” que él nos da por medio de su Espíritu Santo en respuesta a nuestras oraciones.³⁸

Es mucho lo que diversos comentaristas han dicho en cuanto a que la regla de oro se encuentre en forma similar —aunque siempre negativa— en otras partes. A Confucio, por ejemplo, se le acredita haber dicho, “No hagas a otros lo que no quieras que te hagan”; y los estoicos tenían una máxima casi idéntica. En los libros apócrifos del Antiguo Testamento encontramos: “Lo que no quieras que te hagan, no se lo hagas a los demás”,³⁹ y esto, al parecer, es lo que el famoso rabí Hillel citó en c. 20 a.C., cuando un prosélito le preguntó si podría enseñársele toda la ley mientras se mantenía en pie sobre una sola pierna. Su rival, el rabí Shammai no había podido o querido responder, y había despedido al que le hizo la pregunta, pero el rabí Hillel dijo: “Lo que no quieras que te hagan a ti, no se lo hagas a los demás. Esta es toda la ley; todo lo demás es sólo el comentario”.⁴⁰

Debido a que éste es el ejemplo más conocido del supuesto paralelismo entre el Talmud judío y el Sermón del Monte, puede resultar adecuado un comentario mayor. Algunos han ido tan lejos que pretenden que *todo* lo que está en el Sermón está también en el Talmud, y mucho más. El profesor Jeremías reacciona de esta manera: “Ese es precisamente el caso: que en el Talmud se encuentra mucho más, y que uno tiene que buscar el grano entre un montón de paja, el grano dorado y ligero que puede compararse con las palabras del Sermón”.⁴¹ Alfred Edersheim, que escribió a fines del siglo pasado, fue todavía más franco. Estuvo de acuerdo en que existe “agudeza y lógica, penetración y buena voluntad, seriedad y celo” en el Talmud,

pero al mismo tiempo existe una real “contradicción en espíritu y esencia” entre él y el Nuevo Testamento. En verdad, “tomado en su totalidad, no solamente es sumamente no espiritual, sino antiespiritual”.⁴²

Volviendo a la regla de oro, hay realmente una diferencia enorme entre la máxima negativa, mas bien hecha a regañadientes por Hillel, (“No hagas a los demás lo que te resulta aborrecible”) y la iniciativa positiva contenida en la instrucción de Jesús (“Hagan ustedes con los demás como quieran que los demás hagan con ustedes”). Aun así puede sonar como una norma más bien baja, como “Ama a tu prójimo como a tí mismo”. En realidad, sin embargo, es una forma elevada porque el amor a uno mismo es una fuerza poderosa en nuestras vidas. Edersheim llamó a este amor al prójimo “el enfoque más cercano al amor absoluto del cual es capaz la naturaleza humana”.⁴³ También es un principio ético extraordinariamente flexible. Tomar ventaja a nuestro favor con frecuencia nos guía en nuestros propios asuntos; ahora tenemos que dejar que nos guíe en nuestra conducta hacia los demás. Todo lo que deberíamos hacer es usar nuestra imaginación, ponernos en el lugar de la otra persona, y preguntar “¿cómo me gustaría que me trataran en esta situación?. Como escribió el Obispo Ryle, “Resuelve cientos de asuntos difíciles... Evita la necesidad de expedir reglas sin fin que rijan nuestra conducta en casos específicos”.⁴⁴ En verdad, es un principio de tan extensa aplicación que Jesús pudo añadir, *porque esto es la ley y los profetas*. Es decir, cualquiera que norme su conducta hacia los demás de acuerdo a cómo le gustaría que los demás normaran la suya hacia él, ha cumplido la ley y los profetas, por lo menos en lo referente al amor al prójimo.⁴⁵

Al comienzo de este capítulo hemos notado que la contracultura cristiana no es simplemente un sistema de valores y un estilo de vida individuales, sino un asunto comunitario. Incluye las relaciones. Y la comunidad cristiana es en esencia una familia, la familia de Dios. Probablemente los dos elementos más fuertes en nuestra conciencia cristiana son el reconocimiento de Dios como nuestro Padre y de nuestros compañeros cristianos como nuestros hermanos y hermanas por medio de Cristo, aunque al

mismo tiempo no podemos olvidar nunca nuestra responsabilidad hacia aquellos que están fuera de la familia, a quienes ansiamos ver incluidos en ella.

Así pues, en Mateo 7.1-12 Jesús nos ha presentado estas relaciones básicas. En el centro de ellas está Dios, nuestro Padre celestial a quien nos acercamos, de quien dependemos y quien nunca da a sus hijos más que buenas dádivas. Luego, están nuestros compañeros creyentes. Y la anomalía de un espíritu censorador (que juzga) y de un espíritu hipócrita (que ve la brizna a pesar del tronco) es incompatible con la fraternidad cristiana. Si nuestros camaradas cristianos son verdaderamente nuestros hermanos y hermanas en el Señor, es inconcebible que seamos otra cosa que constructivos y atentos en nuestra actitud hacia ellos.

En cuanto a aquellos que están fuera de la familia, existe el caso extremo de los “perros” y “cerdos”, pero no es el caso típico. Son un grupo excepcional de gente obstinada que, podríamos decir, se han “emperrado” y aun “entercado” en su rechazo decidido a Jesucristo. Tenemos que abandonarlos a regañadientes. Pero si el versículo 6 es la excepción, el versículo 12 es la regla, la regla de oro. Ella transforma nuestras acciones. Si nos ponemos con sensibilidad en el lugar de la otra persona, y deseamos para ella lo que deseáramos para nosotros mismos, nunca seremos avaros, siempre generosos; nunca ásperos; siempre comprensivos; nunca crueles, siempre bondadosos.

Mateo 7.13-20

Las relaciones del cristiano: con los falsos profetas

Varios comentaristas sugieren que el cuerpo principal del Sermón (o de la enseñanza) de Jesús ya ha concluido, y que con el versículo 13 comienza la aplicación o conclusión. Ciertamente él pone el acento aquí aun más fuertemente que antes en la necesidad de elegir. *Entrad por la puerta estrecha*, comienza. Es decir, el contraste entre las dos clases de justicia y de devoción, los dos tesoros, los dos señores y las dos ambiciones han sido retratados con fidelidad; ahora ha llegado el momento de la decisión. ¿Será el reino de Satanás o el reino de Dios, la cultura reinante o la contracultura cristiana? Jesús continúa con la presentación de la alternativa cuando describe los dos caminos (ancho y angosto), los dos maestros (falso y verdadero), las dos excusas (palabras y obras) y finalmente los dos cimientos (arena y roca).

1. La elección ineludible (13, 14)

¹³Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición,

y muchos son los que entran por ella; ¹⁴porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.

Lo que impacta inmediatamente de estos versículos es la naturaleza absoluta de la elección que tenemos ante nosotros. Todos preferiríamos que se nos dieran muchas más elecciones y no sólo una, o mejor aun fusionarlas todas en una religión conglomerada, eliminando así la necesidad de algún tipo de elección. Pero Jesús corta en forma tajante nuestro sincretismo cómodo. Él no nos permitirá las soluciones cómodas que proponíamos. En cambio, insiste que esencialmente hay sólo una elección, porque sólo hay dos posibilidades para escoger.

En primer lugar, hay dos caminos. Este concepto se encuentra ya en el Antiguo Testamento. El Salmo 1, por ejemplo, pone en contraste “el camino del justo” que se deleita en la ley de Dios, da fruto y prospera, con el “camino de los impíos” que son como el tamo que arrebatara el viento y perecen. Ahora Jesús plasma la imagen. Un camino es fácil. La palabra significa “amplio, espacioso, holgado” (AG), y algunos manuscritos combinan estas imágenes y llaman a este camino “ancho y fácil”. Hay mucho espacio en él para diversidad de opiniones y laxitud moral. Es la senda de la tolerancia y de la irrestricción. No tiene frenos, ni límite de pensamiento o conducta. Los viajeros de este camino siguen sus propias inclinaciones, es decir, los deseos del corazón humano en su situación caída. La superficialidad, el amor a uno mismo, la hipocresía, la religión mecánica, la falsa ambición, la censura —no tienen que aprenderse o cultivarse. Se necesita esfuerzo para resistirlas. No se requiere de ningún esfuerzo para practicarlas. Por eso el camino amplio es fácil.

El camino *angosto*, por otro lado, es difícil. Sus límites están marcados claramente. Su estrechez se debe a algo llamado “revelación divina”, que restringe a los peregrinos a los confines de lo que Dios ha revelado en las Escrituras como bueno y verdadero. C.S. Lewis describió en su autobiografía cómo siendo un colegial de trece años comenzó a “ampliar su mentalidad”. “Pronto fui cambiando (en las famosas palabras) ‘creo’ por ‘siento

que’. Y ¡oh, que alivio sentía con ello!... Del mediodía tirano de la revelación pasé al frío crepúsculo vespertino del Pensamiento Elevado, donde no existía nada que obedecer, y nada que creer excepto lo que fuera cómodo o emocionante”¹

Es un hecho que la verdad revelada impone limitaciones a lo que los cristianos pueden creer, y que la bondad revelada las impone en cómo podemos conducirnos. Y en un sentido esto es “difícil”. Aunque en otro sentido, como señaló Crisóstomo hace siglos, al camino duro y angosto de Cristo también debe dársele la bienvenida como a su “yugo fácil” y su “carga ligera”²

En segundo lugar, hay dos puertas. La puerta que conduce al camino fácil es *ancha*, porque es una cuestión simple entrar a la senda fácil. Evidentemente no hay límite para el equipaje que podemos llevar con nosotros. No necesitamos dejar nada detrás, ni siquiera nuestros pecados, nuestro orgullo o nuestra propia justicia. La puerta que conduce al camino difícil, por otro lado, es *estrecha*. Uno tiene que buscar para encontrarla. Es fácil pasarla por alto. Como dijo Jesús en otro pasaje relacionado, es tan estrecha como el ojo de una aguja. Además, para entrar por ella tenemos que dejar todo detrás —pecado, ambición egoísta, codicia, aun la familia y los amigos si es necesario. Porque ninguno puede seguir a Cristo si no se ha negado primero a sí mismo. La entrada también es una puerta de carretera de peaje: se entra por ella de a uno por uno. ¿Cómo podemos encontrarla? Es el mismo Jesús. “Yo soy la puerta”, dijo, “el que por mí entrare, será salvo”³

En tercer lugar, hay dos destinos. Ya hemos visto esto prefigurado en el Salmo 1, donde las alternativas son “prosperar” y “perecer”. Moisés lo aclaró más aun: “Mira, yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal... la bendición y la maldición; escoge, pues la vida”⁴ De manera similar, Jesús enseñó que el camino fácil, al que se entra por la puerta ancha, lleva a la *perdición*. No define lo que quiso decir con esto, y probablemente la naturaleza precisa del infierno está tan fuera del alcance de nuestro entendimiento finito como la naturaleza precisa del cielo. Pero la palabra terrible “destrucción”⁵ (terrible porque Dios es propiamente el Creador, no el Destructor, y porque el hombre

fue creado para vivir, no para morir) parece al menos darnos libertad de decir que todo lo bueno será destruido en el infierno —el amor y la amabilidad, la belleza y la verdad, el gozo, la paz y la esperanza— y lo será para siempre. Es un panorama demasiado horrible para contemplarlo sin lágrimas. Porque la senda amplia es una senda suicida.

En contraste, el camino angosto, al que se entra por la puerta estrecha, lleva a la *vida*, exactamente a esa “vida eterna” que Jesús explicó en términos de comunión con Dios, que comienza aquí pero se perfecciona en el más allá, en la que vemos y compartimos su gloria, y hallamos perfecta realización como seres humanos en el servicio desinteresado a él y a nuestros congéneres.

En cuarto lugar, hay dos grupos de gente. Los que entran por la puerta ancha y viajan por la senda fácil que lleva a la destrucción son *muchos*. La senda amplia y fácil es una vía pública concurrida, atestada de peatones de toda clase. No obstante el camino angosto y difícil que lleva a la vida en comparación parece desierto. *Pocos son los que lo hallan*. Jesús parece haber previsto que sus seguidores serían (o por lo menos parecerían ser y ellos mismos sentirían ser) un movimiento minoritario despreciado. Vio multitudes en la senda amplia, risueñas y despreocupadas, que aparentemente no pensaban en el espantoso fin al que se dirigían, mientras por la senda angosta había sólo una “alegre banda de peregrinos”, asidos de la mano, vueltas las espaldas al pecado y dirigidos los rostros hacia la Ciudad Celestial, “cantando cánticos de esperanza, en marcha hacia la tierra prometida”.

No creo que sobre la base de este contraste entre los *pocos* y los *muchos* podamos construir algún tipo de especulación referente a que el número final de redimidos de Dios será pequeño. Si comparamos las Escrituras con las Escrituras (como siempre tenemos que hacer), queremos poner al lado de esta enseñanza de Jesús la visión de Juan de que los redimidos ante el trono de Dios serán “una gran multitud, la cual nadie podía contar”.⁶ No sé como reconciliar estos dos conceptos. Ni está claro para mí cómo se relaciona este pasaje con el problema aun no resuelto de aquellos que no han oído el evangelio. Porque una palabra que es común a ambos grupos de personas, los “pocos”

y los “muchos”, es el verbo “entrar”. Es porque los muchos “entran” por la puerta ancha que Jesús insta a sus oyentes a “entrar por la puerta estrecha”. Esto implica que ninguno de los dos grupos ignora las consecuencias; a cada uno se le ha presentado la elección y deliberadamente ha “entrado” por uno u otro camino. Todo el cuadro parece relacionarse solamente con aquellos que han tenido la oportunidad de decidir a favor o en contra de Cristo; aquellos que nunca han oído simplemente quedan fuera de la perspectiva. Por tanto, seremos sabios si no nos preocupamos por tales cuestiones especulativas, como Jesús mismo lo dijo en otra ocasión. Alguien le preguntó: “Señor, ¿son pocos los que se salvan?”. Pero él se negó a satisfacer su curiosidad. En cambio contestó: “Esforzaos a entrar por la puerta angosta”.⁷

Para recapitular, según Jesús existen sólo dos caminos; el difícil y el fácil (no hay camino intermedio); se entra a ellos por dos puertas, la ancha y la estrecha (no hay otra puerta); son transitados por dos grupos, el grande y el pequeño (no hay un grupo neutral); y conducen a dos destinos, destrucción y vida (no hay una tercera opción). Casi no es necesario comentar que tal explicación hoy está sumamente fuera de moda. A la gente no le gusta comprometerse. Toda encuesta de opinión permite no sólo una respuesta de “sí” o “no”, sino también un conveniente “no se”. Los hombres aman a Aristóteles y su término medio. El sendero más popular es la *vía media*. Desviarse del camino intermedio es arriesgarse a ser tachado de “extremista” o de “fanático”. Todos se resisten a enfrentarse con la necesidad de elección. Pero Jesús no nos permite escapar de ella.

2. El peligro de los falsos maestros (15-20)

¹⁵Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. ¹⁶Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?

¹⁷Así todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos. ¹⁸No puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos.

¹⁹Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y echado en el fuego. ²⁰Así que, por sus frutos los conoceréis.

a. Supuestos

Al decir a la gente *guardaos de los falsos profetas*, Jesús obviamente asume que los había. No tiene sentido poner en la puerta de tu jardín un letrero que diga “Cuidado con el perro” si todo lo que tienes en casa es un par de gatos y un periquillo australiano. No. Jesús advirtió a sus seguidores acerca de los falsos profetas porque ellos ya existían. Los encontramos en numerosas ocasiones en el Antiguo Testamento, y Jesús parece haber considerado a los fariseos y saduceos bajo la misma luz. “Guías ciegos de los ciegos”, los llamó. También insinuó que crecerían, y que el período anterior al fin estaría caracterizado no sólo por la extensión mundial del evangelio sino también por el surgimiento de falsos maestros que harían extraviarse a muchos.⁸ Oímos de ellos casi en todas las cartas del Nuevo Testamento. Se los llama “falsos profetas” como aquí (“profetas” probablemente porque pretendían tener inspiración divina), “falsos apóstoles” (porque pretendían tener autoridad apostólica⁹) o “falsos maestros”,¹⁰ o aun “falsos Cristos” (porque tenían pretensiones mesiánicas o negaban que Jesús era el Cristo venido en carne.¹¹ Pero cada uno de ellos era “falso”, “seudo”, y *pseudos* es la palabra griega que se usa para mentira. La historia de la iglesia cristiana ha sido una larga y sombría crónica de controversia con falsos maestros. El valor de ellos, en la soberana providencia de Dios, es que han presentado a la iglesia un desafío a examinar y definir la verdad pero también han causado mucho daño. Temo que haya todavía muchos en la iglesia de hoy.

Al decirnos que nos guardáramos de los falsos profetas Jesús estaba anunciando otro supuesto, a saber, que hay algo tal como una norma objetiva de verdad a partir de la cual puede distinguirse la falsedad de los falsos profetas. La mera noción de “falsos” profetas, de otra manera, no tendría significado. En los días bíblicos un verdadero profeta es aquel que enseñaba la verdad por inspiración divina, y el falso profeta era aquel que

decía tener la misma inspiración divina pero en realidad propagaba la mentira. Jeremías los puso en contraste en estos términos: los falsos profetas “hablan visión de su propio corazón”, mientras los profetas verdaderos “están en el secreto de Jehová”, “están atentos a su palabra”, “Hacen oír sus palabras a su pueblo” y “hablan de la boca de Jehová”.¹²

Una vez más, “el profeta que tuviere un sueño, cuente el sueño; y aquel a quien fuere mi palabra, cuente mi palabra verdadera. ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo?”¹³ Así que al referirse Jesús a ciertos maestros como falsos profetas queda claro que él no era sincretista, enseñando que las opiniones contradictorias eran en realidad percepciones complementarias de la misma verdad. Sostuvo que la verdad y la falsedad se excluyen mutuamente, y que aquellos que propagan mentiras en el nombre de Dios son falsos profetas, de quienes sus seguidores deben guardarse.

b. Advertencias

Después de señalar estos supuestos de Jesús (que hay falsos profetas y que hay una verdad de la cual ellos se desvían) debemos ahora considerar su advertencia más precisamente: *Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces* (15). Aprendemos de esta metáfora que los falsos profetas son tanto peligrosos como engañosos.

Su peligro reside en que ellos en realidad son *lobos*. Ahora bien, en la Palestina del primer siglo el lobo era el enemigo natural de la oveja, que estaba completamente indefensa frente a él. De aquí que un buen pastor, como Jesús enseñaría más tarde, estaba siempre alerta para proteger sus ovejas de los lobos, mientras que el trabajador asalariado (que, al no ser el propietario de las ovejas, no cuida de ellas) al ver a un lobo las abandonaría y huiría, dejándolo que atacara y las dispersara.¹⁴ Del mismo modo el rebaño de Cristo está a merced de buenos pastores, trabajadores asalariados o lobos. El buen pastor alimenta al rebaño con la verdad, el falso maestro, como un lobo, lo divide mediante el

error, mientras el que trabaja por el pago y se acomoda a los vientos de doctrina que soplan en la época no hace nada para protegerlo sino, por el contrario, lo abandona a los falsos maestros. “Se”, dijo Pablo a los ancianos de Éfeso, “que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad...”¹⁵

¿Cuáles con estas “cosas perversas” que son trastorno y peligro para la iglesia? Una de las características principales de los falsos profetas en el Antiguo Testamento es su optimismo amoral, su negación de que Dios es el Dios de juicio como lo es de inmutable amor y misericordia. Ellos serán culpables, dijo Jeremías al pueblo, de “alimentarlos con vanas esperanzas... Dicen atrevidamente a los que me irritan; Jehová dijo: Paz tendréis; y a cualquiera que anda tras la obstinación de su corazón, dicen: No vendrá mal sobre vosotros”.¹⁶ Dios se queja, de manera similar: “Y curaron la herida de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo: Paz, paz; y no hay paz”.¹⁷ Tal arenga era, para decir lo menos, un grave perjuicio para el pueblo de Dios. Les daba un sentido falso de seguridad. Los arrullaba para que durmieran en sus pecados. Fracasaba en advertirles del juicio inminente de Dios o en decirles cómo escapar de él.

Sin duda no es un accidente, por tanto, que la advertencia de Jesús sobre los falsos profetas que se encuentra en el Sermón del Monte siga inmediatamente a su enseñanza sobre las dos puertas, caminos, grupos y destinos. Porque los falsos profetas son hábiles para nublar o empañar el asunto de la salvación. Algunos enturbian o distorsionan tanto el evangelio que hacen difícil encontrar la puerta estrecha para los que buscan. Otros tratan de probar que el camino angosto es en realidad mucho más amplio de lo que Jesús dio a entender, y que andar por él requiere pocas restricciones, si es que requiere alguna, en la creencia o conducta de uno. Otros más, quizás los más perniciosos de todos, se atreven a contradecir a Jesús y aseverar que la senda ancha no lleva a la destrucción, sino que es un hecho que todos los caminos

conducen a Dios, y que ambos caminos, el ancho y el angosto, aunque comienzan con dirección opuesta, al final terminan en vida. No es extraño que Jesús asemejara a tales falsos maestros con *lobos rapaces*, no tanto porque sean codiciosos de ganancias, prestigio o poder (aunque con frecuencia lo son), sino porque son “feroces” (VP), es decir, extremadamente peligrosos. Son responsables de conducir a algunas personas a la misma destrucción que dicen que no existe.

Son más que peligrosos: son engañosos. Los “perros” y los “cerdos” del versículo 6, debido a sus sucios hábitos, son fáciles de reconocer. No así los “lobos”, porque ellos se cuelan en el rebaño con el disfraz de ovejas. Como resultado, el incauto los confunde realmente con ovejas y les da la bienvenida sin recelo. Su verdadero carácter no se descubre hasta que es demasiado tarde y el daño ya ha sido hecho.

En otras palabras, un falso maestro no se anuncia y pregona a sí mismo como proveedor de mentiras; al contrario, simula ser maestro de la verdad. “Disimula sus sombrías intenciones bajo un vestido de cristianismo, sabe que los cristianos forman un pueblo crédulo. Cuenta con no ser desenmascarado en su hábito inocente”.¹⁸ No sólo finge piedad, sino que a menudo usa el lenguaje de la ortodoxia histórica para ganar la aceptación del crédulo, mientras quiere decir algo completamente diferente, algo destructivo de la misma verdad que pretende sostener. También se oculta tras la cubierta de títulos pomposos e impresionantes grados académicos.

Así que, “¡guardaos!” advierte Jesús. Debemos estar en guardia, orar por discernimiento, usar nuestras facultades críticas y nunca aflojar nuestra vigilancia. No debe deslumbrarnos el ropaje exterior de una persona —su encanto, erudición, doctorados y distinciones eclesiásticas. No debemos ser tan cándidos para suponer que, porque tiene un doctorado en filosofía o un doctorado en teología, o es profesor u obispo *tiene* que ser un embajador de Cristo verdadero y ortodoxo. Tenemos que mirar la realidad bajo la apariencia. ¿Qué vive bajo el vellón: una oveja o un lobo?

c. Pruebas

Habiendo señalado los supuestos que hizo Jesús y las advertencias que dio, estamos ahora listos para ver la prueba o pruebas que nos dijo que aplicáramos. Cambia su metáfora de ovejas y lobos a árboles y su fruto, del vestido de oveja que un lobo puede llevar al fruto que un árbol puede dar. Al hacerlo así, pasa del riesgo de no reconocer al medio para reconocer. Aunque ustedes pueden en verdad confundir a veces un lobo con una oveja, parece decir, no pueden cometer el mismo error con un árbol. Ningún árbol puede ocultar por demasiado tiempo su identidad. Tarde o temprano se traicionará él mismo —por su fruto. Un lobo puede disfrazarse; un árbol no. Las hierbas nocivas como los espinos y los abrojos simplemente no pueden producir fruto comestible como uvas e higos. No sólo el carácter del fruto se determina por el árbol (una higuera da higos y una vid, uvas), sino también su condición (*todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos*, 17). En verdad, *no puede el buen árbol dar malos frutos, ni el árbol malo dar frutos buenos* (18). Y el día del juicio finalizará la diferencia, así como los árboles que no dan fruto son cortados y quemados (19). Por tanto (por que ésta es la conclusión en la que Jesús hace hincapié dos veces *por sus frutos los conoceréis* (16-20)). ¿Cuáles son estos frutos?

El primer tipo de “fruto” por el cual los falsos profetas revelan su verdadera identidad es en la esfera del carácter y la conducta. En la propia alegoría de Jesús sobre la vid, fructificación evidentemente significa semejanza a Cristo: en efecto lo que Pablo más tarde denominó “el fruto del Espíritu”. Siendo esto así, en cualquier momento que veamos en un maestro la mansedumbre y humildad de Cristo, su amor, paciencia, bondad, benignidad y dominio propio, tendremos razón para creer que él es verdadero, no falso. Por otra parte, siempre que estas cualidades no se hallen presentes, y “las obras de la carne” se manifiesten más que “el fruto del Espíritu” —en especial, enemistad, impureza, celos y libertinaje— estaremos justificados para sospechar que el profeta es un impostor, sin importar lo pretencioso de sus demandas y lo engañoso de su enseñanza.

Pero los “frutos” de un profeta no son sólo su carácter y forma de vida. En verdad, los intérpretes “que los confinan a la vida, están en mi opinión, equivocados” escribió Calvino.¹⁹ Un segundo “fruto” es la enseñanza real del hombre. Esto se sugiere con fuerza en el otro uso que Jesús hizo de la misma metáfora árbol-fruto: “Por el fruto se conoce al árbol ¡Generación de víboras! ¡Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. El hombre bueno del buen tesoro del corazón saca buenas cosas; y el hombre malo, del mal tesoro saca malas cosas. Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado”.²⁰ Así pues, si el corazón de una persona se revela en sus palabras, como el árbol se conoce por su fruto, tenemos la responsabilidad de probar al maestro por su enseñanza. El apóstol Juan nos da un ejemplo de esto, porque las iglesias de Asia a las que él escribió habían sido invadidas por falsos maestros. Al igual que Jesús, él les advirtió que no se dejasen engañar, sino que mas bien “probaran los espíritus” (los maestros pretenden inspiración) si son de Dios.²¹ Los animó a buscar justicia y amor en sus maestros y a rechazar como espurios al injusto y al carente de amor. Pero a estas pruebas morales añadió una prueba doctrinal. En general, era si el mensaje de los maestros estaba o no de acuerdo con la instrucción apostólica original²² y, en particular, si confesaba a Jesús como el Cristo venido en carne, reconociendo así su persona divina-humana.²³

Los reformadores del siglo dieciséis, que fueron acusados por la Iglesia Católica Romana de ser innovadores y falsos maestros, se defendieron a sí mismos mediante esta prueba doctrinal. Apelaron a las Escrituras y mantuvieron que su enseñanza no era la introducción de algo nuevo sino la recuperación de algo viejo, a saber el evangelio original de Cristo y sus apóstoles. Eran mas bien los católicos medievales los que se habían desviado de la verdad al error. “Así a la pura palabra de Dios”, clamó Lutero, porque entonces seréis capaces de “reconocer al juez” que está en lo correcto”.²⁴ Calvino hizo el

mismo énfasis: “Todas las doctrinas tienen que llevarse a la Palabra de Dios que es la norma”, porque “en el juicio a los falsos profetas la regla de fe (*i.e.* Las Escrituras) mantiene el primer lugar”.²⁵ También fue un paso más allá al llamar la atención hacia los motivos de los falsos maestros además de la esencia de su enseñanza: “Bajo los *frutos* se incluye la misma *manera de enseñanza...*, porque Cristo comprueba que fue enviado por Dios partiendo de esta consideración, que “él no buscaba su propia gloria, sino la gloria del Padre que lo envió”. (Juan 7:18).²⁶

Al examinar las credenciales de un maestro, entonces, tenemos que examinar su carácter y su mensaje. El Obispo Ryle lo resumió bien: “La sana doctrina y la vida santa son las marcas de los verdaderos profetas”.²⁷ Luego, creo que existe una tercera prueba que debemos aplicar a los maestros, y esta concierne a su influencia. Tenemos que preguntarnos qué efecto tiene su enseñanza en sus seguidores. A veces la falsedad de la enseñanza falsa no es inmediatamente explícita cuando miramos el sistema y la conducta de un maestro, pero se vuelve explícita solamente a través de sus resultados desastrosos. Esto es lo que quiso decir Pablo cuando escribió de la tendencia al error que “carcomerá como gangrena”.²⁸ Su progreso gangrenoso se ve cuando trastorna la fe de las personas,²⁹ promueve la impiedad³⁰ y causa amargas divisiones.³¹ La enseñanza sana, en contraste, produce fe, amor y piedad.³²

Por supuesto que la aplicación de la prueba del “fruto” no es sencilla en su conjunto ni fácil de detectar. Porque el fruto toma tiempo en crecer y madurar. Tenemos que esperarlo con paciencia. También necesitamos tener la oportunidad de examinarlo de cerca, porque no siempre es posible reconocer un árbol y su fruto a la distancia. En verdad, aun estando cerca pueden escapárenos al principio los síntomas de enfermedad en el árbol o la presencia de una larva en el fruto. Para aplicar esto a un maestro, lo que se necesita no es una valoración superficial de su posición en la iglesia, sino un escrutinio íntimo y crítico de su carácter, conducta, mensaje, motivos e influencia.

Esta advertencia de Jesús no nos alienta, no obstante, a volvernos sospechosos de cualquiera o a adoptar como nuestro pasatiempo el deshonesto deporte conocido como “cacería de herejes”. Más bien ella es el recordatorio solemne de que existen falsos maestros en la iglesia y que debemos mantenernos en guardia. La verdad importa. Porque es la verdad de Dios y edifica a la iglesia de Dios, en tanto que el error es diabólico y destructivo. Si nos preocupa la verdad de Dios y la iglesia de Dios, tendremos que tomar en serio la advertencia de Cristo. Él y sus apóstoles colocan la responsabilidad de la pureza doctrinal de la iglesia en parte sobre los hombros de los dirigentes cristianos (obispos u otros pastores principales), pero también y en especial sobre cada congregación. La iglesia cristiana tiene más poder de lo que a menudo se da cuenta o usa para decidir a qué maestros va a escuchar. El “Guardaos de los falsos profetas” de Jesucristo se dirige a todos nosotros. Si la iglesia hubiera atendido su advertencia y aplicado sus pruebas, no se hallaría en el peligroso estado de confusión teológica y moral en que se encuentra hoy.

Con este párrafo, Jesús concluye su bosquejo de las relaciones del cristianismo. Cuando miramos hacia atrás y las unimos, vemos cuán ricas y variadas son. Como hermano, el cristiano aborrece la hipocresía, se critica él mismo y procura dar apoyo constructivo moral a otros. Como evangelista aprecia la perla del evangelio en forma tan elevada que se niega a exponerla al rechazo desdeñoso de pecadores endurecidos. Como amante de todos los hombres está resuelto a conducirse hacia ellos como le gustaría que ellos se condujeran hacia él. Como hijo, espera humilde y confiadamente que su Padre celestial le dé todas las buenas dádivas que necesita. Como viajero en el camino angosto y difícil disfruta de la comunión con sus compañeros de peregrinaje y mantiene sus ojos en la meta de la vida. Como campeón de la verdad revelada de Dios, atiende la advertencia de Cristo a estar alerta por los falsos maestros que la podrían pervertir y así diezmar el rebaño de Cristo.

Mateo 7.21-27

La entrega del cristiano: la elección radical

Estuviéramos o no en lo correcto al pensar que Jesús comenzó su conclusión con el versículo 13, vemos con certeza que ahora llega a ella. A esta altura no está interesado en añadir más instrucción, sino más bien en asegurar una respuesta propia a la instrucción que ya ha dado. “El Señor Jesús concluye el Sermón del Monte”, escribe J. C. Ryle, “mediante un pasaje de aplicación que penetra el corazón. Pasa de los falsos profetas a los falsos profesantes, de los maestros insanos a los oyentes insanos”.¹ El comentario de R.G.V. Tasker es similar: “No son sólo los falsos maestros los que hacen difícil encontrar el camino angosto y aun más difícil transitarlo. También un hombre puede estar penosamente autoengañado”.²

Así que Jesús nos enfrenta consigo mismo, coloca ante nosotros la elección radical entre obediencia y desobediencia, y nos llama a una entrega incondicional de mente, voluntad y vida a su enseñanza. La forma en que lo hace es advirtiéndonos que hay dos opciones inaceptables: primero, una profesión

meramente verbal (21-23), y segundo, un conocimiento meramente intelectual (24-27). No puede haber sustituto para la obediencia; en verdad cada una de las opciones anteriores puede ser un camuflaje para la desobediencia. Jesús hace hincapié con gran solemnidad en que nuestro destino eterno depende de una completa obediencia.

Con respecto a esto, los dos párrafos finales del Sermón son muy similares. Ambos ponen en contraste las respuestas erróneas y correctas a la enseñanza de Cristo. Ambos muestran que la neutralidad es imposible y que tiene que hacerse una decisión definida. Ambos ponen el acento en que nada puede tomar el lugar de una obediencia activa y práctica. Y ambos enseñan que el asunto de la vida y la muerte en el día del juicio será determinado por nuestra respuesta moral hacia Cristo y su enseñanza, en esta vida. La única diferencia entre los párrafos es que el primer tipo de gente ofrece una profesión de labios como alternativa a la obediencia, y el segundo tipo ofrece una audición de sus oídos.

1. El peligro de una profesión meramente verbal (21-23)

²¹No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. ²²Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? ²³Y entonces le declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.

Las personas que Jesús describe aquí confían en una afirmación de credo para su salvación, en lo que ellos “dicen” de o a Cristo. “No todo el que me *dice*” (21). “Muchos me *dirán* en aquel día” (22). Pero nuestro destino final será fijado, insiste Jesús, no por lo que le decimos a él hoy, ni por lo que le diremos en el día postrero, sino a condición de que hagamos lo que decimos, de

que nuestra profesión verbal esté acompañada de obediencia moral.

Ahora bien, una profesión verbal de Cristo es indispensable. Para ser salvo, escribió Pablo, tenemos que confesar con nuestra boca y creer con nuestro corazón.³ Y una verdadera confesión de Jesús como Señor es imposible sin el Espíritu Santo.⁴ Además, la clase de confesión o profesión cristiana que Jesús describe al final del Sermón parece ser —cuando menos en la periferia— enteramente digna de admiración. Para comenzar, es cortés. Se dirige a él como “Señor”, tal como la manera más respetuosa y educada de referirse a Jesús todavía es decirle “nuestro Señor”. Luego, la profesión es ortodoxa. Aunque llamar a Jesús “Señor” pueda significar simplemente “señor” o “don”, el contexto aquí contiene alusiones a Dios como su Padre y a él mismo como Juez, y por tanto parece implicar más. Ciertamente, después de su muerte y resurrección los cristianos primitivos supieron lo que hacían cuando lo llamaron “Señor”. Este era un título divino, un equivalente, en el Antiguo Testamento en griego, de la palabra hebrea para “Jehová”. Así que desde nuestra perspectiva posterior podemos decir que ésta es una confesión ortodoxa y exacta de Jesucristo. En tercer lugar, es ferviente, porque no se trata de un “Señor” frío o formal sino de un entusiasta “Señor, Señor”, como si el que lo pronuncia deseara dirigir la atención hacia la fuerza y celo de su devoción.

El cuarto punto es que se trata de una confesión pública. No es una declaración privada y personal de lealtad de Jesús. Algunos hasta han “profetizado” en el nombre de Cristo, atreviéndose a reclamar, cuando predicaban en alguna ocasión pública, la autoridad y la inspiración de Jesús mismo. Más aun, la profesión ha sido incluso a veces espectacular. Para elaborar su idea, Jesús cita los ejemplos más extremos de profesión verbal, a saber, el ejercicio de un ministerio sobrenatural que incluye profecía, exorcismo y milagros. Lo que estas personas destacan cuando se dirigen a Cristo en el día del juicio es el nombre en el cual ellos han ministrado. Lo usan tres veces, y cada vez lo ponen en primer lugar para enfatizarlo. Aseguran que en el nombre de Cristo,

confesado abierta y públicamente, han profetizado, echado fuera demonios y hecho muchos milagros. Y no hay necesidad de dudar de la verdad de su pretensión, porque hasta los falsos profetas y falsos Cristos harán grandes señales y prodigios”.⁵

¿Qué mejor profesión cristiana podría hacerse? Aquí hay gente que llama a Jesús “Señor” con cortesía, ortodoxia y entusiasmo, en su devoción privada y en el ministerio público. ¿Qué hay de malo en esto? Nada en sí mismo. Y sin embargo, todo está mal porque es perorata sin verdad, profesión sin realidad. No los salvará en el día del juicio. Así pues Jesús pasa de lo que ellos le dicen y le dirán a lo que él les dirá. También él hará una profesión solemne. La palabra que se usa en el versículo 23 es *homologēsō*, “confesaré”. La confesión de Cristo a ellos será igual en el hecho de ser pública, pero será distinta en el hecho de que es verdadera. Él les dirigirá las terribles palabras: *Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad*. Porque aunque ellos habían usado el nombre de él libremente y sin restricciones, el nombre de ellos era desconocido para él.

La razón de su rechazo hacia ellos es que la profesión de fe que hacían era verbal, no moral. Concernía sólo a sus labios, y no a su vida. Ellos llamaban a Jesús “Señor, Señor”, pero nunca se habían sometido a su señorío ni obedecido la voluntad de su Padre celestial. La versión que Lucas hace de esta declaración es, si cabe, más fuerte aun: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”⁶ La diferencia vital reside entre “decir” y “hacer”. La razón por la cual Cristo el Juez los desterrará de su presencia es que son *hacedores de maldad*. Ellos dirán que hacen *obras prodigiosas* en su ministerio; pero en su conducta de cada día las obras que hacen no son buenas sino malas. ¿De qué valor es para esas personas llevar el nombre de Cristo en sus labios? Como lo expresó Pablo unos años más tarde: “Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo”.⁷

Quienes afirmamos ser cristianos en nuestros días hemos hecho una profesión de fe en Jesús en forma privada en la conversión y públicamente en el bautismo y/o confirmación. Parecemos honrar a Jesús al referirnos a él como “el Señor” o

“nuestro Señor”. Recitamos el credo en la iglesia, y cantamos himnos que expresan la devoción a Cristo. Incluso ejercemos una variedad de ministerios en su nombre. Pero a él no le impresionan nuestras palabras piadosas y ortodoxas. Todavía pide pruebas de nuestra sinceridad mediante buenas obras de obediencia.

2. El peligro de un conocimiento meramente intelectual (24-27)

²⁴Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca. ²⁵Descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y golpearon contra aquella casa; y no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.

²⁶Pero cualquiera que me oye estas palabras y no las hace, le compararé a un hombre insensato, que edificó su casa sobre la arena; ²⁷y descendió lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos, y dieron con ímpetu contra aquella casa, y cayó, y fue grande su ruina.

Mientras en el párrafo anterior el contraste era entre “dicho” y “hecho”, ahora el contraste es entre “oír” y “hacer”. Por una parte, dice Jesús, está la persona que *me oye estas palabras, y las hace* (24), y por la otra la persona que *me oye estas palabras y no las hace* (26). Luego ilustra el contraste entre sus oyentes, el obediente y el desobediente, mediante su bien conocida parábola de los dos constructores: el hombre prudente que “cavó y ahondó”⁸ y edificó su casa sobre la roca, y el insensato que no quiso molestarse con los cimientos y se contentó con edificar sobre la arena. Un observador casual no habría notado la diferencia entre ambos edificios una vez terminados. Porque la diferencia estaba en los cimientos, y los cimientos no se ven. Sólo cuando una tormenta azotó y abatió ambas casas con gran ferocidad —“la lluvia en el techo, los ríos en los cimientos, el viento en las paredes”⁹— se reveló la diferencia fundamental y fatal. Porque la casa que estaba sobre la roca resistió el temporal,

mientras la casa que estaba sobre la arena se derrumbó en irreparable ruina.

De la misma manera, los que profesan ser cristianos (el genuino y el espurio) con frecuencia lucen semejantes. No se puede distinguir fácilmente cuál es cuál. Ambos parecen estar construyendo vidas cristianas. Porque Jesús no pone en contraste aquí a los cristianos profesantes con los no cristianos, que no han hecho profesión. Por el contrario, lo que tienen en común ambos constructores de casas espirituales es que ellos *me oyen estas palabras*. Así que ambos son miembros de la comunidad cristiana visible. Ambos leen la Biblia, van a la Iglesia, escuchan sermones y compran literatura cristiana. La razón por la que a menudo no puedes decir qué diferencia hay entre ellos es que los cimientos profundos de sus vidas están ocultos. La cuestión real no es si *oyen* la enseñanza de Cristo (ni siquiera si la respetan o la creen), sino si *hacen* lo que oyen. Sólo una tormenta revelará la verdad. A veces una tormenta de crisis o calamidades pone de manifiesto qué clase de persona somos, porque “la verdadera piedad no se distingue de su falsificación hasta que llega a la prueba”.¹⁰ Si no antes, la tormenta del día del juicio con seguridad lo hará manifiesto.

La verdad en la que insiste Jesús en estos dos párrafos finales del Sermón es que ni el conocimiento intelectual de él ni la profesión verbal, aunque ambos en sí mismo son esenciales, jamás pueden sustituir a la obediencia. La cuestión no es que *digamos* cosas lindas, corteses, ortodoxas y entusiastas a Jesús o de él; ni que *oigamos* sus palabras, poniéndoles atención, estudiándolas, aquilatándolas y memorizándolas hasta que nuestras mentes estén atiborradas de su enseñanza; sino que *hagamos* lo que decimos y *hagamos* lo que sabemos; en otras palabras que el señorío de Jesús que profesamos sea una de las realidades más importantes de nuestra vida.

Esto, por supuesto, no es enseñar que el camino de la salvación, o el camino para *entrar en el reino de los cielos* (21), es mediante buenas obras de obediencia, puesto que todo el Nuevo Testamento ofrece la salvación sólo mediante la pura gracia de

Dios por medio de la fe. Lo que Jesús acentúa, sin embargo, es que aquellos que verdaderamente oyen el evangelio y profesan fe siempre lo obedecerán, expresando su fe en obras. Los apóstoles de Jesús nunca olvidaron esta enseñanza. Se destaca en sus cartas. La primera carta de Juan, por ejemplo, está llena de advertencias sobre los peligros de una profesión verbal: “Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos... El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso”.¹¹ La carta de Santiago, por otro lado, está llena de advertencias acerca de los peligros de un conocimiento intelectual. Una ortodoxia árida no puede salvar, escribe, sino sólo una fe que se expresa en buenas obras; de modo que tenemos que ser “hacedores de la palabra, y no solamente oidores”.¹²

Al aplicar esta enseñanza a nosotros mismos, necesitamos considerar que la Biblia es un libro peligroso de leer, y que la iglesia es una sociedad a la que es peligroso unirse. Porque al leer la Biblia oímos las palabras de Cristo, y al unirnos a la iglesia decimos que creemos en Cristo. En consecuencia, pertenecemos a la compañía descrita por Jesús como los que oyen su enseñanza y le llaman Señor. Nuestra membresía, por tanto, coloca sobre nosotros la seria responsabilidad de asegurar que lo que sabemos y lo que decimos se traduzca en lo que hacemos.

Así pues, el Sermón termina con la misma nota de elección radical de la que hemos estado conscientes a lo largo de él. Jesús no pone ante sus seguidores una sarta de reglas éticas, sino más bien un conjunto de valores e ideales que se distingue completamente del estilo del mundo. Él nos convoca a renunciar a la cultura secular reinante en favor de la contracultura cristiana. Repetidamente durante nuestro estudio hemos oído su llamado para que su pueblo sea diferente de todos los demás. La primera vez que esto se hizo claro fue en su comisión para nosotros de ser “la sal de la tierra” y “la luz del mundo”. Porque estas metáforas colocan a la comunidad cristiana y a la no cristiana la una frente a la otra como reconocidamente y, en verdad, fundamentalmente

distintas. El mundo está como el alimento en descomposición, lleno de bacterias que causan su desintegración; los seguidores de Jesús deben ser su sal, contrarrestando su corrupción. El mundo es un lugar tenebroso y lúgubre, que carece de la luz del sol, que vive en sombras; los seguidores de Jesús deben ser su luz, disipando sus tinieblas y su lobreguez.

De allí en adelante las normas opuestas se describen en forma gráfica, y se recomienda el camino de Jesús. Nuestra justicia debe ser más profunda porque abarca incluso nuestros corazones, y nuestro amor más amplio porque admite incluso a nuestros enemigos. En la piedad debemos evitar la ostentación de los hipócritas y en la oración la verborragia de los paganos. En cambio, nuestra ofrenda, oración y ayuno deben ser reales, sin comprometer nuestra integridad cristiana. Como tesoro nuestro vamos a escoger aquel que dura toda la eternidad, no el que se desintegra en la tierra, y como señor nuestro a Dios, no al dinero o a las posesiones. Con respecto a nuestra ambición (lo que ocupa a nuestra mente) ésta no tiene que ser nuestra propia seguridad material, sino la extensión del reino de Dios y su justicia por el mundo.

En vez de conformarnos a este mundo —como lo hacen los fariseos religiosos o los paganos irreligiosos— somos llamados por Jesús a imitar a nuestro Padre celestial. Él es pacificador. Y ama incluso al desagradecido y al egoísta. Así que tenemos que imitarlo a él, no a los hombres. Sólo entonces mostraremos que somos sus hijos e hijas (5.9, 44-48). Aquí reside entonces la alternativa: en seguir a la multitud o seguir a nuestro Padre que está en los cielos, en ser una caña bamboleada por los vientos de la opinión pública o ser regido por la palabra de Dios, la revelación de su carácter y voluntad. Y el propósito dominante del Sermón del Monte es colocarnos ante esta alternativa, y así enfrentarnos a la necesidad indispensable de elegir.

Por eso la conclusión del Sermón del Monte es tan apropiada, cuando Jesús traza los dos caminos (angosto y espacioso) y las dos construcciones (sobre la roca y sobre la arena). Sería imposible exagerar la importancia de la elección entre ellos, ya

que un camino lleva a la vida mientras que el otro termina en destrucción, y una construcción es segura mientras que la otra es abatida por el desastre. Mucho más importante y grave aun que la elección del trabajo en la vida de uno o del compañero de vida, es la elección de la vida misma. ¿Por cuál sendero vamos a viajar? ¿Sobre qué cimientos vamos a construir?

Mateo 7.28,29

Conclusión:

¿quién es este predicador?

Mucha gente —incluyendo adeptos de otras religiones y de ninguna— nos dice que está preparada para aceptar el Sermón del Monte como un Sermón que encierra una verdad patente. Saben que incluye dichos como “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán la misericordia”, “Amad a vuestros enemigos”, “Ninguno puede servir a dos señores”, “No juzguéis para que no seáis juzgados” y “Las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos”. ¡Hermoso! He aquí, dicen, a Jesús de Nazaret, el maestro moral, en lo más sencillo y mejor de su enseñanza. Aquí está el centro de su mensaje antes de que fuera incrustado en las adiciones inútiles de sus intérpretes. Aquí está el “Jesús original”, con ética clara y sin dogmas, un profeta de la justicia, no sofisticado, que no pretendía ser más que un maestro humano, y que nos dice que hagamos el bien y nos amemos los unos a los otros. “Al Jesús del dogma no lo comprendo”, dijo en una ocasión un profesor hindú a Stanley Jones, “pero el Jesús del Sermón del Monte y de la cruz lo amo, y me siento atraído por él”. De manera

similar, un maestro musulmán Sufi le dijo que “cuando leyó el Sermón del Monte no pudo contener las lágrimas”.¹

Pero esta explicación popular del Sermón no puede resistir el examen serio. Se equivoca en dos consideraciones: primero, en su perspectiva del maestro, y segundo, en la presentación de su enseñanza. Porque cuando miramos más de cerca ambas, emerge algo muy diferente. Consideramos en el capítulo anterior lo distintivo de su enseñanza, su bosquejo de la contracultura cristiana y su llamado al discipulado radical. Ahora nos resta considerar la singularidad del maestro mismo.

Hallaremos que resulta imposible trazar la línea divisoria entre el Jesús del Sermón del Monte y el Jesús del resto del Nuevo Testamento. En cambio, el predicador del Sermón del Monte es el mismo Jesús divino, sobrenatural, dogmático que se encuentra en todas las demás partes. Así que la pregunta principal que el Sermón impone sobre nosotros no es tanto “¿Qué harán con esta enseñanza?” como “¿quién es este maestro?” Esta fue ciertamente la reacción de aquellos que oyeron el Sermón predicado.

²⁸Y cuando terminó Jesús estas palabras, la gente se admiraba de su doctrina;²⁹ porque la enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Lo que impresionó a los primeros oyentes del Sermón (la gente tanto como *sus discípulos*, 5.1) fue la autoridad extraordinaria del predicador. No tartamudeo, no vaciló ni titubeó. No se mostró inseguro ni apoloético. Ni tampoco, por otro lado, fue ampuloso o rimbombante. En su lugar, con callada y modesta confianza declaró la ley vigente para los ciudadanos del reino de Dios. Y *la gente se admiraba*, exactamente —porque el verbo griego es fuerte— se quedaba “estupefacta”.² “Después de novecientos años”, comenta A. J. Hunter, “nosotros también nos admiramos”.³

Sería provechoso, entonces, tratar de analizar esta “autoridad” de Jesús, según se despliega en el Sermón. ¿Sobre qué estaba fundada? ¿Cuál era la propia conciencia que Jesús tenía de sí

mismo que lo condujo a hablar de esta manera? ¿Qué indicios da el mismo Sermón de como entendió Jesús su identidad y misión? No tenemos que buscar muy lejos para encontrar respuesta a estas preguntas.

1. La autoridad de Jesús como maestro

La gente se admiraba de su *enseñanza* (NBE), porque *les enseñaba con autoridad*. Sí; se presentó a sí mismo primero y más eminentemente como maestro, y asombró a sus oyentes con la esencia, calidad y estilo de su instrucción. Pero, por supuesto, habían existido miles de otros maestros entre los judíos y por doquier. Muchos eran sus contemporáneos. ¿Qué había, pues, de especial en él?

Él, de algún modo, se adjudicó el derecho de enseñar la verdad absoluta. Era judío, pero su mensaje no fue judío. Estaba interpretando la ley de Moisés, pero en tal forma que mostraba que venía de Dios. Lo que tenía que decir no estaba condicionado culturalmente en el sentido de que estuviera limitado a un pueblo particular (el judío) o a un sitio particular (Palestina). Siendo absoluto, fue universal. Así, habló como aquel que sabe de qué está hablando. “Lo que sabemos hablamos”, dijo en otro contexto.⁴ Supo quién será grande en el reino de Dios y quién pequeño, quién era “bienaventurado” a los ojos de Dios y quién no lo era, qué camino conducía a la vida y cuál a la destrucción. Con plena confianza en sí mismo declaró quiénes heredarían el reino de los cielos, quiénes heredarían la tierra, quiénes obtendrían misericordia, verían a Dios y serían aptos para ser llamados hijos de Dios. ¿Cómo podía estar tan seguro?

Los comentaristas han procurado hallar un lenguaje adecuado para describir este sabor peculiar de la enseñanza de Jesús. He recogido algunos de sus intentos. Tienden a describir a Jesús como rey o como forjador de la ley. “Habló con realeza”, escribió Spurgeon,⁵ con “seguridad real”⁶ o con “soberanía”.⁷ La expresión de Gresham Machen fue: “Se adjudicó el derecho de legislar para el reino de Dios”;⁸ mientras James Denney combinó las imágenes de rey y forjador de la ley al escribir de su “soberanía práctica

sobre la conciencia, voluntad y afectos del hombre” y de su “autoridad moral suprema, legislando sin aprensión, y demandando obediencia implícita”.⁹ Y Calvino dijo que la gente se admiraba “porque una majestad extraña, indescriptible e insólita atrajo hacia él las mentes de los hombres”.¹⁰

Sus oyentes, naturalmente, lo compararon y lo contrastaron con los otros muchos maestros con quienes estaban familiarizados, en especial con los escribas. Lo que más les impactó fue que les enseñaba como quien tiene autoridad, y de ninguna manera como los escribas. Porque los escribas no pretendían tener autoridad propia. Concebían su deber en términos de fidelidad a la tradición que habían recibido. Eran como anticuarios, que recaban datos en los comentarios, buscan precedentes, reclaman el apoyo de nombres famosos entre los rabíes. Su única autoridad se basa en la autoridad de aquellos a quienes citan constantemente. Jesús, por otro lado, no había recibido educación de escriba alguno, ¹¹ escandalizaba a los miembros del sistema establecido al barrer con las tradiciones de los ancianos, no tenía especial reverencia por las convenciones sociales, y hablaba con una frescura propia que cautivaba a algunos y enfurecía a otros. A. B. Bruce resumió la diferencia diciendo que los escribas hablaban “según la autoridad” mientras que Jesús hablaba *con* autoridad”.¹²

Si bien no enseñaba como los escribas, tampoco enseñaba como los profetas del Antiguo Testamento. Estos no compartían la adicción al pasado de los escribas. Vivían el presente. Porque pretendían hablar en el nombre de Jehová, para que la voz viviente del Dios viviente se oyera a través de sus labios. Jesús también insistió en que sus palabras eran palabras de Dios: “Mi doctrina no es mía, sino de aquel que me envió”.¹³ Sin embargo, había una diferencia. La fórmula más común con la que los profetas introducían sus oráculos, “Así dice el Señor”, es una fórmula que Jesús nunca usó. En su lugar, comenzaba “En verdad, en verdad os digo”, atreviéndose así a hablar en su propio nombre y con su propia autoridad, que él sabía que era idéntica a la del Padre.¹⁴ Este “de cierto os digo” (*amēn legō humin*) u “os digo”

(*legō humin*) aparece seis veces en el Sermón del Monte (5:18; 6:2, 5, 16, 25, 29). En seis ocasiones más, a saber en las seis antítesis del capítulo 5, encontramos la aseveración aún más fuerte por el enfático *egō*, “Pero yo os digo (*egō de legō humin*). Esto no significaba que estuviera contradiciendo a Moisés, como hemos visto, sino más bien que contradecía las corrupciones que los escribas habían hecho de Moisés. Pero al hacer esto desafiaba la tradición heredada de siglos y pretendía reemplazarla con su propia interpretación exacta y autorizada de la ley de Dios. Así “se presentó como legislador, no como comentarista y ordenó y prohibió y derogó y prometió, bajo su sola palabra propia.”¹⁵

Tan seguro estuvo de la verdad y validez de su enseñanza que dijo que la sabiduría humana y la insensatez humana iban a estimarse según la reacción de la gente hacia su enseñanza. Los únicos sabios, implicó, son aquellos que construyeron sus vidas sobre el fundamento de sus palabras al obedecerlas. Todos los demás, al rechazar su enseñanza, son insensatos. Quizás él estuviera aplicando a sí mismo aquellas palabras sobre la sabiduría personificada que aparecen en Proverbios 1.33, “El que me oyere, habitará confiadamente”. Al prestarle atención a él, que es la sabiduría de Dios, el hombre aprende a ser sabio.

2. La autoridad de Jesús como el Cristo

Hay evidencia en el Sermón del Monte, como en muchas otras partes de su enseñanza, de que Jesús supo que había venido al mundo con una misión. “He venido”, pudo decir,¹⁶ tal como en otras partes del Evangelio según San Mateo se refirió a sí mismo como el que había sido “enviado”.¹⁷ En particular, no había venido, insistió, “para abrogar la ley y los profetas”, sino que había venido “para cumplirlos (*plerosai*)”.

La pretensión suena bastante inocente hasta que uno reflexiona sobre sus implicaciones. Lo que él asevera es que todos los augurios y predicciones de la ley y los profetas encontraban su cumplimiento en él, y que, por tanto, todas las líneas del testimonio del Antiguo Testamento convergían en él mismo. No

se consideraba él mismo otro profeta, ni siquiera el más grande de los profetas, sino más bien se consideraba como aquel en el cual se cumplía toda la profecía. Esta convicción de que los días de expectativa ahora habían pasado y que él había anunciado el tiempo del cumplimiento, estaba profundamente clavada en la conciencia de Jesús. Las primeras palabras registradas de su ministerio público fueron: “El tiempo se ha cumplido (*peplērōtai*), y el reino de Dios se ha acercado”.¹⁸ En el Sermón del Monte hay cinco referencias directas al reino de Dios.¹⁹

Ellas implican —aunque con grados variables de claridad— que él mismo lo había inaugurado, y que tenía autoridad para admitir gente en él y otorgarles sus bendiciones. Todo esto significaba, en una palabra, que Jesús supo que él mismo era el Cristo, el Mesías de Dios de la expectativa del Antiguo Testamento.

3. La autoridad de Jesús como Señor

Ya hemos tenido ocasión de observar que la adscripción del título de “Señor” a Jesús no necesariamente implica un reconocimiento de él como el Señor divino. Como lo dijo N. B. Stonehouse: “La flexibilidad de la palabra griega ‘Señor’ tiene en verdad que reconocerse: su uso no implica, en cualquier caso, una conciencia de autoridad divina. Ni todos los que se dirigían a Jesús como Señor escogían claramente este nombre como equivalente de deidad; como forma cortés de dirigirse a alguien podía significar un poco más que nuestro ‘señor’ o ‘don’”.²⁰ No obstante, en algunos contextos, Jesús parece haber aceptado deliberadamente las implicaciones que el título podía tener, como cuando lo asoció con su otro título favorito “Hijo del Hombre”, que en la visión de Daniel recibiría el dominio universal,²¹ y con el “Señor” de David que se sentaría a la diestra de Dios.²²

Sólo el contexto puede ayudarnos a juzgar cuánto dominio y deidad puede incluirse correctamente en la palabra “Señor”. Tomemos como ejemplo la sección del Sermón del Monte en que Jesús se refirió a la gente que se dirigía a él como “Señor, Señor”.²³ No se estaba quejando de que eligieran ese título, porque

lo aceptaba como apropiado. La cuestión fue que lo estaban usando a la ligera y no lo investían de su verdadero significado. Él no era simplemente un “señor” o “don” al que había que respetar; era el “Señor” al que había que obedecer. El equivalente de Lucas aclara esto, como ya vimos: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?”²⁴ Así Jesús se vio a sí mismo como más que un maestro, que da consejos a los que las personas no pueden o no prestar atención a su discreción; él era el señor de ellos, que expedía mandamientos, esperaba obediencia y les advertía que su prosperidad eterna estaba en peligro. Claramente, este Jesús era en todo distinto a un rabí ordinario. Los alumnos de un rabí judío se sentaban a sus pies a estudiar la Torá. Jesús fue también rabí en un sentido, ya que enseñó a sus discípulos el verdadero significado de la Torá. Pero su expectativa no fue simplemente que ellos absorbieran su enseñanza; sino que se dedicaran a él personalmente. Por esto es, sin duda, que no estaba contento con el título de “rabí” sobre sí, porque en efecto él era el “Maestro y Señor” de ellos.²⁵ Por esto también es que ellos a su vez no se convirtieron simplemente en “rabíes”, que guardaban y transmitían la tradición de su enseñanza; fueron también e incluso más, “testigos” de él.

4. La autoridad de Jesús como Salvador

Está claro en el Sermón que Jesús conocía el camino de salvación y lo enseñaba. Fue capaz de declarar quién era bienaventurado y quién no lo era. Pudo indicar la puerta estrecha que conducía al camino difícil que terminaba en la vida. Y fue muy claro sobre cuál casa resistiría las tormentas del juicio, y cuál fundamento.

Pero si penetramos más profundamente en su mensaje, encontramos que no sólo enseñó salvación; realmente la otorgó. Incluso en las bienaventuranzas aparece en el papel de aquel que virtualmente distribuye bendiciones y otorga el reino. El Profesor Jeremías cita aprobando la insistencia de J. Schniewind “que las bienaventuranzas son testimonios de Jesús encubiertos sobre sí mismo como salvador de los pobres, los que lloran, etc.”²⁶

O consideremos cómo designó Jesús a sus oyentes, ese pequeño grupo de campesinos: “la sal de la tierra” y “la luz del mundo”. ¿Cómo podrían ellos, por ventura, tener una influencia restrictiva e iluminadora en el mundo? Sólo porque seguían a Jesús. Porque él mismo no era “malo” como describió al resto de la humanidad²⁷ pudo impartirles algo de su bondad y hacerles “sal”. Porque no compartía el estar en las tinieblas universales sino que él mismo era “la luz del mundo”²⁸ pudo impartirles luz y hacerlos alumbrar.

Es también significativo que en el Evangelio de Mateo siga al Sermón del Monte (capítulos 5-7), representativo de las palabras de Jesús, un relato de su ministerio práctico (capítulo 8-9), representativo de sus obras. Porque aquí lo vemos adjudicándose autoridad para perdonar pecados y realmente otorgando perdón, a un parálítico (9.2-6), y luego comparándose a sí mismo, como salvador de los pecadores, con un médico que sana a los enfermos (9.12).

5. La autoridad de Jesús como Juez

Todo el Sermón del Monte se predicó con el trasfondo sombrío del día del juicio venidero inminente. Jesús sabía que era una realidad y deseaba que fuera una realidad en las mentes y vidas de sus seguidores. Así que declaró las condiciones para la salvación y advirtió acerca de las causas de destrucción, especialmente en su retrato gráfico de los dos caminos y sus dos destinos.

Mucho más impactante que este énfasis en la certidumbre del juicio futuro fue su afirmación de que él mismo sería el Juez.²⁹ El egocentrismo de la escena que describió es enteramente extraordinario. Tres veces usó los pronombres personales “yo”, “mi” y “me”. En primer lugar, él mismo sería el Juez, que oye la evidencia y dicta la sentencia. Porque en aquel día solemne, dijo, “muchos *me* dirán... Señor, Señor, ... Y entonces les declararé ...” Así pues los acusados presentarán su caso ante él, y él será el que les responda. Nadie sino él decidirá y declarará el destino de

ellos. En segundo lugar, él mismo será el criterio del juicio. La gente presentará a consideración como evidencia el uso que haya hecho de su nombre en su ministerio, pero esto será inadmisibles como evidencia. “Nunca os conocí”, les dirá. El destino de los seres humanos no dependerá de su propio conocimiento y uso de su nombre, sino de su conocimiento personal de él. El problema no será el servicio para Cristo, sino la relación con Cristo. En tercer lugar, la sentencia que él pronuncie estará también relacionada con él: “Apartaos de *mí*, hacedores del maldad”. Lo terrible de la “perdición”³⁰ y de la “ruina”³¹ que predijo es que incluirá expulsión de su presencia. Ninguna suerte peor puede encararse, implicó, que la separación eterna de él mismo.

Así, el carpintero de Nazaret se hizo a sí mismo la figura central del día del juicio. Él mismo asumirá el rol de Juez (y más tarde en el Evangelio de Mateo describe con mayor detalle cómo “se sentará en su trono de gloria” a juzgar a la humanidad³²). Además, la base del juicio será la actitud de la gente hacia él, y la naturaleza del juicio será exclusión de su presencia. Sería difícil exagerar el egocentrismo sorprendente de estas pretensiones.

6. La autoridad de Jesús como Hijo de Dios

En el Sermón del Monte, Jesús nos ofrece una doctrina completa de Dios. Es el Creador, el Dios viviente del orden natural, que da el sol y la lluvia, y provee a los pájaros de alimento, a las flores de vestido y a los seres humanos de lo necesario para vivir. Es también el Rey, cuyo reinado justo y salvífico ha irrumpido en las vidas humanas por medio de Jesús. Pero sobre todo —y de nuevo por medio de Jesús— es nuestro Padre. Al dirigirse a sus discípulos, Jesús constantemente se refirió a él como “vuestro Padre que está en los cielos”, de quien ellos eran hijos, cuya misericordia tienen que imitar, en cuya providencia amante tienen que confiar y a quien tienen que acercarse confiadamente en oración, sabiendo que nunca les dará otra cosa que “buenas dádivas”.

En todo esto que dijo, Jesús llamó a Dios *vuestro Padre*. Además en una ocasión se refirió a “la voluntad de *mi Padre*”.³³ Nunca, no obstante, se incluyó a sí mismo con sus discípulos y habló de Dios como “nuestro Padre”. Por supuesto *les enseñó* a orar “Padre nuestro”,³⁴ pero no se estaba asociando a sí mismo con ellos. En verdad, no podía. Porque aunque dio a sus seguidores el privilegio de dirigirse a Dios con el mismo título íntimo que él mismo usaba (“Abba, Padre”), no obstante aun estaba profundamente consciente de que Dios era su Padre en un sentido enteramente diferente, en verdad único. Esto él lo iba a expresar más tarde en las palabras que Mateo también registra: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar”.³⁵ Jesús no declaró ni explicó explícitamente esta calidad exclusiva de Hijo en el Sermón del Monte, pero ya está implícita en su uso preciso de los pronombres posesivos personales “mi Padre”, “Padre nuestro”, “vuestro Padre”.

7. La autoridad de Jesús como Dios

Me doy cuenta que, cada vez que nos aventuramos a examinar la conciencia divina de sí mismo que tenía Jesús, estamos tratando de sondear agua demasiado profunda para nosotros. Está claro que él conocía a Dios como “mi Padre”, y también lo está que sabía que su propia calidad de Hijo era única. Pero ahora podemos dar un vacilante paso más. Porque hay evidencia de que él se consideraba a la par de Dios, incluso uno con Dios. No es que alguna vez dijera esto en tales palabras en el Sermón, sino que su aseveración de que ejercía prerrogativas divinas y su forma de hablar de sí mismo lo implican. Pueden darse tres ejemplos.

El primero concierne a la bienaventuranza final. Se recordará que las ocho bienaventuranzas son generalizaciones hechas en tercera persona (“Bienaventurados los mansos, los misericordiosos, los pacificadores”, etc.), mientras que la novena cambia a la segunda persona cuando Jesús se dirige a sus discípulos: “Bienaventurados sois cuando por mi causa os

vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”.³⁶ Esta analogía con los profetas resulta impresionante. La lógica parece ser ésta: Jesús espera que sus seguidores sufran por su causa (“por mi causa”), y luego asemeja la persecución de ellos con la de los profetas del Antiguo Testamento. Ahora bien, aquellos profetas sufrieron por su fidelidad a Dios, mientras que los discípulos de Jesús sufrirían por su fidelidad a él. La implicación es inevitable. Si él compara a sus discípulos con los profetas de Dios (y más tarde los “envió” como los profetas fueron “enviados”³⁷), él se compara con Dios. Como dijera Crisóstomo a fines del cuarto siglo, “Aquí ... indica encubiertamente su propia dignidad, y su igualdad en honor con aquel que lo engendró”.³⁸

Un equivalente similar se infiere de los otros dos ejemplos. Cuando les advirtió que una persona que meramente se dirigiera a él como “Señor, Señor”, no entraría al reino de los cielos, uno habría esperado que él continuara “sino aquel que se someta a mi señorío” o “sino el que me obedezca como Señor”. Y esto es, en efecto, lo que encontramos en la versión lucana del Sermón, donde llamarlo “Señor, Señor” se pone en contraste con hacer lo que él dice. Pero según Mateo 7.21 continuó, “sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”. Si, entonces, Jesús consideró obedecerlo como Señor y hacer la voluntad del Padre como equivalentes, se estaba colocando al nivel de Dios. Todo esto es más impresionante porque Jesús no hace un gran esfuerzo para hacer una aseveración sobre sí mismo. Tal no era su propósito, según el contexto. Esta señal de su conciencia divina de sí mismo surgió cuando hablaba de algo muy diferente: el significado del verdadero discipulado.

Lo mismo es cierto en el tercer ejemplo. Viene en los siguientes versículos que tratan sobre el día del juicio y ya han sido mencionados. Todos sabían que Dios era el Juez. Jesús también lo sabía. No adelantó aquí una pretensión directa y específica de que Dios le había encomendado a él el juicio del

mundo. Simplemente sabía que en el día postrero la gente acudiría a él y que él tendría la responsabilidad de dictarles sentencia. Y al decirlo así, de nuevo se equiparó con Dios.

Aquí, pues, está su “Jesús original”, su “maestro de justicia simple, inofensivo”, ¡cuyo Sermón del Monte contiene “ética clara y no dogmas”! Enseña con la autoridad de Dios y dicta la ley de Dios. Espera que la gente construya la casa de sus vidas sobre sus palabras, y agrega que sólo aquellos que lo hacen así son sabios o prudentes y serán salvos. Dice que ha venido a cumplir la ley y los profetas. Es el Señor al que se debe obedecer y el Salvador que otorga bendición. Se atribuye a sí mismo el papel central del drama del día del juicio. Habla de Dios como su Padre en un sentido único, y finalmente implica que lo que él hace Dios lo hace y que lo que la gente le hace a él se lo está haciendo a Dios.

No podemos eludir las consecuencias de todo esto. Las pretensiones de Jesús fueron en verdad propuestas en forma tan natural, tan modesta y tan indirecta que mucha gente nunca siquiera se ha dado cuenta de ellas. Pero están ahí; no podemos ignorarlas y todavía mantener nuestra integridad. O ellas son verdaderas o Jesús sufría de lo que C.S. Lewis llamó una “megalomanía virulenta”. ¿Puede sostenerse seriamente, no obstante, que la ética elevada del Sermón del Monte es producto de una mente desequilibrada? Requiere un alto grado de cinismo llegar a esa conclusión.

La única alternativa es creer la palabra de Jesús, y aceptar sus afirmaciones como tales. En este caso, tenemos que responder a su Sermón del Monte con seriedad absoluta y abrumadora. Aquí está su diseño de la sociedad que Dios ofrece como alternativa. Estas son la normas, los valores y las prioridades del reino de Dios. Demasiado a menudo la iglesia ha echado por la borda este desafío y se ha hundido en una respetabilidad conformista, burguesa. En tales ocasiones se hace casi indistinguible del mundo, ha perdido su salazón, su luz se ha extinguido y repele a todos los idealistas. Porque ella no da evidencia de ser la nueva sociedad de Dios que está saboreando ya los goces y poderes de

la era venidera. Sólo cuando la comunidad cristiana viva según el manifiesto de Cristo el mundo será atraído y Dios será glorificado. Así pues, cuando Jesús nos llama hacia sí mismo, es a esto que nos llama. Porque él es el Señor de la contracultura.

Notas

Prefacio del autor

¹ Citado por McArthur, p. 12.

Mateo 5. 1, 2

Introducción: ¿en qué consiste este sermón?

¹ *The Making of a Counter-Culture* (Anchor Books, Doubleday, 1969), p. 233. Existe edición en castellano: *El nacimiento de una contracultura* (Barcelona: Kairós, 1978).

² Apocalipsis 3.1.

³ Levítico 18.1-4.

⁴ Números 23.9; Salmos 106.35.

⁵ 1 Samuel 8.5, 19,20.

⁶ Ezequiel 20.32.

⁷ Jeremías 10.2; Ezequiel 20.7.

⁸ 2 Reyes 17.7,8,19; cf. Ezequiel 5.7; 11.12.

⁹ Mateo 4.17.

¹⁰ Levítico 18.3.

¹¹ P. 23.

¹² Mateo 4.25.

¹³ Mateo 4.23, 24.

¹⁴ Mateo 11.29,30.

¹⁵ La teoría de B.W. Bacon ha sido resumida y criticada por W. D. Davies, pp. 21-25.

¹⁶ La teoría de Austin Farrer la critica W.D. Davies en pp. 19-21.

¹⁷ Cf. Mateo 2.15.

¹⁸ 1 Corintios 5.7,8.

¹⁹ Davies, p. 48.

²⁰ Lucas 6.17-49.

²¹ Lucas 6.12,17.

- ²² Mateo 13.
²³ P. 258.
²⁴ P. 259.
²⁵ Pp. 15, 18.
²⁶ Mateo 7.28,29.
²⁷ Mateo 8.5; Lucas 7.1.
²⁸ P. 94.
²⁹ P. 95.
³⁰ La expresión es la que usó Jeremías (p. 14).
³¹ Pp. 105-148.
³² (Penguin Classics, 1966), pp. 566-568. Hay traducción al castellano: (Editorial Bruguera, 1976) y también otras.
³³ Cf. Mateo 5.28; 6.21.
³⁴ Mateo 7.11.
³⁵ Cf. Marcos 7.21-23.
³⁶ Mateo 7.16-20; 12.33-37.
³⁷ P. ej. 5.16,48; 6.9,32,33; 7.11.

Mateo 5.3-12

El carácter del cristiano: las bienaventuranzas

- ¹ Bruce, p. 95.
² Juan 6.15.
³ Juan 18.36.
⁴ Macmillan: 1935; rústica, 1961.
⁵ P. 89.
⁶ P. 24.
⁷ P. 27.
⁸ P. 91.
⁹ P. 18.
¹⁰ Pp. 332s.
¹¹ Cf. 1 Corintios 13.12; Hebreos 12.14, I Juan 3.2; Apocalipsis 22.4.
¹² Juan 14.9.
¹³ I Juan 3.6; 3 Juan 11.
¹⁴ 1 Corintios 3.22-23.
¹⁵ P. 61.

- ¹⁶ P. 6.
¹⁷ P. 107.
¹⁸ P. ej. Windisch, p. 96. W.D. Davies examina y descarta esta reconstrucción, pp. 114-124.
¹⁹ P. 285.
²⁰ P. 288.
²¹ Jeremías, p. 12.
²² P. 291.
²³ P. 11.
²⁴ P. 24.
²⁵ P. 30.
²⁶ P. 32.
²⁷ P. 110.
²⁸ Pp. 110-111.
²⁹ P. 209.
³⁰ Sofonías 3.12.
³¹ Salmos 34.6.
³² Isaías 41.17,18.
³³ Isaías 57.15, 66.1,2.
³⁴ Isaías 61.1; Lucas 4.18; véase Mateo 11.5.
³⁵ Himno Nº 254, 3ª estrofa, *Cántico nuevo*, 4ª ed. (Buenos Aires: Methopress).
³⁶ Apocalipsis 3.17.
³⁷ Lucas 1.53.
³⁸ P. 21.
³⁹ Lucas 6.25.
⁴⁰ Salmos 119.136.
⁴¹ Ezequiel 9.4.
⁴² Filipenses 3.18.
⁴³ Esdras 10.1.
⁴⁴ Romanos 7.24; 1 Corintios 5.2; cf. 2 Corintios 12.21.
⁴⁵ 2 Corintios 7.10.
⁴⁶ Salmos 56.8.
⁴⁷ Lenski, p. 187.
⁴⁸ Isaías 61.1; cf. 40.1.
⁴⁹ Lucas 2.25.
⁵⁰ Apocalipsis 7.17.

- ⁵¹ Mateo 11.29, VM; 2 Corintios 10.1; *cf.* Zacarías 9.9.
⁵² P. 85, (Ed. en castellano).
⁵³ Pp. 89, 91, (Ed. en castellano).
⁵⁴ 1 Corintios 3.22.
⁵⁵ Salmos 37.1,2,22,34; *cf.* Isaías 57.13; 60.21.
⁵⁶ Mateo 19.28, literalmente; 2 Pedro 3.13; Apocalipsis 21.1.
⁵⁷ 2 Corintios 6.10.
⁵⁸ P. 105.
⁵⁹ Lucas 1.53.
⁶⁰ Mateo 6.33.
⁶¹ *Cf.* Romanos 9.30-10.4.
⁶² P. 27.
⁶³ Salmos 107.9.
⁶⁴ Juan 4.13, 14; 7-37.
⁶⁵ Apocalipsis 7.16,17.
⁶⁶ 2 Pedro 3.13.
⁶⁷ P. 191.
⁶⁸ Mateo 6.14.
⁶⁹ Mateo 18.21-35.
⁷⁰ Salmos 24.3,4; 51.6,10; *cf.* Salmos 73.1, Hechos 15.9; 1 Timoteo 1.5.
⁷¹ Lucas 11.39; Mateo 23. 25-28.
⁷² P.33.
⁷³ P. 34.
⁷⁴ P. 62; *cf.* Salmos 86. 11,12.
⁷⁵ Mateo 6.22, VRV.
⁷⁶ Mateo 10.34-36.
⁷⁷ Mateo 10.37.
⁷⁸ 1 Corintios 7.15; 1 Pedro 3.11; Hebreos 12.14; Romanos 12.18.
⁷⁹ Colosenses 1.20; Efesios 2.15.
⁸⁰ Mateo 5.44,45.
⁸¹ Pp. 17s.
⁸² Lucas 17.3.
⁸³ Lucas 6.23, BJ.
⁸⁴ Calvino, p. 267.
⁸⁵ Hechos 5.41.

- ⁸⁶ Lenski, p. 197.
⁸⁷ P. ej. Juan 15.18-25; Hechos 14.22; 1 Pedro 4.13, 14; 2 Timoteo 3.12.
⁸⁸ Lucas 6.26.
⁸⁹ Bonhoeffer, p. 84.
⁹⁰ Publicado primero en 1895; (Penguin Classics, 1968). Existe edición castellana.
⁹¹ P. 15.
⁹² P. 116.
⁹³ Pp. 118-119.
⁹⁴ P. 127-128.
⁹⁵ P. 162.
⁹⁶ Pp. 168s.
⁹⁷ P. 186.
⁹⁸ P. 187.
⁹⁹ P. 77.
¹⁰⁰ Pp. 105, 106.

Mateo 5.13-16

La influencia del cristianismo: sal y luz

- ¹ P. 121.
² *Natural History*, XXXI, 102.
³ Job 6.6.
⁴ *In search of South Africa*, (Hodder, 1948), pp. 292s.
⁵ Lenski, p. 199.
⁶ P. 63.
⁷ Estoy en deuda con el Sr. G. J. Hobson de Carnforth, Lancashire, Inglaterra, quien me escribió en agosto de 1972 sobre esto, para corregir mi desatino anterior y llenar una carencia en mi conocimiento científico.
⁸ Marcos 9.50.
⁹ Lucas 14.34,35; Colosenses 4.6.
¹⁰ P. 46.
¹¹ P. 102.
¹² Juan 8.12; 9.5.

- ¹³ Véase Filipenses 2.15.
¹⁴ Twinkle, twinkle, little star,
 How I wonder what you are (Tr. libre de una rima popular).
¹⁵ Isaías 42.6; 49.6; Lucas 3.2; Hechos 26.23; 13.47.
¹⁶ Pp. 66.
¹⁷ Cf. Juan 6.28,29; I Corintios 12.3; I Juan 3.23, 24; 5.1.
¹⁸ Mateo 6.23.
¹⁹ Juan 5.35.
²⁰ Bonhoeffer, p. 118.
²¹ P. 55.
²² Thielicke, p. 33.
²³ Pp. 97-104.
²⁴ Pp. 55,56,59.
²⁵ P. 28.
²⁶ Editado por Brian Griffiths (IVP, 1972), p. 35.
²⁷ Cf. Filipenses 1.27.
²⁸ Juan 15.8.

Mateo 5.17-20

La justicia del cristiano: Cristo, el cristiano y la ley

- ¹ Cf. Mateo 7.12.
² Marcos 2.23-3.6.
³ P. 299.
⁴ Cf. Hechos 1.1,2.
⁵ P. 38.
⁶ Mateo 1.22; cf. Mateo 2.23; 3.3; 4-14, etc. cf. Mateo 11.13
 donde se dice que la ley, al igual que los profetas,
 “profetizaron hasta Juan”. Ambos señalaban hacia Cristo y
 ambos se cumplieron en él.
⁷ P. 278; cf. Lucas 22.16.
⁸ Colosenses 2.17.
⁹ Gálatas 4.4; Mateo 3.15.
¹⁰ P. 123.
¹¹ McNeile, p. 58.
¹² Stonehouse, p. 209.

- ¹³ Véase *Contra Marción*, de Tertuliano, iv. 7.
¹⁴ P. ej. Hechos 26.22,23.
¹⁵ Romanos 10.4.
¹⁶ Romanos 8.4.
¹⁷ Romanos 3.21.
¹⁸ Mateo 24.35; cf. Mateo 19.28.
¹⁹ Cf. Lucas 16.16,17.
²⁰ Mateo 23.23.
²¹ P. 25.
²² 1 Samuel 16.7; cf. Lucas 16.15.
²³ Davies, p. 167.
²⁴ Juan 3.3,5.
²⁵ Cf. Mateo 12.3,5; 19.4, 21.16,42; 22.31.
²⁶ P. 55-60.
²⁷ P. 45.
²⁸ P. 282.
²⁹ P. 290.
³⁰ *Institutes*, I. viii. 7.

Mateo 5.21-30

La justicia del cristiano: evitar el enojo y la codicia

- ¹ Génesis 9.6.
² Romanos 13.1ss.
³ Cf. Santiago 1.19 y Efesios 4.26,27.
⁴ P. 76.
⁵ Tasker p. 68.
⁶ Hunter, p. 50.
⁷ Lenski, pp. 217, 219.
⁸ Mateo 23.17; Lucas 24.25.
⁹ P. ej. I Corintios 15;36; Gálatas 3.1; Santiago 2.20.
¹⁰ Salmos 14.1-4; Salmos 53.1-4.
¹¹ P. ej. Salmos 78.8; Jeremías 5.23.
¹² P. 69.
¹³ P. 107.
¹⁴ 1 Juan 3.15.

- ¹⁵ Job 31.1,7,9 compara con 2 Pedro 2.14 donde los falsos maestros se describen como los que tienen “los ojos llenos de adulterio, no se sacian de pecar”.
- ¹⁶ Mateo 18. 8,9.
- ¹⁷ Cf. Marcos 8.34; Romanos 8.13; Gálatas 5.24; Colosenses 3.5.

Mateo 5:31-37

La justicia del cristiano: fidelidad en el matrimonio y honestidad en el lenguaje

- ¹ *Antigüedades*, IV. viii. 23.
- ² Mateo 19.3.
- ³ Mateo 19.7.
- ⁴ Mateo 5.31.
- ⁵ P. 82.
- ⁶ Deuteronomio 22.22, Juan 8.1-11. G.E. Ladd escribe: “El Antiguo Testamento condena el adulterio con la pena de muerte. El Nuevo Testamento dice que un adulterio ha de ser considerado como la muerte de una persona, y el compañero inocente queda libre de sus votos matrimoniales como si su compañero se hubiera muerto”. *El Evangelio del Reino*, (Miami: Caribe, 1974), p. 88.
- ⁷ Oseas 1.2,3; 2.2,4.
- ⁸ P. 184.
- ⁹ P. 203.
- ¹⁰ Cf. Jeremías 2.1; 3.1; 4.1; Oseas 2.1-23.
- ¹¹ P. 260.
- ¹² Para un estudio más completo del material escritural véase *Divorce: the biblical teaching*, (edición Falcon, 1972).
- ¹³ Santiago 5.12.
- ¹⁴ Juan 8.44.
- ¹⁵ Cf. Deuteronomio 23.22.
- ¹⁶ Génesis 22.16,17. Cf. Hebreos 6.13-18.
- ¹⁷ Números 23.19.
- ¹⁸ Mateo 26. 63,64.
- ¹⁹ War, II. viii. 6.
- ²⁰ P. 55.

Mateo 5.38-48

La justicia del cristiano: no represalia y amor activo

- ¹ Éxodo 21.22-25. Cf. Levítico 24.19,20; Deuteronomio 19.21.
- ² Debo estos datos a Sir Norman Anderson, experto en ley islámica.
- ³ Éxodo 21.26,27.
- ⁴ Levítico 19.18.
- ⁵ John W. Wenham, *Christ and the Bible* (Tyndale Press, 1972), p. 35.
- ⁶ Para resistir a su voluntad. cf. Romanos 9.19; su verdad, 2 Timoteo 3.8; 4.15; Lucas 21.25; Hechos 6.10; 13-8; y su autoridad delegada al estado, Romanos 13.2.
- ⁷ Cf. Efesios 6.13; I Pedro 5.9; Santiago 4.7.
- ⁸ Allen, p. 54.
- ⁹ Jeremías, pp. 27,28.
- ¹⁰ Isaías 50.6; Marcos 14.65; 15.16-20.
- ¹¹ P. 150.
- ¹² I Pedro 2.21-23.
- ¹³ P. 30.
- ¹⁴ Juan 18.19-23.
- ¹⁵ Gálatas 2.11-14.
- ¹⁶ Glover, p. 55.
- ¹⁷ P. 110.
- ¹⁸ Tolstoi, pp. 315-19.
- ¹⁹ P. 323.
- ²⁰ P. 331.
- ²¹ P. 406.
- ²² Pp. 535, 536.
- ²³ La mayoría de las citas se han tomado de George Woodstock, *Gandhi*, (Fontana “Modern Masters” series, 1972).
- ²⁴ El texto de Reuters sobre el llamado de Gandhi se cita en F.W. Dillistone, *Charles Raven*, (Hodder, 1975) pp. 230ss.
- ²⁵ Jacques Ellul, *Violence*, (SCM, 1970), p. 15.
- ²⁶ Romanos 13.1ss.
- ²⁷ Romanos 13.4.

- ²⁸ Romanos 12.17-21.
²⁹ P. 83.
³⁰ Pp. 113, 114.
³¹ P. 135.
³² 1 Pedro 2.23.
³³ Coretta Scott King, *My Life with Martin Luther King Jr.*, (Hodder & Stoughton, 1970), pp. 365-369.
³⁴ Strength to love, (1963; Fontana, 1969), pp. 47-55.
³⁵ Éxodo 12.49.
³⁶ Éxodo 23.4,5.
³⁷ Deuteronomio 22.1-4.
³⁸ Proverbios 25.21; cf. Romanos 12.20.
³⁹ Cf. Levítico 18.25, 28; 20.22.
⁴⁰ P. 152.
⁴¹ Salmos 139. 19-24. Cf. *Homilías*, p. 404.
⁴² Apocalipsis 6.10.
⁴³ Apocalipsis 19.1,3,4.
⁴⁴ Spurgeon, p. 31.
⁴⁵ Lucas 10.29-37.
⁴⁶ Lucas 6.27,35.
⁴⁷ Romanos 5.10.
⁴⁸ Mateo 5.44; Lucas 6.28.
⁴⁹ P. 281.
⁵⁰ Pp. 267s.
⁵¹ P. 155.
⁵² Lucas 23.34.
⁵³ Pp. 157-158.
⁵⁴ Lucas 6.32.
⁵⁵ Pp. 159-160.
⁵⁶ P. 160.
⁵⁷ Levítico 11.44,45; 19.2; 20.7,26 Cf. 1 Pedro 1.16.
⁵⁸ Mateo 5.6.
⁵⁹ Mateo 6.12.
⁶⁰ Mateo 6.36.
⁶¹ P. 58.
⁶² P. 89.
⁶³ Lucas 6.33.

Mateo 6.1-6, 16-18

La religión del cristiano: no hipócrita sino real

- ¹ Mateo 5.16.
² P. 116.
³ Lucas 6.35,36. Cf. Mateo 5.45,48.
⁴ P. 47.
⁵ Juan 5.44.
⁶ Juan 12.43.
⁷ P. 309.
⁸ P. 32.
⁹ AG
¹⁰ La Biblia al Día - Santa Biblia en paráfrasis (Ed. Mundo Hispano, 1979).
¹¹ P. 171.
¹² P. 310.
¹³ *They asked for a paper*, (Bles, 1962), p. 198.
¹⁴ Hechos 20.35.
¹⁵ Daniel 6.10.
¹⁶ Salmos 27.8 Straubinger.
¹⁷ P. 73.
¹⁸ Romanos 5.5; 8.16.
¹⁹ Números 6.26.
²⁰ Lucas 18.12.
²¹ Mateo 9.14; Lucas 5.33.
²² Mateo 9.15.
²³ Nehemías 9.1,2; Jonás 3.5; Daniel 9.2ss; 10.2ss.; Hechos 9.9.
²⁴ P. 307.
²⁵ Éxodo 24.18; 2 Crónicas 20.1ss.; Ester 4.16; Esdras 8.21ss.; Mateo 4.1,2; Hechos 13.1-3; 14-23.
²⁶ 1 Corintios 9.24-27.
²⁷ Lucas 18.12.
²⁸ Job 1.16ss.
²⁹ Isaías 58. 1ss.
³⁰ Lucas 16.19-31.
³¹ *Homilías*, pp. 301-303.
³² AG

- ³³VP
³⁴P. 331.
³⁵P. 330.
³⁶P. 174.
³⁷Marcos 12.41ss.

Mateo 6.7-15

La oración del cristiano: no mecánica sino reflexiva

- ¹C. L. W. Grimm y J. H. Trayer, *A. Greek-English lexicon of the New Testament*, (T. and T. Clark, 1901).
²Mateo 26.44.
³AG
⁴P. 314.
⁵P. 144.
⁶Pp. 316, 321.
⁷Romanos 12.2.
⁸P. 322.
⁹P. 147.
¹⁰Mateo 25.35.
¹¹J. H. Moulton y G. Milligan, *The Vocabulary of the Greek Testament*, (Hodder, 1949).
¹²AG
¹³P. 75.
¹⁴Mateo 18.23-35.
¹⁵Santiago 1.13.
¹⁶Cf. NBE, "No nos dejes ceder en la prueba".
¹⁷Santiago 1.2.

Mateo 6.19-34

La ambición del cristiano: no la seguridad material sino el reino de Dios

- ¹Proverbios 6.6ss.; I Timoteo 5.8.
²1 Timoteo 4.3,4; 6.17.
³Lucas 12.15.

- ⁴P. 166.
⁵Job 1.21.
⁶1 Corintios 13.13.
⁷P. 85.
⁸Tasker, p. 76.
⁹Isaías 42.8; 48.11.
¹⁰BJ
¹¹Spurgeon, p. 39.
¹²El autor se está refiriendo a la versión inglesa AV "Take no thought" (Nota del traductor).
¹³Lucas 10.40; 8.14; Filipenses 4.6.
¹⁴P. 59.
¹⁵Tasker, p. 77.
¹⁶Bruce, p. 125.
¹⁷Pp. 197s.
¹⁸P. 39.
¹⁹Said the robin to the sparrow:/"I should really like to know/ Why these anxious human beings/ Rush about and worry so"/ Said the sparrow to the robin:/"Friend, I think that it must be/ That they have no heavenly Father,/ Such as cares for you and me."
²⁰2 Tesalonicenses 3.10.
²¹P. 209.
²²McNeile, p. 88.
²³Marshall Broomhall, *The man who believed God*, (China Inland Mission, 1929) p. 53.
²⁴Mateo 10.29 (BJ); Cf. Lucas 12.6.
²⁵Cf. Job 2.10.
²⁶Romanos 8.28.
²⁷Pp. 124-134.
²⁸LA
²⁹VP

Mateo 7.1-12

Las relaciones del cristiano: con sus hermanos y su Padre

- ¹P. 131.

- ² 1 Corintios 4.4,5.
³ Romanos 2.1; cf. *Santiago* 3.1.
⁴ P. 128.
⁵ Lucas 18.9.
⁶ 1 Corintios 11.31.
⁷ Mateo 18.15.
⁸ P. 345.
⁹ Lucas 13.32; Mateo 23.27,33.
¹⁰ Spurgeon, p. 42.
¹¹ Proverbios 9.8.
¹² 2 Pedro 2.22.
¹³ Cf. Mateo 15.26, 27; Filipenses 3.2; Apocalipsis 22.15.
¹⁴ Por ejemplo, el capítulo IV de la *Didaqué*, probablemente un documento de la primera mitad del siglo segundo, incluye esta instrucción: "Que ninguno coma o beba de tu Eucaristía, sino aquellos que han sido bautizados en el nombre del Señor; porque en lo referente a esto también el Señor ha dicho: 'No deis lo santo a los perros'"
¹⁵ Mateo 13.46.
¹⁶ P. 349.
¹⁷ P. 349.
¹⁸ P. 348.
¹⁹ *Jesus' promise to the nations*, (1953: SCM, 1958), p. 20.
²⁰ Mateo 10.14 = Lucas 10.10,11.
²¹ Hechos 13. 44-51.
²² Hechos 18. 5,6.
²³ Hechos 28. 17-28.
²⁴ Calvino, p. 351.
²⁵ Lutero, p. 234.
²⁶ P. 70.
²⁷ Calvino, p. 353.
²⁸ Agustín, 11.16.
²⁹ Joachim Jeremías, ABBA, *el mensaje central del Nuevo Testamento*, (Sígueme, S.A., 1981), pp. 226,227.
³⁰ Santiago 4.2.
³¹ Mateo 5.45.
³² Romanos 10.12,13 (VP).

- ³³ Mateo 7.11 = Lucas 11.13.
³⁴ Alec Motyer, *Studies in the Epistle of James*, (New Mildmay Press, 1968), p. 88.
³⁵ P. 513.
³⁶ Cf. Romanos 10.1.
³⁷ Lucas 6.31.
³⁸ Versículo 11 = Lucas 11.13.
³⁹ Tobías 4.15 (VP).
⁴⁰ Asentado en el Talmud: Shabbath 31a.
⁴¹ P. 10.
⁴² Alfred Edersheim, *The life and times of Jesus the Messiah*, I, (Longmans, 1883), pp. 525s.
⁴³ P. 535.
⁴⁴ P. 66.
⁴⁵ Cf. Mateo 5.17; Romanos 13.8-10.

Mateo 7.13-20

Las relaciones del cristiano: con los falsos profetas

- ¹ *Surprised by joy*, (Bles, 1955), p. 63.
² Mateo 11.30.
³ Juan 10.9.
⁴ Deuteronomio 30.15,19; cf. Jeremías 21.8.
⁵ La palabra que en la versión castellana se traduce como "perdición" en la versión inglesa se traduce como "destrucción". (Nota del traductor).
⁶ Apocalipsis 7.9.
⁷ Lucas 13.23,24.
⁸ Mateo 24.11-14.
⁹ 2 Corintios 11.13.
¹⁰ 2 Pedro 2.1.
¹¹ Mateo 24.24; Marcos 13.22; cf. I Juan 2.18,22.
¹² Mateo 23.16,18,22.
¹³ Mateo 23.28.
¹⁴ Juan 10.11-13.
¹⁵ Hechos 20.29,30.

- ¹⁶ Mateo 23.16,17.
¹⁷ Mateo 8.11.
¹⁸ Bonhoeffer, p. 209-210.
¹⁹ P. 364.
²⁰ Mateo 12.33-37; cf. Lucas 6.45.
²¹ I Juan 2.26; 4.1.
²² P. ej. I Juan 2.24; 4.6.
²³ I Juan 2.22,23; 4.2,3; 2 Juan 7-9.
²⁴ P. 263.
²⁵ P. 365.
²⁶ Pp. 364s.
²⁷ P. 68.
²⁸ 2 Timoteo 2.17.
²⁹ 2 Timoteo 2.18.
³⁰ 2 Timoteo 2.16.
³¹ P. ej., I Timoteo 6.4,5; 2 Timoteo 2.23; Tito 1.11; 3.9.
³² P. ej., I Timoteo 1.4,5; 4.7; 6.3; 2 Timoteo 3.16,17; Tito 1.1.

Mateo 7.21-27

La entrega del cristiano: la elección radical

- ¹ Pp. 69,70.
² P. 83.
³ Romanos 10.9,10.
⁴ I Corintios 12.3.
⁵ Mateo 24.24; 2 Tesalonicenses 2.9, 10.
⁶ Lucas 6.46.
⁷ 2 Timoteo 2.19.
⁸ Lucas 6.48.
⁹ Bruce, p. 135.
¹⁰ Calvino, p. 370.
¹¹ I Juan 1.6;2.4.
¹² Santiago 1.22-25; 2.14-20.

Mateo 7.28,29

Conclusión: ¿Quién es este predicador?

- ¹ Stanley Jones, *Christ at the round table*, (Abingdon, 1928), pp.38,60.
² Lenski, p. 314.
³ P. 96.
⁴ Juan 3.11.
⁵ P. 46.
⁶ Plummer, p. 117.
⁷ Stonehouse, p. 199.
⁸ *Christianity and liberalism*, (1923; Eerdmans, s.f.), p. 36.
⁹ *Studies in theology*, (Conferencias sostenidas en 1894: Hodder, 1906), pp. 31,42.
¹⁰ P. 371.
¹¹ Cf. Juan 7.15.
¹² P. 136.
¹³ Juan 7.16.
¹⁴ Cf. Juan 14.8-11.
¹⁵ Plummer, p. 118.
¹⁶ Mateo 5.17; cf. 9.13; 10.34; 11.3,19; 20.28.
¹⁷ Mateo 10.40; 15.24; 21.37.
¹⁸ Marcos 1.15; cf. Mateo 4.17.
¹⁹ Mateo 5.3, 10; 6.10,33; 7.21.
²⁰ P. 254.
²¹ Daniel 7.14; Mateo 24.39,42, "vuestro Señor".
²² Marcos 12.35-37.
²³ Mateo 7.21-23.
²⁴ Lucas 6.46.
²⁵ Juan 13.13.
²⁶ Jeremías, p. 24.
²⁷ Mateo 7.11.
²⁸ Juan 8.12.
²⁹ Mateo 7.22,23.

³⁰ Mateo 7.13.

³¹ Mateo 7.27.

³² Mateo 25. 31ss.

³³ Mateo 7.21.

³⁴ Mateo 6.9.

³⁵ Mateo 11.27.

³⁶ Mateo 5. 11,12.

³⁷ Véase Mateo 10.1ss.

³⁸ Pp. 207s.